MAGIC The Gathering®

THE THRAN



J. Robert King

TRADUCCIÓN NO OFICIAL AL ESPAÑOL

MAGIC The Gathering®

THE THRAN

ARTIFACT CYCLE • BOOK V

J. Robert King

Traducción al español



CRÉDITOS

THE THRAN
J. Robert King

Traducción: The Biblioplex
Edición y maquetación: The Biblioplex

Traducción no oficial realizada por un fan.

AVISO

Esta es una traducción no oficial realizada por un fany no está afiliada, aprobada, patrocinada ni respaldada por Wizards of the Coast.

Magic: The Gathering, The Thran y los nombres, personajes, lugares y demás elementos relacionados con su universo pertenecen a sus respectivos titulares de derechos.

Esta traducción se realiza con fines culturales y de acceso para lectores hispanohablantes y se distribuye gratuitamente.

No se ofrece para la venta.

© Wizards of the Coast LLC. Todos los derechos correspondientes a la obra original y a la propiedad intelectual de Magic: The Gathering pertenecen a sus respectivos titulares.

Esta edición no pretende sustituir la edición oficial de la obra.

© 2026 The Biblioplex, por la traducción y los elementos editoriales originales de esta edición.

https://thebiblioplex.com

SOBRE ESTA TRADUCCIÓN

Esta edición nace con el propósito de acercar al público hispanohablante las historias del universo de Magic: The Gathering que no cuentan con una edición oficial en español.

La traducción busca conservar el tono narrativo de la obra original y, al mismo tiempo, mantener una terminología coherente con el universo de Magic.

Para ello, The Biblioplex utiliza un glosario propio que establece criterios para nombres, conceptos y términos recurrentes a lo largo de la obra.

Los nombres propios y determinados términos del universo de Magic se conservan de acuerdo con estos criterios para favorecer la continuidad entre las distintas obras traducidas dentro de la biblioteca.

Traducir una historia también es construir un puente.
Esta edición es uno de ellos.

Si te gusta este proyecto y querés que siga creciendo, invitame un cafecito, es todo lo que necesito para seguir traduciendo y maquetando historias!

CONTENIDO

PARTE I

LA CIUDAD 2

CAPÍTULO 1 13
CAPÍTULO 2 22
CAPÍTULO 3 35
CAPÍTULO 4 43
CAPÍTULO 5 54
CAPÍTULO 6 62
CAPÍTULO 7 74
CAPÍTULO 8 85

PARTE II

LA NACIÓN 96

CAPÍTULO 9 105
CAPÍTULO 10 114
CAPÍTULO 11 124
CAPÍTULO 12 134
CAPÍTULO 13 142
CAPÍTULO 14 150
CAPÍTULO 15 159
CAPÍTULO 16 170

PARTE III
EL MUNDO 183
CAPÍTULO 17 189
CAPÍTULO 18 203
CAPÍTULO 19 211
CAPÍTULO 20 223
CAPÍTULO 21 233
CAPÍTULO 22 243
CAPÍTULO 23 256

PARTE IV
EL MULTIVERSO 266
CAPÍTULO 24 273
CAPÍTULO 25 287
CAPÍTULO 26 299
CAPÍTULO 27 312
CAPÍTULO 28 324
CAPÍTULO 29 337
CAPÍTULO 30 346

PARTE 1: LA CIUDAD





Primer día de la guerra Thran-Phyrexiana:
La batalla del Desfiladero de Megheddon

La mañana amaneció calurosa en el Desfiladero de Megheddon.

Al frente del ejército Thran, aquello importaba poco. Los enanos amaban la roca y el calor. Sus rostros parecían tallados en piedra. Su piel tenía el mismo tono herrumbroso que las paredes de roca que se alzaban a ambos lados. Eran dos mil enanos de las montañas, tropas de élite. Toldos de lona color polvo cubrían sus armaduras de placas, protegiéndolas del sol y de las miradas desde lo alto. Una tela similar envolvía las anchas hojas de sus hachas de batalla. Largos astiles permitían que aquellas pesadas armas avanzaran por sí mismas, mientras las conteras levantaban pequeñas nubes de humo junto a las botas herradas. El comandante enano Curtisworthy mantenía una disciplina estricta en su división.

Los humanos marchaban directamente detrás de los enanos. Aunque eran altos, taciturnos y robustos, estaban fuera de su elemento en las montañas y el desierto. Muchos eran levas de caudillos tribales del otro extremo del mundo. Comandantes y soldados Thran marchaban entre ellos para asegurarse de que los bárbaros obedecieran las órdenes. Todos los humanos, tanto Thran como bárbaros, llevaban el arrojo en la sangre. O quizá pudiera llamárselo arrogancia, o beligerancia. Fuera lo que fuese, se marchitaban bajo el calor de la marcha por las montañas. Los cuarenta mil soldados de infantería humana avanzaban con la resignación cansada de los prisioneros. Incluso los veinte mil jinetes apretaban los dientes y se cubrían la boca con velos húmedos para mantener el polvo fuera.

Los elfos eran quienes peor lo pasaban. Lejos del refugio de la corteza y el musgo, languidecían bajo el sol abrasador. Habían abandonado sus ropajes de hojas y se habían envuelto en túnicas blancas, mitad burnous del desierto y mitad

sudarios funerarios. De entre los pliegues sueltos asomaban manos élficas, con la piel quemada y curtida. La ira de aquellos ojos atormentados se había convertido en desesperación. Los elfos habían ido quedándose atrás en la columna, demasiado lentos incluso para seguir a la vanguardia enana, demasiado agotados para librar algo más que una acción de retaguardia. Aun así, eran diez mil, y muchos eran magos y sanadores. Mientras pudieran lanzar hechizos y curar a los enfermos, serían de gran ayuda para el ejército.

Uno de los flancos de la columna estaba protegido por hombres lagarto. Aunque silenciosos y hoscos, aquellos guerreros eran astutos en los estrechos confines rocosos. En un instante de pasos apresurados y colas azotando el aire, los diez mil Viashino podían desaparecer dentro de las grietas que bordeaban su camino. Fanáticamente leales a los beys de guerra que los comandaban, aquellos reptiles se sentirían más cómodos en la extrusión volcánica de Halción que el propio Yawgmoth.

En el otro flanco marchaban los mejores guerreros del ejército unido: los minotauros. Más decididos y resistentes que los enanos, más corpulentos y violentos que los humanos, más implacables en batalla que los Viashino, los minotauros habían nacido para la guerra. Aunque el polvo había apagado el brillo de sus armaduras desde las jambas hasta las randers, cada ojo de minotauro resplandecía de sed de sangre.

A lo largo de toda la columna, mezclados entre los soldados de carne y hueso, marchaban guerreros artefacto. Guerreros mantis con abdómenes de acero flexible, serpientes metálicas con mandíbulas afiladas como navajas, avanzaban sobre patas semejantes a agujas o se arrastraban sobre cintas transportadoras chirriantes. El Colegio de Artífices jamás había apoyado a Yawgmoth y había almacenado máquinas de guerra fuera de su alcance. Cuando la guerra finalmente estalló, los artífices pusieron aquellas máquinas a disposición de la causa aliada.

Lo mejor de todo eran las aproximadamente trescientas carabelas de guerra que surcaban el cielo sobre el desfiladero. Sus velas se recortaban como alas de murciélago junto a sus cascos largos y elegantes. Proyectaban una sombra bendita sobre los elfos que agonizaban bajo el calor.

Estaban listos para la guerra.

La Alianza Thran, se llamaban a sí mismos: los cinco estados-ciudad exteriores del imperio unidos a representantes del resto del mundo conocido. Se habían

reunido para luchar contra un solo hombre: Yawgmoth.

No era un hombre, sino un monstruo, un monstruo cobarde. Seis meses antes, en Phoenon, había surgido de la negrura de la noche. Había bombardeado a su propio pueblo para impedir que se uniera a sus enemigos. Había luchado y huido. Vicioso y traicionero, despiadado y sanguinario, no era menos que un demonio.

Un grito demoníaco surgió de la vanguardia enana, algo mitad chillido y mitad ululación. Humanos y elfos, minotauros y Viashino alzaron la mirada. El ejército acababa de doblar la última curva del Desfiladero de Megheddon.

Más allá de las paredes del cañón se abría una amplia llanura desértica. En el extremo opuesto de aquella extensión árida se alzaba una meseta elevada, la extrusión volcánica de Halción. Parecía una muralla en medio del desierto, de mil quinientos pies de altura, con la gran ciudad apiñada sobre la meseta.

Antaño capital del Imperio Thran, ahora Halción y cada alma que vivía en ella pertenecían a Yawgmoth.

El grito demoníaco volvió a repetirse, brotando de gargantas humanas y no humanas y resonando en la boca rocosa del propio Megheddon. Era como si los ejércitos aliados alzaran aquel grito infernal para invocar al demonio desde su guarida.

Yawgmoth oyó la invocación.

Se encontraba sentado tranquilamente en un sillón de transporte blindado, al frente de su ejército Phyrexiano.

Esperaban en silencio dentro de una cámara subterránea excavada en pendiente hacia el suelo del desierto. La amplia boca de la caverna estaba cubierta con una muselina pálida que se confundía con el suelo blanqueado por el sol. Sería prácticamente invisible para el ejército que avanzaba hasta que el contingente hubiera pasado de largo. Otras tres trincheras de ese tipo flanqueaban el terreno de marcha, y una cuarta caverna natural se encontraba entre un grupo de rocas al pie de la extrusión de Halción. A la orden de Yawgmoth, las cortinas caerían de aquellas trincheras y los cinco mil guerreros que esperaban dentro de cada una irrumpirían sobre los flancos expuestos del enemigo.

Pero, por ahora, Yawgmoth esperaba.

Había oído la invocación demoníaca, pero no respondió. Él no era un de-

monio.

Era un dios.

Los últimos seis meses lo habían demostrado. El astuto Señor de Phyrexia tenía muchas sorpresas preparadas para la Alianza Thran.

Sonriendo, Yawgmoth se reclinó en su sillón.

—Ninguno de mis adversarios sobrevivirá a esta batalla.

Incluso ahora, sus enemigos avanzaban por la llanura. Eran audaces como lobos, ¿y por qué no? Liderados por la élite enana, flanqueados por minotauros y Viashino, protegidos desde el cielo por trescientas carabelas de guerra, respaldados por guerreros mantis y criaturas que correteaban, construidas por artífices enclenques... ¿por qué no iban a ser audaces como lobos?

Incluso aullaban como lobos.

Aquel griterío insolente estuvo a punto de hacer que Yawgmoth activara el ataque demasiado pronto. No permitiría que lo provocaran hasta cometer semejante error. Todo había sido planeado con demasiado cuidado. Había pasos que seguir.

Entre las legiones en marcha flotaban las enormes sombras de las naves Thran. Mientras el ejército avanzaba por el desfiladero, aquellas naves habían permanecido en una columna sobre ellos, protegiéndolos del sol cegador y de cualquier posible ataque. Ahora, las sombras, suaves y silenciosas como leviatanes nadando en formación, comenzaron a separarse lentamente.

Sin duda, las naves rodearían la ciudad, justo fuera del alcance de los cañones de rayos apostados en sus murallas, y exigirían la rendición.

—Ya veremos quién se rinde.

Yawgmoth introdujo la mano en una caja plana que contenía un pequeño esquema tridimensional del campo de batalla. En puntos estratégicos del desfiladero y las llanuras en miniatura brillaban diminutas piedras de poder. Yawgmoth tocó cierto cristal incrustado allí.

Un silbido agudo respondió al movimiento.

Sonrió.

Los soldados volvieron a aullar antes de que aquel sonido los atravesara. Entonces el ejército de la Alianza Thran lo oyó.

Era un silbido penetrante y parecía provenir del mismísimo sol. Los soldados entrecerraron los ojos hacia la masa deslizante de sus naves de guerra, intentando mirar más allá.

En un latido, el silbido se convirtió en un chillido.

No había forma de confundirlo. Los aliados ya habían oído aquel sonido en Phoenon.

Allí, las naves habían surgido de la noche ciega.

Estas naves surgían del mismísimo ojo del sol.

—El único lugar donde esconderse bajo un cielo brillante es justo al lado del sol —dijo Yawgmoth.

Decenas de naves de guerra Phyrexianas descendieron en picada por debajo de la armada aérea Thran. Los cañones de rayos destellaron a bordo de las naves de Yawgmoth. Abrieron agujeros en los cascos Thran. Quemaron soldados Thran.

Los bárbaros se acobardaron. El cielo sobre sus cabezas se llenó de naves Phyrexianas que surcaban el aire como rayos. Humanos y elfos se arrojaron al suelo. Los enanos resistieron el ataque, algunos lanzando hachas inútilmente hacia el cielo. Los minotauros también se enfurecieron contra aquella tormenta de naves. Algunas de sus hojas llegaron a golpear los cascos, solo para rebotar convertidas en una lluvia letal.

Astillas y humo estallaron desde la flota Thran que estaba sobre ellos. Una lluvia de cuerpos carbonizados y armas cayó desde las naves destrozadas.

A su paso, las naves Phyrexianas que chillaban dejaron el campo de batalla cubierto de restos y muerte.

Sí, aquello era un campo de batalla.

Ya no cabía ninguna duda.

Las carabelas de guerra se estrellaban contra el suelo. Caían con un ritmo regular, como las pisadas de un coloso que corre. Con cada estruendo, cientos de soldados quedaban aplastados.

—Más fácil de lo que esperaba —murmuró Yawgmoth.

Entonces ocurrió lo impensable.

El fuego de los cañones atravesó las naves Phyrexianas. Sus cubiertas explotaron. Sus cascos se hicieron añicos como cáscaras de nuez. Ocho de ellas fueron

derribadas en un instante.

Yawgmoth lo vio.

Una batería de sus propios cañones de rayos había sido recuperada de la batalla de Phoenon y montada debajo de las carabelas de guerra Thran que se encontraban en la retaguardia de la columna aliada.

Su mano se introdujo en el esquema, dando la señal para el siguiente ataque.

Incluso mientras los soldados Thran se arrastraban fuera de debajo de las naves de guerra en llamas y luchaban por ponerse a cubierto, el suelo cobró vida de pronto, de forma horrenda.

Algunos combatientes cayeron, con las piernas consumidas hasta las rodillas por el propio terreno. Otros retrocedieron tambaleándose desde un pozo traicionero solo para caer dentro de otro. Tropezaban y caían, con manos, cabezas y rodillas sobresaliendo de agujeros de bordes afilados. Los caballos también se hundían, con los cascos atrapados e inmovilizados al instante.

Todo lo que caía dentro de aquellos agujeros desaparecía para siempre.

Con un sonido semejante al chasquido de las mandíbulas de un tiburón al cerrarse, unas compuertas dentadas se abatían sobre cualquier carne y hueso que se pusieran a su alcance.

Los motores giraban.

Las hojas chocaban.

La sangre brotaba a borbotones.

Los guerreros gritaban.

Retrocedían tambaleándose, con las extremidades cercenadas por debajo de la rodilla, a la altura del tobillo o por encima del codo. Algunos ni siquiera retrocedían: aquellos cuyas arterias abiertas vaciaban el corazón, la cabeza y el cuerpo en un único y breve chorro.

—Mis hermosos cangrejos de arena —suspiró Yawgmoth feliz, mientras extendía la mano hacia el esquema de su caja y tocaba otra piedra de poder—. ¡Levántense!

Los cadáveres desmembrados comenzaron a moverse de manera grotesca.

El suelo bajo ellos se abultó.

De cientos de pozos en la arena emergieron monstruos metálicos. Parecían

gigantescos cangrejos de acero que se sacudían la arena de sus matrices ópticas. Habían estado enterrados justo debajo de la superficie, y unos agujeros en sus lomos se habían abierto para engullir y cercenar las extremidades de los soldados Thran.

Muchos cangrejos de arena llevaban cadáveres sobre sus caparazones metálicos sin siquiera advertirlo. Otros solo arrastraban las sangrientas huellas dejadas por las extremidades cercenadas.

Un par de pinzas trituradoras precedía a cada criatura. Patas articuladas surgían de los agujeros y se abrían paso a través de la arena. Las tenazas atrapaban y trituraban la carne.

Los que huían, bárbaros y elfos, solo caían sobre más cangrejos de arena.

La mayoría resistió.

Humanos, enanos y minotauros se alegraban de tener un enemigo contra el cual descargar sus espadas. Eso era todo el daño que podían hacer a aquellas criaturas artefacto. Las espadas resonaban impotentes contra las armaduras. Los ataques no ralentizaban a aquellas máquinas silenciosas y eficientes.

Las criaturas artefacto cortaban a los Thran como machetes cortando caña.

En la retaguardia de las líneas Thran, los elfos desataron sus hechizos. Los arbustos del desierto crecieron desenfrenadamente, atrapando por igual a los cangrejos de arena y a los minotauros. Los motores artefacto se oxidaban hasta convertirse en polvo, pero lo mismo ocurría con las hachas enanas.

Aparecieron criaturas invocadas: osos feroces, arañas gigantes, lobos de las estepas. Pero ninguna estaba a la altura de aquellos cangrejos de arena. Ninguna había sido concebida para combatir en el desierto.

Solo la multitud de carroñeros que correteaba entre las filas, sucia y numerosa, consiguió avanzar.

Ellos y sus especializados hierros hexagonales y palancas podían despojar un artefacto en un instante.

Por supuesto, con los cangrejos de arena, quienes despojaban a la máquina también eran despojados por ella.

Por cada cangrejo de arena inutilizado, morían decenas de carroñeros.

Yawgmoth disfrutó un momento más del espectáculo antes de tocar las cinco piedras que convocaban a las cinco divisiones del ejército Phyrexiano.

La lona color arena cayó de las trincheras.

Guerreros con armaduras plateadas marcharon sombríamente hacia delante. Ellos mismos parecían máquinas. Espadas y hachas de piedra de poder brillaban con avidez en sus manos.

Eran los guardias de Halción.

Avanzaban tal como habían sido entrenados, sin romper filas, abriéndose paso a través de cualquier obstáculo: madera, acero, cerebro, hueso.

Su fanatismo natural estaba reforzado por un hechizo de guerra.

No se detendrían.

No se rendirían.

No pararían hasta que sus enemigos estuvieran muertos.

Minotauros y enanos eran partidos por la mitad. La armadura plateada se teñía de rojo mientras los aliados morían.

—Realmente no tenían ninguna posibilidad —dijo Yawgmoth, con un dejo de falsa tristeza en la voz.

Al norte y al sur aparecieron cosas inesperadas.

Del mismo color que el suelo del desierto, unas formas serpentinas se alzaron, se retorcieron y se hincharon.

¿Ciclones?

Los remolinos de polvo permanecieron más allá de los ejércitos, ganando velocidad. Sus columnas temblorosas se oscurecieron hasta parecer sólidas.

Con intención perniciosa, los torbellinos convergieron sobre los guardias de Halción que marchaban.

Los que avanzaban obstinadamente fueron atrapados por los vientos y arrojados lejos.

—Así que los elfos finalmente aportaron algo útil. Qué lástima que tantos de ellos no vivan para presenciar mi próxima sorpresa.

Yawgmoth tocó un cristal oscuro y delgado en el esquema de la caja.

Desde la caverna situada al pie de la extrusión de Halción, detrás de la guardia que avanzaba, surgió una figura gigantesca.

Ascendió desde las profundidades.

Forjada en metal negro, parecía el avatar de la caverna oscura.

A medida que emergía hacia la luz, su forma se hizo visible.

Su cabeza inclinada tenía el tamaño de un mamut. La mandíbula, articulada, se abría bajo unos dientes semejantes a cimitarras. Después aparecieron los hombros encorvados. Brazos simiescos colgaban debajo de ellos, terminados en manos enormes, lo bastante grandes como para agarrar y aplastar a diez hombres. Un torso cubierto de placas metálicas, una pelvis fibrosa y piernas encorvadas...

—¡Un behemoth!

El nombre de la criatura se elevó desde mil labios, mientras el terror respiraba a través del aire.

El coloso salió al campo de batalla galopando sobre los nudillos y las rodillas. Cientos morían con cada una de sus pisadas.

Otro behemoth apareció detrás del primero. También se lanzó contra los invasores aterrorizados.

El primer behemoth irrumpió entre las líneas Thran. Aplastaba enanos con cada paso. Sus garras destripaban falanges enteras de minotauros. Capturó una nave voladora, mordió su quilla, introdujo una mano en la bodega y arrancó la piedra de poder central.

La carabela de guerra cayó del cielo entre una lluvia de chispas y astillas.

Mientras tanto, el segundo behemoth encabezó una carga de los guardias de Halción. Con la misma despreocupación con que un niño arranca y arroja briznas de hierba, el behemoth atrapó elfos, los aplastó entre sus garras y arrojó sus cuerpos destrozados sobre los guardias.

Rayas carmesí marcaron los cascos y los brazales de quienes no pudieron esquivar los cuerpos que caían.

Como si espantaran insectos, los guardias de Halción se desprendieron de los cadáveres y continuaron avanzando.

—Se quedarán sin elfos muy pronto —se dijo Yawgmoth satisfecho—. Los elfos luchan como palomitas de maíz. Me gustaría ver a este behemoth luchar de verdad.

Tuvo lo que quería.

Las garras del behemoth gris se llenaron de pronto de metal retorcido: cria-

turas artefacto.

Muchas eran guerreros mantis.

Otras tenían la configuración de humanos.

Había también criaturas conglomeradas, con espaldas curvadas, patas que correteaban y guadañas que emergían de sus costados.

El behemoth levantó un frágil guerrero mantis y lo aplastó entre una de sus garras.

Miles de servos gimieron mientras el behemoth extendía los brazos al mismo tiempo y arrojaba lejos a los mantis.

Pero los mantis no salieron despedidos.

Aunque estaban destrozados, sus patas y pinzas seguían aferradas.

Se retorcían, pero no en una destrucción espasmódica.

Sus patas se movían con determinación.

Treparon por los brazos levantados del behemoth, arañándolos.

La criatura trató de sacudírselos de encima, pero fue inútil.

Más criaturas artefacto treparon por sus piernas.

Parecían cucarachas cubriendo un cuerpo ensangrentado.

Lo desgarraron.

Lo cubrieron.

Lo abrumaron.

—Maldita sea —dijo Yawgmoth—. Deben de ser diseños de Glacian.

En cuestión de instantes, el behemoth quedó completamente cubierto por aquellos artefactos arácnidos.

Avanzó tambaleándose unos pasos más y luego cayó de bruces sobre las filas de guerreros mecánicos.

Los guardias de Halción avanzaron, decididos a liberar a la bestia caída.

—¡No! —gritó Yawgmoth, tocando las piedras del esquema de la caja—. ¡No! ¡Aléjense!

Era demasiado tarde.

Comenzó un chillido agudo.

Los resortes se tensaron más allá de su capacidad estructural.

La piel gris del behemoth se abrió y se replegó.

Desde su interior, miles de tendones metálicos se lanzaron hacia fuera y mataron a todos los que se encontraban alrededor.

Como látigos, destrozaron tanto a las criaturas artefacto como a los guardias de Halción.

El acero azul grisáceo azotó el aire.

La armadura plateada fue seccionada.

La sangre roja fluyó.

—Malditos guardias de Halción —gruñó Yawgmoth—. Todos deberían ser Phyrexianos.

Aquella batalla duraría más que un instante fulgurante.

Poco importaba.

Yawgmoth había planeado un enfrentamiento prolongado.

Sus fuerzas resistirían: la guardia de Halción y la guardia Phyrexiana, la flota, los motores artefacto...

—Mientras la Alianza Thran esté ocupada, pasaré a la ofensiva.

En las montañas, más allá de los ejércitos invasores, se encontraba un objetivo que casi nadie había tenido en cuenta.

Era, posiblemente, el mayor logro del Colegio de Artífices Thran: una enorme estación de transmisión que permitía al colegio vigilar a todas las criaturas artefacto del Imperio Thran.

También podía apagar cualquier mecanismo que se volviera incontrolable.

Y, sin que nadie salvo Yawgmoth lo supiera, la estación incluso podía comandar a aquellas criaturas.

Yawgmoth capturaría la estación de transmisión, la Esfera Nula, y con ella comandaría al ejército de artefactos Thran.

Sonriendo con malicia, Yawgmoth colocó la mano debajo de la piedra de control de su sillón de transporte.

La nave se elevó, silenciosa y suave, desde el búnker y salió disparada hacia la ciudad que se alzaba sobre ellos.

Allí esperaba su carabela de guerra personal.

Su tripulación personal.

Capturarían la Esfera Nula.

Comandarían los motores artefacto del imperio.

Yawgmoth aplastaría a los Thran y a sus aliados bárbaros y pondría a toda Dominaria de rodillas.

CAPÍTULO 1

Nueve años antes de la Guerra Thran-Phyrexiana...

A Glacian le encantaban la oscuridad y el azufre. Le encantaban las enormes máquinas. Gigantescas levas giraban en respiraderos volcánicos. Los conductos siseaban con vapor sobrecalentado. Las calderas gruñían sin cesar. Las llamas vomitaban fuego desde las fundiciones. Esferas de cristal resplandecían incandescentes. A Glacian le encantaba la plataforma de maná de Halcyon: vasta y subterránea, hundida en un volcán inactivo, impregnada de la energía pura del mundo.

Era el único en toda la ciudad que comprendía de verdad aquellas máquinas, ¡en la ciudad y en el mundo entero! Glacian era el más grande de los artífices de un imperio de grandes artífices. Aquella, su creación, era diez veces más potente, cien veces más eficiente y ocupaba una cuarta parte del espacio que la plataforma de Shiv. Glacian era el único en el mundo que comprendía aquellas máquinas, y las máquinas le devolvían el favor. Eran las únicas que comprendían a Glacian.

—¡No! ¡No! ¡Maldito costroso! —dijo Glacian, golpeando en la nuca a un goblin que ya había recibido más que suficiente—. ¡Purga los respiraderos cinco y nueve, no el cuatro y el siete! ¿Quieres hacer volar toda la plataforma? ¿Quieres volar Halcyon de la faz del mundo?

—Purgar cinco y ocho —dijo la criatura aturdida, mientras se esforzaba por contar con unas manos a las que les faltaba un dedo.

—¡No cinco y ocho! ¡Cinco y nueve! ¡Cuenta también los pulgares! —gruñó Glacian, propinándole otro golpe.

Al hombre se le había encanecido prematuramente el cabello de tanto tratar con criaturas como aquella. Aunque apenas tenía cuarenta años, Glacian parecía tener cincuenta y cinco. Bajo, delgado y encorvado, era una criatura cobarde, hecha para la oscuridad sulfurosa que tanto amaba.

—¡Vete! ¡Sal de aquí! ¡Lo haré yo mismo! ¡Vamos! ¡Sigue hasta llegar a las Cuevas de los Condenados! Serás más útil allí, asado en un palo, de lo que eres para mí.

Eso último no era cierto. Al igual que en Shiv, aquella maquinaria estaba diseñada para ser manejada por goblins. Los espacios de acceso no permitían el paso

de humanos. Aunque numerosos artífices Thran habían ayudado a construir la plataforma, ningún Thran estaba dispuesto a trabajar en aquella oscuridad abrasadora, siempre expuesto al riesgo de quedar achicharrado contra el costado de un horno de fundición. Los ciudadanos de Halcyon no se dignarían a descender desde el paraíso flotante que se alzaba sobre ellos, aunque aquel paraíso se mantuviera en el aire gracias a las piedras de poder de la plataforma. Tampoco los prisioneros de las Cuevas de los Condenados podían ascender para trabajar en ella. Solo los goblins tenían afinidad con aquellos espacios oscuros. Solo los goblins soportaban al irascible Glacian. Incluso sus propios aprendices detestaban a su maestro. Casi mejor así. Glacian prefería la compañía de los goblins.

Glacian recorrió el suelo a grandes zancadas entre pilas humeantes y rejillas que repiqueteaban. Llegó a la matriz de indicadores de los respiraderos. Una llama tibia ardía tristemente sobre el conjunto ennegrecido, proyectando una luz tenue. Glacian tomó un trapo mugriento de un gancho cercano y limpió la suciedad de los indicadores. Después de comprobar los niveles, purgó la presión de los respiraderos cinco y nueve, igualándolos.

—A esos pequeños burlones les vendrían bien unos cuantos dedos más. No paran de perderlos debajo de las esferas.

Un profundo estruendo comenzó en el pasadizo que se abría más allá de las máquinas.

—Ah. Justo acaba de perder uno.

Glacian avanzó hacia el sonido, pasando junto a los costados de acero sudoroso. Conocía cada contorno de aquellos enormes dispositivos. Los había visto todos en su cabeza meses antes de que nadie pudiera verlos en la realidad. Los esquemas se sucedían sin cesar en su mente. Pensaba en estructuras tridimensionales mientras los demás pensaban en palabras. Una idea para un nuevo motor podía nacer al principio de una respiración y estar completamente formada y articulada en su mente antes de que exhalara. El problema eran sus manos, que lo hacían ir más despacio. No podía plasmar sus ideas sobre el papel con suficiente rapidez. Las personas lo ralentizaban todavía más. Un tercio de sus inventos jamás llegaba a construirse por falta de dinero y otro tercio, por falta de interés. El último tercio aparecía a su alrededor, como aquella inmensa plataforma: un instante de inspiración materializado a lo largo de una década por mil trabajadores. El verdadero corazón de aquella inspiración avanzaba rodando

justo delante de él.

Glacian salió de entre las máquinas. Entró en un largo corredor con una ranura acolchada en el centro. La ranura descendía suavemente hacia la cámara de carga de cristal, a su izquierda. A su derecha se aproximaba una visión gloriosa.

Desde la oscuridad surgió una gigantesca esfera cristalina. Era perfectamente lisa. Una esfera sólida de cristal, mediría seis metros de diámetro y pesaría más de cien toneladas. Glacian conocía aquellos datos de manera instintiva. Rara vez pensaba en datos cuando veía las enormes esferas rodar hacia la cámara de carga. Pensaba, en cambio, en la belleza.

Era su única conexión verdadera con la belleza.

Salvo por los omnipresentes goblins que la impulsaban en su camino.

Clavaban toscos bastones de madera bajo la esfera: algunos detrás, para hacerla avanzar, y otros delante, para frenarla. Glacian podría haberles proporcionado una herramienta diseñada para aquel propósito, pero la madera era lo bastante blanda como para no rayar el cristal.

Los huesos de goblin no.

—¡Apartaos! —gritó Glacian, avanzando hacia las cuadrillas de trabajo.

Arrancó de un tirón a una de las pequeñas criaturas de su bastón, que había quedado atrapado bajo la esfera que avanzaba.

—¡Cuidado con esas garras, pequeño escarabajo de mierda! ¿Quieres que esa cosa te pase por encima?

Glacian había prohibido estrictamente que los trabajadores quedaran atrapados bajo las esferas. Aun así, cada mes uno acababa aplastado, dejando marcas de dientes y huesos en una esfera. Glacian a menudo deseaba disponer de una pócima que ablandara los dientes y huesos de los goblins, evitando semejantes daños, pero las artes oscuras de la medicina estaban prohibidas desde la guerra civil.

—Suelta el bastón —aconsejó al goblin, arrastrándolo de vuelta entre las máquinas—. Quedará hecho astillas cuando la esfera pase por encima.

Hombre y monstruo permanecieron uno junto al otro mientras la enorme esfera pasaba rodando. La cosa medía tres veces y media la altura de Glacian. Incluso sobre su suave vía, hacía temblar el suelo.

—Una sola esfera que se romperá en mil piedras de poder. Mil piedras cargadas en una sola irradiación.

Sacudió la cabeza, riendo.

—Están encantados de obtener cien piedras al mes de la plataforma de Shiv.

Un gemido salió del goblin que tenía al lado.

—¡Mirá eso! ¡Mierda!

—¿Qué? ¿Qué?

—Mirá mi palo.

La cosa yacía pulverizada en la vía.

—Mierda.

Glacian apartó al bicho de un empujón.

—¡Típico escroto! Una joya incalculable pasa rodando frente a vos y lo único que ves es una línea de aserrín.

—Mierda —concordó el goblin, pateando las astillas—. Mierda.

Glacian negó con la cabeza. Los goblins eran apenas un poco menos perceptivos que el ciudadano promedio de Halcyon allá arriba. Si no fuera por las máquinas oscuras de Glacian, por su infernal plataforma y por sus incomprensibles servidores, ninguno de los esplendores celestiales de la ciudad existiría. Aquella misma esfera estaba destinada a proporcionar las piedras de fundación del Templo Thran, el edificio más elevado de toda la ciudad. Aunque los habitantes de Halcyon vivían gracias al trabajo de Glacian, dentro de él y sobre él, aun así lo despreciaban y desconfiaban de él.

Ignorando al goblin abatido, Glacian siguió el rastro de la esfera. Los equipos de goblins la empujaban con sus bastones, haciéndola pasar junto a máquinas zumbantes hasta introducirla en la cámara al final del corredor. El centro de la sala estaba ocupado por un pozo circular de casi dos metros de diámetro en el suelo. La esfera quedó asentada sobre él. Las paredes curvas contenían agujeros similares, cada uno conectado a conductos que permitirían el paso de la luz solar proveniente de conjuntos de espejos distribuidos por todo el desierto. El resto de la cámara estaba plateado, de modo que no se perdiera ni un ápice de la energía luminosa del sol ni de la energía térmica del volcán. Incluso la enorme puerta curva por la que habían entrado estaba cubierta de espejos en su cara interior.

Glacian caminó alrededor de la esfera. Goblins parloteantes la pulían con largos paños. Mientras tanto, el hombre contemplaba el interior de la piedra. Era un cristal tan profundo, tan perfecto, que su centro era negro. Cualquier luz que

penetrara en él se desviaba alrededor de su corazón. El futuro yacía allí, en aquel centro invisible. Estaba a apenas tres metros a través del cristal transparente y, sin embargo, bien podría haber sido el núcleo oculto de otro mundo.

—Muy bien, es suficiente —dijo Glacian a los goblins.

Cualquier polvo o aceite en el exterior de la piedra se consumiría en un fogonazo durante los primeros instantes de la irradiación.

—Salgan de la cámara. Aseguren la puerta.

Mientras los goblins salían en tropel, parloteando, Glacian se retiró hacia una escalera curva. Subió por ella.

Los escalones seguían el borde exterior de la cámara de carga. En lo alto había una pequeña habitación, su sala de control. Dentro había una única silla frente a una consola de piedras de poder. Un pequeño portal negro daba a la cámara de carga. Solo cuando recibía un bombardeo de energía suficiente para fundir el basalto, la ventana espejada permitía vislumbrar lo que ocurría allí dentro.

Glacian se sentó frente a la consola. Del centro surgía un conjunto de tubos parlantes. Abrió los tubos. En la base de cada uno descansaba una piedra de poder resplandeciente que transmitiría sus palabras a través de metros y kilómetros.

—¡Cierren las puertas!

—Puertas cerradas —llegó la respuesta.

—¡Deslicen las compuertas térmicas!

—Compuertas deslizándose.

—¡Abran los canales espectrales!

—Canales abriéndose.

—¡Alineen los conjuntos de espejos tres, seis y nueve!

—Conjuntos alineándose.

La pared de la cámara de control comenzó a zumbar y un tenue destello atravesó el cristal ennegrecido.

—Alineen los conjuntos dos, cinco y ocho.

La luz se intensificó. Los conductos alrededor de la cámara vertieron luz sobre la esfera. La energía térmica ardió desde abajo.

—Alineen los conjuntos uno, cuatro y siete.

El resplandor se volvió intenso. Dedos de luz y fuego penetraron en el corazón negro de la esfera. El centro secreto que antes desviaba la luz ya no podía contener la inundación brillante. La piedra resplandeció como un segundo sol. El calor volcánico se propagó hacia arriba a través del cristal. Este retumbó y traqueteó. El resplandor era insoportable, pero Glacian no apartó la mirada.

Aquello era su propia mente: inmensa y perfecta, atravesada por un poder tan magnífico que no podía contenerlo.

Las grietas se extendieron por el cristal como relámpagos a través del sol. Fisuras dentadas se precipitaron desde el corazón hacia afuera en todas direcciones. Las fisuras se encontraron y multiplicaron a lo largo de las líneas de fractura. Pronto, aquello que había sido irregular se volvió regular. En lugar de fragmentos desiguales de piedra, la enorme esfera comenzó a dividirse en joyas perfectas: tetraedros, hexaedros, octaedros, dodecaedros, icosaedros... Se apretaban en capas concéntricas y compactas por toda la inmensa esfera. Allí donde la geometría del espacio no permitía sólidos regulares, aparecieron otras formas resplandecientes: briolettes dispuestas como una explosión de estrellas alrededor del núcleo interno y gemas marquesa proliferando por el borde exterior. Algunas tenían el tamaño de cabezas, otras de corazones, otras de ojos y otras de diminutos dientes, pero todas eran formas perfectas.

Todas aquellas facetas captaron la luz: mil lentes nuevas y cien mil espejos nuevos. Volvió a intensificarse. La esfera tembló violentamente. Si se desintegraba en ese momento, todas aquellas piedras no serían más que montones de vidrio finamente tallado, pero si la esfera lograba mantenerse un instante más...

—Aferrarse más allá de lo imposible —susurró Glacian con avidez.

Sus propios ojos ardían con la furia de la transformación.

—Qué visión.

Golpeó la ventana con un visor de una pulgada de espesor, justo a tiempo. La luz que surgió al otro lado era suficiente para atravesar el acero macizo y dibujar con claridad los huesos de sus dedos en las manos que había levantado.

Dentro de la cámara, una cantidad suficiente de energía pura se deslizó por la esfera para energizar cada una de sus piedras individuales. Las facetas permanecieron perfectas e inmutables, pero el material contenido en cada piedra se transformó de materia en energía pura. Una piedra del tamaño de un diente podía iluminar una habitación entera. Una piedra del tamaño de un ojo podía

propulsar una silla de transporte por toda la ciudad. Una piedra del tamaño de un corazón podía calentar una casa incluso durante el invierno más frío. Una piedra del tamaño de una cabeza podía enviar carabelas surcando el cielo. Una piedra del tamaño de un hombre podía proporcionar los cimientos de un templo aéreo: el Templo Thran.

Glacian se puso de pie. Ya no había nada más que ver. Todos los indicadores de su consola marcaban una sobrecarga. La ventana cerrada resplandecía como cien antorchas. Los tubos parlantes rugían con informes de cuadrillas cercanas y lejanas. Glacian lo ignoró todo. Si todo había salido bien, ahora había mil piedras de poder en la cámara. Si ocurría siquiera un solo fallo, la implosión destrozaría toda la plataforma de maná y haría que la ciudad se estrellara contra el suelo. Ya no había forma de detener el proceso.

Glacian abrió la puerta de la sala de control y descendió tranquilamente por las escaleras. El muro de piedra a su lado, de tres metros de espesor, ardía con luz y radiaba un calor que le rizaba los pelos del brazo. Silbó alegremente. Cuando llegó al pie de las escaleras, la reacción estaba menguando. El aire hirviente siseaba desde válvulas de escape por toda la cámara y habría matado a cualquier criatura que se encontrara en el lugar equivocado. Glacian apoyó la mano en el pestillo. Con una suave presión, liberó el cierre. La puerta se abrió de par en par.

Allí, frente a él, se alzaba la enorme esfera. Resplandecía con intensidad, mil piedras de poder cargadas formando una matriz ante su creador. Finísimas líneas de humo siseaban desde cada grieta y se arremolinaban ominosamente contra el techo espejado. Glacian aspiró su aroma. Era un olor penetrante y letal, el olor del relámpago justo antes de caer.

Un goblin le llevó un bastón de madera, tal como se le había enseñado a hacer. Glacian lo levantó por encima de su cabeza y lo descargó sobre la esfera de seis metros.

Las piedras preciosas cayeron en cascada. Producían sonidos de campanas al deslizarse alrededor de su creador. Glacian permaneció de pie en medio de aquella inundación resplandeciente. Pensó que aquellas piedras, las más grandes de las mil, levantarían el templo que estaba construyendo su amada.

Sí, no eran solamente las máquinas y las piedras las que comprendían al genio Glacian. También lo comprendía su amada, Rebbec.

Cuando los cristales terminaron de asentarse en el suelo a su alrededor, Gla-

cian murmuró al goblin:

—¡Contempla!

Solo que no era un goblin.

La figura andrajosa y decrépita a su lado era humana: un Intocable de las Cuevas de los Condenados. Siempre que podían, escapaban de su prisión profunda y se escabullían hasta la plataforma como ratas curiosas. Aquel lo miró con una sonrisa torcida, los ojos encendidos por una furia animal. Sostenía una de las nuevas piedras de poder en la mano.

—¡Bienvenido a la compañía de los condenados!

El pequeño hombre deforme hundió aquella piedra perfecta en el vientre de Glacian. Durante los instantes siguientes solo hubo forcejeos, sangre y el tenue reconocimiento de que los Intocables estaban amotinándose por toda la plataforma.

Glacian se desplomó, sangrando sobre las piedras resplandecientes que había creado.

No debía haber sangre sobre aquellos cristales brillantes.

No debía haber sangre sobre las piedras de los cimientos del Templo Thran.

—Perdóname, Rebbec. Perdóname.

* * * * *

Rebbec corrió por los pasillos de la enfermería hasta llegar a una intersección. Se detuvo y apartó de los ojos su desordenado cabello rubio.

—¿Por dónde? ¿Dónde está?

Golpeó una pierna con el puño, levantando una nube de polvo de cemento en el aire.

Creía conocer aquellos pasadizos blancos y sinuosos. Después de todo, ella había diseñado el edificio. Largas hileras de ventanas mostraban la gloriosa ciudad, destinadas a brindar esperanza a los enfermos. Las paredes curvas y los tragaluces escarchados pretendían imitar las nubes. Los senderos serpenteantes debían parecer jardines en el cielo. Solo caminar y respirar en aquella enfermería debería haber restaurado la salud. Pero todo aquello, en aquel momento desesperado, se había convertido en un laberinto enloquecedor.

Al reconocer a una de las sanadoras, Rebbec corrió por el pasillo hacia ella.

—¿Sabes dónde está? ¿Dónde está Glacian?

—¿Glacian? —preguntó tranquilamente la mujer, envuelta en sus blancas vestiduras.

—¡Sí, Glacian! ¡El genio de Halcyon! —insistió Rebbec, aferrándose a la mujer—. ¿Sabes dónde está?

Una luz de reconocimiento apareció en los ojos de la sanadora.

—Oh, ¿el hombre apuñalado durante el motín de la plataforma de maná? Sí. Está más adelante, en la habitación de la derecha.

Normalmente Rebbec le habría dado las gracias, pero estaba demasiado concentrada en la puerta.

"El templo, maldito sea", dijo Rebbec. "Me preocupás vos. Dejá que los sanadores hagan su trabajo. Dejá que cierren la herida."

Glacian sonrió, algo poco frecuente. "Esta... se siente profunda. Se siente como si... quizá nunca fuera a cerrarse."

Antes de que Rebbec pudiera responder, un rugido ensordecedor sacudió la enfermería. Se oyó un estrépito desgarrador y gritos: una implosión de una piedra de poder.

Un sanador llegó corriendo desde el pasillo.

—¡Vengan rápido! ¡La mitad del edificio desapareció! ¡La mitad del edificio desapareció!

Rebbec lo miró con estúpido asombro.

—La piedra —jadeó Glacian—. Debe... haber sido... imperfecta.

—¿Cómo podría ser eso? —se preguntó Rebbec, con el rostro velado por el espanto.

Glacian dejó escapar un jadeo sombrío.

—¿Qué piedra perfecta... podría haberme apuñalado?

CAPÍTULO 2

Yawgmoth se apartó de Pilgrim Way y se detuvo en un promontorio rocoso.

El desierto era un vasto disco de color pardo muy por debajo de él. No parecía tanto un lugar como un no-lugar. Desde aquella altura, los matorrales y los árboles raquíticos parecían apenas líquenes aferrados a una piedra estéril. Senderos y rastros de animales formaban una frágil red sobre el suelo. Una única carretera larga atravesaba el desierto, conectando las otras ocho ciudades-estado Thran con su capital, Halción.

Yawgmoth había recorrido a pie cada paso de aquella carretera. El Consejo de Ancianos había revocado su destierro, lo había convocado desde los confines del mundo y le había exigido que abandonara a sus camaradas exiliados para presentarse en la capital del imperio, pero aparentemente no había considerado necesario proporcionarle transporte. Mientras caminaba por Pilgrim Way, cientos de naves celestes habían pasado sobre su cabeza. Al parecer, los cargamentos de grano y cerveza eran más valiosos que Yawgmoth.

No le importaba. Yawgmoth era joven, apenas tenía treinta y cinco años, estaba bien musculado y era más alto que la mayoría de los demás Thran. Su piel bronceada resistía incluso el ardiente sol del desierto, y una espesa cabellera negra formaba un visor natural sobre sus ojos. Sus ropas de viaje, sucias y hechas jirones, ocultaban un cuerpo acostumbrado al trabajo duro y las privaciones. No le importaban el viaje mortal ni el insultante desprecio del consejo. Estaba acostumbrado a ambas cosas.

Antes de recibir su convocatoria, Yawgmoth y todos los practicantes de la «curación médica» habían sido oficialmente desterrados del imperio. Su exilio había puesto fin a una guerra civil que había comenzado cien años atrás. Había sido una guerra por la soberanía de las ciudades-estado. Cuando Halción consolidó su posición como capital del imperio, la guerra se politizó y se convirtió en una batalla entre «artífices» y «eugenistas». Los artífices creían que los Thran debían mejorar construyendo máquinas cada vez más grandes y mejores. Los eugenistas creían que los Thran debían mejorar diseccionando y comprendiendo la máquina de la biología. Ambos querían mejorar a los Thran. No existía conflicto entre los verdaderos artífices y los verdaderos eugenistas. Sin embargo, cada facción estaba respaldada por un partido político: los artífices, por los imperialistas

de la élite, y los eugenistas, por la chusma republicana. Cuando finalmente la chusma fue derrotada, sus campeones eugenistas fueron convertidos en chivos expiatorios y exiliados.

Yawgmoth y sus doscientos seguidores habían vagado durante cinco años entre hombres lagarto y minotauros, goblins y orcos, estudiando las enfermedades que los aquejaban. Los únicos otros Thran que los eugenistas habían visto eran parias: leprosos y lunáticos. No importaba. Leprosos y lunáticos ayudaban a Yawgmoth en sus investigaciones sobre patógenos y contagios. Aunque el Consejo de Ancianos había creído que el destierro castigaría a los eugenistas por su «enfoque poco ortodoxo de la curación», solo les había proporcionado un crisol en el que perfeccionar su arte.

Las enfermedades y las disfunciones no eran causadas por «espíritus malignos», «canales de maná bloqueados» ni «ciclos lunares». Eran causadas por diminutas criaturas que invadían un cuerpo del mismo modo que un ejército podía invadir una nación. Eran causadas por fallas en los procesos físicos. El cuerpo humano no era más que un mecanismo complejo, una máquina como una plataforma de maná. Los Thran no necesitaban depender de sanadores y de la monserga que los acompañaba. Un estudio riguroso de los organismos vivos, su funcionamiento correcto, sus disfunciones habituales y las especies causantes de enfermedades podía dar lugar a un programa de curación completamente material y mundano.

Ahora el Consejo de Ancianos necesitaba la nueva ciencia de Yawgmoth. El gran artífice Glacian se estaba pudriendo como un leproso cualquiera. La magia solo lo empeoraba. Había languidecido durante un año en aquel estado lamentable. Por fin, habían convocado al exiliado.

Una sonrisa se extendió por los labios de Yawgmoth. Su propia gente finalmente había comprendido que lo necesitaba. Ahora que lo habían comprendido, Yawgmoth jamás permitiría que lo olvidaran.

Abajo se extendía el desierto. Arriba flotaba la hermosa y legendaria Halción. Pilgrim Way conectaba ambos lugares, serpenteando por la escarpada ladera de la formación volcánica. Era un sendero empinado y traicionero. Siempre sería así el camino del infierno al cielo. Ahora Yawgmoth se encontraba a apenas unas docenas de pasos de las puertas de aquel cielo.

Una puerta de mármol blanco se alzaba sobre el estrecho camino. Era el doble

de ancha y el triple de alta que cualquier criatura que hubiera podido realizar el ascenso hasta allí. Nichos dentro de las columnas albergaban figuras talladas con gran ornamentación. A un lado había un hombre desnudo y musculoso y, al otro, una mujer desnuda y musculosa. Eran la imagen que los Thran tenían de la belleza perfecta, con miembros enormes y, aun así, dispuestos con natural flexibilidad sobre sus cuerpos sin vello.

Yawgmoth soltó una risa sombría para sí. Había visto cuerpos humanos por dentro y por fuera, explorando cada centímetro. Ni siquiera los cuerpos sanos se parecían a aquellas figuras perfectas.

—Por supuesto que rechazaron mis teorías. Ni siquiera saben cómo son sus propios cuerpos.

Entre las figuras, unas gigantescas puertas de hierro permanecían abiertas de par en par. Las piedras de poder centelleaban en las gruesas barras, joyas encantadas para repeler arietes y matar atacantes. Más allá de las puertas se desplegaba un umbral de mármol blanco, precedido por un arroyo cristalino. Simbolismo arquitectónico. Cuando la gente entraba en la ciudad, el polvo del mundo de abajo era lavado de sus pies. Cuando salía, sus primeros pasos fuera dejaban barro en los zapatos.

Al acercarse, Yawgmoth contempló con asombro el arroyo artificial.

—¿Qué clase de gente desvía un río para hacerlo pasar por su puerta?

—Nosotros —respondió una voz tranquila de mujer desde el otro lado del arroyo—. Bienvenido a Halción, maestro Yawgmoth.

Él alzó los ojos y vio a una joven que vestía las blancas túnicas de un miembro del consejo. La indumentaria ceremonial le quedaba mal. Sus manos se movían con impaciencia dentro de las mangas abultadas y la estola alrededor de su cuello estaba torcida. Su piel bronceada y su cabello aclarado por el sol demostraban que estaba acostumbrada a trabajar al aire libre, y sus ojos pálidos eran agudos e impacientes por encima de aquellas ropas recargadas. Incluso entonces, su mirada descendió hacia la vestimenta y sonrió a modo de disculpa.

—Perdoná mi aspecto. Vine directamente de la enfermería. Esperaba que llegaras allí mediante el transporte aéreo que envié a Phoenon...

Yawgmoth hizo un gesto para quitarle importancia.

—Después de conseguir un pasaje de agua desde Jamuraa y caminar todo el

camino hasta Phoenon, no estaba dispuesto a aceptar caridad.

Bajo su bronceado, la mujer se sonrojó delicadamente.

—Sí. También te pido disculpas por eso. Incluso tuve que librar una batalla para conseguir que revocaran tu destierro. El consejo me prohibió enviar una escolta.

Una sonrisa centelleante iluminó el rostro de Yawgmoth. Era una sonrisa deslumbrante, y él lo sabía.

—Entonces, ¿vos sos quien luchó para traerme de regreso?

—Sí —respondió la mujer—. Yo soy. Mi nombre es Rebbec.

—Ah, la Rebbec. ¡Arquitecta de espacios celestiales! —dijo Yawgmoth, impresionado.

El rubor halagado regresó al rostro de ella.

—¿Has oído hablar de mí?

—Incluso entre los parias y los leprosos, se te conoce, sí —dijo Yawgmoth.

Miró hacia el arroyo claro y fresco que los separaba. Rebbec estaba de pie sobre el mármol blanco y Yawgmoth, sobre el polvo.

—Pero no habíamos oído hablar de esto...

—Es una ablución ritual —explicó Rebbec, sonriendo nuevamente a modo de disculpa—. Pretende recordarnos que nos elevamos desde el polvo del pasado hacia los cielos limpios.

—¿Qué clase de gente...?

—Es diseño mío —lo interrumpió Rebbec—. Y yo tallé al Padre y a la Madre Thran allí, junto a las puertas, y diseñé gran parte de lo que hay dentro, por si querías saberlo.

Yawgmoth se sacudió el polvo de la mochila de lona.

—Ningún pequeño arroyito será suficiente para lavar el mundo de mí. Lo tengo debajo de las uñas y incrustado en la piel. Hasta mi sangre es, en parte, barro.

Ella se agachó junto al arroyo y le hizo un gesto para que avanzara.

—Vení. No pude conseguirte una escolta aérea, pero al menos lavaré los pies que te trajeron hasta aquí.

Mirando fijamente la figura inclinada, Yawgmoth dijo:

—Quizá Halción me dé la bienvenida después de todo.

Entró en el arroyo.

El agua fría serpenteó entre los cordones y el cuero hasta penetrar en las medias andrajosas que llevaba. El barro se desprendió en nubes pardas. Los dedos de Rebbec desataron hábilmente los cordones. Le quitó una bota y luego la media. Su tacto era firme pero delicado mientras lavaba la suciedad del camino. Masajeó las callosidades y alivió los músculos doloridos; después aflojó la otra bota.

Yawgmoth permaneció de pie mientras ella trabajaba. Sus ojos recorrieron la puerta.

—¿También te ocupás del tallado de las gemas?

—Ese es el trabajo de mi esposo —respondió Rebbec—. El que está enfermo. El que te han convocado para curar.

Yawgmoth retiró el pie de sus manos.

—¿Tu esposo?

Recogió sus botas y medias empapadas y salió del arroyo para pisar el umbral de mármol blanco. Sus pies mojados resbalaron.

Rebbec lo sostuvo. Era fuerte y tenía buen equilibrio. Se rio.

—Ese fue un descuido de mi diseño. El mármol mojado resbala.

La risa era contagiosa.

—Entiendo el simbolismo. Un forastero como yo solo puede entrar en la ciudad con la ayuda de un ciudadano...

—De lo contrario podría caerse de culo, sí. Magnífico simbolismo —dijo Rebbec con ironía—. Vení, apoyate en mí hasta que lleguemos a la silla de transporte.

—No tengo otra opción.

—Podrías caerte de culo.

—No en tan agradable compañía.

Yawgmoth se apoyó en Rebbec mientras ambos avanzaban bajo la sombra del arco. Una piedra del color del hielo formaba un túnel corto. El arco tenía una curva suave que impedía vislumbrar la ciudad antes de cruzar el umbral, y a nadie dentro de la ciudad le permitía contemplar el mundo exterior sin salir. El camino, que ascendía lentamente, recordaba a quienes entraban que debían subir, y que subir requiere esfuerzo.

Más allá de la curva, Yawgmoth tuvo su primera visión de la elevada Halción.

La ciudad era espléndida. Sus resplandecientes distritos ascendían a través de ocho terrazas hasta alcanzar el punto más alto, la meseta occidental. Calles de ladrillo blanco serpenteaban entre casas de tres y cuatro pisos construidas en piedra caliza. Los edificios más pequeños y convencionales estaban coronados por tejados de tejas azules. En la terraza más alta se alzaban minaretes con cúpulas bulbosas, arcos voladizos y contrafuertes esbeltos. Allí se encontraban un enorme estadio y, junto a él, el anfiteatro, el Salón del Consejo y el tribunal superior. Bibliotecas, archivos, palacios nobles, templos... la ciudad colmaba las ocho terrazas hasta el borde mismo de la escarpada formación. Una ancha muralla blanca la rodeaba por completo. Arcos abiertos en la muralla conducían a cinco puertos aéreos, donde flotaban las carabelas mercantes.

—Una ciudad hermosa —dijo Yawgmoth—. Una visión salida de un sueño.

—Ese edificio de allí, con las terrazas blancas superpuestas y el ábside cubierto de hiedra, es la enfermería. Ahí nos dirigimos.

Yawgmoth asintió.

—Estaba a punto de decir que parece una pila de platos esperando que los laven, pero, por supuesto, este es uno de tus diseños?

Ella ladeó la cabeza.

—Aprendés rápido.

Señaló una silla de transporte cercana. Era un asiento bajo, rodeado por una estructura ornamentada de delgadas barras blancas.

—Este es nuestro transporte.

—¿Esto? —preguntó Yawgmoth, señalando el delicado artefacto—. Estoy acostumbrado a viajar en carretas llenas de estiércol.

Rebbec ya estaba subiendo. Sus voluminosas vestiduras quedaron enganchadas en la estructura de la silla, y tuvo que liberarlas con fastidio.

—Seguí conmigo, Yawgmoth, y la ciudad es tuya.

—Parece que así será.

Se acomodó en el asiento junto a ella. Estaba cubierto de bordados azules y negros, y el polvo de las vestiduras de Yawgmoth se desprendió sobre la fina tela. Depositó con cuidado su mochila en un pequeño compartimento detrás

del asiento.

—Traje todas mis provisiones, aunque son bastante escasas.

—La enfermería tiene todos los suministros posibles —dijo Rebbec, mirando el cielo—. Los sanadores están bien abastecidos. Estoy segura de que tienen todo lo que puedas necesitar.

—¿Cuchillos, sierras para huesos, agujas curvas, pinzas para tejidos, sanguijuelas, derivaciones, opiáceos, sedantes, alcohol...?

Una expresión sombría apareció en el rostro de Rebbec.

—Me alegra que hayas traído tus provisiones. Había olvidado lo... revolucionarios que son tus tratamientos.

Ahuecó la mano debajo de una piedra de poder engastada en un soporte elevado de plata. Sus dedos tocaron suavemente la piedra y tiró hacia arriba. Aunque la piedra no se levantó, la nave sí lo hizo.

Se deslizó suave y silenciosamente hacia el aire. La enorme puerta quedó atrás. Los tejados de tejas azules reemplazaron a las calles de ladrillo blanco.

Yawgmoth la contempló, intrigado.

—Hablando de revolucionario.

—Imaginá que esta gema es la silla de transporte. Al presionar su base, elevo la nave y a nosotros con ella. Para girar, simplemente presiono de un lado o del otro. Para elevar la proa o la popa, aplico presión allí.

—¿Y qué pasa si soltás la mano? —preguntó Yawgmoth, apartándosela.

La gema permaneció donde estaba, suspendida en su soporte, y la nave también permaneció en su sitio.

Rebbec sonrió.

—Es un diseño de mi esposo. No podés caer del cielo. Una silla podría quedar suspendida para siempre.

—A menos que fallen las piedras de poder —dijo Yawgmoth mientras la nave asomaba sobre los tejados que se alejaban.

—Las piedras de poder no fallan —dijo Rebbec.

—Sí fallan —respondió Yawgmoth—. Van a fallar.

Las calles blancas de la ciudad se entrecruzaban muy por debajo.

—Una vez cargadas, son más duras que los diamantes, que la adamantita. Son geométricamente perfectas y, mientras la geometría no cambie, no fallarán.

Yawgmoth señaló el borde de la enfermería, donde los trabajadores trepaban entre andamios y moldes de cemento.

—¿Qué pasó con esa ala de la enfermería?

Rebbec miró al hombre con brusquedad, pero la nave no vaciló.

—¿Escuchaste sobre el accidente? ¿Se hablaba de eso en el camino?

—Tuve tiempo de separar las historias de los viajeros... de determinar qué emergencia había provocado mi regreso —respondió Yawgmoth con sencillez.

—Eso fue una anomalía. Esa piedra aún no había terminado de cargarse cuando... cuando el Intocable la clavó... Creo que la sangre comprometió su matriz.

—Escuché que había sangre en muchas de las gemas. ¿Te deshiciste de ellas?

—Aquí estamos —dijo Rebbec, haciendo aterrizar suavemente la silla de transporte sobre la enfermería.

Varias otras naves estaban posadas sobre plataformas de abedul que sobresalían del tejado de tejas. Una escalera descendía desde allí. Rebbec soltó la piedra de poder, salió de la nave y bajó por las escaleras.

Yawgmoth tomó su mochila y la siguió.

—Las usaste, ¿verdad?

Una puerta se abrió abajo y Rebbec la atravesó.

—Limpiamos y revisamos cada piedra antes de utilizarla. Ninguna mostró señal alguna de defecto o debilidad.

—La verdad es que no sabés qué provocó la implosión.

Caminó junto a ella por un corredor suavemente iluminado.

—En realidad no sabés cómo funcionan las piedras de poder. Has creado una ciudad entera que depende de una fuente de energía que no comprendés. «¡Magia!», decís. «¡Es magia!». Oh, qué ingenioso. Y después, cuando la magia falla, decís simplemente: «¡Debe haber sido más magia!». ¡Mirá esta enfermería! Es un monumento a la superstición y la charlatanería. Has puesto tus esperanzas en farsantes y embaucadores. No es de extrañar que tu marido, ese genio, esté muriendo de una enfermedad degenerativa.

Pronunció esto último justo cuando atravesaban una puerta hacia una habi-

tación donde se encontraba un hombre de cabello gris.

El paciente, porque eso era claramente lo que era en su silla de ruedas impulsada por una piedra de poder, estaba pálido y demacrado. Tenía los ojos y las mejillas hundidos, los hombros caídos. Levantó la mirada hacia los dos recién llegados. Sus ojos se posaron primero en Rebbec y luego se desplazaron hacia Yawgmoth.

—Vos debés ser Yawgmoth. Soy Glacian, el marido genio que se está muriendo de una enfermedad degenerativa.

En el incómodo silencio, Yawgmoth dijo:

—Ya no.

Se echó la mochila al hombro y avanzó con confianza hacia el hombre de la silla. Se quitó la capa de viaje y la dejó en el suelo, apoyó la mochila sobre la cama y abrió la solapa de un tirón. El polvo se depositó sobre la colcha. Vertió agua de una jarra en una palangana y se lavó las manos hasta los codos. Luego volvió a su mochila y sacó con cuidado un pequeño cuchillo, unas pinzas y varios frascos con tapones.

—Se acabaron las supercherías. Vamos a descubrir la causa de tu enfermedad. Vamos a curarte.

Glacian dirigió a Rebbec una mirada de resignación y soltó un suspiro ronco.

—Tenés que entender que no sos ningún salvador, Yawgmoth. Hemos terminado con los verdaderos sanadores. Han agotado sus técnicas y ahora, desesperados, recurrimos a vos. No estamos dejando de lado la brujería. La estamos convocando.

Glacian sostuvo al hombre corpulento con una mirada firme.

—Tus supuestos métodos nos son demasiado conocidos. Yo estaba entre los ancianos que votaron por tu destierro original. Si dependiera de mí, seguirías atrapado en la lejana Jamuraa, metiéndoles palos por el culo a mulas sifilíticas. Pero mi esposa teme por mí, y el consejo y la ciudad están aterrados ante la idea de prescindir de mí, ya que soy el único que comprende de verdad la maquinaria que hay debajo de esta ciudad. Están dispuestos a probar cualquier cosa. Y vos, Yawgmoth... apenas calificás como cualquier cosa.

Los hombres se miraron. El odio saltó entre ellos como chispas.

Glacian continuó:

—Sin embargo, acertaste en una cosa. Me estoy muriendo de una enfermedad degenerativa. Estoy resignado a ello. Solo gracias a esa resignación permito que me pinches y me raspes. No podés empeorar las cosas más de lo que pronto lo hará la propia muerte.

Yawgmoth apartó la mirada y rio suavemente.

—No dirías eso si fueras una mula sifilítica.

Glacian se rio con él. El sonido hizo que Rebbec volviera a respirar. No había tomado aire desde que había entrado en la habitación.

Su marido tosió ásperamente y luego dijo:

—Aunque fuera una mula sifilítica, seguiría diciéndolo.

—Entonces me corresponde convencerte de lo contrario —dijo Yawgmoth—. A vos y a toda la ciudad.

Se agachó junto a la silla.

—Ahora, las historias del camino dicen que hay lesiones. Veamos.

Los ojos de Glacian se encendieron.

—¿Historias del camino?

—Todo el imperio está preocupado —lo tranquilizó Yawgmoth.

Aquellas palabras calmaron el ego del hombre y la furia de sus ojos se apagó.

—De hecho, no sos el único que padece esta afección. En algunas ciudades-estado se está volviendo endémica, si no epidémica. Muchos de los pobres han sido infectados. Se dice que las Cuevas de los Condenados están infestadas de ella. Incluso algunos miembros de la élite la padecen. Pero, por supuesto, vos sos el primer tesoro nacional que contrae la enfermedad. Ahora, veamos.

—La peor zona está en su espalda —dijo Rebbec, acercándose rápidamente a su marido y apartando la bata de su hombro.

—¿Podés inclinarte?

—No me inclino ante ningún hombre —gruñó Glacian—. Como pronto descubrirás.

—Entonces será la cama —dijo Yawgmoth.

Glacian se encontró de pronto entre sus brazos. Los movimientos de Yawgmoth fueron tan rápidos y seguros que no hubo tiempo para objetar. Trasladó a su paciente boca abajo sobre la cama y apartó sumariamente la bata de su cuerpo.

Glacian yacía allí, pequeño y jadeante. Sus costillas se marcaban bajo una piel del color de los hongos. La piel estaba cubierta por una gran masa de lesiones supurantes. Cien manchas oscuras se extendían por una de sus escápulas. De los puntos rezumaba una sustancia blanca. Cada lesión mostraba una cola oscura que se hundía en el músculo.

—¿Cuándo aparecieron por primera vez?

—Justo después del ataque —respondió Rebbec—. Aparecieron una por una. Los sanadores solo empeoraron las manchas. También hay zonas afectadas en su vientre y en su nalga izquierda.

—Ah —replicó Glacian con sequedad—. Querrá ver eso.

—No —dijo Yawgmoth—. Hoy no. Hoy quiero ver esto.

Sacó el pequeño cuchillo que había traído de la mochila y raspó suavemente parte del líquido viscoso de las lesiones. Con cuidado de no tocar la sustancia, limpió el material del cuchillo sobre el borde de un frasco destapado. Cerró el frasco.

—Este fluido me dirá mucho sobre el origen de esta enfermedad. Es linfa, una de las defensas del cuerpo contra las enfermedades. Su composición me dirá contra qué clase de enfermedad está luchando tu cuerpo.

—¿También querés que escupa y mee en tus frascos? —se burló Glacian.

—Pronto —respondió Yawgmoth con suavidad—. Primero...

Con unas pinzas, tomó el extremo de uno de los pelos grasientos que sobresalían de una lesión. Tirando de él de un lado a otro, fue desgarrando lentamente la piel que lo rodeaba. Glacian se estremecía con cada tirón y apretaba las manos contra la cama. Yawgmoth persistió hasta que el pelo salió, arrastrando consigo un jirón de carne. Lo depositó cuidadosamente en otro frasco.

—Esto es un folículo, un tejido especializado. El efecto de la enfermedad sobre él me dirá mucho acerca de la forma en que se propaga.

—¿Por qué no me cortás directamente la espalda? —protestó Glacian.

—Sí, ¿por qué no? —respondió Yawgmoth.

La punta de su cuchillo se hundió en la piel sana, justo al lado de una gran lesión. Con una lentitud precisa que podría haber parecido deleite, Yawgmoth introdujo la hoja por debajo de la lesión y cortó lo bastante profundo como para llevarse consigo la cola de la infección junto con el cuerpo principal. Los

nudillos de Glacian se pusieron blancos sobre la cama.

Yawgmoth terminó el corte y levantó con unas pinzas el disco de piel. Sangre oscura brotó del agujero que había abierto.

—Y esto... esto es la enfermedad en miniatura. Esto me dirá cómo se desarrolla.

Depositó el fragmento ensangrentado en un tercer frasco. La sangre comenzó a correr por el corte y Yawgmoth dejó caer distraídamente un trozo de lana blanqueada sobre la herida.

—Hay que reconocerlo, tus métodos —dijo Glacian—. Sabés cómo provocar dolor.

Yawgmoth sonrió con su sonrisa deslumbrante.

—Tengo maneras de evitar el dolor, opiáceos y cosas por el estilo, pero no imagino que te interese ese tipo de brujería.

—La próxima vez sí —dijo Glacian—. La próxima vez sí.

Yawgmoth asintió y guardó los frascos en su mochila andrajosa.

—Mientras tanto, Rebbec, debés evitar tocar cualquier zona infectada, la linfa o la sangre de tu marido, incluso lo que parezca piel sana. Todavía no sabemos cómo se propaga esta enfermedad de persona a persona, y corrés un grave riesgo de infectarte vos también.

Rebbec protestó:

—Pero llevo más de un año tocándolo.

—Debés dejar de hacerlo —respondió Yawgmoth con severidad—. Nada de contacto piel con piel, ni caricias afectuosas en el cabello, ni besos, ni tomarse de las manos, ni abrazos, a menos que haya una tela de lino limpia entre ustedes.

—¡Llevás aquí apenas unos momentos y ya estás intentando envolverme en un sudario! —dijo Glacian.

Yawgmoth cubrió rápidamente al hombre con una manta y lo depositó en la silla.

—Estoy intentando mantener a tu esposa fuera de un sudario. Les daré la misma instrucción a los sanadores que te atienden.

Cerró la mochila y la levantó junto con su capa.

—Ahora necesito un baño, descansar y un lugar donde trabajar con las mues-

tras.

Rebbec se agachó junto a la silla de su marido. Sus manos se apartaban nerviosamente de la piel y la ropa del hombre.

Distraída, dijo:

—He dispuesto unos apartamentos cerca, a poca distancia, para que puedas llegar fácilmente hasta mi marido a cualquier hora. Hay un espacio de trabajo, mesas, armarios, mucha luz, una vista espléndida...

—¿Otro de tus diseños? —bromeó Yawgmoth.

Cuando Rebbec asintió, él rio.

—«Seguí conmigo», dijiste. «Y la ciudad será tuya».

Le tomó el brazo y la hizo levantarse, alejándola de su marido.

—Voy a seguir con vos.

CAPÍTULO 3

Yawgmoth se incorporó en la cama, con las sábanas cubriéndolo. Llevaba meses en aquel apartamento. Empezaba a sentirse como en casa.

La luz de la mañana entraba a raudales por los tragaluces orientales. En las altas ventanas sobre el muro occidental, la ciudad alta flotaba en un panorama dorado. Era típico de los diseños de Rebbec. Su arquitectura siempre dirigía la mirada hacia arriba y, después, los pies. Las entradas estaban al este, el lugar de los orígenes, y en el nivel más bajo. Al ascender mediante una suave curva, quien entraba llegaba a contemplar una vista espectacular del oeste, el lugar de los destinos. El Salón del Consejo, el anfiteatro, los palacios, los templos... el perfil de la octava terraza ofrecía un festín visual. Por medio de escaleras suaves, el observador ascendía hacia aquella visión.

Rebbec lo llamaba la Arquitectura de la Ascensión, capaz de transformar a todo aquel que entrara.

La cama era otra entrada, que recibía a una persona desde la tierra de los sueños. Yawgmoth acababa de regresar de uno de ellos. Allí había estado visitando a Rebbec. Sus ojos soñadores la habían visto acercarse, llevando en brazos un mundo perfecto. Excepto que no era un mundo perfecto, sino su marido enfermo.

—Tisis artificial —bostezó Yawgmoth.

Glacian padecía tisis artificial, una degeneración progresiva. La magia no hacía más que exacerbarla. Retirar la piedra de poder de la silla con ruedas de Glacian había permitido que las lesiones de su espalda desaparecieran. Otros avances habían llegado más lentamente. Yawgmoth había encontrado abundantes organismos microbianos, a los que llamaba «pequeñas bellezas», en las distintas muestras obtenidas de su paciente, pero todos eran infecciones secundarias. Los microbios primarios se le escapaban. Yawgmoth empezaba a preguntarse si la criatura que buscaba tendía un puente entre los mundos de la carne y la magia, afectando a ambos pero residiendo en ninguno.

—Puede que hoy mismo lo descubra.

En busca de respuestas, se dirigía al lugar más sucio y oscuro de Halción: las Cuevas de los Condenados. Aquel laberinto de cavernas bajo la plataforma de maná era el hogar de los marginados criminales de Halción, los Intocables.

Estaban plagados de tisis artificial. Seguramente Glacian había sido infectado por el hombre que lo había apuñalado. Si encontraba a ese hombre, encontraría el origen de la enfermedad.

Las Cuevas de los Condenados habían sido en otro tiempo una colonia penal, adonde la ciudad enviaba a todos sus incorregibles. Ladrones y asesinos eran enviados a las tinieblas azufradas. Allí debían cultivar hongos, atrapar peces de ojos ciegos y tallar obsidiana. Allí debían aprender a cooperar en comunidad o morir. Algunos habían aprendido demasiado bien. Se habían unido, habían derrocado a sus consejeros y facilitadores y se habían apoderado de las cuevas. Cada intento de Halción por obligarlos a rendirse había terminado con negociadores muertos. Se declaró la guerra. La guardia de Halción marchó para recuperar las cuevas. Los prisioneros lucharon con ferocidad en su propio territorio. Finalmente, la ciudad cedió. Selló todas las entradas salvo una y apostó allí una guarnición para impedir las incursiones hacia arriba.

Aunque la ciudad había perdido el control de su colonia penal, no había perdido un depósito para sus desechos humanos. Todos los días, procesiones encadenadas de prisioneros descendían hacia las tinieblas. Sus crímenes eran lo bastante graves como para provocar la renuncia a su ciudadanía. A los ciudadanos de Halción se les permitía descender a las cuevas para visitar a sus familiares, atender a los enfermos o hacer lo que se atrevieran más allá del alcance de la ley y la razón. Sus armas eran registradas, y el ciudadano no podía salir hasta devolver todas las armas que hubiera llevado consigo. Algunos ciudadanos incluso bajaban para quedarse allí: lunáticos y necesitados, rezagados, jóvenes descontentos, pervertidos, pendencieros y toda clase de personas que encontraban la vida en el cielo más infernal que la vida en el infierno.

Como Rebbec había dicho alguna vez, Halción era un lugar de ascensión, y algunas personas preferían descender.

Hoy, Yawgmoth era una de ellas. Se puso sus viejas ropas de viaje. El cuero había sido limpiado y remendado, por insistencia de Rebbec. Incluso estando andrajosas, habían demostrado ser resistentes a las dagas por la espalda. Las placas metálicas y la cota de malla cosidas en el forro lo garantizaban. Eran las ropas que lo habían protegido de ataques de orcos y hombres lagarto. Seguramente también lo protegerían de los enfermos. En un bolsillo interior guardó frascos metálicos y un juego de escalpelos. En otro introdujo tres linternas de piedra de poder. Junto a la puerta había dos largas madejas de cuerda guardadas en bolsas.

Yawgmoth se ajustó alrededor de la cintura un cinturón ancho con dagas, dardos y un par de espadas, todas bañadas en veneno.

Yawgmoth se sentía como en casa en compañía de los condenados.

—¡No hay nada que podamos hacer por vos una vez que desciendas! —gritó el capitán de la guardia desde el terraplén sobre las Cuevas de los Condenados.

—Nunca hubo nada que pudieran hacer por mí —respondió Yawgmoth por encima del hombro.

Se encontraba sobre un pozo de piedra que descendía hacia una oscuridad absoluta. El espacio parecía una laringe cubierta de mucosidad, una que Yawgmoth había abierto en otra ocasión, y un aliento frío ascendía desde el negro corazón del mundo. Los miles que habían descendido hasta allí habían tallado un sendero en zigzag a lo largo de una de las paredes inclinadas.

Yawgmoth no tenía paciencia para descender como los demás. Se agachó para comprobar el cable que había atado a la columna de piedra y luego arrojó la enorme madeja al espacio sin luz que se abría bajo él. La cuerda se desenrolló. El lazo desapareció por la gigantesca garganta de piedra. Se tensó de golpe y azotó la pared. Yawgmoth se envolvió una vez con la cuerda, guardó la linterna en su cinturón, se puso guantes con las palmas de acero, aferró con una mano la cuerda que tenía encima y sujetó con la otra los cabos que tenía debajo.

—¡Descubrirán que no tenés parientes ahí abajo! ¡Te quitarán las armas, te matarán y te comerán! —insistió el capitán—. ¡Caníbales! ¡Locos! ¡Monstruos!

—Locos, monstruos y yo —declaró Yawgmoth.

Se lanzó al vacío. Permaneció suspendido un instante y luego cayó en picada. La cuerda silbó entre sus manos. La linterna parpadeó. Su luz dorada dibujó un círculo sobre las paredes de la cueva. Yawgmoth apretó el agarre. La cuerda se tensó de golpe. Yawgmoth extendió las piernas, viendo cómo su propia sombra se alzaba sobre la pared. Sus pies golpearon la piedra. Volvió a impulsarse y soltó la cuerda que zumbaba. Las paredes ondulantes se deslizaron hacia arriba a su alrededor. Siguió cayendo.

El aire de la cueva se volvió más frío y húmedo mientras descendía. Oscuridad arriba y oscuridad abajo. Yawgmoth habitaba un delgado anillo de luz. Cada vez que sus pies golpeaban la piedra, la linterna parpadeaba, una piedra de poder suelta, y amenazaba con apagarse. Era el tipo de momento claustrofóbico que habría hecho perder la razón a la mayoría de los hombres y mujeres, pero Yawg-

moth no necesitaba ni luz ni suelo firme para sentirse en casa. Solo se necesitaba a sí mismo.

Un salto lo llevó hasta un saliente. Su círculo de luz reveló un montón de huesos, los restos de viajeros que habían resbalado del sendero y aterrizado formando pilas destrozadas. La caída los había matado, y algo se los había comido: grillos cavernarios, cucarachas, ratones, quizá los propios condenados.

Más abajo, Yawgmoth pasó junto a una mujer vestida con harapos que ascendía. Se acurrucó a la sombra de una estalagmita. Si llevaba una luz consigo, la tenía oculta bajo sus ropas raídas. La veloz aproximación de Yawgmoth debió de resultarle aterradora. Él la miró directamente a los ojos y le mostró su sonrisa resplandeciente. La expresión de miedo de ella se intensificó. Yawgmoth hizo retumbar sus botas al tocar el suelo junto a su escondite. Mantuvo la mirada fija en la de ella. Luego volvió a impulsarse y siguió descendiendo.

La mujer salió de su escondite, encendió su propia luz, una cosa rudimentaria de aceite y mecha, y trepó por el sendero traicionero.

Yawgmoth continuó descendiendo. Durante un tiempo, solo se oyó el zumbido de la cuerda pasando por los guantes de palmas de acero y el ritmo de las botas golpeando la piedra. La primera cuerda había medido mil pies de largo, con nudos en sus últimos cincuenta pies. Ahora llegó a esos nudos y se detuvo para atar el tramo de quinientos pies que llevaba alrededor de la cintura. Lo condujo hacia abajo pasando junto a más de lo mismo, hasta que los nudos de su extremo le golpearon las manos.

Se detuvo bruscamente, suspendido en el aire bajo un saliente. Sacó la linterna de su cintura y la sostuvo delante de sí. El pozo descendía directamente hacia la oscuridad, pero allí abajo se movían figuras.

Eran humanas, o alguna vez lo habían sido. La oscuridad perpetua les había dado a la piel una palidez sobrenatural. Sus ojos eran grandes y negros sobre los rostros. Arrugas de ceño marcaban sus bocas. Cicatrices de cuchillos surcaban mejillas y mandíbulas. Ropas mugrientas cubrían cuerpos demacrados. Los hombres más grandes vestían las prendas más gruesas, limpias y nuevas.

Un hombre gigantesco se encontraba en el centro de la multitud. Era más alto que Yawgmoth y pesaba el doble. Vestido con lana abrigada y armado con varias armas, era un hombre de considerable influencia y capacidad.

—Será mejor que empieces a subir, araña —gruñó el hombre—. Aquí no

hay guardias.

Suspendido sobre ellos, Yawgmoth dijo:

—No soy un guardia. Soy un sanador.

Una risa furiosa recorrió a los condenados.

El gigante dijo:

—¿Un hombre que sana con espadas?

—Un sanador que conoce las hojas, grandes y pequeñas —respondió Yawgmoth.

—¿Por qué vendría un sanador aquí? —preguntó el gigante, haciendo discretamente una señal para que algunos de los suyos subieran hasta el saliente sobre Yawgmoth.

—Busco a un hombre, un hombre con una enfermedad mortal, una enfermedad que está devastando a tu gente —dijo Yawgmoth.

Figuras cobardes comenzaron a avanzar por el sendero.

El gigante siseó:

—¿Mi gente? ¿Mi gente? ¿Desde cuándo les importamos a parásitos como ustedes?

Yawgmoth no vio motivo para mentir.

—Desde que el artífice Glacian contrajo la plaga. Quiero encontrar al hombre que lo apuñaló, si es que aún vive. Fue durante el último ataque a la plataforma de maná, hace poco más de un año. Un prisionero apuñaló a un hombre de cabello blanco que se encontraba en la cámara de carga. Quiero encontrar a ese prisionero. Quiero estudiar la enfermedad que lo está matando a él, a Glacian y también a muchos otros aquí. Si puedo trazar las etapas de la degeneración, si puedo descubrir los factores que conducen...

Sus palabras se interrumpieron, al igual que la cuerda que lo sostenía. Yawgmoth cayó treinta pies hacia el suelo de la caverna.

Los prisioneros se dispersaron bajo él. Solo el gigante permaneció.

Yawgmoth cayó al suelo y rodó. Se levantó de un salto, con un par de espadas relumbrando en las manos. Las hojas chocaron contra las del propio gigante, que ya convergían para cercenarle la cabeza. Rechazó el acero de un golpe, se agachó y se apartó.

El hombre gigantesco se abalanzó tras él. Yawgmoth fue más rápido. Giró sobre sí mismo. Sus espadas chocaron contra el metal del prisionero y le abrieron un surco superficial en el costado.

Yawgmoth retrocedió tambaleándose y recuperó el aliento. El gigante se detuvo. Se pasó una mano ensangrentada por la herida.

—Si voy a sumar a este sanador con espadas a mis quinientas treinta muertes, me gustaría saber su nombre.

—Soy Yawgmoth. Pronto todos ustedes conocerán ese nombre... y se alegrarán de conocerlo. —Cargó contra el gigante, con las espadas trazando arcos separados hacia el hombre—. Todos menos vos. Vos vas a morir. —Yawgmoth desvió de un golpe las defensas de su enemigo y lo atravesó. El acero, como una lengua, volvió a probar la sangre del hombre. La espada emergió carmesí—. ¿Y a qué rey del inframundo tengo el honor de matar?

Sangre cubría los dientes del hombre mientras retrocedía tambaleante, sonriendo. Sus subordinados rieron por lo bajo entre las sombras.

—¿Rey? Solo soy un guardia de la puerta. Soy Darin, el Guardia de la Puerta.

Como si se sintiera insultado, Yawgmoth envainó las espadas.

—Ya ni siquiera sos eso.

Su mano se movió desde el cinturón. Un dardo surcó el aire. Se clavó temblando en la frente de Dorin. El hombre permaneció de pie un momento más, mientras el veneno se extendía por su cerebro. Aquella mueca sangrienta fue su última expresión. El hombre cayó como un árbol talado.

Yawgmoth caminó tranquilamente hasta el hombre caído y le pisó la espalda. Se volvió lentamente. Sus ojos clavaron a los demás, uno por uno, contra la pared.

—Tengo más dardos envenenados aquí, suficientes para cinco de ustedes. También hay dagas, espadas y otros recursos. Todos tendrán su turno. O, tal vez, pueden creerme y conducirme hacia el interior.

Una anciana habló desde la oscuridad.

—¿Quién sino un soldado vendría a buscar al hombre que apuñaló a un genio?

—Ya no importa qué soy, soldado o sanador. Solo importa que dirija mi atención hacia otra persona. ¿Les importa si planeo matar al hombre? Más les vale preocuparse por si ustedes serán los primeros a quienes mate.

—Yo te llevaré hasta él —dijo un niño.

La voz era aguda y decidida, e inmediatamente quedó ahogada por un coro de adultos que protestaban. Se agruparon alrededor de él y alguien empezó a arrastrar al niño, que se resistía, hacia el interior de las cuevas.

—¡Aléjense de él! —gritó Yawgmoth.

Se lanzó contra la multitud.

—¡Cualquiera que esté cerca del niño morirá!

Como ratas asustadas, volvieron a dispersarse. Solo quedó el niño. Sus mejillas mostraban marcas rojas donde alguien le había apretado la mano contra la boca. El miedo brillaba en sus ojos enormes, pero no retrocedió como los demás.

Yawgmoth se detuvo frente a él y se arrodilló. Fijó al niño con una mirada penetrante.

—¿Sabés quién apuñaló al hombre hace un año en la plataforma de maná?

El muchacho asintió.

Yawgmoth extendió la mano hacia él.

—Llevame hasta él.

El niño condujo a Yawgmoth por un pasadizo bajo y en pendiente que serpenteaba irregularmente hacia la oscuridad. El niño avanzaba con seguridad sobre aquellas piedras deformadas. Yawgmoth no tanto. Se aferraba al niño con una mano y sostenía su luz de piedra de poder con la otra. La luz parpadeaba débilmente delante de ellos. Detrás se oían los pasos furtivos de otros que los seguían. Aquí y allá, oscuros arcos se abrían hacia cámaras laterales. Ojos embrujados observaban desde dentro. El acero centelleaba. El niño no tomó ninguno de esos desvíos.

Yawgmoth habló, con la voz líquida contra la piedra.

—¿Adónde vamos? ¿Dónde está este hombre?

El niño respondió con naturalidad:

—Está en la cueva de cuarentena con los demás.

—Ah. Muy bien —dijo Yawgmoth asintiendo—. Una cueva de cuarentena.

—Cuando alguien se enferma, lo mandan allí.

—Para impedir que se propague —aportó Yawgmoth—. Eso está bien.

El niño negó con la cabeza.

—Aun así, se está propagando.

Llegaron al final del pasadizo sinuoso. Se abrió a un elevado saliente. Debajo se extendía una enorme caverna. Parecía un valle del mundo exterior, con la bóveda sumida en la noche y el suelo salpicado de diminutos fuegos. Rostros se agrupaban alrededor de aquellas llamas. Cerca, figuras dormían envueltas en haces de harapos. Había miles en aquella caverna. Algunas levantaron los ojos para ver a los recién llegados, el hombre alto y el niño pequeño, con su luz inútilmente atravesando la oscuridad abrumadora.

—¿Es esto? —preguntó Yawgmoth, atónito.

—Sí —dijo el niño—. La cueva de cuarentena.

—¿Todos aquí tienen tisis artificial, la enfermedad?

—Todos.

Yawgmoth se agachó junto a él, no esta vez para mirarlo a los ojos, sino para sostenerse y ocultar los suyos de la visión que tenía delante.

—¿Está aquí? ¿El hombre que apuñaló a Glacian? ¿El hombre de la plataforma de maná?

La mirada del niño se volvió absolutamente solemne.

—Sí, está aquí. Se llama Gix.

CAPÍTULO 4

A la cálida luz de la mañana, Gix y Glacian estaban sentados uno frente al otro. El odio, natural en ambos hombres, desgarraba el aire entre ellos. Glacian había reconocido de inmediato al Intocable que lo había apuñalado e infectado. Gix había reconocido de inmediato al Halcyte al que había intentado matar. Si hubieran tenido la oportunidad, ambos hombres habrían repetido aquella pelea de hacía tanto tiempo, intentando terminarla de otra manera.

Por fortuna, Glacian y Gix estaban demasiado devastados por la tisis artificial como para luchar. El odio que compartían era apenas menos poderoso que la enfermedad que compartían. Las lesiones se desplazaban por el cuerpo de Glacian en lentos enjambres. No había mejorado en los meses transcurridos desde la llegada de Gix. Gix, en cambio, había mejorado considerablemente. Eso era bueno. Cuando Yawgmoth lo había encontrado, no había sido mucho más que un esqueleto viviente.

La enfermedad unía a aquellos enemigos. También lo hacía el odio que ambos sentían por el hombre que era su sanador, su captor y su torturador, su única esperanza y su probable perdición.

Yawgmoth trabajaba aquella mañana con una energía inusual. Se movía con eficiencia desde su mesa de trabajo hasta el nicho de ventanas donde realizaba sus sesiones de curación. Cada mañana, después del desayuno, llevaban a los dos pacientes desde la enfermería y los depositaban en el nicho.

Durante todo el día, Yawgmoth trabajaba sobre ellos: extraía muestras de tejido, aplicaba ungüentos, introducía tiras de metal bajo la piel, les hacía tragar brebajes y polvos, registraba los resultados y diseñaba nuevos tratamientos...

Trabajaba como un artista en un estudio elevado: ataques maníacos de inspiración intercalados con largos períodos de ensimismamiento lánguido. Caminaba de un lado a otro con furia, improvisaba instrumentos a partir de cubiertos, preparaba mezclas repugnantes y, durante todo ese tiempo, hablaba con sus sujetos.

—La única sustancia que ha tenido algún efecto real sobre la enfermedad ha sido el contacto con piedras de poder, y ese efecto es negativo... —murmuró Yawgmoth mientras dejaba una bandeja de brillantes filtros sobre una pequeña mesa entre sus dos pacientes.

Ambos lo observaron con desconfianza entrecerrando los ojos. Gix, sujeto en posición erguida a su silla de ruedas, lo miraba con furia.

—¿Por qué estos? ¿Por qué más veneno?

—Porque no está intentando curarnos —graznó Glacian—. Está intentando curar la enfermedad. No le importa nuestro bienestar ni nuestra salud, solo nuestra contribución a la cura.

Yawgmoth parpadeó tranquilamente ante los dos hombres, momentáneamente distraído de sus pensamientos.

—Pero no somos simples sujetos de prueba —continuó Glacian—. Somos sujetos de prueba famosos: el genio abatido y el hombre que lo abatió. Toda la ciudad observa a Yawgmoth. Todos rezan para que tenga éxito. Incluso el consejo, el mismo organismo que una vez lo expulsó como si fuera un pedazo de carne podrida, ahora le ofrece toda la ayuda posible para su empresa. Temen haber invitado otra vez a la guerra civil a sus propias puertas. Algunos incluso piden el exilio de Yawgmoth. Pero, mientras tanto, rezan por él y por sus esfuerzos.

»Él es el escultor y nosotros somos los bloques de piedra que cincela y corta.

Una sonrisa irónica apareció en los atractivos rasgos de Yawgmoth, y este inclinó la cabeza en reconocimiento.

—De hecho, al escultor todavía le quedan algunos cortes que hacer esta mañana.

Ambos hombres gimieron. Gix masculló una vulgaridad de los Intocables.

Yawgmoth retiró la túnica de los estrechos hombros de Gix, dejando al descubierto un grupo de lesiones en el abdomen del hombre. Sacó un escalpelo y comenzó a hacer pequeños cortes precisos en el centro de cada mancha oscura.

—Los ungüentos de esta mañana deben absorberse directamente en las infecciones.

—¡Ah! ¡Eso arde! —gritó Gix cuando las primeras gotas cayeron sobre las heridas supurantes.

El hombre forcejeó contra las correas de lino que sujetaban sus brazos a la silla.

—¡Bastardo!

Yawgmoth continuó aplicando las gotas con toda tranquilidad.

—Sí. Esa sería la suspensión alcohólica. Acelera la absorción.

—Agrega sustancias para acelerar la absorción, disminuir la viscosidad, estabilizar la composición, intensificar las interacciones, pero nunca para mitigar el dolor, nunca para hacer agradable lo desagradable —se quejó Glacian.

Yawgmoth terminó con Gix y se volvió hacia Glacian. Mientras dejaba un escalpelo y tomaba otro, su atención se desvió más allá de las ventanas, hacia las alturas resplandecientes de la ciudad. Más allá de la cúpula del Salón del Consejo, algo brillaba con intensidad.

—Hoy tendrás lo que querés.

Apartó la túnica de Glacian y comenzó a cortar las lesiones de su hombro.

—Tengo una cita en otro lugar hoy. Ambos dormirán durante los efectos de estos ungüentos.

—Oh, no —protestó Gix—. Yo no. Hoy no. Cada vez que me dormís, despierto sin otro pedazo de piel.

—Callate —aconsejó Glacian, siseando cuando las gotas penetraron en su espalda—. No podés negarte. Simplemente te inyectará la sustancia y no será precisamente delicado al hacerlo.

—¡Callate vos! —escupió Gix—. Sos tan prisionero como yo. Al menos yo me comporto como un prisionero, no como un perro faldero.

—Te comportás como un salvaje, un marginado.

—¡Eso es lo que soy!

—...una ceremonia a la que estoy obligado a asistir hoy... —musitó Yawgmoth distraídamente mientras terminaba con el hombro de Glacian.

Sus pacientes ya estaban enfrascados en una discusión a gritos. Él parecía no oír nada. Dejó los filtros a un lado y extrajo líquido humeante de una taza para introducirlo en una vejiga. Encajó una aguja hueca en el extremo de la vejiga y la clavó en la cadera de Gix.

—...y pasarán unas horas antes de que los ungüentos terminen de hacer efecto. Sería doloroso si estuvieras despierto, y regresaré antes de que despiertes.

Los insultos del Intocable se volvieron cada vez más arrastrados hasta convertirse en un sinsentido. Se quedó callado y se desplomó hacia delante en su asiento.

Yawgmoth contempló satisfecho la figura encorvada. Luego se volvió, con la taza humeante en una mano y la vejiga con la aguja en la otra.

—¿Necesitás una inyección o vas a beberlo vos mismo?

—Dámelo —siseó Glacian, extendiendo una mano hacia la taza—. ¿No me cortaste suficiente ya?

Agarró la taza y volcó su contenido humeante en la boca. El sabor era horrible y le quemó la lengua.

Yawgmoth observó cómo se movía la garganta de su paciente.

—Tengo que prepararme.

Dejó la taza vacía sobre una mesa cercana y se retiró a sus aposentos privados.

Cuando regresó, vestido con las finas ropas que Rebbec le había proporcionado, encontró a Glacian desplomado, con un hilo de saliva que iba desde su labio inferior hasta el regazo. Yawgmoth asintió satisfecho y contempló al hombre dormido.

—Hoy lanzarán los cimientos del Templo Thran. No querría que estuvieras cerca de semejante cantidad de piedras de poder. Le diré a tu esposa que estabas demasiado enfermo para asistir.

Cuando Yawgmoth se fue, Glacian se incorporó y se quedó mirando hacia donde había desaparecido.

—Demasiado enfermo para asistir —gruñó.

El sedante caliente empapaba el cojín de su silla de ruedas.

—Demasiado enfermo.

Le resultaría difícil bajar aquellas escaleras inclinadas, doblar la esquina y llegar hasta la puerta, pero Glacian estaba decidido. Llegaría a la calle y pediría ayuda. No soportaba viajar en una silla impulsada por piedras de poder, pero alcanzaría las alturas de algún modo. Vería el triunfo de su esposa. Vería el enorme plano de piedras que ella había ensamblado, las piedras que Glacian había creado.

—Hoy seré yo quien esté junto a Rebbec, no ese maldito Yawgmoth.

Yawgmoth subió a la silla de transporte que esperaba frente a su puerta. Había adquirido gran habilidad para manejar el vehículo, se había convertido en un auténtico Halcyte. En las otras siete ciudades-estado Thran, las sillas de transporte eran extravagancias. En Halción, los cielos zumbaban día y noche con ellas. Eran símbolos del futuro: el matrimonio perfecto entre las innovaciones técnicas de Glacian y los diseños fantasiosos de Rebbec. Unidos, sus talentos habían creado

dispositivos que literalmente ascendían.

Yawgmoth deslizó la mano bajo la piedra de control.

La silla se elevó desde el pórtico embaldosado. Avanzó sobre el tejado del edificio de apartamentos de Yawgmoth y se elevó por encima de la enfermería. Esta se encontraba en la séptima de las ocho terrazas de Halción.

«Un lugar de enfermedad y dolencia no puede residir en el pináculo más alto de la ciudad», había dicho Rebbec alguna vez.

Los edificios más grandiosos se alzaban arriba, en la octava terraza.

La silla de Yawgmoth giró en espiral por la pared del acantilado hacia ella.

Era la forma más segura que tenía Yawgmoth de viajar. Las calles le eran hostiles. La mayoría de los ciudadanos desconfiaban del antiguo exiliado o incluso le temían. La guardia Halcyte lo hostigaba. El Consejo de Ancianos debatía propuestas para volver a desterrarlo.

Como siempre, Yawgmoth solo podía contar consigo mismo.

No le molestaba.

Era la persona más confiable que conocía.

Voló sobre antiguas mansiones nobles construidas al estilo tradicional: enormes y multicolores, con minaretes ornamentados, balcones y fachadas elaboradas. Más allá se alzaban la gran cúpula gris del Salón del Consejo y el sombrío Salón de Justicia.

Aquellos edificios, y los templos que los flanqueaban, pertenecían a un período posterior. En lugar de las cúpulas bulbosas y las formas redondeadas y ornamentales, las casas de gobierno y los templos presentaban una severidad angular: piedra blanca que apuntaba hacia el cielo.

Aquel distrito llegaba hasta el borde mismo de la extrusión de basalto. Algunos de los edificios más alejados incluso sobresalían sobre la caída de mil quinientos pies.

Durante medio siglo no había habido lugar para construir nada nuevo.

Hasta Rebbec y Glacian.

Su Templo Thran no descansaría sobre el suelo, sino que flotaría sobre él. Sus cimientos no descansarían sobre roca inestable, sino sobre geometría inquebrantable. Nadie había pensado jamás en construir sobre ideales en lugar

de realidades.

La visión del templo había sido de Rebbec.

La innovación que la haría realidad era de Glacian.

Hoy se lanzarían los cimientos flotantes de aquel templo.

La silla de Yawgmoth coronó el enorme muro del anfiteatro y, más allá, vislumbró los cimientos del Templo Thran.

Por falta de espacio, habían sido construidos de costado, formando un muro en el centro del Bulevar del Consejo. Parecían una enorme vidriera, decenas de miles de grandes piedras de poder encajadas unas junto a otras.

La cara más cercana de aquel muro gigantesco era lisa y uniforme. El lado opuesto estaba erizado de cristales salientes.

La luz de la mañana golpeó los cimientos y se descompuso en innumerables arcoíris.

Una enorme multitud se había congregado.

Sus rostros levantados estaban bañados por una luz resplandeciente. Parecía que toda la ciudad estaba allí. Todos vestían ropas dignas de su futuro templo.

La multitud llenaba el Bulevar del Consejo y se desbordaba por cinco calles laterales. Las sillas de transporte estaban estacionadas sobre cualquier superficie plana disponible. Los guardias impedían que la gente aterrizara sobre los tejados. El lugar disponible más cercano estaba a varias manzanas, abarrotado.

—No hay tiempo para aterrizar —observó Yawgmoth.

Guio la silla para que flotara sobre el tejado de tejas de un templo antiguo.

Alguien ascendió a la enorme cúpula gris del Salón del Consejo. Una amplia escalera de piedra serpenteaba hasta la cima de la cúpula, donde una aguja ofrecía una vista del mundo entero.

Con paso solemne, la figura ascendió hasta aquel lugar elevado y se detuvo, proyectando una sombra sobre el muro de los cimientos.

Pero era algo más que una sombra.

La luz de la mañana atravesó la figura y llevó su imagen hacia las piedras de poder. Allí, multiplicada en innumerables refracciones, la figura tomó forma, ya no vestida de carne sino de luz.

Era la visión más gloriosa que Yawgmoth había contemplado jamás.

—Rebbec —susurró sin aliento.

Ella no solo había ascendido.

Había trascendido.

Parecía un ángel, una diosa, resplandeciendo allí, un coloso de luz proyectado por los cimientos.

Sonrió.

La ciudad vitoreó.

El sonido era como el aliento de un titán que despertara.

El grito de Yawgmoth fue tan fuerte como el del resto.

Rebbec habló. Las piedras de poder cosidas a su capa llevaron su voz por toda la ciudad.

—Bienvenida, Halción.

Otro rugido estalló.

Rebbec esperó hasta que cesó.

Sus ojos tranquilos y sus labios pacientes, su atención aguda, todo ello y nada de ello al mismo tiempo llevaron a la multitud a un silencio expectante.

—Estoy aquí, sobre la cúpula del Salón del Consejo, el punto más alto de nuestra ciudad. Este es el pináculo de nuestro pasado. Es lo más lejos que hemos podido elevarnos como criaturas que caminan sobre la tierra. Hoy, el pináculo de nuestro pasado se convertirá en el umbral de nuestro futuro.

»El Templo Thran. Todos han oído estas palabras. Ahora permítanme decirles qué significan.

»A diferencia del templo del pasado, este edificio no bloqueará la luz para nosotros, sino que traerá la luz hasta nosotros. No se limitará a dirigir nuestros ojos hacia arriba, sino que también nos elevará. No hará que nuestras mentes se vuelvan hacia dioses que están por encima de nosotros, sino que reunirá nuestras propias imágenes y las proyectará hacia el exterior, sobre nuestra ciudad, sobre las nubes, incluso sobre la propia luna y las estrellas.

»El Templo Thran no se asentará sobre el pesado mundo, sino sobre el firmamento luminoso.

»Desde el comienzo de nuestro gran imperio, nosotros, los Thran, hemos buscado elevarnos desde la contingencia y el caos hasta los cielos perfectos.

»Hoy damos el primer paso.

Señaló hacia la base de los cimientos.

Allí, grupos de artífices soltaban las cadenas de enormes anclajes hundidos en el basalto.

Lentamente, con un silencio aterrador, el muro de cristal comenzó a elevarse hacia el cielo.

—Los cimientos conocen su lugar. Anhelan colgar donde estará el templo. Su propia estructura está afinada con su posición correcta. Nunca caerán del cielo. Nunca dejarán de mostrarnos la visión de nuestros seres trascendidos.

El muro se elevó majestuosamente.

La imagen luminosa de Rebbec se desplazó y danzó en una brillante exhibición.

Los cimientos resplandecieron cegadoramente, como olas oceánicas bajo el sol.

A medida que se alejaban de la multitud, sus ropas elegantes nadaron en un espectro de colores. Todos quedaron proyectados en la imagen angelical de Rebbec.

El viejo Salón del Consejo gris también se transformó.

Hojas de radiancia recorrieron sus columnas solemnes y sus austeras pilastras. Las altas ventanas se convirtieron en resplandecientes cascadas. La cúpula del Salón del Consejo, antes de piedra gris bajo el cielo luminoso, se transformó en una nube enorme y cambiante.

Toda la ciudad alta quedó transfigurada.

Yawgmoth jamás había imaginado semejante belleza.

Entre leprosos y hombres lagarto, había llegado a creer que los humanos no eran más que un montón precario de órganos que escupían fluidos y huesos quebradizos.

Ahora vislumbraba algo más.

Algo glorioso.

Vislumbraba el destino de una nación.

Los cimientos resplandecientes se inclinaron mientras ascendían, curvándose hacia su orientación definitiva y horizontal. Pasaron por encima del Salón del Consejo.

Las piedras de poder flotaron justo sobre la cabeza de Rebbec.

La parte inferior, erizada de cristales, la bañó en radiancia.

Cuando pasó junto a ella, Rebbec alzó las manos con cariño y recorrió las piedras con los dedos.

Los cimientos apenas habían dejado atrás el lugar donde ella se encontraba cuando se detuvieron en el aire.

Ya nivelado, el plano de piedras descendió lentamente hasta su posición, justo más allá y ligeramente por encima del pináculo donde Rebbec estaba de pie.

Ella volvió a hablar y la multitud guardó silencio.

—Aquí estará nuestro templo.

Otra ovación resonó.

—Se encuentra apenas por encima y más allá de nuestro antiguo alcance. Es más que un simple paso el que lo separa del mundo de abajo. Es un salto.

»Quien quiera entrar al templo deberá dejar atrás el mundo y saltar a través del aire vacío para alcanzarlo.

»Permítanme ser la primera en dar ese salto.

El silencio de la multitud se hizo más profundo.

El mundo contuvo el aliento.

Yawgmoth se puso de pie en su silla flotante. Se aferró a las barras curvas y blancas que la rodeaban.

Rebbec saltó.

La diminuta sombra de su figura se desprendió de la tierra codiciosa.

Durante un instante quedó suspendida entre los mundos.

Su pie descendió sobre el templo resplandeciente.

El grito que respondió a aquel aterrizaje fue como la explosión de un volcán.

Apenas Rebbec hubo aterrizado sobre el espacio flotante, su imagen atravesó cada piedra.

Brilló en un millón de proyecciones sobre quienes esperaban abajo.

—¡Bienvenida, Halción!

La multitud congelada se agitó y se abrió.

Los que estaban más cerca del Salón del Consejo subieron por la amplia

escalera que Rebbec había añadido a la fachada oriental.

En cuestión de instantes, hombres y mujeres jóvenes llegaron al tejado.

Sus ojos estaban iluminados por una alegría idealista.

Corrieron hacia la cúpula central y la escalera que serpenteaba alrededor de ella.

Yawgmoth vio su oportunidad.

Volvió a sentarse y tomó la piedra de control de su silla.

El vehículo respondió a la presión de su mano y atravesó la ciudad alta de un salto.

La cúpula del Salón del Consejo se hinchó debajo de él.

Llegó a la cima en un instante, antes que nadie.

Apartó la mano de la piedra de control, detuvo el vehículo en el aire, salió de él y cayó sobre la cúpula.

Riéndose de alegría, trepó por la aguja del pináculo.

Al llegar a la cima, se lanzó al vacío.

El mundo giró vertiginosamente debajo de él.

Aterrizó sobre los cimientos resplandecientes, entre los brazos sorprendidos de Rebbec.

Ambos cayeron riendo sobre el suelo de piedra lisa, con las túnicas enredadas entre sí y brazos y piernas entrelazados.

Intentaron ponerse de pie.

Yawgmoth envolvió a Rebbec en un abrazo lleno de alegría.

—¡Lo lograste, Rebbec! ¡Lo lograste!

Su voz resonó por toda la ciudad elevada.

—¡Todos lo logramos! —exclamó ella en respuesta, devolviéndole el abrazo.

Aquellas palabras casi mataron a Glacian.

Las palabras.

La risa.

Y la imagen resplandeciente de Rebbec entre los brazos de aquel bastardo.

Casi lo mataron.

Los cimientos del templo hicieron que sus lesiones se infectaran.

—Llevame... de vuelta abajo —jadeó Glacian al hombre que había llevado su silla por las empinadas calles—. No puedo soportar el resplandor de esa cosa.

CAPÍTULO 5

Rebbec estaba sentada sobre los cimientos flotantes del Templo Thran. A su alrededor, los soportes de cristal se alzaban y brillaban tenuemente bajo el sol poniente. Parecían dientes en una enorme trampa para osos, dispuesta para atrapar a un dios de pasos pesados. La luz anaranjada del sol se retorcía entre ellos y se volvía fría: fuego entrevisto a través de carámbanos.

Rebbec negó con la cabeza, estremeciéndose. No había previsto aquella faceta de su templo. Sus otros estados eran maravillosos. Antes del amanecer, capturaba la luz que llegaba y la llevaba hasta los habitantes de Halción. Durante el día, era una maravilla cálida que resplandecía como el sol privado de la ciudad. Incluso bajo nubes azules, el templo extraía del firmamento hebras de luz roja y amarilla y las enviaba sobre la ciudad. Cuando las nubes de tormenta se acumulaban en el cielo, el templo convertía un relámpago en veinte. Se asomaba al corazón maligno de la tormenta y aterrorizaba a todos los habitantes de la ciudad, pero también anunciaba la primera ruptura de luz solar entre las nubes.

Al atardecer, sin embargo, como presagio de la noche que se aproximaba, una presencia gélida y tenebrosa se apoderaba de la estructura.

El oro radiante se convertía en plata helada.

Las llamas carmesíes se transformaban en mantos de nieve.

Dos veces, Rebbec había intentado permanecer en el templo helado. El lugar se había convertido en una caverna de hielo. La luz de la luna y las estrellas se había hilado en espectros y apariciones. El templo que concentraba la luz del día sobre sus fieles hacía lo mismo con la noche, dejando su corazón negro, frío y embrujado.

Rebbec se había situado en el centro de su creación y se había esforzado por soportarla.

No había podido.

¿Era realmente un defecto del diseño o del arte? Una oráculo ve lo que ve una oráculo.

Aquella noche, Rebbec estaba decidida a quedarse.

Tenía el cuerpo agotado por el día y la piel salpicada de sudor, pero aun así temblaba. La presencia maligna, la oscuridad encarnada, la envolvía y la enfriaba.

Marcharse era casi tan terrible como quedarse.

La Arquitectura de la Ascensión de Rebbec no permitía partidas agradables. Abandonar cualquiera de sus edificios significaba retroceder, deslizarse desde lo sublime hacia lo mundano. Todo lo que se ganaba al entrar se perdía al salir.

Aquella estructura era la peor.

Tenía el descenso más largo y tortuoso de todos los edificios que había creado, y todo él transcurría en una región de oscuridad y frío que robaba el alma.

—A mayor promesa, mayor peligro —se recordó Rebbec.

Para invocar un sol privado para su ciudad, también tenía que invitar a la inmensidad del espacio asesino.

—Si no puedo soportar el corazón oscuro de mi creación, ¿cómo puedo esperar que lo soporte mi ciudad?

Tomó una bocanada de aire gélido y se preparó para resistir la noche.

Esta se abalanzó sobre ella y la sujetó físicamente. Su mano era pesada e implacable sobre el hombro de Rebbec, y la hizo girar.

—Ahí estás —dijo una voz acusadora.

Una sombra se alzó ante ella.

—¡Yawgmoth! —jadeó Rebbec, mientras las rodillas amenazaban con doblársele. Él la tomó de los brazos para sostenerla, y sus dedos eran carámbanos. Rebbec maldijo.

—¿Qué hacés, merodeando en plena noche? Me asustaste.

—¿No me oíste llamarte? —preguntó él—. Estuve gritando desde que subí por la cúpula y la aguja.

Tenía las manos frías. Rebbec se apartó.

—No. Es parte del diseño. El templo bloquea los sonidos de lo que sucede abajo. Se supone que se ha desprendido del mundo y de sus demandas cambiantes...

—Basta —la interrumpió Yawgmoth con suavidad—. Deberías pasar más tiempo con la gente, Rebbec, y menos con el cristal frío. Amás tus ideas, tus diseños, pero olvidás para quién los estás diseñando.

—Lo siento. Me encierro demasiado en mi trabajo —dijo ella—. Pero esta noche es diferente. Esto es una vigilia. Es una peregrinación sagrada a través de la oscuridad. Estoy pensando en la gente. Estoy pensando en la divinidad y la

humanidad, y en las largas horas que nos esperan.

—He venido a buscarte. Hay noticias, noticias graves...

—¡Glacian!

—Está bien —la tranquilizó Yawgmoth—, por el momento. Aunque las noticias también lo afectan a él. Nos afectan a todos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rebbec, volviéndose hacia él.

—Aquí no —dijo él, tomándola de la mano. Sus dedos ahora estaban cálidos—. Abajo. En la enfermería. Quiero contárselo a vos, a Glacian y a Gix al mismo tiempo. Hay una silla de manos esperando en la base del Salón del Consejo. Habría aterrizado aquí, pero...

—No quiero que nadie aterrice una silla de manos aquí —lo interrumpió Rebbec—. Destruye el simbolismo.

—Lo sé. Vos y tu simbolismo, Rebbec. Vivís en un mundo de ideas, y un ataque al simbolismo es para vos tan devastador como lo sería un terremoto para el resto de nosotros. Te conozco, querida mía. Sé que cada edificio que diseñás está pensado para invitar al resto de nosotros a venir a vivir en tu mundo de ideas. Sé que construís estos edificios para acercarnos a vos, pero con cada cristal que colocás, te alejás más —dijo Yawgmoth—. Vení conmigo esta noche. Volvé al mundo común de abajo, al mundo de la contingencia, como vos lo llamás. Tenemos graves contingencias que discutir.

Rebbec pareció seguir perdida detrás de sus ojos. Se mordió el labio y dijo simplemente:

—Sí.

—¿Cómo pudieron unos demonios como ustedes construir este paraíso? —se preguntaba Gix, tendido en su cama. Los techos eran limpios, la cama estaba caliente, las habitaciones eran luminosas, la comida exquisita, las vistas espectaculares... Pero los ciudadanos... —Me tratan como un trozo de carne.

Yawgmoth siempre cortaba y suturaba, empalaba e infundía. Lo hacía todo con una intensidad febril, viendo la enfermedad pero no al hombre.

Glacian era peor. Era el monstruo en el que aspiraban a convertirse el resto de los ciudadanos: amargo, egoísta, paranoico, brutal...

—Demonios —suspiró el joven.

—Callate —gruñó Glacian. El hombre permanecía inmóvil, de espaldas al Intocable.

—Es verdad. Son un atajo de demonios —dijo Gix.

—Decís eso solo porque no pertenecés a este lugar. Nosotros construimos esta ciudad, y le pertenecemos.

Glacian tosió espasmódicamente.

—Ustedes y los de su clase construyeron lo que construyeron en las cuevas, y ahí es donde pertenecen.

—Nosotros no construimos las cuevas. Ustedes las construyeron —replicó Gix—. Es la sombra oscura de Halción. No se puede hacer un lugar perfecto. No se puede hacer una vida perfecta. La vida es toda una mezcla revuelta, lo bueno y lo malo. Todo lo que se puede hacer es tratar de separarlos: poner todo lo bueno en un lugar y todo lo malo en otro. Para construir su hermosa ciudad tuvieron que hacer las Cuevas de los Condenados, donde pudieran esconder todo lo que no querían. Para hacer a sus hermosos ciudadanos, tuvieron que tirar a la basura a la mitad de la gente.

—No los tiramos a la basura. Ustedes gravitaron hacia ella —corrigió Glacian.

—Ya no vamos a ser basura. Estamos saliendo, Glacian. Estamos saliendo y vamos a buscar a la gente que nos empujó ahí abajo. Los vamos a matar.

Glacian rio con amargura. El sonido era casi indistinguible de su tos.

—Van a tratar de matarnos, subiendo en tropel por las cloacas como ratas de la peste. Y como ratas, terminarán pisoteados de vuelta a la tierra.

—Ustedes y su gente están condenados, Glacian.

—Ustedes y su gente están delirando, Gix.

—Puede que todos estemos delirando y condenados —dijo una voz en la puerta.

Yawgmoth entró a grandes pasos en la habitación. Sus ojos intensos parecían arrastrar las sombras consigo. Proyectó una imagen imponente sobre las paredes y el techo.

—Tengo noticias graves.

—¿Cómo estás, Glacian? —interrumpió Rebbec, corriendo a arrodillarse junto a la cama de su esposo. En un ritual bien establecido a lo largo de los últi-

mos meses, se envolvió una bufanda sobre la nariz y la boca y se colocó un paño limpio sobre las manos antes de tocarlo. La preocupación le llenaba los ojos—. Te ves peor que esta mañana.

—Es esta comadreja pulguienta —dijo Glacian, lanzando una mano cansada hacia Gix—, que no para de despotricar con sus grandes delirios de genocidio.

—Puede que no sean delirios —dijo Yawgmoth—. He encontrado la causa de la enfermedad. Bien podría significar la muerte de todos nosotros en Halción —sus ojos eran dos espigas gemelas— y en las cuevas de abajo.

Glacian gruñó.

—¡Bueno, decilo de una vez! De todos modos, nos estamos muriendo.

—Piedras de poder —dijo Yawgmoth—. En gran concentración, sus energías son tóxicas.

—¿Qué? —exclamaron Glacian y Rebbec al unísono.

—Tóxicas —repitió Yawgmoth. Sacó del bolsillo una piedra carmesí, una gema reluciente del tamaño del corazón de un hombre—. Una sola piedra representa muy poco peligro, pero en combinación... en dispositivos como las sillas de manos y las puertas susurrantes, en las mismísimas casas y calles de Halción, producen contracorrientes que alteran el tejido de las cosas vivas. Ese es el origen de la tisis artificial. Su carne se degenera porque no puede regenerarse. La influencia de las piedras de poder impide la sanación natural, incluso el aporte de nutrientes vitales a los tejidos.

—Eso es imposible —dijo Glacian, tosiendo—. ¿Por qué no se marchita entonces tu mano?

—Toda criatura tiene una resistencia a estos efectos, así como toda criatura tiene resistencia a otras enfermedades. Algunas quizás sean incluso inmunes. Pero para la mayoría de nosotros, la exposición constante a las matrices de piedras de poder puede desgastar esa resistencia. Y una vez que la resistencia desaparece, nuestros tejidos se degradan y mueren. Con el tiempo, nosotros también —dijo Yawgmoth con gravedad.

Sus tonos solemnes fueron interrumpidos por las risitas de Gix. Todas las miradas se volvieron con odio hacia el joven, incluso Glacian se dio vuelta para mirarlo con desprecio. Gix, lejos de intimidarse, se sintió alentado por su ira. Rio con deleite.

—Se los dije. Están condenados. Las piedras que hacen posible su hermosa ciudad los están matando. No pueden quedarse aquí y vivir. No pueden deshacerse de sus piedras de poder sin que su ciudad se derrumbe. Nunca van a volver a vivir como cualquier otra persona en el mundo. —Se detuvo para chillar de risa—. ¡Se están matando a ustedes mismos, y ni siquiera están dispuestos a parar!

—Su gente está tan condenada como la nuestra —dijo Yawgmoth con seriedad—. Puede que Glacian haya contraído por fin la enfermedad cuando lo apuñalaste con una piedra de poder, pero su resistencia ya se había desgastado por el largo trabajo en el andamiaje de maná. Y por eso la enfermedad corre desenfrenada en las Cuevas de los Condenados. Las energías del andamiaje de maná están envenenando a los Intocables.

En un instante, el regocijo de Gix se transformó en rabia.

—¡Demonios! Eso es lo que son. ¡Demonios!

Rebbec se puso de pie y se acercó a Yawgmoth. Se arrancó la bufanda del rostro. Sus ojos suplicantes se fijaron en él.

—Esto no puede ser cierto. Llevo dos años construyendo el templo. Es la matriz de piedras de poder más poderosa jamás ensamblada. No muestro ningún signo de la enfermedad.

—Puede que seas inmune —dijo Yawgmoth con dulzura—. Esa es mi esperanza. El hecho de que hayas estado tanto tiempo expuesta a tu esposo sin contagiarte me hace pensar que lo sos. Después de todo, es contagiosa, de persona a persona. La resistencia devastada de uno devasta la de otro. La carne infectada infecta otra carne. —Le tomó las manos entre las suyas—. Tengo la esperanza de que seas inmune.

—¡Mentiras! ¡Malditas mentiras! —gritó Glacian—. Viniste aquí como un marginado, un criminal. Viniste porque estábamos desesperados por intentar cualquier cosa, incluso tus ideas monstruosas de sanación. ¿Y ahora nos decís que las piedras de poder matan? Supongo que querés deshacerte de todos los artefactos, de todos los artífices. No, esto no puede ser cierto. Durante miles de años hemos vivido con piedras de poder. Durante miles de años, los sanadores —los verdaderos sanadores— nos han devuelto a la plenitud con fuerza vital, sin abrirnos como a jabalíes carneados.

—Esos sanadores les han fallado —dijo Yawgmoth, con fuego ardiendo en los ojos—. Su propio tacto es veneno para ustedes, más magia que consume su

carne. Yo ofrezco la única esperanza. He hallado el origen de la enfermedad. Encontraré la cura para ella. Salvaré tu miserable vida, Glacian, y la tuya también, Gix. Salvaré las vidas de los ciudadanos y de los condenados. Descubriré una manera de hacernos inmunes a todos, para que la ciudad pueda vivir, para que el Templo Thran pueda ser la gloria de todas las eras, para que toda una raza pueda saltar hacia el futuro y no encogerse ante él. ¡Eso es lo que hará este curandero!

—¡No harás nada de eso! —siseó Glacian—. Sos incapaz de sanar, solo de diseccionar. Haré que te destierren de nuevo...

—Esperá, Glacian... —interrumpió Rebbec.

—Reuniré a los ancianos en tu contra para declararte criminal del estado...

—Por favor, esposo mío...

—Para prohibir tus prácticas, tus mentiras...

—¿Son mentiras? —gritó Yawgmoth. Se dirigió a un cajón, sacó un bisturí y lo bajó de un tajo sobre Gix. La hoja cortó las ropas del hombre desde los hombros hasta las caderas. Otro corte certero abrió el resto de sus ropas de cama, dejando al descubierto un pecho y un vientre pálidos, marcados de lesiones. Yawgmoth colocó la piedra de poder carmesí sobre el esternón del hombre y le sujetó las manos a los costados. Incluso mientras todos observaban, la piel bajo la piedra se volvió parda y se agrietó. Brotaron sangre y linfa. La corrupción se extendió lentamente hacia afuera.

—¿Mentiras? ¿Mentiras?

Gix chilló, retorciéndose de agonía.

—¡Basta, Yawgmoth! —gritó Rebbec, lanzándose a agarrar la piedra. La levantó, pero Yawgmoth le atrapó la muñeca.

La miró fijamente a los ojos, con una mirada penetrante.

—¿Es mentira? ¿Lo es?

—No —jadeó ella, mirando con incredulidad el puño del hombre—. ¡Soltame! Me estás lastimando. ¡Lo estás lastimando a él! Tal vez seas nuestra única esperanza. Tal vez encuentres la cura, pero no te olvides de la gente para la que la estás buscando.

Aquellas palabras parecieron atravesar a Yawgmoth. Sus dedos crispados temblaron sobre la muñeca de Rebbec. Entonces, de pronto, la soltó, se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo un instante antes de cruzarla, volviéndose

hacia la mujer y sus dos pacientes.

Unos ojos atormentados miraron a Rebbec, y él dijo simplemente:

—Sí.

CAPÍTULO 6

Glacian sabía que Yawgmoth mentía. Lo había sabido desde el primer momento en que había conocido al hombre.

Este es un charlatán y un monstruo, se había dicho.

La última mentira de Yawgmoth era la más disparatada de todas. Pensar que la base misma del ascenso de los Thran estaba pudriendo a las personas que la habían creado... pensar que los cimientos del imperio se estaban resquebrajando y desmoronando... y basarlo todo en una teoría eugenésica: que los humanos no eran más que animales, que estaban animados por fluidos y pequeñas «criaturas», que cada tejido estaba compuesto por tejidos más pequeños y cada organismo por organismos más pequeños, en una regresión infinita... todo aquello era absurdo.

Glacian lo sabía.

Rebbec no.

Incluso mientras Yawgmoth quemaba al muchacho y salía furioso por la puerta, había conseguido el oído de Rebbec. Y con ese oído conseguiría el de todo Halción.

Glacian intentó advertir a su esposa. Pero una vez que el monstruo se hubo marchado, ella solo oyó los gritos del muchacho.

Tenía un corazón frágil.

Era una paloma de cristal en su templo de cristal.

El muchacho era un farsante aún peor que Yawgmoth. Su esternón ennegrecido no era nada comparado con las lesiones de Glacian. ¿Acaso Rebbec se arrodillaba junto a su propio marido, preocupada? ¿Acaso tocaba su piel desnuda como había tocado la del muchacho para quitarle de encima aquella piedra asesina, a él, un Intocable portador de tisis artificial?

¿Le prestaba alguna atención a Glacian?

No.

Glacian no exageraba sus males. Se quejaba apenas de una décima parte de los dolores que sufría, a diferencia de aquel mocoso que quería robarle protagonismo.

—¡No está tan malherido! —gruñó finalmente Glacian.

—¡Callate! —había respondido ella, desesperada.

Como si obedeciera una señal, el farsante dejó de forcejear y cayó en un desmayo aparente.

Todo resultaba de lo más conmovedor.

Rebbec se aferró a él mientras los sanadores entraban para hacer que el muchacho estuviera lo más cómodo posible.

Lo llamaron coma.

Glacian lo llamó actuación.

¿Lo escucharon?

Por supuesto que no.

Glacian solo era un genio, y aquel muchacho no era más que una rata sarnosa capaz de roerse la propia pierna para escapar de una trampa.

¿A quién iban a creer, sino a la rata?

Rebbec se quedó después de que los demás se marcharan. Hizo todo lo posible por tranquilizar a su marido. Él hizo todo lo posible por convencerla de que Yawgmoth era un monstruo mentiroso y de que el muchacho era un farsante y un asesino.

Ella no escuchó.

No podía.

Rebbec era incapaz de percibir la oscuridad de la humanidad. No tenía una palabra para ella. Podía mirar directamente a través de un monstruo y no verlo en absoluto.

Cuando se marchó aquella noche, Glacian se refugió en un experimento mental.

Pensar era su único refugio.

Esta vez pensó en la dinámica de las piedras de poder.

Era bien sabido que los cristales se cargaban cuando sus núcleos eran bombardeados con suficiente radiancia como para convertir la materia que contenían en energía.

Ahora Glacian se preguntó qué ocurría con el espacio que habían ocupado

aquellas partículas.

En teoría, la materia existía únicamente gracias a una compactación del espacio.

El espacio arrugado atrapaba la energía y la ralentizaba hasta convertirla en forma material.

El espacio liso era como una hoja de papel bajo la lluvia: bombardeado por el agua, pero capaz de acumular muy poca.

Sin embargo, a medida que la lluvia continuaba, el papel se deformaba y acumulaba más agua. Los surcos se elevaban y las hondonadas se profundizaban. Si el papel recibiera suficiente lluvia durante el tiempo necesario, terminaría arrugándose y plegándose, atrapando el agua.

Lo mismo ocurría con la energía: bombardeaba y deformaba el espacio.

El espacio arrugado atrapaba la energía y la convertía en materia.

Si era así, cuando la materia contenida en un cristal se convertía en energía, el espacio se desplegaba y se enderezaba.

Por lo tanto, cargar una piedra de poder desplegaba, e incluso creaba, espacio.

Tal vez cada piedra de poder cargada no contuviera solamente una reserva inmensa de energía, sino también una extensión inmensa de espacio: una dimensión de bolsillo.

Aquel experimento mental ocupó la mente de Glacian durante su convalecencia.

Cuando recuperara las fuerzas, realizaría experimentos verdaderos para demostrarlo.

Entonces Halción sabría que su genio había regresado.

Glacian recuperaría el oído de todos.

Esos eran los pensamientos de Glacian mientras se quedaba dormido.

Esos eran también sus pensamientos más tarde, sí, era más brillante dormido de lo que otros eran despiertos, cuando unas manos le cerraron la garganta.

Asfixiándose, Glacian despertó para descubrir que, una vez más, había sido el único que había visto la verdad.

Gix estaba sentado a horcajadas sobre él.

Solo entonces se le ocurrió a Glacian que aquella figura demacrada era en

realidad más un hombre que un muchacho.

Gix le inmovilizaba los brazos bajo sus rodillas consumidas por la tisis artificial y lo estrangulaba.

El rostro pálido de Gix estaba rojo.

Cuando Glacian abrió los ojos y encontró la mirada del joven, la determinación que había en ella vaciló.

Gix debía de haber vislumbrado el verdadero horror de su acto.

La pérdida de Glacian no afectaría únicamente a los ciudadanos, sino también a las ratas que comían las sobras de sus mesas.

Con las manos apretadas alrededor de la garganta de Glacian, Gix comenzó a hablar.

—Vos nos hiciste esto. Yo creía que te había infectado, pero vos sos quien nos infectó a los dos. Infectaste a miles en las cuevas.

Cada vez que pronunciaba la palabra «infectaste», la saliva saltaba de sus labios.

—Eso es razón suficiente para matarte.

Glacian no tenía aire suficiente para formar palabras, pero sus labios las pronunciaron en silencio:

—¿Matarme?

No es asesinato. Es justicia.

—Matame y morirás.

La respuesta de Glacian apenas consistió en el movimiento de los labios y un hilo de aire susurrado.

Gix abrió las fosas nasales con repugnancia y aflojó el agarre, permitiendo que Glacian aspirara aire hacia sus pulmones.

Fue un momento de triunfo para Glacian.

Aquel hombre fingía ser un héroe, pero no tenía determinación.

Cuando su propia vida estaba en juego, haría cualquier trato para salvarse.

Glacian tenía el maldito don de leer la mente de hombres inferiores, y todos los hombres que había conocido eran inferiores.

Ahora utilizó la única mentira que podía salvarlo.

La mentira de Yawgmoth.

—Perdoname —jadeó— y Yawgmoth te perdonará a vos... Sin Yawgmoth, también estás muerto.

Los ojos de Gix se entrecerraron todavía más.

—No necesito matarte. Solo sería una misericordia. Vos y yo vamos a morir. Yawgmoth no puede salvarnos.

Aquello impresionó a Glacian.

Tal vez aquel muchacho, aquel hombre, alcanzaba a vislumbrar la verdad.

—Pero es mejor que mueras lentamente, agonizando como yo, como mi gente. Mejor que vivas lo suficiente para vernos salir de las cuevas y matar a tu gente y destruir tu refugio blanco.

Con eso, Gix soltó a Glacian y se bajó de encima de él.

Aun así, el Intocable mantuvo un puño cerrado frente al rostro de su enemigo.

—Si das la alarma, te mataré solo por despecho.

Glacian observó con satisfacción las cicatrices cosidas y las lesiones ennegrecidas que cubrían el cuerpo del joven.

—Nunca saldrás vivo de la ciudad. Nunca llegarás a tus cuevas.

—Conozco caminos para bajar —respondió Gix ominosamente— y conozco caminos para volver a subir.

Salió disparado hacia la puerta.

Por supuesto, Glacian dio la alarma.

Con la garganta desgarrada y los pulmones débiles, no pudo hacer mucho más que maullar como un gatito.

Nadie podía oírlo.

La gente de Halción había dejado de escuchar.

Otro hombre estaba robándoles el oído.

Rebbec no había diseñado el Salón del Consejo, y era evidente.

Enorme, sombrío, gris, pesado, simétrico, fétido, durante un siglo aquella estructura había sido la cima de Halción.

Se asentaba como una gran tapa sobre un volcán.

Mientras todos los demás edificios de la ciudad aspiraban hacia ella, aquel

edificio los dominaba con una arrogancia sólida.

No aspiraba hacia nada salvo hacia sí mismo.

Era un santuario del pasado.

Ocho enormes tambores sostenían el octógono central de la sala de reuniones, que a su vez soportaba el peso de la cúpula de piedra gris que cerraba el paso a la luz del cielo.

Mientras Yawgmoth permanecía junto a Rebbec bajo aquella cúpula, se recordó que ella había añadido con bastante audacia una escalera de caracol y una aguja.

Con la misma audacia, ahora discutía con el Consejo de Ancianos.

Bajo cada transepto del octógono se sentaba un grupo de ancianos procedente de una de las ocho ciudades-estado Thran.

Las mayores, Halción y Nyoron, tenían cincuenta ancianos cada una; las demás, menos.

Al frente de cada grupo había un podio elevado donde presidía el anciano principal de cada ciudad-estado.

En el centro de la cúpula se encontraba el podio más elevado de todos, una plataforma a la que se llegaba por dos escaleras opuestas.

Agrupados bajo el podio central estaban los «líderes»: jefes de clanes, videntes y genios.

Glacian normalmente habría ocupado un lugar entre aquellos veinte, pero la tisis artificial se lo impedía.

Glacian y su tisis artificial eran el asunto del día.

—Estoy completamente en desacuerdo —respondió Rebbec a la objeción de uno de los ancianos—. Esto no es una preocupación exclusiva de Halción. El trabajo de mi marido, de Glacian, es estudiado por todos los artífices del país. Los dispositivos que más nos han elevado son suyos. El uso de las piedras de poder fue innovado por él, pero ni siquiera ese es el asunto. El asunto es que cada una de las ciudades-estado depende por completo de la tecnología de las piedras de poder. Nuestras ciudades colapsarán, a veces literalmente, si eliminamos esa tecnología.

El moderador, vestido de gris y con el rostro cubierto por una máscara, cedió la palabra a la anciana de Losanon: una mujer majestuosa, medio palmo más alta

que la mayoría de los hombres y tan delgada como una estatua.

—No existe evidencia de que esta tisis artificial afecte a nadie salvo a su marido y a las hordas de prisioneros de las cuevas. De hecho, la enfermedad de su marido provino de las cuevas, no de la ciudad. ¿Por qué no duplicar simplemente la guardia en las cuevas para impedir cualquier fuga y suspender los derechos de visita hasta que esta plaga... haya seguido su curso?

Rebbec estaba a punto de responder, pero Yawgmoth habló primero.

—Por el contrario. He visto esta plaga en otras tres ciudades de camino hasta aquí y he oído hablar de ella en las otras cuatro.

—Pero siempre entre la chusma —interrumpió la anciana de Losanon—. Siempre entre los pobres indigentes.

—No —intervino Yawgmoth—. Hay pruebas de infección entre los ciudadanos de Halción, entre personas que no han tenido contacto alguno con los Intocables. He seguido el avance de esta plaga en las Cuevas de los Condenados y conozco sus primeros síntomas. He encontrado otros seis casos en la propia ciudad, y ni siquiera he realizado una búsqueda exhaustiva. De hecho, especularía que, entre los casi cuatrocientos de nosotros reunidos aquí, diez están infectados y ni siquiera lo saben.

Aquello provocó una auténtica conmoción. El moderador se puso de pie, señal de silencio. Junto a las puertas, los alguaciles del moderador se tensaron, listos para sacar a rastras de la multitud a quien no guardara silencio. La calma volvió. El moderador se sentó de nuevo y señaló a otro orador: el anciano de Chignon.

El hombre era corpulento y privilegiado, acostumbrado a salirse con la suya fuera del Salón del Consejo desviando cualquier asunto que pudiera surgir.

—Estos informes son alarmantes; sin duda, tal vez alarmistas. Usted es un solo hombre, Yawgmoth. Hace tres años era un desterrado entre leprosos, un enemigo del estado. Practica una forma de curación que repugna a la mayoría de nosotros. ¿Por qué habríamos de escucharlo? ¿Por qué habríamos de creer en su palabra? ¿Por qué habríamos de creer que ha dejado de ser nuestro enemigo para convertirse en nuestro amigo?

—No crean en mi palabra —respondió Yawgmoth, negando con la cabeza—. Quiero que lo comprueben ustedes mismos. Pido que se reúna un cuerpo de sus mentes más brillantes para que vean lo que yo he hallado. Ellos podrán juzgar por sí mismos. Pido la oportunidad de demostrarles la realidad y la amenaza

de esta enfermedad. Quienes me tengan por charlatán podrán informar de sus conclusiones a este cuerpo. Y quienes se convenzan con mis hallazgos, con mis métodos, podrán sumarse a mí en la búsqueda de una cura.

Se concedió la palabra al anciano de Nyoron.

—En su propuesta escrita pidió usted más que un cuerpo de observadores. Pidió instalaciones, equipo, el derecho a examinar a los ciudadanos...

—Sin esas cosas, ¿cómo he de demostrar la realidad de esta plaga? —imploró Yawgmoth, exasperado, abriendo los brazos—. Tal vez Rebbec se apresuró al llamarlo un asunto de salud pública y no la salud de un solo hombre. Pero yo pensaría que, después de todo lo que Glacian ha hecho por este imperio, bien podría destinarse el ala de una sola enfermería para que un pequeño grupo de buscadores sinceros hiciera cuanto estuviera en su mano por encontrarle una cura. Aunque no quieran destinar el espacio y el dinero para salvarse a ustedes mismos, ¿no lo destinarían para salvar a Glacian?

El moderador dio la palabra a Jameth, anciana de Halción. La mujer se puso de pie. Era una figura imponente vestida de rojo, de pómulos altos y ojos legañosos. Jameth abrió un sobre y, con calma, desdobló la nota que contenía.

—Ya que menciona usted al líder Glacian, creo que es hora de leer esto. Lo recibí por mensajero esta mañana. Lleva el sello de Glacian. Me pidió que leyera este mensaje ante el Consejo reunido:

Amigos: desde mi lecho de enfermo —¿me atreveré a llamarlo mi lecho de muerte?— escribo esta petición urgente, y esta advertencia. Eviten al hombre llamado Yawgmoth. Con justicia fue declarado en su día enemigo del estado y desterrado como tal. Suplico que sea desterrado una vez más. He estado bajo su bisturí y sus supuestos cuidados demasiado tiempo, he soportado programas atroces, y he visto cómo mi cuerpo se deteriora más deprisa por culpa de Yawgmoth que por la tisis artificial. Es, en el mejor de los casos, un charlatán, y en el peor, un monstruo. No deseaba su regreso, ni consiento que permanezca entre nosotros. A menos que sea desterrado, estoy convencido de que nos llevará de nuevo a la guerra civil. Si él es, como supone mi esposa, mi única esperanza, entonces estoy condenado a morir. Preferiría morir antes que seguir viviendo como prisionero de sus violentas manipulaciones.

Por lo tanto, propongo que el consejo vote de inmediato desterrar al hombre llamado Yawgmoth, declarándolo desde ahora y para siempre enemigo del

Imperio Thran.

Glacian de Halción.

Apenas la última palabra hubo salido de la boca de Jameth, otras bocas prorrumpieron en gritos de aprobación, secundando la decisión.

Yawgmoth miró a Rebbec con gravedad, pero ella le apretó la mano. Su fuerza pareció fluir hacia él.

El moderador se puso de pie una vez más y dijo:

—No puedo permitir que se vote esta propuesta mientras la propuesta del propio Yawgmoth siga pendiente de consideración.

—Sugiero que se combinen ambas —dijo Yawgmoth de pronto—. Si no se me conceden las instalaciones, los asistentes y las provisiones que pedí en mi propuesta, abandonaré esta ciudad. Abandonaré este imperio. Sería lo mismo que ser desterrado. Si votan que no creen en mi trabajo, los dejaré a merced de esta tisis artificial, en la que tampoco creen. Amigos míos, eso los llevará a la guerra civil, no yo. Guerra civil y aniquilación total. No crean en Yawgmoth, para su propia pérdida. No crean en la tisis artificial, para su propio peligro. Propongo que estas dos mociones se combinen en una sola: quienes estén a favor de los términos de Glacian para mi destierro, que digan sí; y quienes estén a favor de mis términos para que continúe la investigación, que digan no.

Muchas voces se alzaron para secundar la moción.

—Entonces ha llegado el momento de votar —dijo el moderador—. Todos los que estén a favor del llamado de Glacian al destierro inmediato de este hombre, Yawgmoth, digan sí.

La respuesta fue hosca e inmediata. Resonó bajo la cúpula como si el propio edificio, obstinado, hubiera hablado.

Yawgmoth aferró las manos de Rebbec, devolviéndole la confianza que ella le había concedido.

—Todos los que se opongan al destierro y estén a favor de la petición de Yawgmoth de instalaciones, personal, suministros y todo lo necesario para continuar su estudio, que digan no.

El sonido fue casi idéntico, aunque tal vez un poco más fuerte, siquiera por la firmeza en las voces de quienes hablaron.

—A juicio del moderador, la moción de destierro es aprobada.

Hubo pedidos de un recuento a mano alzada y el moderador lo concedió. Cada anciano principal de las ciudades se volvió hacia su contingente y llevó a cabo la misma votación a mano alzada.

Aunque Yawgmoth seguía aferrado a Rebbec, tenía la atención puesta en otra parte. Observaba con ojo de halcón al contingente halcionita. Se fijaba en quiénes votaban por el destierro. Cada rostro quedó grabado en el rincón más negro de su mente.

—No lo harán —le susurró Rebbec—. No nos condenarán.

Yawgmoth bajó la mirada hacia ella.

—¿Te referís a que no te condenarán a vos y a Glacian, o a vos y a mí?

Los ojos de ella se mostraron quejumbrosos, casi heridos.

—Condenarte a vos sería condenar a Glacian.

Yawgmoth solo asintió. Los músculos de su mandíbula se tensaron bajo un manto de barba negra.

Se contaron los votos y se llevaron los totales al moderador.

La mujer se puso de pie y anunció:

—El sanador Yawgmoth dispondrá de sus instalaciones y observadores. Los ocho ancianos principales se ocuparán de ello.

Rebbec se sentía como en casa allí ahora.

Era medianoche.

La luna era una enorme hoz que arañaba los cimientos de cristal.

Las piedras de poder se alzaban ahora en anillos estrellados a su alrededor.

La luz perseguía las innumerables facetas y se elevaba convertida en espectros helados de fatalidad.

Ahora estaba en casa.

La enfermedad de Glacian era horrible.

Él era su alma gemela.

Juntos, el artífice y la artista, habían transformado el imperio.

Cuando él enfermó, Rebbec sintió dolor por él, pero no miedo.

Había creído que, mediante la mera fuerza de su voluntad, podía mantenerlo con vida, podía curarlo.

Parecía imposible que él muriera mientras ella viviera.

Ahora, ningún destino funesto parecía imposible.

Los espectros del futuro habían surgido del artífice y del arte.

Si los Thran continuaban por el camino abierto por Glacian y Rebbec, estaban condenados a morir.

Si abandonaban aquel camino, solo podían descender por la sombra helada de las alturas a las que una vez habían ascendido.

Aquel lugar, la estructura más elevada del imperio, era la encarnación absoluta de una esperanza de llegar al cielo que conducía inexorablemente al infierno.

Incluso mientras flotaba allí, envenenaba a la gente.

Incluso mientras les ofrecía visiones gloriosas durante el día, aterrorizaba sus noches con una muerte implacable.

Rebbec se sentía como en casa allí ahora.

Estaba en casa entre los fantasmas.

Incluso esperaba contraer la tisis artificial que devastaba a su amor y a su tierra.

Entonces sería una con ellos.

En todo su ascenso, los había dejado atrás.

Solo Yawgmoth podía salvarlos ahora.

Solo Yawgmoth y su medicina demencial.

El descenso había sido difícil.

El ascenso de regreso era pura agonía.

El cuerpo de Gix se había debilitado con cada instante desde que había liberado a Glacian.

Parte de ello era, por supuesto, la tisis artificial.

La infección negra de su esternón había supurado.

Pero parte, la mayor parte, era un miedo persistente.

¿Era la supervivencia más importante para él que sus principios?

Tal vez Gix había perdonado a Glacian únicamente porque matarlo significaría su propia muerte.

Odiaba aquel pensamiento.

No era cierto.

No podía ser cierto.

No lo sería una vez que terminara aquella incursión.

Los halcionitas pagarían por lo que habían hecho.

Glacian pagaría.

Cuando huestes de condenados inundaran las alcantarillas para arrastrarlos hacia abajo entre sus propios desechos, los halcionitas comenzarían a comprender sus crímenes.

Cuando los Intocables los obligaran a caer de rodillas y a besar las heridas supurantes de sus nudillos, los ciudadanos conocerían su culpa.

Cuando los hombres de la basura saltaran sobre ellos y pisotearan sus espaldas, los halcionitas jamás olvidarían.

Solo pensamientos como aquellos hacían posible el miserable ascenso.

El cuerpo de Gix estaba desgarrado por el dolor.

Cuando había descendido a las Cuevas de los Condenados, estaba solo, empujado hacia abajo por las noticias que llevaba a su pueblo.

Ahora, mientras ascendía, arrastraba consigo a cientos de personas.

Al menos esta vez, las terribles noticias que llevaba no estaban destinadas a los condenados, sino a los demonios.

CAPÍTULO 7

El ala de la enfermería asignada a Yawgmoth tenía una vista gloriosa de la ciudad alta. A través de una elevada hilera de ventanas, el Templo Thran resplandecía sobre todos los aparatos. Pequeñas imágenes de Rebbec y sus trabajadores se proyectaban en diminutos arcoíris de luz refractada por toda la habitación. Se deslizaban lentamente sobre las espaldas de los veinticuatro observadores reunidos, sobre el cuello inclinado de Yawgmoth y sobre el rostro atormentado de Glacian.

—Ya es bastante malo que me asesines tejido por tejido —gruñó Glacian mientras Yawgmoth retiraba con delicadeza otra capa de piel de una gran lesión en el abdomen del hombre—, pero encima hacerlo con autorización pública.

—¿Ven estas capas? —preguntó Yawgmoth a los observadores, que se estiraron para mirar.

Durante los últimos meses, los había convencido de la realidad de la enfermedad.

—Vean, incluso un órgano aparentemente tan simple como la piel posee capas diferenciadas, distintos tejidos para distintas funciones. El cuerpo es un organismo, es decir, algo compuesto por órganos. Cada uno cumple una función específica. La enfermedad y la disfunción no son una cuestión de magia, sino de la alteración de uno o más órganos.

Yawgmoth volvió a la lesión y siguió retirando carne.

—¿Ven cómo la tisis artificial produce distintos efectos en los distintos niveles?

—Existe una teoría similar sobre la magia en estos tiempos —dijo un joven.

Xod era un sanador en el sentido tradicional, entrenado para aplicar poder arcano a enfermedades mundanas. Era precoz, hablador y, en opinión de Yawgmoth, alegremente equivocado.

—Algunos dicen que se puede separar la energía mágica en sus componentes, y que cada uno cumple una función diferente. Es como uno de esos pequeños fragmentos de arcoíris que flotan por la habitación: rojo, verde, azul... Dicen que el maná está compuesto por colores, algunos para sanar y otros para destruir.

—¿Qué tiene que ver todo eso con esta enfermedad? —preguntó Yawgmoth con irritación—. Has visto cómo la curación mágica solo acelera la tisis artificial.

Xod dejó caer los hombros.

—Solo era una comparación. Quiero decir, nadie cree realmente que la magia tenga colores. Es solo una teoría descabellada. Hablabas de cómo la tisis artificial afecta de manera diferente a distintos tejidos, y pensé en cómo dicen que los distintos colores tienen efectos diferentes y son bloqueados por cosas diferentes.

—¿Podrías dejar de hablar de...?

Yawgmoth se detuvo.

El escalpelo tembló en su mano, con un trozo de piel arrancada adherido a la hoja.

Una nueva luz apareció en sus ojos.

—¿Qué dijiste sobre que son bloqueados?

El joven se encogió de hombros, avergonzado.

—Solo más ideas disparatadas.

—¡No! Decime.

—Bueno, ya sabés... dicen que el hierro bloquea cierta magia, la plata otra y el oro otra. Son, básicamente, los cinco grandes metales. Más tonterías.

Yawgmoth contempló durante un instante, abstraído, el escalpelo que sostenía y el tejido ennegrecido adherido a él.

La carne se volvió translúcida sobre la hoja.

Dejó el escalpelo sobre una pequeña mesa lateral.

—Solo tonterías —repitió Xod.

—Eso pensaban de mí hace unos años.

Yawgmoth se levantó de golpe.

Los observadores estaban acostumbrados a sus movimientos volcánicos y retrocedieron para dejarle espacio.

Yawgmoth se alejó de la mesa donde yacía Glacian, llegó hasta el armario de instrumentos y abrió los cajones violentamente.

Revolvió entre cuchillos, pinzas y sierras, sacó algunos y los dejó sobre el armario.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Xod.

—No hay suficiente óxido en ninguno de estos —gruñó Yawgmoth.

Levantó la mirada con una inspiración repentina.

—La baranda de hierro del balcón. Andá. Tomá un cuchillo y un plato y raspá un poco de óxido.

—¿Yo?

—Vos me diste la idea.

Se volvió hacia los demás.

—Y el resto de ustedes, metan las manos en los bolsillos. Necesito plata, oro y cobre: tres monedas de cada uno.

Aturdidos, los demás observadores metieron las manos con reticencia en los bolsillos de sus túnicas mientras el joven sanador salía corriendo para recoger óxido.

—¡Vamos! ¡Vamos! —los apuró Yawgmoth—. No sean tacaños. Estamos preparando una cura.

El joven que estaba en el balcón lanzó un grito.

—¡Está pasando algo aquí afuera! ¡Una revuelta! ¡Los Intocables se están amotinando!

El grupo de observadores se abalanzó hacia la puerta.

Yawgmoth avanzó entre ellos con impaciencia. Llegó a la puerta y lo vio.

Los Intocables, vestidos con harapos, habían invadido las calles.

Mientras observaba, un prisionero golpeó a una mujer en la cabeza con un garrote. Ella cayó, y la sangre se extendió sobre la calle de piedra. Otros dos ciudadanos echaron a correr, pero los Intocables se abalanzaron sobre ellos como una jauría de perros, les arrancaron las túnicas y se amontonaron sobre ellos.

Las piedras destrozaron ventanas.

El fuego saltó sobre los tejados.

Los gritos surgieron de las puertas destrozadas.

Xod vomitó en el balcón.

—¡Raspá ese óxido! —ordenó Yawgmoth—. ¡Nuestro trabajo es más importante! La enfermería tiene guardias. La ciudad tiene guardias. Esto es asunto de ellos. El nuestro es encontrar una cura.

Los delegados comenzaron a protestar.

Yawgmoth los silenció, señalando violentamente por encima de sus cabezas.

—¡Miren! ¡Miren la piel bajo esos harapos! ¿Ven esa tisis artificial? ¡Por eso se están amotinando! La guardia Halcyte puede hacerlos retroceder hoy, pero nosotros tenemos la única arma capaz de detener estas revueltas para siempre. ¡Ahora raspá ese óxido!

Gix se rio.

Había arrancado aquella barra de hierro de una rejilla de la cloaca. Ya había matado a cinco, luego seis, luego siete. El pequeño saliente de metal en el extremo de la barra servía como una buena garra para desgarrar espaldas.

Aquellos ciudadanos eran blandos.

Debajo de sus ropas elegantes, se deshacían como un pez blanco de las cavernas.

Ocho.

A pesar de toda la opresión despiadada de los soldados, de todas las palabras brutales de Glacian y de todos los actos brutales de Yawgmoth, los demás Halcytes no eran más formidables que uvas maduras.

Nueve.

Gix corrió por la calle de fuerte pendiente.

Veinte Intocables lo seguían.

Gix rompió la ventana de una casa. A través de ella lanzó un desafío con una furia animal.

Otro Intocable arrojó un barril de lluvia medio lleno contra la misma casa.

Doblaron la esquina.

El dueño de la casa salió precipitadamente por la puerta principal, medio vestido y furioso.

Gix cargó contra él.

El hombre lo miró boquiabierto durante un instante. Sus ojos y su boca formaron círculos de sorpresa.

Se aferró a sus ropas desordenadas y se lanzó de nuevo hacia la puerta.

La modestia le costó la vida.

La barra de hierro de Gix se hundió en su espalda.

Hubo un destello de memoria: Yawgmoth y sus escalpelos, cortando con paciencia y tedio.

Esto no era cirugía cuidadosa.

Gix tiró.

El hombre se estremeció, pero no cayó, aferrado a los postes de la puerta.

Dos Intocables le sujetaron los brazos y se los arrancaron de allí.

Gix volvió a tirar.

El hombre cayó, con un invasor sujetándolo de cada brazo.

Gix retrocedió.

La cabeza calva golpeó un escalón de azulejos y pareció un huevo con una yema roja.

Diez.

Un grito llegó desde arriba: soldados, la guardia Halcyte.

Por fin habían llegado.

Vestían de blanco y llevaban armas de asta con extremos romos. En la tranquila Halción no había necesidad de armas más feroces.

Los cascos y las máscaras faciales eran de acero pintado con dorado.

Brillantes hombreras, petos y protecciones para los muslos estaban cosidos sobre los uniformes blancos.

Con aspecto de insectos detrás de sus máscaras inmóviles, los guardias Halcyte estaban vestidos para intimidar a sus adversarios, no para enfrentarlos.

Gix no quedó impresionado.

Parecían jóvenes nobles con equipo de esgrima.

En aquellos ojos enmascarados acechaba el miedo, no la furia.

Gix sabía qué había en sus propios ojos.

Lanzó un grito de ataque.

Los Intocables se precipitaron detrás de él.

Veinte fanáticos contra diez guardias.

Una alabarda se lanzó hacia Gix.

Él se detuvo lo justo para dejar que el asta pasara.

La agarró y tiró con fuerza.

El soldado cayó.

La barra de Gix descendió.

Once.

Doce.

Trece...

Otro grupo de Intocables apareció por una calle cercana.

Gix los recibió con una sonrisa ensangrentada.

El humo ascendía hacia el cielo.

Los cuerpos cubrían los adoquines.

Su líder, un bruto corpulento, gritó alegremente:

—¿Y ahora qué, Maestro Gix? ¿Y ahora qué?

La sonrisa de Gix se ensanchó.

Señaló hacia arriba con un dedo.

—A las alturas, amigo mío. ¡Vamos a derribar las mismas alturas!

Yawgmoth y cuatro observadores estaban detrás de la puerta sur de la enfermería, que permanecía cerrada con una barra.

Yawgmoth llevaba su capa de viaje y su cinturón de espadas, aunque había entregado cuatro de ellas a los hombres y mujeres que estaban detrás de él.

La quinta, y la más grande, se la había quedado.

—Prepárense para defender la puerta. No la cierren con la barra hasta que yo regrese.

Xod protestó.

—¿Esperás que matemos?

—Espero que mueran si no lo hacen —respondió Yawgmoth simplemente.

Sin decir una palabra más, quitó la barra de sus soportes, abrió de par en par la puerta y salió a la calle caótica.

Grupos de Intocables subían la cuesta como manadas de lobos desaliñados.

Pasaban por encima de los ciudadanos muertos o los pisoteaban.

Uno de los hombres vio a Yawgmoth y cargó contra él.

El amotinado lanzó una tabla con clavos hacia su cabeza.

Yawgmoth la apartó con un golpe casual, observó que el hombre no tenía lesiones y le cortó la cabeza con un rápido movimiento.

Mientras el rebelde caía a sus pies, dividido en dos mitades ensangrentadas, Yawgmoth chasqueó la lengua.

—No es un buen candidato.

Miró calle arriba en busca de uno mejor.

Vio a un hombre escuálido cubierto de lesiones y con tan poca ropa que apenas podía ocultarlas.

La miserable figura se inclinaba sobre una mujer Halcyte que lloraba junto a su marido muerto.

Las intenciones del Intocable eran evidentes.

—Perfecto.

Yawgmoth atravesó la corriente de rebeldes, matando a cualquiera que lo atacara.

Rodeó el cuello del hombre escuálido con un brazo musculoso y lo levantó del suelo.

Aunque el Intocable pateaba y gritaba, no podía liberarse.

La espada de Yawgmoth abrió un camino de regreso hacia la enfermería, y su prisionero le servía de escudo.

Yawgmoth llegó ante una cuadrilla temblorosa.

Dos rebeldes yacían muertos justo fuera de la puerta. Los habían arrastrado hasta allí, dejando senderos carmesíes con sus cabezas sobre el umbral.

La punta de la espada de Xod estaba carmesí.

—Intentaron entrar —dijo—. Lo único que podía pensar era: ¿qué pasaría si llegaran hasta Glacian?

—Excelente trabajo —respondió Yawgmoth simplemente mientras atravesaba la puerta y comenzaba a subir las escaleras.

—Ciérrenla y vuelvan a poner la barra.

Subió.

Las patadas del rebelde se estaban debilitando.

Estaba perdiendo el conocimiento.

Yawgmoth había tenido cuidado de no romperle el cuello ni aplastarle la tráquea.

Necesitaba un sujeto que, aparte de la tisis artificial, estuviera relativamente sano.

Al llegar a la cámara de experimentación, Yawgmoth abrió de golpe la puerta.

—Tengo un sujeto. ¿Está lista la mezcla?

Los sanadores levantaron la mirada desde una pequeña sartén de hierro de la que escapaban volutas de vapor de una mezcla acuosa.

—No hay señales de los fragmentos metálicos. Se disolvieron. El líquido se aclaró y se volvió más fino, pero todavía está caliente.

—Se enfriará lo suficiente cuando lo decanten. Llenen dos vejigas con él: una para el sujeto de prueba y otra para el genio —ordenó Yawgmoth mientras arrojaba al rebelde, ya inconsciente, sobre una mesa.

El hombre cayó de espaldas y quedó tendido sobre la madera fría.

Xod y sus tres compañeros entraron en la habitación.

Yawgmoth ordenó:

—Ustedes cuatro, sujeten sus extremidades. Probablemente despierte cuando le apliquemos la inyección. No dejen que escape.

La determinación febril apareció en el rostro de Xod.

—No. No dejaremos que escape.

Yawgmoth hizo un gesto hacia los demás.

—Traigan una de las vejigas con el antídoto, y que alguien extraiga otra vejiga del frasco de veneno que está en el alféizar.

Uno de los observadores se acercó y le entregó a Yawgmoth una vejiga terminada en una aguja.

—Aquí está la primera vejiga de antídoto.

Yawgmoth tomó el objeto y sintió el calor del suero a través de las paredes correosas que lo contenían.

Buscó una vena en el cuello del hombre, la encontró, introdujo la aguja y apretó lentamente la vejiga, introduciendo su contenido.

Pronto la bolsa quedó vacía y Yawgmoth retiró la aguja.

—¡Miren eso! —exclamó Xod, señalando las lesiones del abdomen del hombre.

Las manchas negras retrocedían visiblemente.

Parecía que algo dentro de la piel arrancaba cada imperfección, partícula por partícula.

En cuestión de instantes, las manchas se habían convertido únicamente en llagas rosadas y fruncidas.

La podredumbre negra había desaparecido.

—Está ocurriendo en todas partes: hombros, rostro, piernas.

Yawgmoth sonrió.

—Resistencia. Estamos reforzando la resistencia del paciente. Las partículas metálicas suspendidas en el suero bloquean las energías mágicas en todo su espectro. Son esas energías mágicas las que provocan la degradación de los tejidos. El suero las bloquea, al menos mientras permanece en la sangre, y permite que los tejidos comiencen a sanar.

—¡Una cura! —gritó Xod—. ¡No puedo creerlo! ¡Creamos una cura!

—Yo creé una cura —corrigió Yawgmoth—. Una cura basada en tus inspiraciones y en mis ridículas ideas sobre la enfermedad.

Hubo toses alrededor de la mesa.

Algunos observadores incluso murmuraron que no habían considerado ridículos, ni siquiera extraños, sus métodos.

—Además, no es una cura. Es solo un tratamiento para combatir temporalmente la enfermedad. Tendremos que ver cuánto duran sus efectos.

Toda la atención se desplazó hacia el paciente.

Sus ojos se abrieron.

El rebelde escuálido miró a su alrededor con miedo.

Intentó incorporarse, pero Xod y sus compañeros lo mantuvieron sujeto.

—¿Dónde estoy? ¿Qué están haciendo? —chilló el hombre.

—Estás en la enfermería de Halción —respondió Yawgmoth con calma—. Y lo que estoy haciendo es curarte.

—¿Curarme? ¿Por qué querrías curarme?

Yawgmoth se encogió de hombros y señaló a la mujer que había preparado la vejiga de veneno.

Ella se acercó.

Él se la quitó.

—Curarte fue simplemente un hecho incidental de las revueltas. No fue nada personal. Igual que la violación y el asesinato que cometiste: nada personal, solo un hecho incidental.

El hombre balbuceó:

—Bueno... me alegra que lo veas así.

—Y ahora, por tus crímenes, revoco la vida que te concedí.

Sin ninguna de la delicadeza que había mostrado antes, Yawgmoth hundió la aguja en el cuello del hombre y apretó.

Inmediatamente, el paciente comenzó a convulsionarse, arqueándose sobre la mesa.

Xod y los demás lo sujetaron con fuerza, asegurándose de que no escapara.

La lucha fue breve.

El hombre se desplomó.

El aire abandonó sus pulmones en un largo gorgoteo.

Después quedó completamente inmóvil.

La mayoría de los observadores retrocedieron horrorizados.

Incluso tres de los cuatro que sujetaban sus extremidades lo soltaron y se apartaron.

Solo Xod permaneció aferrado a él, con determinación y terror mezclándose en su interior.

Yawgmoth resopló.

—Veamos qué podemos hacer para tratar a nuestro genio.

Mientras el genio de Halción recibía una infusión de antídoto contra su enfermedad, el resto de Halción recibía una infusión de destrucción y muerte.

Los Intocables dominaban las calles.

La guardia Halcyte luchaba desesperadamente contra un número abrumador.

Muchos yacían muertos.

Aquí y allá ardían cuerpos.

Los edificios ardían por todas partes.

La ciudad que había permanecido inexpugnable durante doscientos años estaba ahora sitiada desde dentro.

Aquellos que durante tanto tiempo habían mantenido la muerte alejada de sí mismos ahora estaban sumergidos en ella.

Desde las cloacas habían surgido monstruos escabrosos, violentos y horribles.

Ascendían en una marea maloliente por las ocho terrazas.

Mataban a cualquiera que encontraban.

Solo en ese último instante de vida los Halcytes veían los ojos de sus asesinos y comprendían que no eran monstruos.

Eran humanos.

Eran Thran.

CAPÍTULO 8

Rebbec estaba en el Templo Thran cuando comenzaron los disturbios. Ella y un grupo de trabajadores estaban en la esquina noroeste, construyendo una escalera de caracol abierta por los lados. Cada escalón cristalino tenía la forma de una amplia porción de pastel a la que le hubieran arrancado un bocado de la punta. Los bloques relucientes estaban apilados de manera alternada, formando una torre de escaleras autoportante con un núcleo hueco. Un lado de la escalera ofrecía vistas hacia el santuario resplandeciente. El otro se abría sobre el abismo en el borde de la ciudad. Quien no estuviera preparado para aquel ascenso vertiginoso podía dar un paso en falso y caer mil quinientos pies. El ascenso era una alegoría: para alcanzar los cielos, había que perseguir la empresa con valor, equilibrio, diligencia y sobriedad.

Rebbec y su cuadrilla estaban colocando una piedra en el tercer giro de aquella elevada escalera cuando advirtieron por primera vez las columnas de humo que se elevaban desde la ciudad.

—Alguien... Jonas, andá a mirar hacia el acceso oriental y decinos qué está pasando —dijo Rebbec.

El joven albañil salió corriendo a cumplir su orden. Los demás continuaron colocando escalones.

Jonas regresó con noticias alarmantes.

—¡Es una invasión! ¡Alguien está atacando la ciudad! Están por todas partes... ¡Hay cuerpos y sangre por todas partes!

—¿Qué? —preguntó Rebbec, quitándose el polvo de las manos mientras descendía—. ¿Qué?

—Una guerra... o algo así —dijo Jonas.

—¿Una guerra?

—¿Algo...?

Las palabras le parecieron absurdas a Rebbec. Su cabeza estaba ocupada con cálculos tangenciales. El fantasma de contrafuertes todavía no construidos surgía en su mente para converger alrededor de la escalera. ¿Guerra? ¿Qué podía querer decir? Había humo, por supuesto, pero ningún ejército había atravesado jamás el desierto para sitiar Halcyon.

—Vamos a ver —dijo Rebbec—. Tomemos un descanso y vayamos a ver la guerra de Jonas.

Los trabajadores se quitaron los guantes empapados de sudor y los arrojaron sobre montones de cuerdas. Bromearon acerca de las guerras en Halcyon mientras cruzaban los cimientos de piedras de poder, caminando sobre ondas centelleantes. Rebbec les había advertido sobre los riesgos de la tisis artificial, pero ningún trabajador había renunciado. Aquel lugar de construcción los hacía sentir como dioses.

El grupo se aproximó al acceso oriental. El humo se retorcía hacia el cielo, parodias ennegrecidas del ascenso celestial de Rebbec. Los tejados ardían. Los incendios se propagaban. Las calles estaban cubiertas de cadáveres. Figuras oscuras se deslizaban entre las puertas destrozadas. Una marea de ellas ya había alcanzado la octava terraza y comenzaba a desbordarse por el Bulevar del Consejo. Rompían ventanas, mataban ciudadanos y provocaban incendios a su paso. Un grupo de diez guardias halcytes corrió hacia la calle y formó una línea para contenerlos.

—Miren —dijo Rebbec sin aliento—. Miren... la guardia se está formando.

Los invasores chocaron contra aquella línea de soldados blancos y la arrollaron. La oleada continuó avanzando hasta alcanzar las amplias escaleras laterales del Salón del Consejo. Se alzaron rostros: rostros humanos devastados por el hambre, blanqueados por la oscuridad y marcados por la tisis artificial.

—Muy bien. Ya vienen —observó Rebbec—. Todos busquen algo: un martillo, un taladro o una palanca, lo que sea. Tenemos que mantenerlos fuera del templo. Tendrán que saltar desde el pináculo de a uno, quizá de a dos o tres como máximo. Los haremos retroceder. Traigan algunos de esos postes de soporte. Todos los que puedan. Dénmelos a mí y a Jonas. Nosotros nos quedaremos adelante y derribaremos a cualquiera que intente saltar. Si alguno logra pasar, tendrán que pelear con ellos. ¿Entendido?

Todos asintieron.

—¡Entonces, vamos!

Pálidos y con los ojos desorbitados, los constructores corrieron en busca de armas improvisadas y del valor necesario para empuñarlas.

Mientras tanto, Rebbec miró hacia abajo, donde los rebeldes más rápidos comenzaban el ascenso en espiral por la cúpula del Salón del Consejo.

* * * * *

La segunda vez que los sanadores descorrieron los cerrojos y abrieron de golpe la puerta de la enfermería, todos estaban listos. Yawgmoth iba al frente, con una espada rasgando el aire ante él. Xod venía detrás, blandiendo una hoja pintada de sangre. Otros tres observadores reconvertidos en soldados también portaban espadas y salieron esgrimiéndolas. Detrás de ellos venían dieciséis más, armados con patas de mesa, perillas de cama e incluso vejigas rellenas de veneno. Era un surtido variopinto de armas, pero mejor que las que empuñaban los rebeldes.

Yawgmoth decapitó a un atacante y dijo entre dientes apretados:

—Cuando sofoquemos la revuelta, le pediré al consejo un arsenal de armas de verdad.

Los observadores asintieron con gesto sombrío. Las patas de mesa subían y bajaban, derribando a un par de rebeldes. El grupo se abrió paso luchando hasta la calle. Detrás de ellos, los guardias de Glacian atrancaron la puerta.

La hoja de Xod volvió a probar la sangre. La hundió en el vientre de un Intocable al que le faltaban dientes. La hoja atravesó las entrañas demacradas y salió por la espalda del hombre. Este se desplomó sobre los adoquines. Xod tiró de la espada para liberarla. La herida la succionaba. Plantó un pie en el costado del cadáver y jaló con fuerza. La espada se soltó. Xod se tomó un momento para limpiar la sangre séptica que la cubría.

Un enjambre harapiento de Intocables se abalanzó sobre el grupo. Tres observadores murieron en aquella embestida: uno con el cráneo aplastado, otro con un cuchillo en el ojo, un tercero con la garganta abierta. Los demás pelearon con más ferocidad aún. Las patas de mesa golpeaban limpiamente hacia abajo y volvían a subir cubiertas de rojo. Las barras de metal resonaban como campanas contra los cráneos. Los sanadores se lanzaban bajo el entrevero de armas para inyectar veneno. Todo era gritos, forcejeos y sangre. Luego, el último de sus atacantes yació muerto en el suelo.

Yawgmoth y su cuerpo restante de quince hombres siguieron adelante.

—¿Adónde vamos? —preguntó Xod.

Yawgmoth señaló con la cabeza hacia el templo a medio construir, que relucía en lo alto.

—Arriba. Vamos arriba.

Mató a dos más mientras tomaba aliento.

—Allí estará Gix.

—¿Gix?

—Él fue quien encendió la revuelta —respondió Yawgmoth—. Él puede terminarla.

—¿Pero la terminará?

Yawgmoth dio una palmada al bolsillo interior del pecho de su capa.

—Lo hará cuando le inyecte esta cura.

* * * * *

Cinco minutos atrás, Rebbec nunca había matado nada más que un mosquito. Ahora había matado a diez hombres, ocho mujeres y tres niños.

El primero había sido el peor: un muchacho de no más de trece años. Había alcanzado el pináculo antes que los demás gracias a sus pies rápidos y a un corazón joven.

—¡Atrás! —gritó Rebbec—. ¡Si saltás, te detendremos! ¡Te mataremos!

El muchacho se lanzó sobre aquel abismo abierto. No dudó. Rebbec sí. Jonas también. Sus postes se balancearon torpemente para bloquear el paso.

El Intocable agachó la cabeza, se deslizó por debajo de ellos y clavó un cuchillo en la garganta de uno de los trabajadores.

El instante siguiente fue una confusión. Rebbec vio a alguien agarrar al muchacho por su camisa harapienta, arrastrarlo hasta el borde y arrojarlo para que se estrellara, destrozado, sobre la cúpula. Solo entonces comprendió que había sido ella.

Había matado a un muchacho. Sí, pero él había matado a uno de sus trabajadores. No le había dejado elección.

Cuando Rebbec volvió a levantar el poste, lo sintió resbaladizo entre sus manos. La sangre del trabajador las cubría. Se había metido profundamente en las líneas y callosidades de sus palmas. Se limpió la sangre con gesto sombrío sobre su túnica blanca de trabajo y volvió a sujetar el otro extremo del poste.

—Fue culpa mía. Si no hubiera dudado...

—¡Ahí viene otro! —gritó Jonas.

Era una joven. Tal vez habría sido bonita de haber vivido en Halcyon. Las

Cuevas de los Condenados habían convertido su piel en un sudario y su cuerpo en un esqueleto. Tenía los ojos tan abiertos que parecían no tener párpados. Saltó, un lagarto pálido suspendido en el aire.

Rebbec blandió su poste. Golpeó el costado del rostro de la mujer y la hizo retroceder. La rebelde cayó parcialmente sobre la plataforma y arañó a ciegas para subir. Rebbec apretó los dientes y volvió a clavarle en el rostro la punta ensangrentada del poste. La mujer quedó inerte y cayó. Ni siquiera el templo, que amortiguaba los sonidos, pudo ocultar el golpe húmedo de su cuerpo al estrellarse.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —gritó Rebbec—. ¡Vos también vas a tener que matar a algunos, Jonas! ¡Maldita sea! ¡También tenés un poste!

Con el rostro blanco, Jonas mató al siguiente. Rebbec mató a los tres siguientes. Él mató a otro. Los rebeldes ya no caían con el sonido de huesos contra piedra, sino con el golpe blando de carne arrojada sobre carne.

Era un trabajo sombrío, que no se hacía más sencillo por los gritos de los constructores detrás de ellos. Mitad aliento, mitad expiación, mitad consuelo, los gritos solo desgarraban a Rebbec: «¡Para a este!», «Buen golpe», «Ese fue difícil», «Tenía un cuchillo», «Lo advertiste», «No te dejó elección».

Diez hombres, ocho mujeres, tres niños y un trabajador. En su vacilación, Rebbec lo había matado, tan seguramente como había matado a los demás. Su sangre, su cadáver, se proyectaba en rayos de arcoíris por toda la ciudad de abajo.

—¡Maldita sea! —gritó Rebbec.

* * * * *

Habían hecho falta meses para que Yawgmoth convirtiera a sus observadores en sanadores. Solo hicieron falta unos instantes para convertir a los sanadores en asesinos.

A su izquierda, una mujer aplastaba cráneos con una pata de mesa. A su derecha, un hombre hacía tropezar a los enfermos de tisis artificial y los apuñalaba con veneno. Detrás quedaba un rastro de cadáveres decapitados. Delante, Xod arrojaba cabezas contra las masas de Intocables.

Xod. Había vomitado al ver la batalla por primera vez. Ahora las náuseas habían desaparecido. El arrepentimiento también. No había tiempo para el miedo. Solo había matanza.

Los Intocables enfurecidos se abalanzaron sobre Xod. Era exactamente la reacción que esperaba.

Xod avanzó para enfrentarlos. Su espada se hundió en el pecho de un hombre. Quedó atrapada entre las costillas, provocando una muerte lenta. Xod arrojó al hombre que se retorcía contra una mujer. Ambos cayeron al suelo. Arrancando la espada, Xod caminó sobre sus espaldas hacia sus siguientes víctimas.

Algunos cayeron sin derramar sangre. Otros siguieron luchando mientras la sangre brotaba a borbotones de sus cuerpos. Era realmente interesante. Había tanta ciencia en matar como en sanar. Ciencia rigurosa, práctica... y divertida.

Xod no tenía escasez de sujetos. Él y su grupo estaban rodeados de enfermos de tisis artificial. Cada uno moría de una manera diferente.

Puedo usar a este, pensó Yawgmoth. Se convertirá en algo todavía más letal.

Aunque Xod se estaba divirtiendo, aquella lucha no acercaba a Yawgmoth al Templo Thran. Allí tendría lugar la verdadera batalla. Vislumbró una silla de transporte abandonada. Silbando por encima del hombro, hizo una señal a Xod para que se acercara.

Xod corrió hacia él con el entusiasmo de un perro al que llaman para salir de caza.

* * * * *

—Sabía que te encontraría aquí. ¡La mejor manera de vengarme de los dos hombres que más odio es matarte!

—¡Gix! —jadeó Rebbec, mirando al hombre con estupor. El rebelde enfermo de tisis artificial estaba de pie en el pináculo de la cúpula del Salón del Consejo, justo fuera del alcance del poste de Rebbec—. Glacian dijo que amenazaste con hacer esto, pero nadie creyó...

—Aunque sea un bastardo, tu marido es el único que ve la verdad —dijo Gix—, excepto yo.

Saltó hacia el templo.

Rebbec fue lenta con su poste. Jonas lanzó el suyo. Gix lo esperaba. Había visto caer a los demás. Había aprendido la estrategia de Rebbec. Agachando la cabeza hacia un lado, Gix agarró el poste y tiró de él para impulsarse hasta aterrizar sobre el umbral del templo.

Jonas soltó el poste para evitar que lo arrastraran por el borde. Demasiado

tarde. Gix ya tenía los pies firmemente apoyados. Giró, golpeó el poste de Rebbec y le aplastó los dedos. Ella soltó el arma.

Girando sobre sí mismo, Gix golpeó a Jonas en la espalda. El joven se arqueó y aulló. Gix volvió a golpearlo. Plantando los pies, arrojó al joven fuera del templo.

Jonas cayó como habían caído los Intocables. Murió como habían muerto ellos.

Los trabajadores se abalanzaron sobre Gix, pero él era demasiado rápido. Dejó inconsciente a un hombre, hizo caer a una mujer y obligó a retroceder a los demás con rápidos golpes del poste. También fue rápido de otras maneras. A sus espaldas, los Intocables bajaron una gruesa puerta de madera sobre el hueco entre el pináculo y el templo. Cruzaron en masa por aquel puente improvisado.

Rebbec ya no tenía un poste para apartar la puerta, y Gix la golpeó tres veces con el poste de Jonas. Ella retrocedió entre los demás.

Cruzaron el puente: tres, siete, once, dieciocho... Eran más de los que habían matado hasta entonces. En cuestión de instantes, los rebeldes igualaron en número a los trabajadores. Unos instantes después, los doblaban. Y seguían llegando.

Gix avanzaba al frente. Llevaba una sonrisa diabólica. Rebbec y su grupo no pudieron llegar muy lejos. No había adónde ir. Los Intocables los rodearon. Sus figuras harapientas brillaban entre los cristales que los rodeaban.

Por encima de su sonrisa llena de dientes, los ojos de Gix parecían casi tristes. Su voz tenía la tensión silenciosa de un resorte a punto de soltarse.

—Sé lo que estás intentando hacer, Rebbec. Todos lo saben. Pero estás ascendiendo mientras trepás sobre nuestros cuerpos. La máquina de maná de tu marido nos mata. Tu templo mata incluso a tu propia gente. ¿Te importa? ¿Te detenés? ¿Desmantelás los horrores que has creado o simplemente los construís cada vez más altos?

—Yawgmoth está trabajando en una cura —protestó Rebbec. Blandió una pesada polea con una mano, advirtiéndole que retrocediera. El dispositivo serviría de poco contra un poste de ocho pies de alcance—. Una cura no solo para mi marido, sino para todo el mundo. Para tu gente también.

—Yawgmoth no puede encontrar una cura. Y aunque pudiera, no nos la daría.

—Lo haré y lo haré —dijo una voz desde arriba.

Una sombra ocultó el sol. Todas las cabezas se alzaron. Todos entrecerraron

los ojos para ver quién había hablado. Una figura descendió en una silla de transporte que flotaba lentamente. Parecía vestida de radiancia. Nadie habría podido reconocerlo salvo Rebbec y Gix.

—Tengo un tratamiento, quizá una cura —respondió Yawgmoth—. Tengo una dosis conmigo. La piel de Glacian ya está mejorando, su sufrimiento disminuye.

Gix bajó la mirada ante aquella presencia cegadora.

—¡Mentiras! ¡Mentiras! ¿Por qué traerías una cura en medio de una rebelión que yo inicié?

—Para terminarla —respondió Yawgmoth sencillamente—. Para rescatar la vida de esta mujer y la vida de esta ciudad. Te daré este tratamiento y te prometo que descenderé a las cuevas y llevaré suficiente para tratar a todos allí en una semana, si detenés este disturbio, si vos y tu gente abandonan la ciudad.

Rebbec pudo ver el rubor en el rostro pálido de Gix. El joven quería creer. Quería curarse y que su pueblo también fuera curado. Sin embargo, sabía que no debía confiar en aquel enemigo.

—Es veneno lo que me traés, no una cura.

—No es veneno —respondió otra voz desde la silla de transporte—. Yo estaba con él cuando lo inventó. Lo vi curar a un Intocable. Lo vi ayudar a Glacian.

—Mostrame a ese hombre curado —desafió Gix—. Déjame hablar con él.

—Está abajo —dijo Yawgmoth—. No tengo tiempo de buscar a un solo hombre entre los amotinados.

—No está abajo. Ese hombre nunca existió —dijo Gix—. Ahora andate o mataré a Rebbec mientras mirás.

La respuesta de Yawgmoth fue inmediata.

—¡No! Bajaré entre ustedes. Me inyectaré la mitad de la mezcla y, cuando veas que no muero ni caigo inconsciente, sabrás que no es una trampa. Cuando te inyecte el resto, sabrás que es una cura.

Los ojos de Gix se endurecieron con desconfianza. Rebbec dijo:

—Le dijiste a Glacian que tu gente se rebelaría porque no tenía nada que perder. Estaban condenados a morir. Ahora tienen todo que perder. Escuchá a Yawgmoth. Probá su cura. Dejá que te sane a vos, a tu gente y a nuestra ciudad.

El rubor que cubrió las mejillas de Gix revelaba la esperanza que temía sentir.

—Bajá, Yawgmoth. Demostrame que no es veneno, probá que es una cura y jurame que proporcionarás suficiente para todos, y sacaré a mi gente de Halcyon.

Una gran figura apareció de pronto desde la silla de transporte. Sin previo aviso, Yawgmoth descendió entre ellos. Sus ojos brillaban como el sol cuando miró a Gix. Se echó hacia atrás el cuello de la capa y encontró su propia vena yugular. Con precisión lenta, introdujo la aguja y apretó.

Gix pudo distinguir claramente cómo el líquido avanzaba por la vena dilatada. El puño de Yawgmoth se cerró sobre la vejiga. Cuando estuvo medio vacía, retiró la aguja del cuello. Una pequeña línea de sangre surgió de la punción, descendió por su piel bronceada y se acumuló en el hueco de la clavícula.

—Ahí lo ves —dijo Yawgmoth con calma—. No es veneno ni un sedante. Y para mí no es una cura, porque no estoy tan devastado como vos, amigo mío.

Yawgmoth avanzó, con la aguja ensangrentada sobresaliendo de su mano.

—No me llames amigo —advirtió Gix—. Si esto es una trampa, mi gente los despedazará a vos, a Rebbec y a toda esta ciudad.

Sin responder, Yawgmoth extendió la mano hacia el cuello de Gix. El hombre retrocedió apenas un instante. Yawgmoth encontró la yugular. Apoyó la aguja hueca y la introdujo suavemente. El suero fluyó hacia Gix. El puño de Yawgmoth se cerró con fuerza alrededor de la vejiga. Vació la cámara y retiró la aguja. La sangre brotó suavemente de la punción.

Gix frunció el ceño. Miró las lesiones de su brazo.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo?

—Era solo media dosis —dijo Yawgmoth.

Los Intocables comenzaron a gruñir. Las manos se cerraron con fuerza alrededor de las armas.

—Y tarda un instante...

—¡Esperen! ¡Miren! —gritó Gix.

Contempló su brazo. Las lesiones negras retrocedían. El tejido cicatricial rosado rellenaba los huecos. Miró su otro brazo, donde ocurría el mismo proceso. Las llagas de su pecho, sus piernas y su rostro se encogieron.

—No era mentira. Es una cura.

—Un tratamiento —dijo Yawgmoth—. Una cura temporal. Pero las inyecciones de esto pueden mantenerte sano, a vos y a tu gente, hasta que encontremos una cura permanente.

—¿Cuánto durará? —preguntó Gix.

—No lo sé. ¿Una semana, quizá? —aventuró Yawgmoth—. Tal vez menos, ya que solo fue media dosis.

Gix lo miró a los ojos. La alegría estaba atemperada por el odio.

—Tenés una semana. Nos retiraremos y te dejaremos durante esa semana. Pero después será mejor que aparezcas con inyecciones para todos nosotros.

—Sí. Ese es el acuerdo —dijo Yawgmoth—. Tenés una semana.

PARTE II: LA NACIÓN





Guerra Thran-Phyrexiana, Día Dos:
Batalla de la Esfera Nula

Desde las alturas, por encima de los pliegues nubosos de la montaña, la Esfera Nula parecía una perla gigante.

—Mi perla —susurró Yawgmoth para sí. Miraba hacia abajo desde la proa de su carabel de guerra. El viento lo azotaba—. Mi gloriosa creación.

La Esfera Nula no era en verdad creación de Yawgmoth. Era de Glacian, pero Glacian y todas sus creaciones pertenecían ahora a Yawgmoth. El señor de Phyrexia había escalado por la mente del hombre y lo sabía todo. Comprendía el poder verdadero y terrible de la Esfera Nula. Glacian podría haberla usado para tomar el control del imperio, de no ser por su virtud. Yawgmoth no tenía tal impedimento.

Extendió la mano, imaginando la Esfera Nula entre sus dedos.

Era un orbe metálico de proporciones vastas, más grande que la propia Halcyon. La mitad inferior de la esfera reposaba dentro de un profundo cráter de impacto. Su contorno encajaba a la perfección con el cuenco rocoso que la sostenía. Enormes pilones anclaban el orbe en el cráter. La mitad superior de la esfera formaba una cúpula reluciente de acero entre nubes en movimiento. No era un globo macizo: la Esfera Nula era una cáscara de calzadas y retículas en torno a un vacío gigantesco. A pesar de su vastedad, la estructura era muy ligera. A pesar de su ligereza, era muy resistente. Tal era el prodigio del diseño de Glacian.

El verdadero prodigio, sin embargo, era el propósito de todo aquel metal parabólico. El hemisferio superior del dispositivo era un enorme plato orientado hacia abajo, hacia la roca. Recogía y concentraba las enormes energías de maná

de la montaña. El hemisferio inferior era un plato orientado hacia el cielo para captar las energías quintaesenciales de los cielos. El orbe era además infinitamente divisible en platos verticales, lo que le permitía apuntar a cada segundo y segundo enano de arco a lo largo y ancho del continente. De este modo, la Esfera Nula era una antena colosal que extraía poder de la tierra y lo canalizaba para vigilar y controlar a cada criatura artefacto del Imperio Thran. Solo los ejércitos del propio Yawgmoth quedaban fuera de su alcance, gracias al conocimiento secreto de Glacian.

Yawgmoth hizo un gesto por encima del hombro, convocando a uno de sus oficiales.

Se acercó una comandante phyrexiana. Su carne era tan gris y fibrosa como cables de acero. Llevaba un chaleco acorazado, polainas quitinosas y botas rematadas en dagas. Los cuernos que le sobresalían a lo largo de la mandíbula formaban un conjunto de colmillos externos en una sonrisa perpetua.

Yawgmoth señaló por encima de la borda, hacia el camino principal a través de las montañas.

—La guarnición de la esfera está apostada allí, bajo ese saliente rocoso. Cincuenta guerreros, suficientes para defender ese cuello de botella contra un asalto convencional de gran envergadura. Aterrizaremos en la zona de concentración a este lado del cuello de botella. Espero que vos y vuestra fuerza de choque os comáis a los soldados thran en cuestión de instantes.

—Sí, gran señor Yawgmoth —respondió ella, inclinando la cabeza.

—Ni un solo soldado thran debe llegar a la esfera. Quiero solo artífices dentro. Podéis uniros al equipo en la esfera únicamente cuando cada soldado thran esté muerto.

—Sí, gran señor.

Con un gesto de la mano, Yawgmoth convocó al comandante halcyte. El hombre se acercó, reluciente con su armadura de poder plateada. Los ojos de Yawgmoth permanecieron fijos en la esfera.

—Una vez que los artífices estén asegurados, condúcelos —con vida— al núcleo de control. Mantenlos allí como rehenes hasta que yo llegue.

—¡Sí, mi señor! —ladró el comandante halcyte—. Yo mismo lideraré el equipo del dispositivo de implosión. Preparaos, escuadra.

Por fin, Yawgmoth apartó la vista de la esfera. Volvió sus ojos sin luz hacia la tripulación.

—Todos a sus puestos de combate.

Los comandantes halcyte y phyrexiano hicieron cada uno una reverencia final antes de partir hacia sus tropas. Mientras tanto, Yawgmoth cruzó la cubierta hacia el equipo de rappel. Su equipo lo aguardaba. Algunos eran phyrexianos de carne gris; otros, halcytes de plata. Todos eran escaladores poderosos, concentrados y letales. Sobre sus arneses de escalada llevaban sujetos cinturones de los que colgaban grandes piedras de poder y dispositivos de implosión.

Yawgmoth se abrochó el arnés y el cinturón. Desde una escotilla junto a la borda, recuperó un mecanismo envuelto. Era un cargador de piedras, un explosivo experimental y poderoso. Lo sostuvo con ternura maternal y miró por encima de la borda.

La Esfera Nula era enorme ahora. Llenaba el mundo de abajo.

El carabel de guerra trazó un largo arco descendente. La sombra del barco parecía pequeña sobre aquella retícula interminable. El barco se inclinó. Su picado se profundizó. El suelo se precipitó hacia arriba.

Yawgmoth se aferró a la borda y observó con avidez. Las retículas de acero se deslizaban. El largo horizonte de la esfera quedó a popa. Cruzando el borde irregular del cráter, el barco sobrevoló el camino de la guarnición, estrecho entre afloramientos rocosos. Más allá había una zona de concentración y una pared de roca. La guarnición se agazapaba allí. Tallado en roca viva y reforzado con muros de escombros, el puesto era imponente.

Los soldados thran apostados en la muralla de la guarnición dieron la alarma. Se retiraron tras gruesos parapetos de piedra. A ambos lados de la zona de concentración, un par de bombardas anticuadas giraron en sus troneras.

—¡Apunten a esas bombardas! —gritó Yawgmoth—. ¡Fuego!

Dos haces de radiación roja surgieron de los cañones de rayos del carabel de guerra. Rugieron a través de la zona de concentración. El aire hirvió a su paso.

Un rayo impactó en la bombarda de la derecha. La carne de los artilleros se derritió de sus huesos. La roca se desmoronó. La bombarda se licuó como una vela. Las piedras que estaba disparando salieron despedidas en una lluvia de lava. El fuego prendió en todo lo que podía arder.

El otro rayo de cañón erró el tiro. Se estrelló como un ariete contra la muralla de la guarnición. El parapeto tembló y cedió. Llegó un sonido quebradizo, como de cristal al romperse, y el olor a rayo. La piedra se hizo añicos convirtiéndose en arena al rojo vivo y se desmoronó. El espacio cavernoso que había detrás quedó en penumbra. Unos ojos miraban hacia afuera aterrorizados.

Un vítore se alzó desde el carabel de guerra, aunque Yawgmoth no se unió a él.

Quedaba una bombarda. Emitió un silbido, el de mil rocas chillando por su cañón, y ladró. Una tormenta de piedras brotó hacia afuera, seguida de humo blanco. Anticuada, sí, pero letal de todos modos.

El barco viró. No sirvió de nada. Los cañones de rayos dispararon contra la piedra que se alzaba. No sirvió de nada.

Las rocas golpearon el casco del carabel de guerra. El barco dio un salto y se escoró como si lo hubiera embestido una ballena. Las bordas, de un pie de grosor, reventaron. Las piedras arañaron el motor. El vapor silbó. Un chirrido violento brotó de las innumerables grietas en su fuselaje. El carabel dio una sacudida y comenzó a caer en picado. Luchaba por mantenerse en el aire. El aullido del motor anunciaba lo que estaba por venir. Solo quedaban unos instantes.

—¡Artilleros, destruyan esa bombarda! —gritó Yawgmoth—. ¡Tripulaciones de rappel, a los botes salvavidas! ¡El resto, abandonen el barco!

La comandante phyrexiana y sus guardias saltaron como arañas por encima de la borda que cedía. La quilla del barco golpeó el suelo mientras ellos corrían a cubrirse. Rápidamente, se escabulleron por la zona de concentración en dirección a la brecha en la muralla y los soldados thran parapetados dentro.

El comandante halcyte y sus tropas saltaron del casco escorado. Dieron la espalda a la guarnición y se lanzaron en cambio hacia la Esfera Nula.

Mientras tanto, Yawgmoth cargó a su equipo en un par de botes salvavidas aéreos en el lado más alto del barco que se escoraba. En cuestión de instantes, las embarcaciones estaban llenas: diez tripulantes en cada una. Yawgmoth se situó en la proa del primer bote. Había colocado el cargador de piedras con cuidado en la bodega. Una vez asegurado, él dejó de andarse con cuidados. Cortó de un hachazo el cabo de proa. El motor del bote salvavidas ronroneó al encenderse. La proa se alejó del carabel. La embarcación compañera la siguió.

Un enjambre de piedras desgarró el aire sobre sus cabezas. Yawgmoth siseó, fulminando con la mirada la bombarda como si su ira pudiera destruirla.

Un último disparo salió sesgado del cañón de rayos del carabel, que yacía de costado. Cruzó la zona de concentración y se estrelló contra la bombarda. El cañón estalló en fuego y lava. Se hizo añicos. Los artilleros ardieron hasta no quedar nada. La tronera se evaporó. La explosión continuó, abriendo un segundo agujero en la muralla de la guarnición.

La voz de Yawgmoth se unió al vítore de sus tropas. Miró hacia el cañón de rayos y sonrió a la artillera. Ella empezó a devolverle el saludo. El núcleo del carabel entró en estado crítico. La mujer desapareció en una explosión brillante como el sol que engulló todo el barco. Coronas de llamas saltaron desde el infierno. Rodearon en bucle a los botes salvavidas que ascendían, brazos de fuego que intentaban arrebatarlos del cielo.

—¡A toda altura! —ordenó Yawgmoth desde la proa.

Con el chillido de los motores sobrecalentados, las embarcaciones se lanzaron fuera de la bola de fuego. Arrastraron largos dedos de llamas y humo mientras se elevaban por encima de la guarnición y se disparaban hacia la esfera.

—Hermoso —murmuró Yawgmoth con admiración.

La mayor parte del carabel había sido consumida en la explosión inicial. Su esqueleto en llamas se asentó. Más allá, la guarnición hervía. El humo brotaba por arriba. Los cuerpos brotaban por abajo.

—Hermoso.

El ataque inicial destruyó las lámparas principales. La guarnición quedó sumida en la oscuridad. Como para compensarlo, nuevas ventanas y puertas fueron abiertas a la fuerza en la muralla. La luz del día y la luz del fuego inundaron el interior. Ocho soldados thran fueron pulverizados por la metralla. Los demás se tambalearon hacia aquella extraña luminosidad y contemplaron una visión horrorosa.

¿Un carabel de guerra? ¿Un carabel de guerra halcyte? ¿Cómo podía Yawgmoth permitirse destinar un carabel a atacar un remoto puesto de artífices?

Más fuego surgió de los cañones del carabel. Golpeó la muralla de la guarnición como martillos sobre un tambor de guerra. Los soldados miraron un momento más con las rodillas flojas de incredulidad. Los fragmentos de roca los azotaban. La arena caía del techo que se agrietaba. Ni siquiera estos ataques lograban penetrar el marasmo de los soldados.

Una bombarda thran ladró. Vomitó humo. La sustancia blanca formó por un instante una cortina en el aire antes de ser desgarrada por un viento furioso. Más allá apareció un carabel maltrecho. Un enorme agujero había sido abierto en el costado del barco. Una luz febril emanaba de su motor. El carabel se escoró torpemente.

Los soldados thran rugieron de esperanza. Sí, esperanza. ¡Yawgmoth podía ser derribado! ¡Su barco ya estaba condenado!

El marasmo se rompió. Los soldados corrieron hacia los estantes de ballestas y las tomaron. Las piedras de poder incrustadas en las empuñaduras ayudaban a cargar, apuntar y disparar. Uno de aquellos cuadrillos podía atravesar un árbol. Corriendo hacia la brecha en la muralla, los soldados se arrodillaron, apuntaron y dispararon. Los virotes sobrevolaron la zona de concentración. Habrían llovido sobre la cubierta del carabel de guerra de no haberse deslizado este en ese preciso instante desde el aire y estrellado contra el suelo.

Los cuadrillos eran innecesarios. Aquellos phyrexianos se doblarían como papel. Un solo disparo de bombarda los había destruido a todos. Estaban huyendo de su barco.

Los soldados thran rieron con rabia. No huían, aquellos phyrexianos: ¡avanzaban! Unas veinte figuras oscuras. Parecían arañas gigantes, tan rápidas, tan rastreras.

Más cuadrillos salieron disparados. Sobrevolaron a los phyrexianos que esquivaban. ¡Maldición, eran ágiles! ¿Qué era eso que llevaban en los hombros? ¿Armadura? ¿Púas? ¿Cuernos? ¿Qué clase de yelmos eran esos? Parecían casi hechos de hueso y piel...

No eran yelmos: eran cabezas. ¿Qué clase de monstruos eran estos?

—¡Fuego! —gritó el comandante de la guarnición. Sus palabras rompieron una nueva vacilación—. ¡Fuego!

Los virotes cruzaron la zona de concentración. Uno alcanzó a un phyrexiano en el vientre. El metal lo atravesó de parte a parte. El guerrero de músculos grises no cayó, ni siquiera aminoró el paso. Siguió avanzando.

Se parecían aún más a arañas gigantes conforme se acercaban. Cráneos inhumanos, crestas sagitales, cuernos, colmillos, haces de músculo gris: sí, eran monstruos, no hombres.

Los phyrexianos irrumpieron en el puesto de la guarnición. No combatían con espadas. No necesitaban armas. Ellos eran las armas. Garras, dientes, cuernos, aguijones, sacos de veneno...

Los thran morían como carne en una picadora. El búnker estaba resbaladizo con sus cuerpos desmembrados. Era imposible saber qué parte pertenecía a quién.

Los phyrexianos los convirtieron a todos en trozos de carne en el suelo de la matanza. Se regodeaban en su trabajo. Se veía claramente en su risa exultante, en sus sonrisas colmilladas.

* * * * *

Como arañas, los phyrexianos se deslizaron por cuerdas de seda alrededor de la Esfera Nula.

Yawgmoth y su cuerpo de rappel habían aterrizado en lo alto del vasto orbe. Luego se habían desplegado desde el polo hacia afuera, con sus posiciones separadas exactamente por dieciocho grados de arco. Una vez que la pendiente lo requirió, habían fijado cuerdas y descendido en rappel. En cuestión de minutos, cada uno había alcanzado el ecuador de la esfera. Allí completarían su primera tarea.

Apoyando los pies contra una viga, Yawgmoth extendió la mano hacia su cinturón, del que colgaban dispositivos de implosión y grandes piedras de poder.

Tomando uno de los cristales relucientes, lo levantó de su funda y lo sostuvo ante su rostro.

La piedra brillaba con un poder interior. Sus innumerables facetas eran ventanas hacia un poder perfecto.

—Cuando Glacian mira estas piedras, ve máquinas —reflexionó Yawgmoth para sí—. Cuando Rebbec las mira, ve templos en el cielo. Cuando yo las miro, veo un mundo hecho mío.

Con lenta reverencia, presionó la piedra contra la enorme viga donde se encontraba. El cristal encantado tocó el acero oxidado y se adhirió a él. Ningún mortal habría podido arrancarlo, ni siquiera Yawgmoth, ni siquiera un dios. Moviéndose en ambas direcciones a lo largo del ecuador de la esfera, colocó ocho piedras más.

Descender al cráter era algo sencillo. Él y su equipo colocarían sus dispositi-

vos de implosión en los pilones de soporte antes de reunirse con los demás en el núcleo de control.

Mientras se deslizaba hacia abajo por una cuerda semejante a una telaraña, Yawgmoth sonrió con satisfacción. Desde lejos, la Esfera Nula parecía una perla. De cerca, se parecía más a su amada Phyrexia.

* * * * *

—¡Exigimos saber qué está pasando! —dijo la artífice al mando.

Joven y rubia, era la única con el valor de hablar. Los demás se acurrucaban en el núcleo de control, medio escondiéndose entre matrices de cristal, consolas y tubos acústicos. Los guerreros halcytes que los habían traído hasta allí no habían lastimado a ninguno, todavía. Tampoco los artífices habían respondido a ninguna de las preguntas que se les habían formulado. Poco a poco, su líder había pasado de la sumisión a la desafío. Dijo:

—Yawgmoth no tiene derecho...

—Yawgmoth tiene todo el derecho —interrumpió una nueva voz.

Un hombre imponente entró a grandes zancadas entre cascadas de cables. Su aproximación por la calzada de una milla de longitud había sido completamente silenciosa, como la de un lobo al acecho. Trajo una presencia gélida a la cámara. Incluso quienes no conocían a este hombre sabían de él, sabían quién debía ser. Yawgmoth les dedicó a todos una sonrisa sin humor.

—He tomado la Esfera Nula. Es mía.

Aunque se había encogido ante el infame señor phyrexiano, la artífice al mando se rehízo rápidamente.

—Quizá la hayas tomado, pero no podrás retenerla. El imperio marchará con un ejército aquí antes de que acabe la semana.

—La esfera no estará aquí antes de que acabe la semana —dijo Yawgmoth.

Una pregunta se formó en sus labios pero nunca llegó a pronunciarse. Un profundo retumbo llegó desde abajo: explosiones múltiples. El sonido fue amplificado por el cráter.

La fuerza destructiva sacudió cada viga y cada puntal de la esfera.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par bajo sus cejas rubias.

—¿La estás destruyendo? ¿Estás destruyendo la esfera?

—No —dijo Yawgmoth con una sonrisa—. Me la estoy llevando.

Sus palabras fueron seguidas por el inconfundible impulso del movimiento ascendente.

* * * * *

La Esfera Nula se elevó con lenta magnificencia desde su cráter. Fue alzada hacia los cielos en el abrazo de un ecuador de piedras de poder. El orbe era hermoso, atrapado en la luz del atardecer.

Era una lástima que nadie, ni thran ni phyrexiano, hubiera sobrevivido a la batalla de la guarnición. Alguien debería haber sido testigo de aquel momento. Alguien debería haber visto elevarse la Esfera Nula, una nueva luna sobre Dominaria.

CAPÍTULO 9

Seis años antes de la Guerra Tísis-Phyrexia...

Una semana después de los disturbios, la ciudad que había quedado destrozada volvió a reunirse.

Los ciudadanos subieron hasta la octava terraza y desbordaron el Bulevar del Consejo. Llenaron las escaleras a ambos lados del Salón del Consejo y cubrieron el tejado, la cúpula y el templo, todavía a medio terminar. Todos sabían quién había detenido los disturbios. Todos querían estar lo más cerca posible del salvador de la ciudad.

Aquel era su día de ascensión. Ese día, el puesto del consejo que había dejado vacante el enfermo Glacian sería ocupado por el nuevo genio de la ciudad: el sanador Yawgmoth.

El Desfile de los Ancianos avanzó por el Bulevar del Consejo. Un aplauso cortés los acompañó. Entonces apareció Yawgmoth.

Lo recibieron con invocaciones, súplicas, adoraciones.

Lo recibieron como a un dios.

Los maltrechos restos de la guardia Halcyte apenas podían contener a la gente. Los guardias formaron una barrera con sus armas de asta y empujaron contra la multitud que avanzaba. La turba despreciaba aquellas armas, aquellas cosas inútiles que no habían sido capaces de detener a los Intocables durante los disturbios.

Lo que mantenía a raya a la multitud no eran las armas de asta, sino las espadas: las cinco hojas que colgaban del cinturón de Yawgmoth mientras avanzaba por la calle.

Aquellas armas, en manos de Yawgmoth y de sus valientes soldados sanadores, habían salvado la ciudad.

Espadas y el nuevo tipo de sanación de Yawgmoth.

Rebbec esperaba dentro del Salón del Consejo. Había marchado junto a los demás dirigentes y había ocupado su asiento.

Aunque por fuera permanecía serena, por dentro estaba sitiada.

Cada impulso primario, cada deseo inferior, se agitaba en ella ante la simple

visión de él. El corazón le latía dominado por un deseo inexplicable. Sus pulmones luchaban por aspirar siquiera un hálito de él. Los brazos le dolían por las ganas de estrecharlo, los dedos por entrelazarse en su cabello.

¿De dónde podía surgir aquel deseo rebelde?

¿Por qué había aparecido justo cuando existía un tratamiento para la enfermedad de su marido?

Rebbec se había dicho que no era más que una gratitud desbordada por aquella cura que lo había salvado, pero sabía que aquellos deseos eran menos puros.

La cura...

Mientras Glacian se consumía, Rebbec no había podido abandonarlo.

Si volvía a estar sano...

Pero ¿qué era toda aquella absurdidad?

No. Rebbec jamás abandonaría a su marido, enfermo o sano. Había hecho un juramento, y un juramento no se rompía, ni siquiera por las razones correctas.

Aquello... aquella liberación carnal no podía estar bien.

Yawgmoth despertaba los impulsos inferiores de toda la ciudad.

Tenía que resistirse a él.

Todos tenían que hacerlo.

Yawgmoth entró en el Salón del Consejo.

Avanzó entre los ancianos, que permanecían de pie y lo vitoreaban.

Rebbec se puso de pie, con las rodillas débiles. Yawgmoth parecía irradiar un aura que debilitaba las fuerzas.

Avanzó con solemne decoro por el pasillo y subió los escalones del podio principal. Las espadas de su cinturón chocaban contra la madera pulida y dejaban pequeñas marcas de quemaduras. Sus ropajes ceremoniales se extendían sobre cada escalón.

Alrededor del cuello llevaba una estola de piedras de poder que transmitiría su voz a toda la multitud.

Habló.

Su voz se extendió por el salón y silenció a la multitud.

—Hace una semana, nuestra ciudad fue inundada. Fue inundada por su

pasado. Las personas que irrumpieron en nuestras calles, quemaron nuestros hogares y mataron a nuestros hermanos y a nuestras hijas no eran criaturas de algún mundo lejano. Eran Thran. Eran lo que todos nosotros fuimos hace mil años. Nosotros, al igual que ellos, vivimos en una oscuridad brutal. Fuimos devastados por el hambre y la necesidad, por el terror mortal y la enfermedad, por la violencia y la guerra. Durante mil años, lentamente nos hemos liberado de todo ello. Hemos ascendido.

»Hace una semana, las personas de abajo también ascendieron. Treparon desde el deseo oscuro, el hambre y la depravación para entrar en nuestra ciudad. Vinieron, sobre todo, a causa de la enfermedad que los devasta. La misma enfermedad que ha postrado a nuestro Glacian corre descontrolada por las cuevas. Se arrastraron por sus caminos de ratas hasta mezclarse entre nosotros. No tenían nada. Ni siquiera salud. Ni siquiera esperanza. Nos odiaban por todo lo que tenemos, por haber ascendido. Nos habrían matado a todos.

»¿Y qué hay de la guardia Halcyte, ese apéndice atrofiado que alguna vez fue el orgulloso brazo de Halción? ¿Qué hay de la fuerza de combate que arrebató esta tierra a los enanos, los elfos y los trasgos que la infestaban? Siglos de paz en nuestra ciudad los han ablandado hasta tal punto que ni siquiera pudieron enfrentarse a la chusma enfermiza y hambrienta que tenemos bajo nuestros pies. Si el asunto hubiera quedado en sus manos, los condenados nos habrían condenado a todos.

»Pero un arma nos salvó...

Yawgmoth hizo una pausa y metió la mano en su capa.

Los ancianos se inclinaron apenas hacia delante, esforzándose por ver la ya famosa espada que Yawgmoth había empuñado durante la batalla.

Pero no levantó una hoja.

En cambio, alzó un frasco lleno de líquido.

—Esperanza. Esta es nuestra mayor arma contra los terrores del pasado. La esperanza fue lo que nos sacó de la oscuridad y el hambre, de la violencia y la guerra. Ahora la esperanza nos saca de la enfermedad. Este frasco contiene el suero que revierte la Tisis artificial causada por las piedras de poder. Salvará a Glacian y a cualquier otro ciudadano infectado. Salvará nuestro Templo Thran y nuestra gloriosa ciudad. Salvará incluso a los condenados, y les dará la esperanza que les impedirá arrastrarse por sus caminos de ratas para venir a matarnos.

Una gran ovación respondió a sus palabras, acompañada por gritos de:

—¡Yawgmoth! ¡Yawgmoth!

—Y este frasco...

Yawgmoth señaló su propio cráneo.

—Este frasco contiene la esperanza de una cura definitiva. La encontraré. Encontraré una cura no solo para la Tisis artificial causada por las piedras de poder, sino para toda enfermedad que nos aflija. Encontraré una cura no solo para la enfermedad, sino también para la debilidad, la locura, la vejez, la depravación y todas las fallas de la carne mortal. Todas estas enfermedades y disfunciones no son más que restos de la oscuridad en la que alguna vez vivimos. La medicina que les traigo no sanará únicamente sus cuerpos, sus mentes y sus almas. Sanará incluso su mortalidad. Les prometo nada menos que eso.

Su voz se apagó en un silencio atónito.

Nadie había oído jamás semejantes promesas, y sin embargo la luz que brillaba dentro del frasco hacía que pareciera un pequeño Templo Thran.

Toda esperanza del pueblo, todo sueño, se manifestaba en aquel frasco y en el hombre que lo sostenía en alto.

Él podía curar lo incurable.

Podía acabar por sí solo con un disturbio, con una guerra.

Parecía capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera.

La gente vitoreó.

El sonido creció hasta llenar el salón, ensordecedor, y después las calles, la ciudad e incluso los desiertos circundantes.

Solo Yawgmoth podía hacerlos callar.

Extendió una mano, preparándose para hablar otra vez.

—Mientras tanto, mediante el frasco y la espada, garantizaré la seguridad de nuestra ciudad y de nuestro imperio. Así como supervisaré la creación de esperanza, ayudaré a fortalecer el miedo, un miedo que mantendrá a los enfermos de Tisis artificial abajo: el miedo al ejército Thran y a la guardia imperial. Ellos también regresarán.

»Este consejo me ha asignado a un comité encargado de reestructurar la guardia y el ejército. Destituiré a los generales que jamás hayan combatido en

una batalla verdadera, ascenderé a los jóvenes soldados que sí lo hayan hecho y entrenaré a todas las tropas en las artes modernas de la guerra.

»Y, sobre todo, llevaré esperanza a las Cuevas de la Condenación.

La multitud quedó en silencio.

—Bajaré personalmente hasta ellos. Llevaré suficiente suero para todos. Los sacaré de la oscuridad uno por uno. Les devolveré la salud. Les devolveré la luz. Les devolveré la esperanza.

Los gritos volvieron a elevarse.

Yawgmoth esperó hasta que se calmaron.

—Pero no confundan esperanza con indulgencia. Los que hayan cometido crímenes deberán responder por ellos. Los que quieran regresar a la ciudad tendrán que demostrar que son dignos de hacerlo.

Su voz se volvió más grave.

—Halción no volverá a ser sorprendida.

La ovación que siguió fue aún más fuerte.

* * * * *

Yawgmoth descendió a las Cuevas de la Condenación.

Lo hizo por una cuerda.

La cuerda descendía por el largo túnel vertical que pronto sería reemplazado por un elevador.

Gix esperaba abajo.

—¡Háganse a un lado! ¡Déjenle espacio! —gritó.

La cuerda gimió.

Con unos últimos saltos, Yawgmoth aterrizó entre ellos.

Soltó un suspiro.

Los Intocables contuvieron el aliento al unísono.

Estudiaron a aquel hombre.

Sí, era alto, pero no medía diez pies.

Era poderoso, aunque el pesado bulto que cargaba sobre la espalda lo hacía esforzarse.

Era autoritario, pero no tiránico.

Nada de eso importaba.

Solo importaba el contenido de aquel bulto...

Gix se acercó a Yawgmoth y alzó la mirada hacia sus ojos.

—Así que viniste.

El silencio a su alrededor era ensordecedor.

La gente se esforzaba por escuchar qué diría el hombre.

—Vine —resopló Yawgmoth—. Pronto instalaremos un elevador en ese pozo. Usando la cuerda, solo pude traer suficiente suero para mil de ustedes.

—¿Mil? —gruñó Gix—. Es menos de la mitad.

—Concentramos la fórmula todo lo que pudimos y dos veces estuve a punto de caer mientras la traía.

—¡No es suficiente! —declaró Gix.

Su voz llenó el pasadizo con ecos desesperados.

—Volveré con más en cuanto se administre esta tanda —aseguró Yawgmoth—. Habrá suficiente. Todos serán tratados hoy.

Aquellas palabras también recorrieron el pasadizo, pero como un suspiro en lugar de un silbido.

—Para regresar hoy mismo, tengo que ponerme a trabajar de inmediato. Llevame a la caverna de cuarentena.

Gix asintió.

Los demás imitaron el movimiento, convirtiendo el reconocimiento en reverencia.

—Seguíme —dijo Gix, rechinando los dientes.

A pesar de la presión de la multitud, el camino se abrió ante Gix y Yawgmoth.

Avanzaron por un estrecho corredor entre almas vigilantes.

La mayoría se conformaba con contemplarlo.

Otros extendían tímidamente las manos para tocarlo.

De vez en cuando, alguien se aferraba a él.

Los demás apartaban violentamente al atrevido y lo devolvían a la multitud.

Mientras avanzaban, Yawgmoth habló con Gix y con todos los que los rodeaban.

—Sé por qué atacaron la ciudad.

—Sí —respondió Gix con serenidad—. Atacamos por venganza. Atacamos porque la ciudad nos está envenenando y queríamos vengarnos.

Yawgmoth sonrió paternalmente.

—Es algo más que eso, ¿no? Atacaste a Glacian antes de saber que la máquina de maná los había envenenado. Eso no fue venganza. ¿Qué le dijiste a Glacian cuando lo apuñalaste?

—Dije: «Bienvenido a la compañía de los condenados».

—Sí —dijo Yawgmoth—. No es que odies a los Halcytes por su riqueza y belleza, por la luz del sol y la gloria de su ciudad. Los odiás porque te han separado de ella. Te tratan como a una extremidad gangrenada, te amputan del cuerpo sano y te arrojan abajo.

No había nada que decir a eso.

Yawgmoth tenía razón.

—Estas cuevas alguna vez fueron parte de Halción. Alguna vez fueron una colonia penitenciaria. Las personas de aquí no permanecían para siempre. Durante un tiempo caían de los cielos y pasaban una temporada trabajando en la oscuridad, solo para volver a ascender. Por eso atacaron la máquina de maná y la ciudad: para volver a ascender.

—Sí —murmuró Gix, hipnotizado.

A su alrededor, los Intocables asentían.

—Sí. Eso es.

—Bueno, no he venido solamente a curarlos —dijo Yawgmoth—. He venido a llevarlos arriba, uno por uno, hacia la luz del día. He venido a unir nuestros dos mundos. Este lugar no debería ser un infierno. No debería ser menos que una enfermería moral, destinada a sanar a quienes entran y hacer que salgan transformados.

Las palabras habían hipnotizado a los Intocables.

Solo Gix mantuvo la cabeza despejada.

Los recuerdos del cuchillo despiadado de aquel hombre eran demasiado vívidos.

—¿Creés que podés venir aquí y ofrecernos vida, esperanza y cielo? ¿Creés

que sos un dios? —dijo Gix al comprenderlo de pronto.

Quienes lo rodeaban se estremecieron, como si aquella acusación los hubiera apuñalado.

Gix vio en sus ojos que comenzaban a despertar.

—Creo que todos somos dioses. Creo que cada uno de nosotros posee una chispa divina, una chispa que no debería verse privada de la luz del sol.

Aquellas multitudes que despertaban volvieron a caer en un sueño dichoso.

Llegaron a la caverna de cuarentena.

Yawgmoth entró con aire imperioso, miró a su alrededor y divisó un nicho estrecho y vacío.

—Ahí. Trabajaré allí.

Sin detenerse, avanzó hasta el nicho y se quitó la mochila.

Colocó su lámpara de piedra de poder sobre una repisa y comenzó a sacar las bolsas, agujas y recipientes de suero.

Gix permaneció en la entrada del nicho.

—Encontraste un tratamiento. Venís hasta acá para proporcionárnoslo. Sí, estamos agradecidos. Te debemos las gracias, pero no homenaje ni adoración. Sé lo que estás intentando hacer. Sé que intentás ganarte el corazón de estas personas.

Yawgmoth ni siquiera levantó la mirada de los paquetes que estaba sacando.

—¿Qué dios de ellos les ha ofrecido tanto? Si puedo sanarlos, llevarlos arriba, a la ciudad, si les concedo vida en el cielo, más les vale considerarme un dios.

Gix dilató las fosas nasales.

—Sos el mayor de los demonios en una ciudad de demonios.

Yawgmoth alzó la mirada y clavó los ojos en Gix.

—Cuando un demonio es el único que está dispuesto a negociar con vos, tenés que hacer un trato con el demonio. Y vos, Gix, vas a hacer el mayor trato con el demonio de todos. Mantendrás la boca cerrada sobre mí. No dirás de mí más que cosas buenas. Me servirás fielmente o no recibirás suero.

—Preferiría morir diciendo la verdad antes que vivir una mentira.

—Los dos sabemos que eso no es cierto. Pero no hay tiempo para volver a ponerte a prueba. Si no me servís fielmente, negaré el suero a vos y a tu pueblo.

—Nos rebelaremos otra vez.

—No te seguirán. No tenés una cura. Solo tenés ira.

—No podés hacer esto.

Una voz surgió detrás de Gix.

Era la voz áspera de un niño.

—¿Puedo recibir la cura ahora? ¿Puedo, Maestro Gix?

Gix se volvió.

Vio a un niño cuyo rostro estaba medio devorado por las lesiones.

Detrás del niño se extendía una larga y solemne fila de personas que se perdía en la distancia de la caverna.

—¿Puede él, Maestro Gix? —preguntó Yawgmoth.

Con la cabeza inclinada, Gix respondió:

—Sí, niño. Entrá. Este es Yawgmoth. Es el hombre que tiene la cura. Decile lo agradecido que estás de que haya venido...

CAPÍTULO 10

Yawgmoth estaba curando la ciudad. Ese pensamiento ocupaba la mente de todos. Nadie había sabido hasta qué punto estaba enferma la ciudad, cuánto languidecía necesitada de las curas de Yawgmoth, hasta ahora.

Los primeros síntomas de la Tisis artificial habían sido publicados meses atrás, y hasta los niños que no sabían leer podían recitar la lista de memoria:

> *CIUDADANOS DE HALCIÓN:*
>
> *Un invasor se encuentra entre nosotros: un contagio mortal causado por la exposición crónica a matrices de piedras de poder. Esta enfermedad puede transmitirse de persona a persona. La detección temprana sigue siendo nuestra mejor defensa. Un caso identificado y tratado a tiempo puede prevenir otros cien casos.*
>
> *Todo aquel que advierta alguno de los siguientes síntomas en sí mismo, en familiares, amigos o vecinos deberá informar de ello al Consejero de Salud Yawgmoth: fatiga, irritabilidad, excitabilidad, lasitud, olvidos, confusión, paranoia, picazón, manchas, sarpullido, palidez, hinchazón, entumecimiento, lesiones, rigidez de las articulaciones, mareos, náuseas, diarrea, estreñimiento, cambios en los hábitos alimentarios o de sueño, dolores de cabeza, dolores de cuello o dolores de espalda. El Consejo declara la guerra a esta enfermedad y exhorta a todos los halcytes a colaborar en esa guerra. Consejero de Salud Yawgmoth visitará personalmente a toda persona denunciada, proporcionará un diagnóstico, dará instrucciones para impedir la propagación de la enfermedad y, cuando sea necesario, administrará tratamiento. Es deber de todos los halcytes cooperar y ayudar en todo lo posible.*

Un anciano había señalado que Yawgmoth había incluido «los síntomas de ser humano». Otro había añadido: «Yawgmoth afirmó que curaría todas las enfermedades mortales, y eso es exactamente lo que ha enumerado». De todos modos, el comunicado fue aprobado. A Yawgmoth se le concedió el derecho de

publicar aquello y cualquier otro anuncio público que considerara apropiado. Su respuesta a sus críticos consistió simplemente en endurecer el lenguaje utilizado, cambiando «se solicita informar» por «deberá informarse». Al final del documento añadió unas pocas frases más:

> *Se aconseja a los ciudadanos que vigilen a familiares o vecinos que se aparten del contacto con otras personas, vistan prendas que oculten su cuerpo, actúen de manera secreta o se opongan a los esfuerzos de detección temprana. Tal comportamiento revela que la persona tiene mucho que ocultar y puede constituir el síntoma más claro de infección. Dichas personas deberán ser denunciadas.*

La oposición a los programas de Yawgmoth se redujo a susurros. Los disidentes no solo se convirtieron en objeto de una vigilancia indeseada, sino que además descubrieron que sus opiniones no eran bien recibidas por la mayoría. Las masas adoraban a Yawgmoth. Mientras las masas lo hicieran, también lo harían los ancianos electos del Consejo. Glacian y sus compinches artífices, durante tanto tiempo los favoritos de la élite, se encontraron de pronto sin respaldo político. Las conversaciones sobre desterrarlo cesaron. ¿Quién iba a exiliar al nuevo genio de Halción? Los artífices solo podían esperar y confiar en que la voluble opinión pública acabara cansándose de Yawgmoth.

Mientras tanto, las denuncias inundaban al Consejero de Salud. Solo durante la primera semana hubo ciento cincuenta casos.

* * * * *

Yawgmoth visitó personalmente el hogar de cada paciente. Lo acompañaban Xod y algunos otros sanadores. Habían dejado de ser simples observadores. Ahora todos dominaban la creación y administración del suero. Yawgmoth los estaba moldeando a su propia imagen: sanadores cuyas manos eran hábiles tanto con el escalpelo como con la espada. Era una suerte. Algunos pacientes se mostraban poco dispuestos a colaborar.

La mayoría de los examinados resultaban libres de contaminación. A otros se les diagnosticaba Tisis artificial en sus primeras etapas. Se les proporcionaba tratamiento y se les ordenaba evitar el contacto físico con otras personas, bañarse en sales para no infectar el agua del baño y presentarse cada dos semanas para

recibir nuevos tratamientos. Un último grupo presentaba lesiones evidentes y degeneración de los tejidos. A esos Yawgmoth los sometía a una estricta cuarentena en sus propios hogares o, en ocasiones, en enfermerías especiales situadas en las cuevas bajo la ciudad. El programa dejaba agradecida a la mayoría de los pacientes por la atención de Yawgmoth y por sus descubrimientos. A otros los colocaba en deuda con él: dependían de Yawgmoth no solo para recibir inyecciones, sino también para obtener permiso para permanecer en el mundo de arriba. En cuanto a los enviados a las enfermerías de las cuevas, solo ellos y sus familias estaban descontentos. El resto del vecindario, la ciudad, el imperio entero, respiraba aliviado.

Las denuncias continuaban llegando. Yawgmoth y su ejército de sanadores continuaban saliendo. El trabajo lo mantenía ocupado día y noche. Pasaba ocho horas al día atendiendo a los ciudadanos, tres más a los condenados y otras tres investigando una cura definitiva. Yawgmoth permitía que sus treinta y cuatro seguidores trataran a los pacientes que él ya había entrevistado, pero quería realizar personalmente cada evaluación y diagnóstico inicial.

—Quiero hablar con todos, estrecharles la mano, ver sus hogares, saber quiénes son y qué hacen, no solamente si están vivos o muriendo.

Era una afirmación ambigua. Los partidarios de Yawgmoth decían que demostraba su profunda compasión. Sus adversarios susurraban que demostraba que Yawgmoth daba diagnósticos diferentes a amigos y a enemigos. Insinuaban que estaba filtrando a la población, deshaciéndose de cualquiera que pudiera resistirse a su ascenso al poder y conservando únicamente a quienes pudiera hipnotizar para que lo apoyaran. Lo insinuaban y susurraban, pero no se atrevían a hacer nada más, por temor a terminar entrevistados por aquel hombre de ojos de hierro.

Fue camino a una de aquellas entrevistas cuando Rebbec alcanzó al Consejero de Salud.

Caminando a su mismo ritmo, dijo:

—¿Tenés un momento?

—No durante meses —respondió Yawgmoth con gravedad—. Mi marido no mejora. Todos los demás responden al suero, pero Glacian sigue languideciendo.

—Es un verdadero enigma —respondió Yawgmoth con facilidad.

Comprobó el número grabado en el marco de una puerta, consultó una lista

y asintió a los sanadores.

—Este es el lugar.

Yawgmoth llamó a la puerta, una cosa de madera destartalada.

Rebbec insistió:

—¿Por qué todos menos mi marido responden al tratamiento?

Yawgmoth alzó una ceja.

—Ya recibe tres veces la dosis de cualquier otro paciente. Cuatro veces podría resultar letal. Sí muestra signos de mejoría durante la primera hora después de cada inyección, pero luego vuelve a empeorar rápidamente. Quizá su exposición prolongada e intensa haya destruido por completo su resistencia.

—Ha habido muchos Intocables con una degeneración peor. Todos están respondiendo. ¿Por qué mi marido es diferente?

—Siempre ha sido diferente —respondió Yawgmoth—. Incluso antes de la Tisis artificial. Incluso antes de ser tu marido.

—¿Qué se supone que significa...?

La puerta se abrió hacia dentro. Al otro lado había un hombre viejo y nervioso. Un cabello gris y fino se erizaba sobre su cabeza calva. Miró con desconfianza hacia la calle iluminada y se envolvió en una bata harapienta.

—¿Qué pasa?

Yawgmoth sonrió. Era una expresión que irradiaba seguridad.

—Soy el Consejero de Salud Yawgmoth.

Bajó la mirada hacia la lista, dejando que su nombre calara.

—He recibido una denuncia sobre una tal Dezra, que supuestamente está infectada.

El hombre cerró la puerta tras de sí y pidió silencio con un gesto.

—Mire, soy su marido. Yo hice la denuncia. Se sentía cansada y mareada, esos síntomas estaban en la lista. Pero ahora se siente mejor y...

—Hemos venido —lo interrumpió Yawgmoth, señalando al grupo que lo acompañaba—. He venido. El examen solo llevará unos minutos.

Los dedos delgados del hombre temblaron de miedo.

—Ella ni siquiera sabe... no tiene idea de que existe... no sabe que vienen.

—Nadie lo sabe —dijo Yawgmoth.

Avanzó. Sin tocar al hombre, lo obligó a retroceder por la puerta y subir las escaleras que había detrás.

—Por favor. Por favor. Esto no era lo que quería —dijo mientras tropezaba hacia atrás escaleras arriba.

Yawgmoth subió. Rebbec lo siguió. Miró a su alrededor. Las escaleras de madera debían de tener un siglo. El yeso se desprendía del techo. Manchas de humedad cubrían las paredes. No había comprendido que existieran lugares tan miserables en Halción: había pasado demasiado tiempo en el templo de cristal.

Xod subió detrás de ella, seguido por otros cuatro sanadores.

Yawgmoth continuó interrogando al hombre:

—¿Cuántos dispositivos de piedras de poder poseen?

—Ninguno. Ninguno. Ni siquiera tenemos una silla de transporte —balbuceó el hombre—. ¿Cree que viviríamos aquí si pudiéramos permitirnos dispositivos de piedras de poder? Ja, ja.

—¿Ella tiene joyas con piedras de poder?

—Bueno, sí, en realidad. Algunas cosas. Solo algunas: anillos, torques, brazaletes. Le encantan esas cosas. Pero está bien. Es una de esas personas inmunes. Escuché hablar de eso. Algunas personas no se enferman. Esa es Dezra...

El hombre viejo y delgado había llegado al final de las escaleras. Se tambaleó hasta los apartamentos superiores.

Yawgmoth, Rebbec y los demás lo siguieron. Más allá había una habitación diminuta, pobremente amueblada. Contra una pared había una estera de trapos, con ropa sucia amontonada sobre ella. Más ropa colgaba frente a las ventanas y proyectaba sombras de cristales rotos. No había utensilios para preparar comida, pero había migas de pan y trozos secos de carne esparcidos por el suelo. No había un solo mueble. El aire apestaba a humedad y podredumbre. El único lujo era un gran espejo redondo apoyado contra una pared manchada. Debajo había una tela de terciopelo rojo. Sobre ella reposaba una colección de joyas resplandecientes.

Había otro lujo: Dezra. No podía tener más de veinte años. Estaba recostada junto a sus joyas relucientes, como si formara parte de la colección. Estas proyectaban estrellas de luz sobre su piel joven y perfecta. El torque que llevaba alrededor del cuello brillaba con cuatro piedras de poder del mismo color índi-

go que sus ojos. Cuando los sanadores irrumpieron en la habitación, Dezra se subió una bata de seda sobre el cuerpo desnudo, fingiendo modestia. Los miró a los ojos, desafiándolos e invitándolos a la vez. Finalmente fijó su atención en Yawgmoth y la mantuvo allí con evidente interés.

—Perdonen mi apariencia —dijo Dezra—. Mi marido dijo que se encargaría de quien estuviera en la puerta.

—Lo intentó —respondió Yawgmoth, acercándose y arrodillándose junto a ella—. No soy fácil de quitar de encima.

Los sanadores dejaron sus bolsas de instrumentos. Yawgmoth continuó:

—Hemos venido porque recibimos informes de que presentás síntomas de Tisis artificial.

Dezra lanzó una mirada de dagas a su marido.

—Y sé quién me denunció. Caron siempre está tratando de deshacerse de mí. Cree que soy demasiado cara. Pero después no consigue hacerlo y me compra otra cosa para compensarlo. Este episodio le va a costar caro.

Yawgmoth asintió impasible.

—Dijo que últimamente te sentías cansada y mareada. ¿Es cierto?

Con un suspiro sibilante, Dezra se puso anillos en los dedos despreocupadamente.

—Te sentirías cansado y mareado si pasaras todo el día encerrado en esta habitación esperando que Caron volviera a casa. No me deja salir sola, solo cuando puedo adornar su brazo. Solo soy otra joya para él, ¿entendés? Tiene miedo de que, si salgo sola, un hombre como vos pueda arrebatarme.

—¿Has tenido otros síntomas? ¿Hinchazón, lesiones, enrojecimiento?

Algo pasó por su mirada sensual, algo parecido al miedo.

—Mirá vos mismo.

Dezra se apartó la bata y se tendió allí mientras todos los ojos de la habitación recorrían su piel sedosa. Se giró de costado para ofrecer una vista completa.

—N-no veo ningún signo de c-corrupción de los tejidos —tartamudeó Xod, fingiendo marcar una lista que sostenía entre las manos.

—Muy bien, cubrite —dijo Rebbec—. Ya vimos suficiente.

—Vieron lo que no tengo y lo que sí tengo —respondió ella, volviendo a

subir lentamente la bata.

Caron atravesó el grupo y cubrió a su esposa con una sábana harapienta.

—Muy bien. Ya vieron. Ahora váyanse.

—Esperá —dijo Yawgmoth—. Unas preguntas más. ¿Alguna vez estuviste en contacto con alguien que tuviera Tisis artificial? ¿Quizá durante los disturbios?

—No. Esa fue una de las pocas veces en que me alegré de estar encerrada —respondió—. Monstruos. ¿Nos atacan y nosotros los curamos? He visto algunos de esos esqueletos albinos caminando por la ciudad ahora. ¡No puedo creer que permitas que esos monstruos estén entre nosotros!

—Uno de mis asistentes de hoy viene de las cuevas —dijo Yawgmoth, señalando a una mujer de rostro pálido que había llevado el paquete de suero a la habitación—. Y ninguno de los que he permitido que regresen a la ciudad tiene siquiera un rastro de Tisis artificial.

Dezra clavó una sonrisa cruel en la mujer pálida.

—Lo siento, pero creo que los condenados deberían seguir condenados. Halción ya tiene suficientes personas feas.

Caron sonrió con resignación.

—¿Ves? Tiene muchas cosas mal, pero no la enfermedad que estás buscando.

—Ese torque que llevás alrededor del cuello me resulta familiar —dijo Rebbec, entornando los ojos—. ¿Puedo verlo?

—¿Son sanadores o ladrones de joyas? —preguntó el marido, riendo nerviosamente.

—Acercate, querida —dijo Dezra, sacando pecho—. Si querés otra buena mirada.

—Dámelo —respondió Rebbec con frialdad, extendiendo la mano.

Yawgmoth interceptó su mano y la apartó.

—Esta entrevista terminó.

—No —dijo ella con firmeza—. Reconozco ese torque porque deriva de un diseño de mi marido. Él creó matrices de piedras de poder que proyectaban ilusiones dinámicas: efectos de campo que respondían a los cambios del entorno.

—¿Lo que significa...?

—Que ella no es lo que parece.

Rebbec se liberó del agarre de Yawgmoth. Se abalanzó más allá de Caron, tomó el torque y se lo arrancó del cuello. Dezra le clavó las uñas en el brazo y gritó. La sábana cayó hacia atrás. Sin su torque, Dezra parecía una persona completamente distinta.

Tenía al menos setenta años y era mórbidamente obesa. Pliegues de grasa colgaban sobre articulaciones casi fusionadas por la artritis. Pero lo peor eran las lesiones. Se unían formando enormes llagas negras, supurantes y desgarradas. La piel colgaba en jirones de mil lugares. Incluso mientras intentaba levantarse para recuperar el torque, se abrían nuevas heridas. De aquella figura infectada emanaba un hedor que las ilusiones del torque habían ocultado casi por completo.

Yawgmoth arrastró a Rebbec lejos de la horripilante figura. Le quitó el torque de las manos. Los dedos que arañaban de la mujer habían desgarrado los antebrazos de Rebbec.

—¡Espíritus, ahora! —gritó Yawgmoth.

Xod tomó una botella, quitó el tapón y derramó el contenido sobre las heridas. Rebbec casi se desplomó por el dolor abrasador. Se hundió contra Yawgmoth, enterrando el rostro entre gritos en su costado.

—¡Neutralizar! —ordenó Yawgmoth.

La joven Intocable lanzó un dardo sedante al otro lado de la habitación. Impactó en la mujer, que tanteaba entre sus joyas buscando más magia de ilusión. El dardo le inyectó un potente sedante. Ella cayó sobre su colección de piedras de poder, rodó contra el espejo, lo hizo añicos y quedó cubierta por una lluvia de fragmentos de vidrio.

—¡Dezra! ¡Dezra! —lloró Caron, arrodillándose y quitando los trozos de espejo de encima de ella—. ¿Qué has hecho? ¿Qué le has hecho?

—¡Apartalo! Administren tres dosis del suero. Retiren el vidrio. Estabilícenla, pero tomen todas las precauciones —ordenó Yawgmoth.

—¡Dezra! ¡Dezra!

Xod arrancó una sábana limpia de su bolsa, se la echó sobre la cabeza al hombre y lo apartó de su esposa. Le sostuvo los brazos pegados al cuerpo y retrocedió hacia la pared. Los demás sanadores rodearon a la mujer temblorosa.

—¿Qué le has hecho? —gritó Caron.

—Vos se lo hiciste —gruñó Yawgmoth—. Vos, que querías una pieza de

exhibición en lugar de una esposa. Vos, que le compraste las gemas que la destruyeron. Hagan la prueba.

La joven Intocable acababa de terminar de inyectar a Dezra y avanzó decididamente hacia Caron. Sacó un cuchillo del cinturón y cortó la sábana que cubría la cabeza del hombre. La retiró lo suficiente para dejar expuesto el lado derecho de su rostro. Luego tomó una vejiga con aguja, clavó la aguja en la sien del hombre y apretó lentamente. Cuando Caron comenzó a gritar, ella le metió un puñado de la sábana en la boca.

—Es solamente un suero de prueba —explicó Yawgmoth—. Si tenés Tisis artificial, la sien se volverá negra. Si conserva su tono normal, estás sano.

—No hay ningún cambio —dijo la Intocable, retirando la aguja y frotándole la sien—. Prueba negativa.

—Felicitaciones —dijo Yawgmoth con voz áspera—. Debés de ser inmune. Pero tendremos que llevar a tu esposa a la cuarentena de las cuevas. Es un peligro para la salud de toda la ciudad.

Los ojos de Caron estaban desorbitados.

—Voy con ella. No me importa. Voy con ella.

—No tendrá sus joyas. No tendrá su belleza —dijo Yawgmoth.

—No me importa. Si la infectaron, si yo la infecté, no voy a abandonarla.

—Déjenlo ir —ordenó Yawgmoth—. Que reúna todo lo que pueda llevar a las cuevas. Xod, andá a buscar un equipo de porteadores. Ella no podrá caminar. Por eso se ha quedado encerrada aquí.

Xod soltó al hombre, que cayó de rodillas todavía envuelto en la sábana.

Caron se desplomó.

—Si no puedo llevarme las joyas, ¿qué pasará con ellas? ¿Estarán aquí cuando volvamos?

—No. La vivienda debe ser esterilizada. No quedará nada. El Estado conservará cualquier objeto de valor, como estas piedras, hasta su eventual regreso. Durante su ausencia, esta habitación se entregará a personas ascendidas desde las cuevas: será el comienzo de sus nuevas vidas.

—¿Qué? ¡No podés simplemente quitarle la casa a un hombre y entregársela a otro!

—Puedo hacerlo, y lo hago —respondió Yawgmoth—. No la necesitás y le debés una compensación a la ciudad por haber puesto tantas vidas en peligro. Ahora apurate. Los porteadores llegarán pronto. Descenderás a las cuevas dentro de una hora.

Todavía aferrada a él, Rebbec alzó la mirada hacia los rasgos severos de Yawgmoth. Le tendió su brazo desgarrado.

—Espero... espero ser inmune, como pensás.

Yawgmoth la rodeó con un brazo poderoso.

—Recibirás el mejor tratamiento posible, solo después del de Glacian.

Rebbec parpadeó y tomó aire entrecortadamente.

—Gracias, Yawgmoth, por todo lo que has hecho. Y gracias por no enviar a Glacian a las cuevas. Sé que está demasiado enfermo para permanecer en la ciudad, pero si lo enviaras allí, tendría que ir con él.

La mirada de acero en los ojos de Yawgmoth era imposible de interpretar.

—Lo sé —dijo—. Lo sé.

CAPÍTULO 11

El sistema de elevación de Yawgmoth fue instalado en las Cuevas de los Condenados. Durante meses, los autómatas mineros trabajaron sin descanso, perforando un nuevo pozo directamente hacia abajo. Una serie de cables y poleas transportaba una enorme plataforma a través del pozo. No era ninguna de las elegantes invenciones de Glacian. Aquel tosco mecanismo había sido diseñado por Dungas, el mismo artífice que había inventado el retrete de piedra de poder que llevaba su nombre. El elevador y el dungas cumplían la misma función: llevar los desechos de Halción hacia abajo.

El primer grupo de pacientes en cuarentena que subió al elevador llegó sobre una carga de madera. Seis hombres, tres mujeres y un niño se apiñaban entre los cables tensos que hacían descender el elevador. Era un lugar precario. En una de las sacudidas del mecanismo, un hombre cayó entre el elevador y el pozo. La máquina, indiferente, lo hizo pedazos. Sus restos se precipitaron hacia la oscuridad. En el fondo, no era más que una masa tibia de pulpa sobre el suelo.

Gix y su grupo estaban justo más allá de aquella pulpa.

El elevador chirrió y se estremeció. Las astillas revolotearon hacia abajo entre una fina lluvia de polvo de madera y arenilla de piedra. Con unas últimas sacudidas, la plataforma tocó el suelo.

La madera se inclinó hacia un lado. Las ataduras se rompieron. Las tablas y los refugiados cayeron del elevador y se desparramaron en el barro.

—¡Aparten esta madera! ¡Sáquenlos de ahí! —gritó Gix.

Arrancó las tablas y las arrojó a un lado, abriéndose paso a fuerza de arañazos entre manos y rostros. Dos de los hombres estaban inconscientes y, al sacarlos, sus talones dejaban surcos detrás de ellos. Una mujer tenía un tobillo roto. Otras dos se alejaron ilesas. El niño había sobrevivido, al igual que los otros tres hombres, que salieron cojeando de los restos.

Gix encontró otro objeto entre las tablas empapadas de sangre: una nota.

De: Yawgmoth, Consejero de Salud

Para: Su fiel asociado Gix

Saludos.

Hacé que estas diez personas estén lo más cómodas posible entre los demás pacientes de la caverna de cuarentena. Representan un grave peligro para la salud pública.

La carga de madera debe utilizarse para construir camas. Los clavos y las herramientas llegarán en un envío posterior. La ciudad también proporcionará envíos de colchones, sábanas, almohadas, comida y ropa para atender a los enfermos. Utilizá estos suministros para recompensar a quienes te ayuden y garantizar la obediencia del resto.

Como compensación a la comunidad de las cuevas por esta carga adicional, te solicito que liberes de las cuevas a las siguientes diez personas. He seleccionado personalmente a cada una por la contribución que puede hacer a la ciudad. Informales que ya hay viviendas preparadas para ellas y que pasarán a formar parte de mi propio cuerpo de sanadores.

Felicitaciones de mi parte.

Esperá otro grupo de refugiados mañana y una lista similar de personas para liberar.

Los suministros que acompañen a los recién llegados deberían mejorar sus vidas y, con el tiempo, las de todos los habitantes de las cuevas y de Halción.

Gracias por tu continua y fiel colaboración. Proporcionaré más suero al final de la semana.

Yawgmoth.

Gix bajó la nota y contempló, incrédulo, la pila de astillas ensangrentadas que tenía delante.

En voz baja, dijo:

—Yawgmoth nos ha proporcionado unas camas preciosas. Unas camas preciosas.

* * * * *

Seis meses atrás, había sido apenas una especulación ociosa.

Ahora era una demostración matemática completamente desarrollada que transformaría Halción una vez más.

Lo había demostrado: las piedras de poder no contenían solamente vastas cantidades de energía, sino también vastos espacios.

Una piedra lo bastante poderosa podía contener incluso un mundo entero.

—Soy el genio de Halción.

Glacian hizo una pausa, contemplando febrilmente cientos de hojas de cálculos.

Yacían apiladas sobre la tabla que había instalado en el regazo de su silla de ruedas. Columnas de números marchaban por cada página, entrelazadas con demostraciones lógicas y diagramas esbozados.

Había desarrollado aquellas teorías durante momentos de lucidez entre espasmos de dolor y la inconsciencia que los seguía con frecuencia.

Algunas líneas de razonamiento continuaban avanzando con audacia aunque la mano que las escribía se debilitara cada vez más.

Algunos bocetos estaban apenas a medio terminar cuando Glacian se desplomaba sobre ellos.

Al estudiar su propio trabajo, a menudo encontraba brillantes giros de lógica y rigurosos argumentos que no recordaba haber desarrollado.

Era como si otro Glacian colaborara con él.

A pesar de la amnesia y la degeneración física, Glacian había desarrollado su teoría más brillante hasta entonces.

En este modelo, las dimensiones físicas y temporales de la realidad se deforman por efecto del bombardeo energético. Cuando la realidad se vuelve profundamente convulsa, atrapa la energía de modo que esta viaja en círculos en lugar de en línea recta. Así, la deformación de la realidad por la energía frena y solidifica esa misma energía. Con el tiempo, la energía y la realidad dimensional se compactan lo suficiente como para formar materia. A la inversa, transformar la materia nuevamente en energía —como ocurre al cargar las piedras de poder— consiste en desplegar las dimensiones de la realidad, en crear espacio. La carga de las piedras de poder libera vastas reservas de energía al desplegar vastas extensiones de espacio. En un principio, Glacian creía que la introducción de

cualquier materia en ese espacio solo provocaría que este volviera a colapsar. Ahora sabía que cualquier materia nueva que se introdujera traería consigo su propio espacio compactado. Por lo tanto, una gran piedra de poder contiene un enorme espacio vacío en el que podrían introducirse objetos y personas. Dentro de las piedras de poder podrían crearse mundos enteramente nuevos.

—Conozco a un arquitecto para esos nuevos mundos.

Glacian había llegado incluso a trazar los principios organizativos de los espacios dentro de las distintas piedras. Si una piedra era esférica, el espacio interior se organizaría en esferas concéntricas: pilas anidadas de materia con el foco de energía en el centro exacto. Elaborados bocetos mostraban el tipo de esferas anidadas que podían construirse incluso dentro de una piedra de poder pequeña. Serían barrios flotantes en los que cientos de personas podrían vivir en luminosa belleza y seguridad. Rebbec podría construir otra ciudad entera dentro de las piedras de poder de su templo. Por fin, quienes ascendieran ya no tendrían que volver a descender jamás.

Solo quedaba una tarea: descubrir un camino hacia esos vastos espacios. Glacian llevaba un mes entero trabajando en ese problema insoluble. Tres veces había estado a punto de llevarle su descubrimiento a Rebbec, pero quería que la revelación fuera completa.

—... la energía deforma el espacio y el tiempo, así que extraerla lo aplanaría, abriría un camino momentáneo a través de la materia cristalina... no, la explosión resultante destruiría el cristal, al viajero y al mundo, todo —masculló Glacian, arrugando la hoja ya muy marcada que tenía delante. La sostuvo en alto con un puño tembloroso—. ¿Cómo entrar en ese pliegue de espacio y masa? ¿Cómo abrir la puerta? ¿Cómo recuperar la ciudad de manos de Yawgmoth? ¿Cómo recuperar a Rebbec...?

Despertó un tiempo después, recostado en su silla de ruedas. Más allá de la ventana, el cielo estaba teñido de la tinta de la noche. Alguien había apilado con esmero sus fajos de demostraciones sobre una mesa cercana. Alguien le había quitado la tabla del regazo, vaciado los tubos que drenaban su orina, colocado almohadones tras su cabeza y puesto una manta sobre sus hombros.

—¿Quién diablos hizo esto? —gruñó Glacian.

El joven sanador Xod salió de detrás de un estante cargado de frascos de suero.

—Dijiste que ya habías terminado de trabajar por esta noche.

—¡Yo no dije semejante cosa! —siseó Glacian—. Estaba a punto de lograr un avance. Solo me quedé dormido un momento.

Xod frunció el ceño y dejó a un lado el bisturí que tenía en la mano.

—No. Me pediste que te llevara a ver a tu esposa, y después dijiste que ya habías terminado de trabajar y que querías dormir.

—¿De qué estás hablando? —gruñó Glacian—. ¿Dónde está mi esposa?

Xod resopló.

—Está en la habitación de al lado, cenando.

—¡Llevame con ella!

—Dejame lavarme las manos. Estuve disecando un gato...

—¡Llevame!

Una sonrisa tensa cruzó el rostro de Xod.

—Por supuesto que te voy a llevar.

Rodeó la silla, acomodó los diversos tubos y bolsas en la parte trasera y lo empujó hacia la puerta.

En el camino, Glacian tomó el manuscrito apilado y lo puso sobre su regazo. Mientras avanzaban por el pasillo, hablaba con excitación conspirativa.

—Tengo algo para mostrarle.

—Sí. Ya sé —respondió Xod con tono plano—. También lo tenías la última vez.

—¿La última vez?

—Debería advertirte que no está cenando sola.

La suave curva de los muros de la enfermería ocultaba a los comensales de la vista, pero sus sombras se movían con un resplandor visible, y su conversación llegaba filtrada hasta Glacian.

La voz de un hombre decía: "—... esa mujer que encontramos hace unos meses, la del torque. Algunos dirían que vos y Glacian le hicieron lo mismo a la ciudad: tomaron a una anciana gorda y la vistieron con las ilusiones de la juventud y la salud, mientras todo se pudre de peste por debajo."

—¿Quién dice esas cosas? —la voz de Rebbec—. De hecho, ¿qué es el Templo Thran sino un enorme torque que arroja un hechizo sobre toda la ciudad?

—Disculpen la intromisión... otra vez —dijo Xod mientras empujaba a Glacian hacia la sala—, pero tu esposo me pidió que lo trajera aquí.

Rebbec estaba sentada a un lado de una mesa de laboratorio bien dispuesta. Soperas y bandejas exhalaban sus últimos vapores a la luz de las velas medio consumidas. Los panecillos se enfriaban en su canasta. Al otro lado de la mesa estaba sentado Yawgmoth. Detrás de él, un fuego innecesario ardía en un incinerador, evocando los románticos hogares de antaño.

Glacian los había sorprendido in fraganti. Los dos interrumpieron la conversación a mitad de camino y se volvieron hacia él, con expresión interrogante y una cortesía impaciente. Rebbec enarcó las cejas.

—Hola, Glacian —dijo ella con voz que sonaba cansada—. ¿Querías verme?

—¿Qué estás haciendo, cenando a la luz de las velas con... con...?

—Esto otra vez no —respondió ella, levantando la servilleta de su regazo, arrugándola y dejándola caer sobre el plato—. Ya te explicamos todo esto hace no más de veinte minutos.

—¿De qué estás hablando?

—Es como si te hubieras dividido en dos personas que no se hablan entre sí.

Yawgmoth asintió.

—No es un efecto típico de la tisis artificial, por lo que he...

—Callate —le gruñó Glacian a Yawgmoth. Volvió sus ojos coléricos hacia su esposa—. ¿Una cena a la luz de las velas? ¿Mientras yo estoy sentado en la otra habitación?

Rebbec inclinó la cabeza, como reuniendo paciencia.

—Te invité a esto hace una semana. Dijiste que no vendrías si...

—Si yo estuviera aquí —intervino Yawgmoth.

—¡Callate! —exigió Glacian.

—Y yo ya lo había invitado a él —continuó Rebbec—. Fue en agradecimiento por su intenso trabajo en tu caso.

—¿Trabajo intenso?

—Yawgmoth ha estado trabajando hasta muy entrada la noche en tu enfermedad...

—¡En empeorarla! —bramó Glacian—. Supongo que vos también trabajaste

hasta muy entrada la noche con él. A veces hasta me discuten juntos mientras duermen.

Rebbec palideció, y sus ojos se encendieron de ira.

—¿Qué estás tratando de insinuar?

—¿No es obvio, acaso? ¿Deshacerse del viejo genio por el nuevo? ¿Cambiar al leproso viejo y gastado por el hombre que se aprovecha de leprosos viejos y gastados...?

—Pará, Glacian —siseó Rebbec—. Pará antes de que digas algo de lo que te arrepientas.

—Nunca dije nada de lo que me haya arrepentido.

—¡Sí, claro! ¡Y mirate! —gritó Yawgmoth, poniéndose de pie—. Amargado. Furioso. Paranoico. Solo en el mundo entero excepto por una persona, y decidido a alejarla también a ella. ¿Así le pagás la fidelidad?

—¡Basta, los dos! —dijo Rebbec. Se frotó las sienes con dolor—. Ya tuvimos esta discusión, hace apenas veinte minutos. Ahora la cena terminó. Mostranos lo que querías mostrarnos.

Glacian negó con la cabeza, como un niño caprichoso.

—Llevame de vuelta, Xod.

Con un suspiro, el joven dijo:

—Igual que la última vez.

Tiró de la silla de ruedas.

—Esperá, Xod —dijo Yawgmoth, acercándose a grandes pasos—. No quiero que interrumpan otra cena.

—¡No vas a tener otra cena con mi esposa! Andá, Xod.

—Quedate, Xod —ordenó Yawgmoth. Se inclinó y tomó el fajo de papeles—. Ah, esto.

Asintió, hojeando con desenfado las páginas y mostrándole a Rebbec algunos de los dibujos.

—Ingenioso, la verdad. Descubrió que toda piedra de poder cargada contiene un vasto plano. Mirá, acá está la cadena lógica que lo demuestra, y una serie de cálculos...

—¡Devolvémelo! —gritó Glacian. Sus manos arañaban el aire, impotentes—.

¡Xod, recuperalo!

Xod dio un paso al frente, rodeando la silla de ruedas. Yawgmoth alzó una mano para detenerlo.

—Mirá... estos son bocetos de edificios que se podrían construir en esos espacios. Una sola piedra de cimentación en tu templo podría albergar diez mil edificios como estos, un millón de personas: la totalidad de Halción, las cuevas y la gente de doscientas millas a la redonda.

Levantando la vista de la página, Rebbec dijo:

—Glacian, ¡esto es magnífico!

—¡Devolvédmelo! ¿Cómo sabés todo esto?

Yawgmoth se encogió de hombros, hojeando las páginas.

—Dijiste que habías estado trabajando en tu propia cura. Es comprensible que sintiera curiosidad. Dormís mucho... ni siquiera tuve que levantar las hojas. Estaban todas ahí, desplegadas frente a mí.

—Sos un ladrón. Robás las ideas de otros hombres. Las reclamás como propias —bramó Glacian.

—Mirá esto... ¡ciudades dentro de ciudades! —se maravilló Rebbec.

—Solo hay un inconveniente —dijo Yawgmoth con una risa suave—. No hay manera de entrar ni salir de uno de estos planos: espacios infinitos que jamás podrán alcanzarse.

—¡Dame eso! —dijo Glacian, arrancando los papeles de las manos de su atormentador. En un arrebato de indignación, abrió de un golpe la rejilla del incinerador y arrojó las páginas dentro. De inmediato, estallaron en llamas.

—¡No! —gritó Rebbec, cayendo de rodillas frente al incinerador. Con las manos desnudas, rescató del fuego las páginas ardiendo y las apagó a golpes contra el suelo—. ¿Por qué hiciste eso?

—No merecés mi trabajo. La ciudad no merece mi trabajo —siseó Glacian—. Sacame de acá, Xod.

—Con gusto —respondió el joven, y tiró de él hacia la puerta.

Mientras Rebbec seguía rescatando del fuego bocetos y ecuaciones chamuscados, Yawgmoth rodeó al hombre de la silla de ruedas y se arrodilló en su camino.

—Acá tenés algo más para pensar mientras buscás una puerta hacia esos cris-

tales. Si se crea un plano cada vez que se carga una piedra de poder, tal vez una piedra de poder podría cargarse absorbiendo un plano ya existente. Si encontrás una entrada, quizás también encuentres un medio para absorber grandes extensiones de tierra, mundos enteros incluso: un arma del día del juicio final. Como con todos tus descubrimientos, el brillo de esta nueva teoría proyecta una sombra mortal.

—¡Soltame! ¡Soltame! —chilló Glacian, golpeando la mano de Yawgmoth—. Sacame de acá, Xod. ¡Sacame de acá!

Yawgmoth soltó la silla y se puso de pie, dejando pasar al inválido. Se cruzó de brazos, negó con la cabeza y se rió.

—Vení para acá —lo llamó Rebbec, luchando por apagar las páginas en llamas—. Ayudame a salvar lo que pueda.

Con un encogimiento de hombros despreocupado, Yawgmoth se acercó.

—Vamos a salvar lo que podamos. No te preocupes por el resto. Me memoricé gran parte. No soy el genio de Halción por nada, ¿sabés?

Glacian despertó esa noche en su cama. La mañana acechaba bajo el horizonte. No recordaba haberse acostado. No recordaba que lo hubieran atado con las correas. Lo último que recordaba era estar sentado en el laboratorio, esperando con furia a que Yawgmoth y Rebbec terminaran de comer y fueran a ver su trabajo.

¡Su trabajo! A la luz de la madrugada, pudo ver que los papeles no estaban sobre la mesita junto a la cama. Quienquiera que lo hubiera dejado allí debía de haberlo dejado tirado sobre el escritorio, como una comida a medio terminar. Glacian deslizó un brazo por debajo de las correas, tomó un bastón y golpeó con fuerza el armazón de la cama. Tuvo que mantener el estrépito durante varios minutos enteros —él, un inválido con apenas fuerzas para respirar— antes de que el somnoliento sanador de guardia llegara desde la habitación contigua.

Era Xod, aturdido y despeinado.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Andá a buscar el manuscrito.

Xod dejó escapar un suspiro cansado.

—¿Qué manuscrito?

—El que estuve trabajando durante seis meses, idiota. ¿Qué otro manuscrito?

Una mirada de espanto llenó los ojos del joven.

—Ay, no. Esto otra vez no...

—¿Esto qué? Traeme el manuscrito.

—Vos quemaste el manuscrito.

—¿Qué?

—Yo estaba ahí. Lo tiraste al incinerador.

—¡Mentiroso! ¡Monstruo mentiroso! ¿Dónde está? ¿Dónde lo estás escondiendo?

—No lo estoy escondiendo. Preguntale a Yawgmoth. ¡Preguntale a tu esposa!

—Están todos confabulados.

—Ellos tienen lo que haya quedado... pedazos quemados.

—¡No puedo creerlo! Están tratando de destruirme. Yawgmoth me está robando las ideas.

—No es así, para nada...

—¡Monstruos! ¡Malditos monstruos!

CAPÍTULO 12

Aquello no era una silla de transporte. Rebbec había ayudado a diseñar los espacios interiores de aquella nave voladora y había estudiado minuciosamente los planos de su marido para las lonas y las vergas, las hélices y los soportes. Ahora viajaba en ella, sentada junto a Yawgmoth.

—No tenía idea de que fueras piloto —dijo, mientras sus ojos recorrían las fértiles tierras bajas de la cuenca de Losanon. El amplio valle conducía hacia la gran ciudad del mismo nombre y, más allá, hasta el mar.

—Aprendí cuando era sanador en Jamuraa. Era la única manera en que un solo hombre podía cubrir doscientas mil millas cuadradas de territorios tribales escasamente poblados.

Ajustó una palanca. La cabina estaba erizada de ellas, cada una etiquetada según su función y provista de un agarre distintivo que permitía manipularla sin necesidad de mirarla.

—Claro que aquellas naves no se parecían en nada a esta. Estaban sujetas con enredaderas y saliva, impulsadas por fragmentos de piedras de poder del tamaño de una uña. No eran como esta.

Incluso entre las aeronaves, había pocas como aquella. La mayoría eran dirigibles de carga, con grandes masas de lona inflada sobre ellas que proporcionaban sustentación a las lentas y pesadas naves. A menudo llevaban hélices delgadas en los extremos de brazos articulados.

Las aeronaves más elegantes eran menos numerosas: naves de guerra apostadas a lo largo de las fronteras del imperio, preparadas para realizar ataques aéreos contra las incursiones bárbaras. Aquellos bombarderos y cazas veloces rara vez se acercaban a Halción.

La nave en la que viajaban ahora era la élite de la élite: una de las ocho cortadoras construidas por la capital Thran. Habían sido diseñadas expresamente para transportar con rapidez a ancianos y ancianos mayores desde ciudades-estado lejanas para asistir a consejos de emergencia. Cada cortadora podía transportar hasta treinta personas, con muy poco espacio para provisiones adicionales.

La nave se mantenía en el aire mediante un rígido conjunto de alas curvas que se arqueaban hacia arriba desde el casco central. Estas recibían la ayuda de

un par de esferas de vacío flotantes, una en la proa y otra en la cola.

Las alas y la lona pintada de plata de la cortadora hacían que pareciera un enorme tiburón con las fauces abiertas. Su tremenda velocidad y agilidad no hacían sino reforzar aquella impresión.

Las rebeliones regionales habían sido evitadas por la visión aterradora de ocho cortadoras con piel de tiburón llegando sobre una ciudad.

Las cortadoras volaban una o dos veces al año, las revueltas eran sofocadas y la paz quedaba restaurada. Esta vez, el levantamiento no era una clase oprimida. Era una enfermedad. Esta vez, Halción enviaba a sus propios delegados a las ciudades del imperio.

—Pronto podremos ver Losanon —dijo Yawgmoth, aflojando una palanca conectada a diez soportes diferentes—. Es un lugar hermoso, tropical, con palmeras y bosques frondosos. También está creciendo rápidamente. Han ido rellenando pantanos allí donde pueden y construyendo casas sobre pilotes donde no pueden. Será una parada interesante para vos. Dijiste que querías estudiar la arquitectura del imperio...

—La arquitectura del imperio... Sí. Por eso vine —respondió Rebbec, asintiendo como si quisiera convencerse a sí misma.

En verdad, había venido por toda una serie de razones mal definidas, y la arquitectura del imperio era la menor de ellas.

Rebbec había venido porque Glacian llevaba casi dos meses en coma. La conmoción del incendio de su manuscrito había sido demasiado. Su vigilia junto al lecho se había vuelto desgarradora. Cada noche —en penitencia por alguna ofensa que todavía no lograba identificar— se sentaba junto a él y reconstruía los fragmentos quemados de sus notas. Leía en voz alta las teorías hasta habérselas memorizado casi por completo. Interrogaba a Yawgmoth para que le diera lo que recordaba de las páginas perdidas. Nada bastaba. Nada de eso le devolvía a su marido. Él no llegaba siquiera a abrir un ojo, a musitar una palabra.

Yawgmoth había dicho una palabra, había dicho tres: «Vení conmigo». Esa había sido la razón principal por la que Rebbec había venido. Yawgmoth se lo había pedido así. Bien le vendrían un par de meses lejos del lecho del enfermo, un par de meses en compañía de aquel genio visionario que salvaba incansablemente a Halción y a todo el imperio.

Por eso Yawgmoth había emprendido aquel viaje: para acudir en ayuda del

imperio.

Había hallado casos avanzados de tisis artificial entre los ancianos y los ancianos mayores del Consejo. Ya no era una plaga de pobres. Muchos de los que padecían la tisis artificial se habían opuesto en su momento a los esfuerzos de los que ahora se beneficiaban. Aquello sembró el pánico en todo el imperio. El Consejo votó que Yawgmoth debía establecer cuerpos de sanación en las otras siete ciudades-estado.

Cada uno estaría a cargo de sanadores entrenados por el propio Yawgmoth. Catorce de esos sanadores viajaban ahora en la cortadora, en la zona central. Otro grupo de unos treinta se les uniría en las ciudades: antiguos exiliados junto a Yawgmoth. Ese núcleo de eugenistas entrenaría a los lugareños en el tratamiento de la tisis artificial, en los principios de la medicina física —técnica quirúrgica, aplicación de fármacos, experimentación, vivisección— y en técnicas para manejar interrogatorios hostiles y revueltas de la plaga. Serían sanadores y luchadores a la vez. Después de esos dos meses, cada ciudad del imperio tendría plantada en su corazón la semilla de un ejército sanador.

Para que un solo viaje contara por dos, Yawgmoth también evaluaría las reformas militares en cada ciudad-estado. Estaba facultado para sugerir —y, a veces, exigir— nuevas medidas para reformar la débil y corrupta guardia imperial y el ejército Thran.

Por eso Yawgmoth había emprendido aquel viaje: sanadores y soldados.

—Mirá, ahí. ¿Es el delta? —preguntó Rebbec, señalando más allá del casco del ala delantera.

Allí, el ancho río pardo que había serpenteado perezosamente por la cuenca desembocaba en una llanura aluvial. Entre sauces enormes y espesos matorrales de cipreses, se extendía una ciudad. Sus luces titilaban tenues sobre el agua omnipresente. Cada fuego proyectaba un gemelo tembloroso en la negra inundación de abajo. Las viviendas periféricas parecían brotes naturales de los taludes fangosos. Algunas tenían una lógica globular, como burbujas que se abultaban sobre un bolsón sumergido de descomposición. Otras eran bulbosas y estaban medio hundidas, como las raíces de los cipreses que las rodeaban. Casas con techo de paja alzaban sus tejados redondos entre las palmeras. Casas sobre pilotes vadeaban en furtivos rebaños los remansos más apacibles del todopoderoso río.

Rebbec rió. No podía recordar la última vez que había reído.

Yawgmoth sonrió, volviéndose hacia ella. —¿Qué pasa?

—La arquitectura del imperio... —rió ella con alegría—. Formas hermosas, perfectamente adaptadas al paisaje, perfectamente evolucionadas para esta cuenca acuosa. Pero ¿te imaginás a alguno de estos ungulados peludos paseando por las calles de Halción?

Ahora también él reía. —Un poco demasiado terroso, sí.

—Un poco demasiado pantanoso —agregó Rebbec, secándose una lágrima—. Detrás de edificios como estos, una espera encontrar enjambres de mosquitos y montones de excrementos.

Yawgmoth golpeó el brazo de su asiento. —No me hagas estrellar la nave.

Más adentro del delta, los materiales tradicionales —paja, bambú, barro y madera— fueron reemplazados por piedra, argamasa, yeso y vidrio. Los tonos pardos y rojizos naturales dieron paso a tonalidades de blanco y gris. Las formas de pequeña escala se amplificaron y reinventaron en una arquitectura cívica de cúpulas y curvas.

Rebbec negó con la cabeza y suspiró satisfecha mientras la cortadora pasaba junto al tumulto blanco del centro de la ciudad.

—No debería reírme. Hay mucho que puedo aprender acá. Muchas formas hermosas.

Yawgmoth soltó una palanca que había estado sosteniendo hacia atrás, y su mano cayó, cálida y firme, sobre la rodilla de ella.

—Si la risa es todo lo que Losanon puede ofrecerte, por ahora, ya es bastante.

La cuarentena en las Cuevas de los Condenados se estaba llenando. Gix rió con amargura. «Lindas camas». Las cargas de madera no dejaban de llegar, y los refugiados encima de ellas. Siguiendo los planos que había enviado Yawgmoth, Gix y su cuadrilla habían construido hondos estantes a lo largo de las paredes de la gran caverna. Los enfermos yacerían allí, uno junto al otro, con las cabezas hacia afuera. Cada estante estaba inclinado hacia la pared, con la mitad inferior de los pacientes al descubierto. Los desechos líquidos y sólidos se canalizaban hacia abajo, para caer entre el andamiaje y la pared. Una vez por semana, una brigada de baldes remojaba a los pacientes, y el sobrante enjuagaba sus camastros. Yawgmoth lo consideraba una innovación.

Gix lo consideraba una atrocidad. Las lesiones crecían sin control. Las esca-

ras y las astillas destrozaban la piel. Gachas de carne rancia se vertían en labios agrietados. En la húmeda oscuridad yacían los enfermos. Morían. Se alentaba a los pacientes a informar las muertes de inmediato: significaba más espacio y más gachas. Los trabajadores del cuerpo de sanación desnudaban los cuerpos más frescos, los atravesaban con garfios de carnicero y los izaban hasta una cinta transportadora que cruzaba el techo. Se deshacían de ellos en una caverna contigua, cargada de vapor. A los muertos que ya habían empezado a pudrirse los dejaban más tiempo, algunos tan roídos por las ratas que solo quedaban huesos y pelo para las carretillas. Una vez por semana llegaba el suero. Una vez al día, más gachas de carne rancia. Atrocidad.

Si Gix se rebelara, Yawgmoth simplemente cortaría el suministro de suero. Morirían hasta el último, cadáveres encerrados en una cripta de pared. Si Gix obedecía, aquellos pobres desdichados seguían viviendo, y otro lote de prisioneros conseguía ascender.

«Mejor vivir en la atrocidad que morir en la gloria». Se había convertido en el principio rector de la vida de Gix. Por eso no había muerto en aquel primer ataque a la plataforma de maná, cuatro años atrás. Por eso no había matado a Glacian, no había matado a Rebbec, había frenado los disturbios y se había convertido en siervo del opresor. Todos los ideales de Gix se habían disuelto ante la mirada, ardiente y calma, de la Muerte. La autopreservación mantenía vivo a Gix, pero lo había transformado en la imagen de su cruel amo.

Un mensajero subió por el sendero. Era el muchacho, el mismo que había llegado en aquel primer viaje en el elevador. Había sobrevivido a un suplicio que había matado a un hombre. El mensaje no se le había escapado al muchacho. Se había hecho asistente de Gix, siempre presente y condenadamente servicial. Gix ni siquiera sabía su nombre.

—Llega otro cargamento... Madera y leprosos.

El muchacho había oído por casualidad aquel comentario despectivo de Gix un día, y lo había convertido en su término habitual.

—Dicen... que esta vez son veintitrés.

—Maldito Yawgmoth —maldijo Gix—. ¡No tenemos más lugar!

—De nada sirve maldecir a Yawgmoth —observó el muchacho, sin ninguna ayuda.

—Él es quien te puso acá, muchacho. Él es quien te condenó.

Una sonrisa ingenua le cruzó el rostro. —Él es quien va a salvarme, como salvó a todos los demás. Las cuevas de arriba se están vaciando. Él llama a la gente hacia la luz.

Era retórica religiosa de la Fe de los Condenados. El culto había surgido en el último año y hacía de Yawgmoth un salvador.

Gix siseó: —Todo el que sale de acá trepa por una pila de cadáveres.

—¿Sabés? Con las cuevas de arriba vaciándose, podríamos quedarnos con una de ellas. Convertirla en cuarentena. Habría lugar para cientos más.

Parpadeando, agotado, Gix suspiró. —Sí. Claro. Es una buena idea.

Los cuerpos de sanación ya estaban operativos en las siete ciudades-estado Thran. Catorce pares de fundadores estaban en su lugar, unos treinta eugenistas habían regresado del exilio, y los lugareños hacían fila para aprender a sanar y a luchar. Entre los ciudadanos, ya se habían diagnosticado muchos casos. Una gran cantidad de artífices, rodeados permanentemente por matrices de tono, sucumbían a la enfermedad. Los artífices más viejos y mejores eran los más gravemente afectados. Ellos, que en otro tiempo habían expulsado a los eugenistas, ahora estaban a su merced. Los campos de cuarentena, construidos apresuradamente, se llenaban de artífices.

Los campos eran construidos y mantenidos por una nueva soldadesca. La guardia imperial y el ejército Thran habían sufrido purgas en los niveles más altos. Oficiales jóvenes habían sido ascendidos y adoctrinados en la nueva filosofía militar. Respondían ante el Consejo, por supuesto, y el Consejo era Yawgmoth. Aquellas fuerzas de combate trabajarían mano a mano con el cuerpo de sanación para proteger al pueblo de enemigos internos y externos.

Gente que apenas un año antes había vivido en una ignorancia complaciente ahora veía amenazas por todas partes. Cada peligro hacía que amaran más a Yawgmoth. Era tanto un salvador en Losanon y Chignon, Wington y Nyoron como en Halción. Entre sanadores, soldados y civiles, cada momento libre de Yawgmoth estaba ocupado. Su tiempo transcurría en un torbellino de actividad.

Para Rebbec, aquellos dos meses habían sido un largo respiro. Había recorrido los grandes bulevares del imperio, había visitado los vastos templos y palacios y las casas de gobierno de aquella tierra antigua. Sumergirse en sus columnatas de piedra, observar cómo la luz paseaba por ellas, respirar el aire que emanaba de aquellas construcciones antiguas... todo había sido una comunión con las

mentes del pasado.

Rebbec había intentado transmitirle aquello a Yawgmoth, pero solo en la cortadora tenían algún tiempo para hablar. Por lo general, él dominaba esos momentos. Hablaba de su programa de salud y de sus esperanzas para el futuro de la nación que alguna vez lo había desterrado. Ahora, por fin, ella tenía la oportunidad.

Volaban de regreso a casa sobre una tierra elevada y hermosa. Montañas cubiertas de nieve dominaban amplios valles verdes de verano. Los pinos trepaban por las alturas cinceladas. Ríos cristalinos cantaban en sus lechos rocosos. La tierra negra llenaba los claros. Los álamos temblaban bajo el viento fresco.

—Mirá este lugar tan hermoso —dijo Yawgmoth con un suspiro satisfecho—. Miralo. Esto es lo que quiero para nuestro pueblo, para todo nuestro pueblo. Una vida de esplendor y abundancia, sí, pero no en ciudades superpobladas, saturadas de enfermedades. Una vida en espacios amplios y naturales. Una vida en el paraíso, bajo el cielo.

—¿Sabés qué quiero yo, qué es lo que he estado mirando? —soltó Rebbec de golpe—. He estado mirando el pasado, pero he estado viendo el futuro. En criptas antiguas he visto castillos en las nubes, y son perfectamente posibles. El Templo Thran podría ser un universo flotante. He estado mirando arte, pero esto es lo que he estado viendo.

Abrió su cuaderno de bocetos. En la página apareció, inequívocamente, un dibujo de Yawgmoth. Sus ojos penetrantes, su mandíbula cincelada y sus hombros anchos habían sido plasmados con trazos rápidos y expertos, al estilo del busto de un anciano.

—Y esto...

Pasó la página. Allí estaba Yawgmoth otra vez, esta vez al estilo de los antiguos emperadores.

—Y esto...

La siguiente página mostraba a Yawgmoth en un friso que representaba a los ocho patriarcas de los Thran entrando en el continente virgen.

—Y esto...

En aquella última representación no era menos que un dios: los mortales ascendían como figuras de arcilla sin forma en la palma de su mano.

Yawgmoth absorbió cada una de aquellas imágenes con una sola mirada intensa. Cada vez, su rostro permaneció inexpresivo y sus ojos regresaron al gran panorama que se extendía ante ellos.

—¿Lo ves? —preguntó Rebbec—. ¿Ves lo que yo he visto?

Sus labios formaron una línea sombría. —Has visto mucha escultura.

—No. He visto a través de mucha escultura. He visto el futuro. El futuro sos vos.

Yawgmoth parpadeó. Tomó aire profundamente. —No estoy seguro de qué decir ante eso.

Rebbec le ahorró el esfuerzo. Se inclinó sobre el timón de aquella gran cortadora y lo besó de lleno en los labios. Acunó la parte posterior de su cabeza con una mano, sintió el calor de sus labios y respiró su aroma.

Yawgmoth la apartó suavemente. —¿Qué estás haciendo?

Los ojos de Rebbec buscaron los suyos. —¿Qué querés decir con «qué estoy haciendo»?

Él pareció ruborizarse. El gran Yawgmoth de piedra se ruborizó. —Es solo que con estos picos helados... pueden aparecer de repente. No quiero arriesgarme a un accidente.

Hizo una pausa, como si percibiera lo incómodo que estaba siendo, y soltó una risa ligera. —No quiero arriesgar el futuro...

Rebbec volvió a sentarse. Sintió como si él la hubiera abierto en canal y hubiera arrastrado todas sus entrañas sobre el suelo...

—Será bueno volver a ver la ciudad —dijo Yawgmoth—. Tengo algunas ideas nuevas para tratar a tu marido.

...y luego hubiera ensartado y asado su corazón a fuego lento.

CAPÍTULO 13

El corazón de Rebbec estaba en la garganta mientras avanzaba por el pasillo de la enfermería. Al aterrizar, había pensado acostarse y dormir durante una semana, pero los sanadores le dijeron que su marido estaba despierto. Había salido del coma justo después de que Rebbec y Yawgmoth emprendieran su viaje. Durante su conspicua ausencia, Glacian había estado muy ocupado. Muy, muy ocupado.

Entró en el laboratorio de Yawgmoth. Glacian no estaba allí. Su silla de ruedas, su cama, su escritorio, sus bocetos... todo había desaparecido. Atravesó el pasillo y miró dentro de otras dos habitaciones antes de encontrarlo.

Glacian parecía delgado y apenas humano. Su rostro era a la vez dichoso y concentrado. Estaba sentado en una silla de ruedas profundamente modificada. Mecanismos de artífice lo rodeaban. Una hamaca corporal le comprimía el pecho y lo ayudaba a exhalar. Un fuelle impulsaba aire a través de un tubo que le atravesaba la garganta. Otro tubo introducía un flujo continuo de suero en su sangre. Un halo metálico mantenía su barbilla separada del cuello. Las pequeñas piedras de poder que accionaban todos aquellos dispositivos parpadeaban dispuestas a un lado, como velas votivas para un dios martirizado.

Un grupo de trasgos se movía alrededor del hombre, comprobando los distintos mecanismos que sostenían su vida. Autómatas sirvientes trabajaban silenciosamente entre ellos. Los trasgos levantaron la mirada con indiferencia cuando Rebbec entró.

Los ojos de Glacian eran penetrantes.

—Ah, Rebbec... —dijo en voz baja.

Su voz se apagó en un áspero susurro mientras esperaba a que el fuelle volviera a llenar sus pulmones.

—Volviste de tu pequeño... romance.

Rebbec se sonrojó y se arrodilló frente a la silla de su marido. Se llevó el borde de la capa a la boca.

—Lo siento, amor. Te atendí durante dos meses mientras estabas en coma. Me estaba matando tanto como te estaba matando a vos.

—No me estaba matando... como podés ver. Sabía que estabas conmigo... cuando estabas. También sabía cuándo te habías... ido. Y dónde. Y con quién.

—Era una misión para el Consejo —dijo Rebbec—. Yawgmoth estaba estableciendo...

—Sé lo que estaba estableciendo... —la interrumpió Glacian—. Su propio ejército privado por todo el imperio. Se está preparando para... tomar el control.

—¿Tomar el control? ¿De qué? ¿Del imperio? ¿Un sanador?

—Del imperio, del mundo, de todo, de... vos.

El rostro de Rebbec se endureció.

—Yawgmoth no ha hecho el menor intento de tomar el control de mí.

—¿No te parece extraño que despertara justo después de que... se fuera? Cuando ya no estaba para diluir el suero o ponerle sedantes... cuando solo quedaron sus aduladores cuidándome, desperté...

—Estás paranoico...

—...y yo también tengo mis aduladores. Aprendices, aquí en Halción pero también en las otras capitales... Algunos incluso son ancianos ahora. Y estos trasgos de aquí y los del equipo... sigo siendo su maestro. Y mientras tenga esto... —levantó la mano, con las yemas de los dedos manchadas por el estilógrafo que sostenía— tengo mi propio ejército. Primero, estas máquinas. Mis aduladores las construyeron. Están haciendo más... por mí que cualquier suero. Respiran por mí, me mantienen erguido. Estoy diseñando una para que bombee... mi corazón.

—Pero no pueden detener las lesiones. No pueden impedir que tu cuerpo se desintegre, que tu mente se parta en dos.

—¿Importa? Despierto y encuentro nuevos planos que he diseñado... Los saco de la manga. Mirá esto... un guerrero mantis. Está basado en uno de mis diseños antiguos, pero con armamento mejorado. Mandíbulas de afeitar, garras en forma de guadaña, abdomen y aguijón de flexiacero, y estas... antenas incendiarias. El Consejo ya ordenó cincuenta. He enviado a un aprendiz a los gremios de la capital. Las demás ciudades-estado pronto estarán construyéndolos... Tendré mi propio ejército. Los gremios de artífices saben que Yawgmoth es... un charlatán. Construirán mis guerreros. Están basados en una nueva... configuración de piedra de poder...

—¿Configuraciones de piedras de poder? ¿Guerreros insecto? ¡Miráte! —dijo Rebbec, sacudiendo la cabeza, atónita—. Te estás convirtiendo en una configuración de piedra de poder, en un guerrero insecto.

—¿Qué otra cosa se supone que debo ser? —gritó Glacian—. ¿Nada en absoluto...? ¿Se supone que debo dejarme caer en pedazos... tranquilamente? Sigo siendo el genio de Halción. Sigo siendo tu marido. No podés simplemente... arrojarme al montón de desperdicios, como hacés con todos los demás que tienen esta... enfermedad.

—¿Arrojarte al montón de desperdicios...?

—Voy a luchar contra él, Rebbec. Voy a luchar contra Yawgmoth por vos... Voy a luchar contra la muerte... y ellos son una misma cosa.

—Oh, Glacian... no sos vos mismo. No estás viendo las cosas como son.

—¡Sí que lo estoy! Nunca estuve tan seguro de algo.

Extendió una mano para acariciarle el cabello, pero ella se apartó de su contacto cubierto de lesiones. Enfurecido, dijo:

—¡Soy el único que ve...! ¡Soy el único que ha visto alguna vez...!

Rebbec se puso de pie y se volvió hacia la puerta.

—Sí, amor. Sos el único.

* * * * *

—Está diluyéndolo —insistió Gix, mirando alrededor de la mesa iluminada por velas, en una cámara profunda de las cuevas.

Durante el mes transcurrido desde el regreso de Yawgmoth, Gix se había deteriorado considerablemente. Debajo del pañuelo blanco que le envolvía la cabeza y la boca, las lesiones le abrían la piel. Sentía que el rostro podía desprendérsele por completo. Sus manos no estaban mejor. Pero mientras su piel se deterioraba, su voluntad se hacía más fuerte. Pasaba doce horas al día atendiendo pacientes en la cuarentena y otras tres haciendo campaña entre los Intocables de las cuevas superiores. Solo le permitían estar entre ellos envuelto de aquella manera, con la promesa de que no tocaría a nadie. Aun así, empezaban a escucharlo.

—Yawgmoth está diluyendo el suero. Ya no detiene la enfermedad. Los más sanos empeoran. Los demás mueren.

Los rostros alrededor de la llama de la vela estaban sombríos y retraídos.

—Nos está exterminando. ¿No lo ven?

Una mujer de rostro hinchado habló por los demás.

—Nos está liberando, no exterminando.

—Hace meses que no permite que nadie más salga de las cuevas. Sin embargo, todos los días llegan otros diez o quince exiliados a la cuarentena. Ya son mil veintitrés pacientes desde que permitieron ascender al último Intocable.

—«Intocable» ya no es una palabra aceptable —corrigió la mujer con afectación, acomodándose la ropa harapienta—. El propio Yawgmoth la ha prohibido. Ya ninguno de nosotros es Intocable.

—Todos lo somos. ¿No lo ven? Ha sacado de las cuevas a todos los que puede utilizar, a todos a quienes puede comandar y mantener sometidos. Al resto de ustedes los dejará pudrirse con nosotros.

Un escalofrío nervioso recorrió a las personas apiñadas alrededor de la mesa.

La mujer volvió a hablar:

—Es peligroso hablar así.

—Es peligroso no hacerlo —insistió Gix—. Nos matará a todos.

Por fin, otra voz habló. Pertenecía a un joven oculto bajo una capucha.

—¿Qué querés que hagamos?

—Rebelarnos. Quiero que nos rebelemos.

—¿Y los guardias? —preguntó el joven.

—Conozco mil maneras de sortear a los guardias. Podría guiarlos hasta la ciudad.

—¿Podrías guiarnos? —repitió la mujer, súbitamente interesada—. ¿Podrías introducirnos de contrabando en Halción?

—Sí. Y una vez allí, asaltaremos la enfermería, tomaremos como rehenes a Yawgmoth y Glacian. Exigiremos suero. Exigiremos que liberen a todas las personas sanas de las cuevas.

—¿Podrías guiarnos hasta la ciudad? —preguntó la mujer—. ¿Podrías encontrarnos refugio? ¿Podrías encontrar un lugar donde escondernos hasta conseguir trabajo, hasta conseguir un lugar donde vivir...?

—¡No! —interrumpió Gix—. Estoy hablando de una revolución.

El joven respondió:

—Y nosotros estamos hablando de vivir. Estamos hablando de escapar de las cuevas. Si Yawgmoth no nos conduce hacia la libertad, ¿por qué no vos? No queremos matar y morir. Queremos vivir.

Mejor vivir en la atrocidad que morir en la gloria.

—¿No vas a salvarnos?

Gix dejó escapar un suspiro detrás de sus vendas.

—Sí... Sí, lo haré.

* * * * *

—Han estado saliendo de las alcantarillas como ratas —declaró la Anciana Jameth de Halción. Era una mujer majestuosa vestida de seda roja que llevaba su cargo como si fuera una diadema. Desde su podio elevado, se dirigió al Consejo—. ¿Cómo sabemos cuáles son legítimos? Antes bastaba con que fueran albinos para detenerlos. Ahora tenemos a los Intocables... perdón... ¿cuál es el término preferido? Ahora tenemos a los condenados entre nosotros. Su programa de liberación está encallando, Yawgmoth.

—Como sabés, señora —respondió Yawgmoth—, el programa de liberación ha sido suspendido durante cuatro meses. Quienes fueron elevados llevan documentos, tienen viviendas y trabajan para mejorar la ciudad. Los demás pueden ser capturados. Proporciónenme personal y fondos, y lo haré.

Un gruñido de descontento recorrió la reunión.

—Estas incursiones son consecuencia del suero diluido —continuó Yawgmoth—. Mi presupuesto no permite proporcionar suero de concentración completa a todos los pacientes de las cuevas. Los componentes de metales preciosos son costosos. Si los refugiados pueden ascender hasta la ciudad, los alborotadores también pueden hacerlo. Seguirán ascendiendo a menos que consiga fondos para administrar suero de concentración completa.

El gruñido se convirtió en un gemido incómodo.

—Incluso entonces, pueden producirse disturbios. Todos recordamos lo que ocurrió la última vez. Será mucho peor. La plaga recorrerá las calles. La última vez los hice retroceder con una banda mal equipada de treinta sanadores. Esta vez necesitaré a la recién entrenada guardia Halcyte en combate. Presento una moción para que, en caso de disturbios, se me otorgue el mando de la guardia.

—Déjame entender bien esto —dijo la Anciana de Halción—. ¿Querés más personal y más dinero para evitar otro disturbio, y el control de la guardia Halcyte en caso de que haya otro disturbio?

—O, si lo preferís, puedo trasladar mis esfuerzos a Losanon, donde la plaga

también empeora cada día. Estas son las condiciones bajo las cuales lucharé contra esta plaga por ustedes. Si no están dispuestos a proporcionarme estas pocas provisiones, será mejor que busquen a otro.

El semblante de la Anciana Jameth se había palidecido tanto que parecía una de los condenados.

—Es justo que esta votación se realice únicamente entre los ancianos de Halción, no sea que nuestros amigos de las otras ciudades-estado voten en contra de la medida para atraerse a Yawgmoth. Como líder de los ancianos de Halción, reclamo el derecho a emitir el voto de la ciudad. Apruebo estas asignaciones de personal y dinero. Que hable cualquier Halcyte que se oponga.

El Salón del Consejo quedó en absoluto silencio.

* * * * *

Veintiséis veces en los últimos meses, Gix había guiado a refugiados sanos fuera de las cuevas. Más de ciento veinte personas habían escapado gracias a él.

La ruta estaba probada: una chimenea natural en forma de estrella que nunca cruzaba el equipo de maná. Emergía por primera vez en un pozo seco en desuso en el borde del sistema de alcantarillado de Halción. Desde allí, Gix conducía a cada grupo más allá de las purgas de gases hasta distintas rejillas de desagüe. En el momento más oscuro de la noche, los llevaba hasta cualquier establo o cobertizo que pudiera darles un lugar donde descansar.

Esta vez era diferente. Era el vigésimo séptimo viaje de Gix: tres veces el número maldito nueve. Sus entrañas le decían que la muerte lo aguardaba arriba.

Gix atisbó a través de una rejilla en un callejón en sombras. Estacas de madera se inclinaban como dientes torcidos hacia el callejón. El paso era demasiado estrecho para admitir vehículos. Estaba suficientemente oscuro como para desalentar el tránsito casual. Una cisterna de agua de lluvia a lo largo de un borde del camino proporcionaba agua abundante para beber y bañarse. Un granero cercano tenía muchos molinos abandonados y cobertizos de maquinaria donde los refugiados podían esconderse. Aquel había sido su lugar de repliegue, la mejor ubicación para la peor situación.

—No creo que deban salir —susurró Gix a las cinco almas apiñadas en la oscuridad detrás de él—. Algo no está bien.

—¿Qué es? —preguntó uno de ellos—. ¿Hay alguien ahí?

—Algo no está bien. No sé qué es.

—Entonces llévanos a otro lugar.

—No, este es el mejor lugar. No es el lugar. Es la noche. Algo es diferente. Está demasiado quieto.

Se hizo un silencio incrédulo.

—Entonces... ¿querés que nos quedemos aquí hasta mañana?

—O que vuelvan abajo conmigo.

—¿Abajo? No escalamos cinco horas por una chimenea volcánica para volver atrás.

Gix sacudió la cabeza.

—Solo tengo la sensación de que si salen por esa rejilla... por cualquier rejilla esta noche... van a morir.

—Prefiero morir intentando escapar que volver abajo.

El joven que había hablado pasó junto a Gix, trepó por el borde cubierto de escombros del conducto y empujó la rejilla hacia arriba. Salió de debajo de ella. Riendo entre dientes con feroz alegría, dijo:

—Vengan, los demás. ¡Salgan! ¡Respiren el aire de la libertad!

Otro lo siguió, luego el tercero, el cuarto y el quinto. Gix sostuvo la rejilla abierta. Eran una masa de sombras negras proyectadas contra las estacas inclinadas. Se agachaban bajo el cielo nocturno como si aún estuvieran en las alcantarillas, pero había una alegría maníaca en sus hombros encorvados. Sus pies eran ágiles sobre los adoquines.

Gix los miró fijamente.

—Buena suerte.

Bajó la rejilla sobre el conducto.

Los cinco estaban muertos. Así de rápido. Hubo cinco destellos veloces de luz de daga y el inconfundible olor a sangre rociando. Las sombras maníacas cayeron en montones húmedos sobre las piedras del callejón.

Tras esas dagas llegaron hombres y mujeres. No eran guardias Halcyte, sino una clase diferente de guerreros. Ágiles, silenciosos, letales. No había nada de pompa ni fanfarria en el trabajo que hacían, solo eficiencia.

—Este no es él —informó uno de los asesinos, soltando la cabeza de una

mujer muerta.

—Este tampoco —dijo otro.

—Ninguno de estos tiene Tisis artificial —llegó la voz de un tercero—. ¿Estás seguro de que su líder la tiene?

—Sí —respondió una figura en sombras entre ellos: Yawgmoth—. Tan seguro como de que sigue acechando en la alcantarilla.

—¿Debemos bajar a buscarlo?

—No. No lo atraparán. Además, me es útil. Predecible. Seguirá guiando más refugiados hasta aquí. Capturaremos a cada grupo. El Consejo nos concederá más soldados, más fondos... —dijo Yawgmoth con gravedad—. No. Me es útil vivo... Estos cinco me son útiles muertos: los primeros frutos de la nueva campaña. El Consejo estará complacido.

Gix lo oyó todo, paralizado y sin aliento bajo la rejilla. Temía moverse, no fuera que el goteo del agua lo delatara. Permaneció inmóvil mientras los asesinos se llevaban a los muertos. Solo después de que se hubieron ido se dio cuenta de que el hilo de líquido que caía sobre su espalda no era lluvia, sino sangre.

CAPÍTULO 14

Yawgmoth y Rebbec caminaban por el templo a medio terminar. Rebbec señaló por encima de sus cabezas su innovación más reciente: una red de piedras de poder que flotaban por toda la estructura. Durante el día permanecían apagadas, absorbiendo la luz del sol. Por la noche brillaban intensamente, ahuyentando a los fantasmas.

—Ya no necesitamos la luz de la luna ni la de las estrellas. El templo será nuestra luz. Proyectará un resplandor suave sobre todas las calles, incluso sobre los callejones oscuros.

Rebbec hizo una pausa. Su hermosa figura se reflejaba tristemente en las gemas que la rodeaban.

—Con más luz, quizá tus enfrentamientos no terminen tan a menudo de manera mortal.

En las piedras de poder, la imagen de Yawgmoth era una sombra que se cernía sobre Rebbec.

—Solo matamos en defensa propia, cuando un Intocable intenta matarnos.

—Lo sé —dijo Rebbec—. Estás librando una guerra no declarada, y toda guerra tiene sus bajas. Solo quiero asegurarme de que vos no seas una de ellas.

Él levantó una ceja.

—Si te preocupa la salud de tu marido, ahora está principalmente en manos de sus trasgos y sus máquinas. Si yo muriera...

—No, no es Glacian... Bueno, por supuesto que me preocupa él: sus delirios paranoicos, su ejército de ayudantes trasgos, su cerebro dividido. Se ha deteriorado tanto desde nuestro regreso que ahora solo unos pocos trasgos y yo podemos entenderlo.

Hizo una pausa.

—Claro que me preocupa...

Volvió a caminar, retorciéndose las manos con incertidumbre. Al llegar a la fachada occidental, contempló más allá de los cañones de cristal. El mundo desaparecía mil quinientos pies más abajo, hasta convertirse en un vasto desierto. Solo el destello ocasional de una aerocarabela brillaba en aquella inmensidad.

—Pero estoy igual de preocupada por vos.

Yawgmoth se acercó a ella.

—¿Por mí?

Rebbec negó con la cabeza, abstraída.

—Con Glacian perdido en sus delirios, sos el único que comparte mis creencias sobre el destino.

Tomó aire temblorosamente.

—Estamos en el umbral de un futuro sin carencias, sin enfermedades, sin guerras. Estamos a punto de liberarnos del peso del mundo, pero el mundo se aferra a nosotros. La necesidad, la enfermedad y la guerra extienden sus manos desde el corazón negro del mundo para arrastrarnos hacia abajo.

Yawgmoth se encogió de hombros.

—La lucha y el sufrimiento crearon Halción, no el arte y la belleza como suponés. Así es como las criaturas cambian y se adaptan. Solo frente a la muerte se esfuerzan los seres vivos por trascender. Guerra, peste, hambre... son los dolores de parto de los nuevos imperios. Claro que tenés miedo. Estás ayudando a dar a luz a un pueblo nuevo.

Rebbec se apoyó contra él, aspirando su cálido aroma.

—Te dije que sos el único con quien puedo hablar ahora.

Glacian se sentía miserable. La piel se le desprendía al menor roce. Las uñas se le partían y se despegaban. El cabello se le caía a mechones. Bajo su propio peso, la mente se le había dividido en dos. Su memoria estaba llena de agujeros. Lo que lograba recordar eran discusiones amargas y una soledad de rey entre máquinas y trasgos.

Rebbec no lo había visitado en todo el día. Cada vez que él le reprochaba sus ausencias, ella afirmaba haber ido a verlo, que él simplemente lo había olvidado. Se negaba a transmitir sus instrucciones al boletín del maná, se negaba a supervisar las obras de los colegios de artífices en las otras ciudades-estado, y hasta lo criticaba por hacerle la guerra a «el hombre que intenta salvarte la vida». Era menos comprensiva que un trasgo.

«No hay suficiente aire. Ajusten los fuelles. ¡Ajusten los fuelles!» Eso era lo que Glacian había querido decir, aunque el conducto de alimentación en su garganta deformaba las palabras —el conducto, y también sus propios labios y

lengua rebeldes—. Yawgmoth estaba mezclando un opiáceo con su suero, de eso Glacian estaba seguro. Quizá hasta Rebbec lo supiera. Quizá ella creyera que era para el dolor. Glacian podía tolerar el dolor. Lo que no podía tolerar era aquel embotamiento. «No hay suficiente aire.»

Aquellos trasgos entendían incluso los gruñidos y los jadeos. Era su lengua nativa. Las viles bestias correteaban entre las hileras de piedras de poder y ajustaban trinquetes a los mecanismos de los fuelles. Por un momento, la máquina de respiración dejó de funcionar por completo. Un trasgo se rascó la cabeza. El otro le propinó una bofetada. Se desató una discusión.

Mientras tanto, la visión de Glacian se redujo a una cueva entumecida. Ya ni siquiera podía balbucear instrucciones, con los pulmones vacíos. Una mano golpeaba débilmente el brazo de su silla de ruedas.

Los trasgos discutieron un momento más, hasta que oyeron el chasquido furioso de las uñas quebradas del hombre. Redoblaron sus esfuerzos. Aquellos pequeños necios habían estado a punto de matarlo ocho veces, según podía recordar. Aun así, sería menos humillante morir por su ineptitud que por la malicia de Yawgmoth...

Todo se volvió negro.

Cuando Glacian volvió a despertar, había una mujer de pie frente a él. Al principio creyó que era Rebbec: joven, fuerte y esbelta, con unos ojos que brillaban como cristales. Recortada en la luz que entraba del corredor, su rostro quedaba perdido en las sombras. Pero no era Rebbec. Rebbec siempre llevaba monos de trabajo, con sus hermosos rasgos cubiertos de polvo. Nunca habría llevado aquellas calzas negras y ajustadas, con motivos de serpientes que se enroscaban alrededor de ellas, aquel chaleco bordado con incrustaciones de marfil, aquel pañuelo de seda alrededor del cuello ni aquellas cuentas brillantes trenzadas en el cabello. Era difícil distinguirlo con aquella luz oblicua, pero su piel parecía de ébano pulido.

La mujer habló con una voz grave y absolutamente segura de sí misma.

—Ah. Aquí estás, Glacian, genio de Halción.

Ya tenía toda su atención. Cuando espantó a los trasgos de la habitación y cerró la puerta tras ellos, aquella atención se convirtió en terror.

—¿Quién sos? ¿Qué estás haciendo acá? —balbuceó incoherentemente.

Los ojos de la mujer se entristecieron.

—Sabía que estabas convaleciendo. No imaginaba que estuvieras tan convaleciente.

—¿Quién sos?

La mujer se acercó a la silla de ruedas, arrastró un taburete y se sentó.

—Escuché hablar de tu teoría sobre las piedras de poder. Escuché que demostraste la existencia de planos artificiales dentro de cada piedra de poder cargada. Quería conocer al hombre mortal lo bastante brillante como para demostrar la existencia del Multiverso al establecer su necesidad matemática.

La mujer revolvió distraídamente los bocetos y las demostraciones chamuscadas que había sobre la mesa.

—Exactamente. Sí, has vislumbrado verdades inmortales mediante símbolos mortales.

—¿Quién sos? —farfulló él.

Como si por fin hubiera comprendido, ella lo miró directamente a los ojos.

—Soy Dyfed. Alguna vez fui como vos, muy parecida a vos, excepto por esta enfermedad. Alguna vez fui humana, brillante e incomprendida por todos los que me rodeaban. Ahora ya no soy humana. Ahora soy una planeswalker.

La palabra no significó nada para Glacian.

Dyfed continuó:

—Dominaria es uno de millones de mundos. Has demostrado la existencia de planos artificiales, pero también existen muchos planos auténticos. Están cerrados para los mortales. Para seres como yo, para los planeswalkers, el Multiverso está completamente abierto.

Un soplo proveniente de los fuelles entró en los pulmones de Glacian con un estremecimiento.

Dyfed parpadeó solemnemente.

—Esperaba llevarte a recorrer los planos. Alguna vez fui Thran. He esperado durante mucho tiempo que el primero de mi pueblo descubriera estas cosas. Pero el viaje es peligroso incluso para un mortal sano. No podría llevarte en este estado. Cualquier otra enfermedad podría curarla. Has visto lo que hacen las energías arcanas con la enfermedad producida por las piedras de poder...

Los ojos de Glacian se oscurecieron y sus labios se comprimieron en una línea sombría.

—No me creés. Pensás que intento engañarte. Es comprensible —dijo suavemente la mujer—. Quizá esto te convenza.

Dyfed desapareció de su lado y reapareció al otro lado de la habitación. En su mano sostenía una flor exótica, con pétalos rosados tan grandes como la mano de un hombre y bordes marrones. Se acercó y depositó suavemente la flor sobre el pecho de Glacian.

—Esta es una orquídea de Pyrulea, una especie que no existe en ningún lugar de Dominaria. Pasé de este mundo a otro, arranqué la flor y regresé.

Estudió sus ojos y sonrió con tristeza.

—Todavía no estás convencido.

Dyfed se arremangó la chaqueta. Entrelazó las manos y las lanzó hacia delante, contra el aire. Luego las separó. Rasgó un agujero en la realidad.

Una visión recibió los ojos de Glacian: un mundo de ángeles veloces y nubes flotantes. Entre continentes de niebla flotaban ciudades imposibles de oro. Resplandecían con un esplendor de otro mundo en el espacio que se abría entre las manos de Dyfed.

—Lugares como estos se encuentran más allá de los límites de Dominaria —dijo Dyfed—. Lugares como estos te mostraré cuando estés lo bastante entero para viajar.

Durante un instante, solo aquella imagen ondulante brilló en la habitación oscura. Entonces la luz entró por la puerta abierta. Dyfed se sobresaltó. La grieta en la realidad volvió a cerrarse.

En la luz dorada del pasillo había otra figura: alta, musculosa, imponente.

—Los trasgos me dijeron que tenías una visitante, Glacian —dijo Yawgmoth ominosamente—. Pero ¿qué clase de criatura es esta?

Dyfed se tensó. Pareció casi sonrojarse bajo su piel oscura.

—Me llamo Dyfed...

—Lo sé —dijo Yawgmoth—. Escuché todo. Escuché tus afirmaciones.

Glacian soltó un gruñido ininteligible.

—¡Bastardo!

—¿Estabas escuchando detrás de la puerta? —preguntó Dyfed, incrédula.

Yawgmoth negó con calma.

—No. Tenemos dispositivos de vigilancia aquí. Escuchamos para asegurarnos de que las máquinas funcionen. Protegemos a Glacian con toda clase de medidas.

—¡Escuchan para mantenerme cautivo! —farfulló Glacian—. ¡Cuidado con él!

—Escuché todas tus afirmaciones —replicó Yawgmoth.

—No son afirmaciones —dijo Dyfed—. Son la verdad.

Yawgmoth entró en la habitación y se arremangó. La tela dejó al descubierto una larga y brutal herida en su antebrazo, de la que brotaba sangre.

—Todavía no tuve tiempo de acudir a uno de los sanadores por esto. Una herida de la guerra callejera. Si sos quien decís ser, curala.

Dyfed contempló la llaga supurante. Sin duda, un Intocable había intentado abrirle la garganta al hombre y el golpe había alcanzado su antebrazo. En los bordes, la piel estaba desgarrada hacia atrás y dejaba ver el músculo bajo una fina salpicadura de pus. En un punto, los tejidos seccionados dejaban ver una astilla rosada de hueso.

—Has estado hurgando en ella —dijo Dyfed, tomando el brazo del hombre entre sus manos. Sus dedos eran delicados y gráciles alrededor de aquella terrible herida—. Has estado explorando para ver tus propios huesos y vasos sanguíneos. No me sorprendería que tuvieras una pila de bocetos en tu laboratorio.

Yawgmoth parpadeó apenas.

—No es solamente una lesión. También es una oportunidad para aprender.

Los ojos de Dyfed se encontraron con los suyos.

—También he oído hablar de vos: el hombre que cree que la raíz de toda enfermedad es física, no espiritual; que el cuerpo es una gran máquina que puede cartografiarse y manipularse, repararse y mejorarse. Tenés razón, por supuesto.

Apoyó la mano directamente sobre la herida. Y la herida desapareció.

Yawgmoth contempló con asombro su brazo curado.

—¡No confíes en él! —susurró Glacian, desesperado.

Yawgmoth bajó la mano y tomó la exótica orquídea del pecho de Glacian.

—¿Realmente procede de otro mundo?

—Sí.

Respiró profundamente el aroma de la flor.

—Me parece recordar haber encontrado flores de este tipo en las islas costeras de Jamuraa.

Las manos de Dyfed soltaron su brazo ya curado.

—Procede del plano de Pyrulea.

—¿Sacar una flor de la manga? ¿Un simple truco de prestidigitación?

—¿Y la herida que acabo de curar? —preguntó Dyfed, indignada.

—Hay más de veinte sanadores en la enfermería que podrían haber hecho lo mismo.

Yawgmoth volvió a aspirar el aroma de la flor.

—Eso solo demuestra que sos una sanadora, no una planes... ¿cómo dijiste? ¿Planeswalker?

—¿No lo ves? —protestó Glacian, desesperado—. ¡Te está manipulando!

Los ojos de Dyfed se encendieron.

—¿Y si volviéramos a Pyrulea y arrancáramos otra?

Se lanzó hacia Yawgmoth y le tomó la mano. Ambos desaparecieron.

Apenas habían desaparecido cuando la puerta se abrió de golpe. Rebbec salió. El polvo cayó de su cabello y de su mono de trabajo mientras miraba alrededor de la habitación.

—Los trasgos dijeron que había una mujer bruja acá. ¿Dónde está?

—Estoy bien.

—Dicen que Yawgmoth vino a enfrentarla.

Avanzó entre los aparatos que mantenían con vida a Glacian.

—¿Dónde están? ¿Adónde se lo llevó?

—A otro lugar.

Rebbec se detuvo de golpe y clavó una mirada desesperada en Glacian.

—Maldita sea. ¿Adónde se lo llevó?

—Pyrulea.

Hubo un instante mientras se deslizaban entre mundos, un instante de ago-

nía. Dyfed se había aferrado al mismo brazo que acababa de curar. El brazo y el cuerpo fueron arrancados de la realidad. El espacio entre los mundos era un lugar de muerte, lleno de energías voraces y escarcha vacía. Yawgmoth percibió una delgada envoltura protectora alrededor de sí, tan fina y frágil como una película de agua. Sin aquella protección, su carne habría sido arrancada de los huesos. Incluso con ella, el tránsito fue una agonía.

De pronto estuvieron al otro lado. La oscuridad frenética dio paso a un verde omnipresente.

—Esto es Pyrulea —dijo Dyfed, con una sonrisa en los labios.

Hizo un gesto hacia el paisaje. Yawgmoth contempló desde la cresta donde estaban. En todas direcciones se extendía una vasta selva tropical. Árboles milenarios dejaban caer redes de lianas y musgo cientos de pies hacia la maleza húmeda. Aves brillantes se lanzaban entre las hojas anchas. Orquídeas extrañas se abrían en claros soleados del suelo selvático.

—Es otro mundo —susurró Yawgmoth, maravillado.

No fue la flora ni la fauna exóticas lo que lo convenció. Fue la extensión misma del bosque, literalmente en todas direcciones. Norte, sur, este y oeste, el paisaje se curvaba hacia arriba y se alejaba formando paredes. A su vez, aquellas paredes se unían para formar un cielo sobre sus cabezas. Aquello no era simplemente una cuenca de tierra: era el interior de una esfera gigantesca. A pesar de las enormes distancias azules, el cielo aún mostraba el contorno de los árboles, un tapiz viviente suspendido sobre sus cabezas. El sol brillaba, intenso y eterno, en el centro del mundo esférico.

—Esto es Pyrulea —dijo Dyfed—. Uno de los incontables mundos habitables del Multiverso.

Yawgmoth sacudía la cabeza.

—¿Cómo... cómo hace el sol...? ¿Qué impide que las plantas se desprendan de...?

Se tambaleó y cayó de rodillas para no desplomarse.

Dyfed pareció complacida.

—Las leyes físicas que rigen cada plano son diferentes. Lo que a un dominario le parece extraño sería natural para un pyruleano, y viceversa.

Yawgmoth levantó la mirada, mareado.

—¿Hay pyruleanos? ¿Hay criaturas inteligentes en este mundo?

—Sí —respondió Dyfed—. Sí, por supuesto.

Por fin, Yawgmoth cayó boca abajo y gimió.

—Está bien —lo tranquilizó Dyfed, apoyando una mano sobre su espalda—. Es una reacción humana normal a los viajes entre planos.

Aferrándose el estómago y encogiéndose sobre sí mismo, Yawgmoth respondió:

—No soy... un humano normal.

CAPÍTULO 15

—¡No hay libertad para nosotros en Yawgmoth! —gritó Gix dentro de la caverna.

Era la cámara más grande de todas las cuevas, en otro tiempo hogar de casi diez mil Intocables. Quedaban cinco mil, apiñados en una masa compacta bajo la cresta desde la que el joven rebelde arengaba.

—Sí, Yawgmoth elevó a algunos de nosotros, pero al resto nos deja pudrirnos y morir. Cada día llegan más Marginados afectados por la Tisis artificial a la caverna de cuarentena, pero desde hace más de un año no han llamado a ningún sano a subir. Nunca nos llamarán. ¡Yawgmoth ha separado el grano y ha dejado que la paja sea quemada!

La ira de la multitud rugió en la garganta de roca donde se habían reunido.

—Me he esforzado por cumplir las promesas de Yawgmoth. He conducido a la superficie a cualquiera que tuviera suficiente valor y esperanza para ascender. Durante un tiempo, aquella gente encontró esperanza en la luz, pero ese tiempo duró demasiado poco.

»Yawgmoth no nos conduce hacia la luz, sino hacia el horno. Nos quema para alimentar el motor de su ascensión. Yo mismo lo he oído hablar de nuestros muertos como herramientas útiles. Apila nuestros cuerpos en las escalinatas del Salón del Consejo como un cazador de ratas que reclama su recompensa, y recibe su pago. ¡Los halcytes están dispuestos a pagar más por matarnos que por curarnos, más por enterrarnos que por sacarnos de esta tumba viviente!

La rabia unió a la multitud en una sola voz.

—¿Y nosotros contraatacamos? ¿Nos atrevemos a odiar al que nos odia? No. Nos acobardamos en nuestras tumbas y agradecemos a Yawgmoth cada palada de tierra que arroja sobre nuestras cabezas. ¡Pues yo digo que se acabó! ¡Se acabó!

Alzaron los puños junto con él.

—¡Se acabó! ¡Se acabó!

—¡Nos levantamos! No esperamos a ser elevados. ¡Nos levantamos, como lava que asciende por la garganta de la montaña! ¡Nos levantamos!

Yawgmoth trabajaba serenamente en un escritorio junto a la ventana de la

enfermería.

Afuera, grupos de amotinados andrajosos surgían de cada alcantarilla y cada desagüe pluvial.

Mientras los observaba, removía tranquilamente un antisuero.

La preparación extraía de la sangre y los tejidos todas las sustancias metálicas, acelerando así la Tisis artificial. Cualquiera que ya estuviera infectado empeoraría de manera drástica. Cualquiera que estuviera sano contraería la enfermedad en cuestión de días.

Hasta entonces no había habido ningún uso público para el antisuero.

Pero aquellos amotinados acababan de sugerirle uno excelente.

—Gix los estará conduciendo —se dijo Yawgmoth mientras observaba a un Intocable corpulento derribar la puerta de una casa, sacar a su dueño y golpearlo hasta dejarlo convertido en una masa inerte—. Así que habrá muchos infectados entre ellos.

Yawgmoth levantó el antisuero y miró a través del líquido color rubí.

A través de la distorsión redonda del recipiente, vio cómo un guardia halcyte decapitaba al bruto.

Las alabardas habían sido idea de Yawgmoth.

—Este hermoso vino va a resultar muy útil ahora, en efecto.

Dejó el antisuero y contempló cómo se desarrollaba la batalla.

Una multitud de Intocables se reunió calle abajo, preparándose para atacar la enfermería.

Yawgmoth lo había esperado.

Gix habría identificado la enfermería como el objetivo principal y a Yawgmoth como el enemigo que debían capturar.

No era más que una partida de damas.

Yawgmoth había planeado cada detalle de la defensa de la ciudad.

Gix jugaría la partida exactamente como Yawgmoth había dispuesto.

Gix y el Consejo de Ancianos.

Rebbec y Glacian.

Incluso la planeswalker Dyfed.

Todos eran adversarios, lo supieran o no.

Y aquella era la partida de Yawgmoth.

Abrió un cajón del escritorio y sacó una caja poco profunda.

Dentro había un plano en miniatura de la enfermería.

Pequeñas Piedras de poder brillaban en lugares estratégicos del plano.

Afuera, una turba, quizá de doscientas personas, avanzó por la calle hacia la enfermería.

Sobre sus cabezas blandían cualquier arma, auténtica o improvisada, que hubieran podido reunir.

Un rugido animal los unía en una sola bestia sarnosa.

La multitud se extendió en la carga.

Los primeros llegaron corriendo por las escaleras principales.

Los murales de mármol blanco los canalizaban bajo una estatua elevada de cristal: un ángel gigantesco que extendía sus alas en señal de bienvenida frente a aquel lugar de curación.

Sin disminuir la velocidad, los amotinados se estrellaron con estrépito contra las puertas de acero de la enfermería.

—Rebbec se había quejado de esas puertas —murmuró Yawgmoth.

Había reemplazado el vidrio tallado por acero macizo.

Ella no se quejaría cuando supiera que las nuevas puertas bien podían haberle salvado la vida a su marido.

Llegó el resto de la multitud.

Los amotinados se aplastaron contra el acero.

El impulso de la carga se perdió en el impacto de unos cuerpos contra otros.

—De esto sí que se quejará —dijo Yawgmoth.

Retiró una Piedra de poder de la maqueta de la enfermería.

Afuera, el ángel de cristal no emitió sonido alguno mientras se inclinaba sobre su pedestal.

La enorme figura se inclinó sobre la multitud que empujaba.

El ángel cayó.

Solo en el último instante los ojos se alzaron para verlo descender, silencioso

y sombrío.

Quizá cincuenta murieron bajo el impacto inicial.

La estatua brilló de rojo durante un instante mientras se asentaba sobre los cadáveres.

Entonces miles de grietas recorrieron su figura ensangrentada.

Se hizo añicos.

Los fragmentos afilados del ángel salieron disparados y abatieron a otros cincuenta.

Parecía una fuente roja: la sangre brotaba hacia arriba mientras el cristal caía.

Los Intocables caían, se agitaban y se retorcían.

—Una jugada devastadora —dijo Yawgmoth—. Cien rebeldes derrotados por una sola obra de arte.

Quedaban otros cien, por supuesto.

Que vivieran, horrorizados.

Que entraran en pánico y propagaran el contagio entre los demás.

—Una jugada devastadora.

La multitud retrocedió.

Ya no había posibilidad de entrar por allí, con la calle cubierta de sangre y fragmentos de cristal.

Entre ellos, Yawgmoth distinguió al propio Gix.

Bajo sus vendajes, los ojos de Gix estaban abiertos de par en par, horrorizados.

Mientras todos los demás contemplaban con terror atónito al ángel destrozado y los cuerpos masacrados, Gix miró directamente hacia la ventana superior donde se encontraba Yawgmoth.

—Se da cuenta. Sabe que esto es una partida —se dijo Yawgmoth—. Pero todavía no comprende que no puede ganar.

Al instante siguiente, Gix pareció comprenderlo.

Elevándose por encima de las cabezas de la multitud aturdida, gritó que se dispersaran.

—¡Es una trampa! ¡Sepárense! ¡Todos, sepárense!

No le hicieron caso.

Quizá no podían oírlo por encima de los gritos de los moribundos.

Intentó mostrárselo, empujándolos hacia los pasajes laterales que se alejaban de la enfermería.

Avanzaron tambaleándose, solo hasta donde él conseguía empujarlos.

Finalmente, Gix agarró de las mangas a otros dos amotinados y los arrastró físicamente fuera de la calle.

Fueron los únicos tres que escaparon.

Apenas habían huido cuando cinco sanadores de Yawgmoth armados con espadas cerraron la calle.

Otros cinco aparecieron en cada callejuela y doce en cada dirección de las avenidas principales.

Detrás de ellos estaban las falanges de la nueva guardia halcyte, fuerzas que ahora respondían directamente ante Yawgmoth.

Él les había ordenado a ellos y a los sanadores que, en caso de disturbios, debían acudir a la enfermería, asegurarla contra cualquier ataque y entrar para recibir órdenes.

Ahora convergían más de sesenta combatientes entrenados, armados y acorazados contra una multitud desarmada de cien personas.

Y comenzó la masacre.

Yawgmoth se apartó de la ventana con expresión satisfecha.

Se llevó consigo la caja con el plano de la enfermería.

Las Piedras de poder indicaban que las puertas y persianas del piso inferior resistían.

Otra piedra que vigilaba el techo brillaba con un rojo intenso.

Una flotilla de sillas de transporte estaba tomando posiciones.

Yawgmoth había esperado aquella llegada.

No eran Intocables, sino otro grupo de oponentes igualmente desesperados.

Salió de su laboratorio y subió por una escalera hasta las plataformas del techo.

Retiró la barra de la puerta y la abrió de golpe, quedando completamente visible sobre el tejado abarrotado.

Frente a él, los consejeros descendían tambaleándose de sus sillas de trans-

porte.

En medio de ellos estaba la siempre majestuosa Anciana Mayor Jameth de Halción.

Sus vestiduras habían quedado maltratadas por la apresurada huida y su peinado había sufrido una suerte parecida.

Aun así, consiguió recomponer su dignidad y acercarse a Yawgmoth.

—Saludos, sanador Yawgmoth. Sabés por qué estamos acá.

—¿Es el único lugar seguro de la ciudad? —bromeó él con suavidad.

Ella no encontró gracia alguna.

—Hemos venido a conferirte, de acuerdo con nuestro pacto, el mando completo de la guardia halcyte. Mantendrás el control hasta que la amenaza de invasión haya sido eliminada. La ciudad queda bajo tu mando. Nos ponemos a tu merced.

Una sonrisa enigmática tocó los labios de Yawgmoth.

—Lo esperaba.

Señaló más allá del tejado, hacia las calles donde morían los rebeldes.

El cuerpo de sanadores y la guardia halcyte avanzaban sobre los cuerpos caídos.

—Como pueden ver, mis fuerzas ya están llegando. Convergen aquí porque sabía que este sería el objetivo principal de la revuelta. Además, las tropas vienen a recibir armamento especial para luchar contra los afectados por la Tisis artificial: un poco de dulce letalidad.

—Eso esperábamos —respondió sombríamente la Anciana Mayor Jameth.

Sus ojos recorrieron la calle, convertida en un río de sangre.

Los ancianos se apiñaron junto a ella, con expresiones perseguidas por el horror.

Estaban ansiosos por bajar, y la anciana más que ninguno.

—¿Podemos inspeccionar a las tropas?

Yawgmoth hizo una leve reverencia y señaló hacia la escalera.

—Ahora mismo estarán llenando el salón de abajo. Vengan a ver.

Sin detenerse, los condujo por la escalera de caracol.

Sus botas producían ecos marciales en el pasadizo.

Los demás lo seguían.

Sus zapatos de suela blanda susurraban con aire de disculpa.

Mientras descendía, Yawgmoth manipulaba su caja con el plano, desbloqueando las puertas del gran salón.

Desde abajo llegaba el sonido de los soldados entrando en masa.

Cuando Yawgmoth y los consejeros llegaron a la gran sala, su suelo de mármol blanco estaba manchado de huellas rojas.

Los soldados formaron filas.

Los guardias ocuparon un lado de la larga estancia y los sanadores el otro.

Por insistencia de Yawgmoth, habían cosido delgadas placas de metal en los hombros, vientres, espaldas y muslos de sus uniformes.

Yawgmoth avanzó entre las filas reunidas.

Los ancianos lo siguieron.

—Bienvenidos a la guerra, soldados, sanadores, ancianos —dijo Yawgmoth con ironía.

Chasqueó los dedos y señaló a un par de soldados al final de la fila.

—Traigan las armaduras de batalla y las espadas. Tráiganlas aquí, junto a mí.

Los dos soldados corrieron hacia una pared de armarios y abrieron de par en par las altas puertas blancas.

Dentro había grandes bastidores: veinte llenos de armaduras relucientes y diez recipientes con espadas, cuyos mangos sobresalían hacia arriba.

Los soldados sacaron apresuradamente los bastidores y recipientes hasta el centro del suelo.

Del primer bastidor, Yawgmoth levantó una reluciente armadura de plata: hombreras, coraza, faldón de cota de malla y quijotes.

Con un solo movimiento se puso la armadura.

Esta resonó como una campana.

Una Piedra de poder roja brilló en su garganta.

—Esta armadura hará mucho más que proteger sus cuerpos de cualquier ataque que los condenados puedan lanzar contra ustedes. La Piedra de poder de

cada traje hará que se amolde perfectamente a su cuerpo. Sus movimientos serán amplificados por la armadura, su fuerza se duplicará y sus brazos se mantendrán firmes. También hay un yelmo para cada uno. Una piedra colocada en cada uno de ellos me permitirá rastrear sus posiciones y proporcionarles instrucciones especiales cuando las circunstancias lo requieran.

—Diseños impresionantes, Yawgmoth —interrumpió la Anciana Mayor Jameth.

—Son de Glacian —le respondió él con indiferencia.

Volviéndose otra vez hacia los soldados, continuó:

—En cuanto a las órdenes específicas, deben marchar y defender el sector de la ciudad que se les haya asignado durante sus tareas habituales. Maten a cualquier amotinado que encuentren. Usen estas espadas.

Se inclinó sobre uno de los recipientes.

Sacó de su bolsillo el frasco de antisuero y vertió un poco en cada uno de los recipientes.

Luego sacó una espada: un arma enorme de doble filo cuya punta estaba cubierta por el líquido rojo.

—Tienen el mismo peso y la misma longitud que las espadas con las que practicaron, pero las piedras incrustadas aquí hacen que la hoja sea lo bastante poderosa como para cortar roca. Ahora también están envenenadas, así que asegúrense de no cortarse ustedes mismos ni cortar a ningún ciudadano. El veneno destruirá a nuestros enemigos.

—De nuevo, muy impresionante —dijo la anciana con aprobación.

Esta vez Yawgmoth ni siquiera se dignó a responder.

En lugar de eso, señaló los bastidores y los recipientes.

—Armen sus cuerpos y ármense.

Con el estrépito de cientos de botas, los soldados y sanadores convergieron.

Una extraña alianza de miedo y esperanza llenó los rostros de los ancianos mientras las fuerzas de Yawgmoth se reunían.

Uno a uno, los soldados se transformaron en guerreros relucientes, armados con grandes espadas potenciadas por magia.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy al mando de la guardia halcyte? —preguntó

Yawgmoth a los ancianos—. Apenas unos instantes. Y mírenlos ahora.

—Sí —dijo la Anciana Mayor Jameth—. Miralos ahora.

Yawgmoth reunió a los consejeros.

—Vengan conmigo. Verán más.

Mientras los ejércitos de Halción se equipaban y marchaban hacia las calles ensangrentadas, Yawgmoth condujo a los consejeros escaleras arriba.

Sus zapatos mancharon cada escalón.

Susurros excitados llenaban el aire.

Parecían niños camino de una habitación llena de regalos.

Los ancianos entraron en un corredor superior.

Yawgmoth avanzó con autoridad por el pasillo, se detuvo ante una puerta y la abrió de golpe.

Los consejeros se apiñaron para ver qué había detrás.

Era una escena cómica.

En la penumbra, una compañía de diez trasgos permanecía preparada.

Miraban hacia el exterior con miedo, sus cabezas bulbosas y sus ojos saltones brillando en la oscuridad.

Cada uno sostenía el instrumento médico que le había parecido más amenazador: escalpelo, pinza, correa, sonda...

En medio de ellos estaba la figura más patética de todas: Glacian, en toda su miserable decadencia.

Su piel estaba aún más arrugada y marcada que la de los trasgos.

Sus brazos eran más débiles.

Sus ojos, más aterrorizados.

Sostenía un estilógrafo como si fuera una espada.

La única figura imponente de la habitación era Rebbec, con su mono de trabajo sucio.

Blandía un barrote de cama por encima de la cabeza, lista para descargarlo.

Yawgmoth habló con una suave burla:

—Estás completamente a salvo acá, Rebbec. Nadie hará daño a tu marido. La enfermería está bien fortificada.

La Anciana Mayor Jameth intervino:

—Es un verdadero castillo.

—Vení con nosotros, Rebbec. Vení a ver. Hoy terminarán los disturbios.

Extendió una mano hacia ella.

Rebbec, sonrojada, dejó el barrote de cama.

Entregó sus dedos a los de él.

Glacian gruñó una protesta ininteligible.

Nadie salvo Rebbec podía haber sabido qué había dicho, e incluso ella no le prestó atención.

Yawgmoth la condujo fuera de la oscuridad.

Mientras caminaban hacia el laboratorio, levantó la caja con el plano.

—¿Ves estas Piedras de poder, acá, acá y acá? Están conectadas con las puertas principales. Estas están conectadas con las persianas. Y estas, con otras defensas. Otra innovación de tu marido.

Los ojos de Rebbec se abrieron de asombro.

—¿Este dispositivo... salió de sus bocetos?

Yawgmoth sonrió.

—Su mente dividida ha resultado útil. Siempre que necesito un dispositivo, comienzo yo mismo el diseño y lo dejo en su habitación. Él no recuerda haber iniciado el trabajo, pero lo termina. Lo diseña para mí. Juntos hemos creado algunos dispositivos maravillosos para la defensa del imperio.

Abrió la puerta de su laboratorio y entró.

Se dirigió hacia un armario alto en una de las paredes.

—Pero este es el más grandioso de todos.

Yawgmoth abrió las puertas.

Dentro había un simple panel de madera.

—¿Esto? —preguntó Rebbec mientras los consejeros llegaban detrás de ella—. ¿Esta pieza ancha y plana de madera es tu mayor innovación?

Sin decir una palabra, Yawgmoth extendió la mano hasta la parte superior del panel y tiró de ella hacia abajo.

La enorme tabla giró sobre bisagras y resortes ocultos hasta convertirse en

una amplia mesa en medio de ellos.

La superficie brillaba con una apretada disposición de pequeñas Piedras de poder.

Para la mayoría de los ojos, la organización de aquellas piedras habría parecido aleatoria.

Pero no para los ojos de Rebbec.

Había diseñado tantos edificios y avenidas.

Había contemplado Halción desde las alturas de su templo todos los días...

—Es la ciudad —susurró—. Has trazado toda la ciudad con Piedras de poder.

—Están conectadas a las puertas, persianas y luces de cada edificio. Están conectadas a las piedras de los yelmos y las espadas de los soldados y sanadores. Con solo tocar una piedra, puedo controlar lugares y guerreros por toda Halción.

El asombro anterior de la Anciana Mayor Jameth se había convertido ahora en temor.

—Sí que podés —dijo—. Podés controlar toda la ciudad.

CAPÍTULO 16

Eran figuras salidas de una pesadilla: guerreros de cuerpos plateados y espadas relampagueantes. Dondequiera que caían aquellas hojas, los cuerpos se partían en dos. Había un instante limpio en el que cada órgano y cada hueso seccionado quedaban expuestos bajo el resplandor de la tarde. Luego la vitalidad brotaba hacia el espacio recién abierto. Todo se volvía rojo y grotesco. Solo la espada permanecía limpia, descendiendo para marcar los adoquines antes de alzarse otra vez para matar.

Gix trastabilló, aferrándose a un poste de la cerca que una de aquellas brillantes hojas había cercenado. Después de siglos de paz en Halción, no había habido necesidad de aplicar a la guerra las nuevas tecnologías de las Piedras de poder. Había hecho falta un hombre como Yawgmoth para mirar dentro de un cristal y descubrir su potencial para el asesinato.

Una sonrisa furiosa se dibujó bajo los vendajes de Gix.

Él mismo había utilizado una Piedra de poder en un intento de asesinato.

Él había sido el innovador original.

Y podía volver a innovar.

Más allá de la cerca cercenada, una silla de transporte esperaba en un pequeño jardín de estatuas.

Tomando aire con ansiedad, Gix saltó por encima de la cerca.

Una espada cortó la madera detrás de él como si fuera papel.

Gix saltó dentro de la silla de transporte y deslizó una mano temblorosa bajo el cristal de control.

Tiró hacia arriba.

La nave se estremeció y se elevó hacia el cielo.

Abajo se oyó un estruendo.

Gix miró por encima del borde ascendente de la nave.

El guerrero vestido de plata que lo había perseguido hasta el jardín había intentado golpear la silla de transporte con su espada, había fallado, perdido el equilibrio y caído entre las estatuas.

Las figuras de mármol se derrumbaron alrededor del guardia y sobre él, repi-

queteando contra su armadura.

Su espada había quedado profundamente clavada en el suelo y él forcejeaba para arrancarla.

Gix movió la mano hasta la parte superior de la piedra de control.

La nave se precipitó hacia abajo.

Giró lentamente mientras descendía y se desvió hacia el guerrero que luchaba por liberarse.

Con el brazo de la espada atrapado bajo las implacables estatuas, el hombre no se dio cuenta.

La silla de transporte cayó sobre él como un martillo.

Ni siquiera la armadura encantada pudo amortiguar aquel golpe.

Hubo un chirrido y un gemido.

El guerrero quedó aplastado bajo el peso.

La silla se partió y cayó hacia un lado.

Una bocanada de vapor se elevó.

Gix salió tambaleándose de los restos y contempló su obra.

El jardín estaba destruido.

Los fragmentos de las estatuas cubrían el suelo y el guerrero yacía entre las demás figuras.

Dentro de su armadura de Piedras de poder no era más que una masa de carne.

La armadura se había separado del músculo muerto.

Dolorido y mareado, Gix apartó las estatuas caídas, desprendió los dedos del hombre de la empuñadura de la espada y consiguió sacar el arma.

La espada tenía un peso considerable y vibraba en su mano.

Gix pateó el yelmo de la cabeza ensangrentada y se lo colocó.

También estaba erizado de poder.

Con febril determinación, se arrodilló y tiró de la armadura ensangrentada.

—Puedo usar esta espada para parecer uno de ellos... para matar a diez de ellos —jadeó mientras trabajaba—. También puedo despojarlos de sus armaduras y vestir a diez Intocables. Cada uno de ellos puede matar a diez, hasta que hayamos tomado toda la ciudad.

La armadura se desprendió del hombre pulverizado.

Gix se introdujo en el traje resbaladizo y sintió cómo se ajustaba alrededor de su cuerpo.

—Hasta que hayamos tomado toda la ciudad...

La espada cercenó la cerca una última vez y Gix salió a la calle.

No había dado tres pasos cuando hundió la hoja en el ojo de otro guardia y lo arrastró hasta el jardín de estatuas.

Xod se detuvo mientras extraía su espada del pecho de un hombre.

Era un trabajo horrible para un sanador: partir en dos aquella obra maestra de mecanismos.

Pero no fue por eso que se detuvo.

Se detuvo porque Yawgmoth habló dentro de su mente.

Hay impostores entre ustedes.

No era tanto la sensación de una voz como la sensación táctil de una mente presionando contra otra.

Date la vuelta. Busca lesiones. No confíes en nadie que lleve armadura. Algunos son Intocables. Algunos son los condenados.

Xod trastabilló mientras examinaba la calle.

Su compañía de veinte hombres había estado persiguiendo a un grupo de Intocables por un granero.

Habían encontrado poca resistencia hasta descubrir a una familia escondida en uno de los silos.

Los padres habían luchado como una pareja de leones para darles a sus hijos la oportunidad de escapar.

El plan había funcionado.

Los pequeños habían huido mientras Xod partía en dos a su padre.

Era un trabajo horrible para un sanador, pero era la voluntad de Yawgmoth.

Otro sanador retrocedió tambaleándose junto al cuerpo de la madre.

Se tocó el yelmo.

El mensaje debía estar llegando a todos ellos, a todos los guerreros Halcyte.

Sí.

Había otros dos que miraban a su alrededor, conmocionados.

Y un tercero que avanzaba deliberadamente por detrás de sus compañeros.

—¡No! —gritó Xod.

Demasiado tarde.

Los dos guardias habían comenzado a darse la vuelta cuando la espada del Intocable brilló.

Sus cabezas saltaron de los hombros en un par de fuentes carmesíes.

Las armaduras se desprendieron de sus cuerpos mientras estos caían, sin vida, al suelo.

El Intocable se agachó sobre ellos y recogió las dos espadas.

Xod llegó al instante siguiente.

Su propia hoja descendió.

Cortó el cuello del Intocable.

Ahora había tres cabezas en el suelo, tres yelmos y tres cuerpos que rezumaban sangre.

Xod alzó la mirada, sin querer ver sus rostros, sin querer que otro Intocable lo sorprendiera con una armadura de plata.

Destruye la armadura, Xod. Destruye los yelmos.

Los pensamientos de Yawgmoth presionaron su mente.

No permitas que otro Intocable se apodere de ellos.

Como si se moviera por voluntad propia, la espada de Xod se abatió y partió tres yelmos y tres cabezas.

Volvió a golpear tres veces, abriendo tres corazas y destrozando los corazones que había dentro.

¿Y las espadas?

Xod se encontró preguntándolo.

Dáselas a los ciudadanos. Que luchen. Que te ayuden a hacer retroceder a los condenados hasta sus alcantarillas.

Ahora ve, Xod. Mata a todos los que queden y persigue al resto hacia abajo.

Xod asintió aturdido y recogió las tres espadas.

Salió del granero vacío.

La calle estaba atestada de Intocables que derribaban cercas, echaban abajo puertas, arrastraban dagas por las gargantas de los ciudadanos, saqueaban y quemaban.

Xod se abrió paso entre ellos, matando con ferocidad, sin remordimiento.

No debiste dejar escapar a esos niños, Xod.

Lo sé, Yawgmoth. Lo sé.

Yawgmoth retiró los dedos de un gran cristal gris del plano de la ciudad baja.

Mantuvo los ojos cerrados.

El contacto mental persistió durante un instante incluso después de que la conexión física se hubiera interrumpido.

—Los graneros están asegurados. Tengo a un buen hombre allí. Tenía cinco buenos hombres... Ahora se ha corrido la voz de que los Intocables se han estado disfrazando con armaduras Halcyte. Ese truco ya no funcionará.

Abrió los ojos y observó las expresiones de todos los presentes.

Rebbec contemplaba atentamente la mesa con el mapa de cristal.

La Anciana Mayor Jameth parecía tener las agallas verdes.

No había pronunciado una sola palabra durante horas.

Los demás ancianos mostraban expresiones diversas: asombro, admiración, preocupación, duda, esperanza.

Incluso algunos de los trasgos amigos de Glacian habían entrado en la habitación.

Observaban como niños encantados.

Con rapidez, Yawgmoth apoyó los dedos sobre varias Piedras de poder.

—El Templo sigue seguro... El Salón del Consejo ha sido recuperado... Los grupos están registrando el anfiteatro y la arena. Solo quedan allí unos cien amotinados, y pronto no quedará ninguno. La octava terraza estará segura una vez que sean asesinados...

Rebbec levantó la mirada de las piedras. Se estremeció, como si la hubiera recorrido un escalofrío ante el tono despreocupado de Yawgmoth.

Los ancianos a su alrededor se daban discretas palmadas de felicitación.

Sus hogares y sus lugares de trabajo pronto estarían a salvo.

—Calculo unas mil bajas entre los Halcytes y cuatro mil rebeldes. Ahora están huyendo. Saben que no pueden ganar, ni siquiera sobrevivir. Su líder siempre elegirá sobrevivir...

Sus dedos se cerraron sobre la Piedra de poder gris vinculada al granero.

Una sonrisa se deslizó por su rostro.

—Ah, Gix. Incluso ahora huye de regreso a casa, por el conducto que no hemos conseguido descubrir. Huye llevando un yelmo conectado conmigo.

Sus manos volaron ahora sobre la matriz. Yawgmoth cerró los ojos. La sonrisa se hizo más profunda.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la Anciana Mayor Jameth.

Yawgmoth no se detuvo a responder.

Sus manos se movieron en violentas ráfagas sobre la matriz.

Cuando por fin terminó, se dejó caer cansadamente hacia atrás y volvió a abrir los ojos.

—Envié un mensaje a cada uno de mis soldados en el Distrito Bajo. Todos tienen una imagen exacta del recorrido de la huida de Gix. Ordené a la guardia Halcyte que persiguiera a los rebeldes hasta las cuevas.

—¿Con qué propósito? —soltó Rebbec.

—¿Con qué propósito? —repitió Yawgmoth.

—Ya son prisioneros allí abajo. A menos que planees una ejecución masiva...

Yawgmoth levantó la mesa de cristal.

Esta pasó zumbando frente a sus rostros, giró y volvió a colocarse dentro del armario.

Ya no parecía más que un simple panel de madera.

Yawgmoth cerró tranquilamente las puertas.

—La guerra ha terminado. La demostración ha concluido.

—No podés simplemente matarlos —protestó Rebbec—. Hay muchos ciudadanos en la caverna de cuarentena.

—La caverna de cuarentena no será invadida —prometió Yawgmoth—. Esas órdenes fueron dadas claramente. No estamos atacando a enfermos. Estamos castigando a asesinos rebeldes. Hoy han matado a mil ciudadanos. ¿Debemos

dejarlos allí abajo para que vuelvan a subir y maten a otros mil? ¿Y luego a otros? ¿Y otros?

—Cuanto antes termine la amenaza para la ciudad, mejor —dijo en voz baja la Anciana Mayor Jameth.

Yawgmoth se sacudió las manos con indiferencia.

—Lo que ocurra allí abajo es decisión de la guardia Halcyte y de sus capitanes. Mientras tanto, tengo una tarea más importante... y más agradable.

Metió una mano en uno de los bolsillos de su armadura y sacó un colgante con una piedra azul resplandeciente. Abrió la cadena y se colocó solemnemente el amuleto alrededor del cuello.

—Es un regalo de una amiga: un amuleto que me permite llamarla en momentos graves.

Rebbec parpadeó.

—¿Llamarla...?

En respuesta, Yawgmoth cerró las manos alrededor de la piedra.

Una mujer apareció de repente entre ellos.

Delgada y musculosa, la mujer vestía de negro. Llevaba el cabello muy corto y la piel de un tono ébano.

Sus ojos eran penetrantes y su sonrisa, ligeramente burlona.

Los ancianos retrocedieron un poco ante su aparición repentina.

Rebbec permaneció firme, entrecerrando los ojos.

—Dyfed.

—En carne y hueso —respondió la mujer con una leve reverencia.

La Anciana Mayor Jameth la observó con desconfianza.

—¿Quién sos? ¿Una hechicera?

Yawgmoth rio.

—No. Es mucho más grandiosa que una hechicera. Dyfed es una nueva clase de humana, una clase rara y maravillosa. Es la manifestación viviente del destino humano. Aunque nació humana, ahora es tan diferente de nosotros como nosotros lo somos de los animales.

—No sabía que venía a ser exhibida —dijo Dyfed.

—Es una planeswalker —concluyó Yawgmoth.

—¿Una planeswalker? ¿Qué es una planeswalker?

—Será más fácil mostrártelo —dijo Yawgmoth—. Le pedí que nos guiara en un recorrido por algunos de los planos, para que podamos hacernos una idea de lo que ella es y de lo que nosotros podríamos llegar a ser. Ha aceptado. Nos llevará a recorrer los planos.

Dyfed extendió el brazo y abarcó al grupo.

Las yemas de sus dedos dejaron tras de sí una magia palpable, como si su brazo fuera un ala hechicera.

Plumas de energía rozaron sus cabezas, sus cuerpos y sus ropas, envolviéndolos en un velo de gasa.

El laboratorio desapareció de su vista, plano como un recuerdo antiguo.

Una geometría imposible gobernaba el vacío que los rodeaba.

Los círculos se curvaban hacia afuera en lugar de hacia adentro.

Los pentágonos tenían esquinas cuadradas.

Cada línea se derramaba sobre todas las demás líneas posibles.

Era un caos de potencialidad, en el que todas las cosas existían y no existían simultáneamente.

Los Corredores del Tiempo, dijo Dyfed dentro de sus mentes.

Las Eternidades Ciegas.

El Plano Bastardo.

Lo llamen como lo llamen, este es el sinsentido en el que flotan todos los planos. Todo lo que existe proviene de este lugar de cosas que no existen.

No hubo respuesta a sus palabras.

Los mortales no podían moverse.

Rígidos como estatuas, permanecían suspendidos unos junto a otros, exactamente como habían estado en el laboratorio.

Yawgmoth, la Anciana Mayor Jameth, los demás ancianos, Rebbec e incluso los trasgos: ninguno se movía.

Solo sus ojos conservaban la vida, la chispa de la inteligencia.

De repente estaban en un espacio completamente distinto.

Era un mundo árido de roca anaranjada y arena azotada por el viento.

A lo lejos se alzaban dedos de piedra demasiado altos y estrechos para sostenerse en Dominaria.

El cielo era rojo y, a través de su velo pálido, las estrellas titilaban incluso en pleno día.

El grupo permanecía sobre aquel mundo, dejando huellas en el polvo, mientras las alas mágicas de Dyfed aún los envolvían.

No los liberaré por completo aquí, dijo ella dentro de sus mentes. No podrían respirar. Se congelarían y los ojos se les saldrían de las órbitas.

De no ser por estas cosas, disfrutarían de este lugar. Aquí podrían saltar tres veces más alto que su propia altura. Los traje aquí solo para demostrarles que este lugar no está en Dominaria. Y ahora, un reino más habitable.

Una vez más se internaron en las Eternidades Ciegas.

Una vez más, el mundo sólido se aplanó, se plegó y se invirtió sobre sí mismo.

Este viaje pareció más breve, más tolerable.

Emergieron en otro mundo.

Estaban sobre una nube a la deriva, en un cielo púrpura ilimitado.

No había tierra debajo ni un vacío soleado arriba, solo aquel púrpura que lo envolvía todo y montones y montones de nubes.

Una fina niebla les llegaba hasta las rodillas y se condensaba bajo sus pies, formando suelo sólido.

Los últimos rastros de la magia de Dyfed los liberaron. Pudieron moverse, respirar y desplomarse, sobrecogidos y con las piernas temblorosas, sobre la nube que se transformaba lentamente.

Rebbec avanzó con suavidad.

Sus pies producían un sonido húmedo sobre la nube.

La nube parecía aferrarse a ella con envidia.

Unos pocos pasos la llevaron hasta un precipicio de nubes.

Caminó con facilidad sobre el saliente de piedra y quedó allí de pie, perpendicular al resto del grupo.

—En un plano hecho únicamente de nubes y cielo, es mejor no poder caer

—dijo Dyfed con alegría.

Volvió a extender la mano.

El gesto envolvió al grupo en bandas sedosas de poder.

Rebbec tuvo la impresión de estar tumbada de costado mientras atravesaban a toda velocidad los Salones del Tiempo.

Cuando el grupo volvió a emerger, efectivamente estaba tumbada de costado.

No habría habido un lugar mejor para estar así en aquel prado elevado.

Los que no estaban tumbados o al menos arrodillados se desplomaron.

Por alto que hubiera parecido el cielo de las nubes, aquella vista soleada era diez veces más aterradora.

Debajo del borde del acantilado, los grandes ríos parecían delgados hilos sobre una extensa llanura.

Los bosques antiguos parecían apenas líquenes adheridos al paisaje.

El océano infinito del borde del mundo se curvaba visiblemente.

Solo Dyfed permanecía de pie.

Y junto a ella, Yawgmoth, porque se apoyaba en ella.

Su voz estaba eufórica en aquel lugar elevado.

—Este es nuestro destino. Comienza hoy.

He pedido a Dyfed que encuentre para mí un paraíso, un plano perfecto, y que cree un portal permanente hacia él desde Halción.

Las Cuevas de los Condenados se convertirán en la puerta hacia nuestro paraíso.

Los primeros en habitarlo serán nuestros propios enfermos.

Las personas afectadas por la Tisis artificial causada por las Piedras de poder se trasladarán a un mundo virgen, a salvo de la magia devastadora.

Serán curadas.

Una vez curadas, abrirán el mundo al resto de nosotros para su colonización.

»Sí, ancianos. Prometí acabar con los disturbios y lo he hecho.

Prometí erradicar la Tisis artificial y lo estoy haciendo.

Prometí elevar a nuestra raza hasta la divinidad, llevarnos a un mundo perfecto en el que ni siquiera la muerte tenga poder sobre nosotros.

Este día es el primer paso hacia ese glorioso mundo nuevo.

Los únicos Intocables que sobrevivieron en las Cuevas de los Condenados fueron los que estaban en la caverna de cuarentena, los que padecían Tisis artificial.

Entre ellos encontraron a Gix.

Devastado por la enfermedad y la guerra, Gix yacía en un nicho oscuro y jadeaba como un perro aterrorizado por una tormenta.

Todavía llevaba la armadura y el yelmo de Piedras de poder.

En una mano sostenía una espada con la que había matado a dieciocho guardias.

Pero ya no tenía ánimo para matar.

No levantó la espada cuando los trabajadores del cuerpo de sanadores lo rodearon.

Tampoco se aferró a la empuñadura cuando los trabajadores se la arrebataron.

Fue afortunado de no hacerlo.

Los trabajadores tenían órdenes de matar a cualquiera que opusiera resistencia.

Si Gix se hubiera resistido, no habría sobrevivido para ver a Yawgmoth.

Por supuesto, sobrevivir era aquello que Gix hacía mejor.

Ahora Yawgmoth se encontraba de pie sobre él.

La punta de su espada flotaba justo encima de la garganta de Gix.

Esta vez no habría escapatoria.

—¿Por qué no terminás de una vez? —preguntó Gix, intentando parecer valiente.

—¿Terminar qué? —respondió Yawgmoth.

—¿Por qué no me matás de una vez?

Yawgmoth suspiró con impaciencia.

—Lo entiendas o no, Gix, sos mi títere. Has sido mi títere durante años. Sabía que te levantarías para liderar a tu pueblo. Tu idealismo es profundo, pero no tanto como tu miedo a la muerte. Eso te vuelve completamente predecible.

»Honestidad, disciplina, carisma, miedo. Esos son los hilos de tu marioneta.

Me ha complacido moverlos, pero ya no necesito un títere.

—Entonces, ¿por qué no me matás de una vez? —gritó Gix.

—Títere, no. Sirviente, sí. Como todos nosotros, Gix, tenés que ascender para sobrevivir. Tenés que salir de tu antigua piel. Ahora es demasiado pequeña para vos. Tomá el control de tus hilos. Jurame lealtad y vivirás.

—Si solo soy un títere —gruñó Gix—, entonces ¿por qué no me obligás a jurar?

Los ojos de Yawgmoth eran tan afilados como su espada. Lo observó durante un momento más y luego resopló.

—Esto es tedioso.

Yawgmoth levantó la espada para asestar el golpe mortal.

—¡Esperá! ¡Lo juro! Te serviré. Lealmente. Para siempre.

Yawgmoth avanzó por las Cuevas de los Condenados entre los muertos.

Los trabajadores del cuerpo de sanadores se ocupaban de ellos con carretillas y ganchos de carne.

Sin duda consideraban aquello una fosa común.

Yawgmoth cambiaría esa opinión.

Caminó hasta un túnel determinado, largo y liso, excavado en la roca madre.

Dyfed había dicho que un lugar así sería necesario, rodeado de basalto sólido.

Recorrió el túnel, pasando las manos afectuosamente por la piedra negra.

Al final había una pequeña cámara, lo que alguna vez había sido la residencia privada de un señor entre los condenados.

Allí, justo al otro lado de aquel umbral, ella abriría un portal al paraíso.

Donde otros veían una fosa común, Yawgmoth veía el futuro.

PARTE III: EL MUNDO





Guerra Thran-Phyrexiana, Día Tres:
La Batalla del Desfiladero de Megheddon

El Desfiladero de Megheddon se había convertido en un matadero. Enanos, minotauros, Thran, Phyrexianos, Halcytes: todos luchaban entre los muertos.

Cuando amaneció el tercer día de batalla, los Thran y sus aliados bárbaros estaban atrincherados detrás de muros de cadáveres. No podían retirarse hacia el desfiladero: las naves aéreas Halcyte dominaban los cielos sobre él. Tampoco podían abrirse paso: monstruos y máquinas Halcyte dominaban el desierto. Los aliados Thran solo podían agazaparse en tierra de nadie y disparar los proyectiles que les quedaban.

Mientras tanto, las catapultas Phyrexianas convertían a los Thran muertos en proyectiles. Carne pútrida caía esporádicamente desde el cielo.

El comandante enano Curtisworthy protegió su barba roja del último aguacero de pedazos de carne.

—¡Monstruos! —siseó mientras los trozos tamborileaban contra su espalda enmallada.

Ya había visto a los Phyrexianos de cerca y sabía que eran monstruos. Yawgmoth los había transformado. Cuernos, crestas sagitales, cejas erizadas de púas, ojos como platillos, colmillos de serpiente, mandíbulas dislocadas, lenguas bífidas, hombros con púas, garras curvas como cimitarras, caparazones y escamas, aguijones y colas, cortando, golpeando, destripando: eran monstruos. No había en ellos ni rastro de miedo ni de remordimiento. Solo había matanza.

Así que los aliados Thran se agazapaban tras los parapetos de cadáveres. Hasta los enanos, hasta los minotauros, hasta los guerreros más íntegros se refugiaban

allí. Aquello no era una guerra. Era una masacre.

—Atrapados, con la muerte por todas partes —gruñó Curtisworthy. De no ser por el torniquete que le ataba el muñón del brazo de la espada, habría encabezado una carga suicida, con la esperanza de abrirse paso. Pero no ahora—. Atrapados.

Curtisworthy oteó por encima del muro de muertos, mirando a través de una nube de moscas.

Solo los guerreros de relojería de la alianza sostenían el frente. La luz de la mañana brillaba sobre brazos metálicos. Hachas subían y bajaban. Lanzas chorreaban sangre. Las criaturas artefacto masticaban carne monstruosa. Solo los guerreros de metal de Glacian estaban a la altura de los implacables Phyrexianos.

Los guerreros mantis arrastraban sus abdómenes de acero flexible sin cesar ni fatiga entre los muertos, buscando enemigos que matar. Con garras ágiles, aferraban cabezas Phyrexianas. Con mandíbulas trituradoras, arrancaban brazos Phyrexianos de un mordisco. Con sus seis patas, despedazaban a los monstruos.

Los lanceros de plata avanzaban con paso pesado sobre un terreno demasiado traicionero para las cargas de caballería. Se movían con el andar zancudo de las arañas, pero con la velocidad de los caballos. Sus lanzas atravesaban incluso las armaduras de Piedras de poder. Uno tras otro, los guardias Halcyte caían.

El mayor triunfo de Glacian eran sus trituradoras: esferas metálicas de tres metros de altura, hechas de cuchillas. Giróscopos giraban en círculos internos de acero, dando impulso y triturando carne a su paso. En el centro de cada esfera flotaba una Piedra de poder que dirigía el movimiento de la bola. Segaba a cualquiera que atrapase.

—Máquinas y monstruos —gruñó el comandante Curtisworthy.

Quizá los aliados no podían avanzar, pero tampoco iban a retirarse. Yawgmoth agotaría sus defensas... y sería sorprendido por las reservas Thran.

—Prevaleceremos. Con nuestro ejército de artefactos, prevaleceremos.

—No lo haré —protestó la artífice jefa. La joven de cabello rubio estaba sentada dentro del núcleo de mando de la Esfera Nula. Ocupaba una de las sillas de mando tachonadas de Piedras de poder—. ¡Me estás pidiendo que mate a mi propio pueblo, a decenas de miles! ¡A cientos de miles!

Yawgmoth contempló con desdén a la mujer en la esbelta silla metálica. Levantó un pie calzado con su bota y lo apoyó sobre los conductos fibrosos que

unían la silla con cada punto distal de la Esfera.

—Te estoy pidiendo que me entregues el ejército de artefactos Thran. —Su espada susurró al salir de la vaina y se deslizó suavemente contra el cuello de la mujer—. Tal como yo lo veo, no tenés alternativa.

La artífice jefa no levantó la vista. En cambio, tenía los ojos puestos en sus compañeros: siete artífices más, atados a asientos similares. Ellos controlaban la esfera: de dónde extraía su poder, hacia dónde lo canalizaba, qué máquinas vigilaba, a qué máquinas obligaba.

—Ah, sí tengo una alternativa, Yawgmoth. Todos la tenemos. Podemos negarnos, y morir, y salvar a cientos de miles de otros.

Yawgmoth simplemente se encogió de hombros. El gesto bastó. Su armadura de Piedras de poder acentuó el movimiento, impulsando la espada a lo largo del cuello de la artífice jefa.

El acero cortó piel, músculo, tráquea. En el súbito estallido de sangre, saltaron chispas de innumerables conductos. Un humo denso y blanco se enroscó alrededor de la silla. Dentro de sus brazos relucientes, la mujer convulsionó. Ya se había ido —la espada casi le había arrancado la cabeza—, pero las descargas de poder que recorrían la silla sacudían su figura sin vida.

Con un suspiro de leve pesar, Yawgmoth retiró la espada. Esta goteó sobre el piso enrejado del núcleo de control. Avanzó con calma sobre la malla metálica, acercándose a la siguiente silla. Allí estaba sentado un joven artífice, temblando. Para haber alcanzado semejante puesto a su edad, aquel hombre debía de ser un prodigio. Bien. Los prodigios son brillantes, pero maleables.

Yawgmoth limpió despreocupadamente la hoja reluciente en el hombro del hombre. Fue un gesto pensado para asustarlo. Funcionó demasiado bien.

No salió sangre, pero otro líquido —más abajo— empapó la silla y la electrificó. El prodigio convulsionó y murió lentamente.

Negando con la cabeza, Yawgmoth siguió adelante. El humo se elevaba tras él. El prodigio gritaba a intervalos, presa de la agonía.

Quedaban seis asientos más, seis artífices más, cada uno atado en su lugar y custodiado por los Phyrexianos de Yawgmoth. Aunque todos murieran, Yawgmoth aún podría tomar el mando de la Esfera Nula. Conocía la mente de Glacian, y al conocerla, conocía todo sobre aquella estación. Aun así, sería más con-

veniente delegar esas tareas. Deseaba ocuparse personalmente de otros asuntos.

El siguiente artífice era un anciano, canoso y resignado. Había soportado medio siglo de política en el gremio de artífices, había sobrevivido a un imperio cambiante y esperaba vivir unos instantes más.

Yawgmoth se detuvo sobre el hombre. Lo miró fijamente.

—Esto no es más que una formalidad, ¿te das cuenta? Yo mismo puedo ocupar estos asientos, comandar esta esfera. No salvás a nadie negándomelo. Te salvás a vos mismo complaciéndome. —Su espada se posó sobre el cuello del anciano—. Es tu decisión.

Asintiendo en silencio, el artífice dijo:

—¿Cuál es tu voluntad, Lord Yawgmoth?

Una sonrisa satisfecha se extendió por el rostro de Yawgmoth. Su espada no se apartó de la garganta del anciano.

—Quiero que le envíes una señal a las criaturas artefacto Thran en el Desfiladero de Megheddon.

Cerrando los ojos para concentrarse, el anciano movió las manos con destreza sobre las matrices de Piedras de poder de su silla de mando.

—¿Querés que las desactive?

—No —dijo Yawgmoth con alegría—. Quiero que las vuelvas contra los Thran. Quiero que les ordenes destruir a su propio pueblo.

Al mediodía, el ímpetu de la batalla cambió. Gemidos se alzaron de diez mil bocas. Thran y enanos, elfos y viashinos, minotauros y bárbaros, todos miraron desde detrás de sus baluartes de cadáveres para ver.

Los ejércitos de artefactos Thran retrocedían. Las mantis giraban y avanzaban a saltos hacia las trincheras. Los lanceros arrancaban sus astas plateadas de los Halcytes muertos, les daban la vuelta a aquellas cosas ensangrentadas y cargaban. Las trituradoras dejaron de triturar Phyrexianos y rodaron hacia los Thran.

—Esto no es una retirada —farfulló el comandante enano Curtisworthy. Con la mano que le quedaba, empuñó su hacha de guerra—. Esto es una traición.

En cuestión de instantes, la ola asesina de metal y carne se abatió sobre el comandante.

Un guerrero mantis surgió ante el muro de cadáveres y arrancó de la pila el

cuerpo de encima con sus garras. Las mandíbulas afiladas como cuchillas se cerraron como tijeras ante el rostro de la criatura. Un resplandor impío brotaba de sus ojos enloquecidos de sangre.

El comandante Curtisworthy hundió el hacha en las fauces de relojería. Filo contra filo. El hacha se clavó en el rostro de la máquina. Mordió profundo, partiendo paneles relucientes. La cabeza de la mantis se abrió en dos. Engranajes y cables quedaron al descubierto.

La mantis no se detuvo. Con el hacha aún clavada en su rostro, trepó por los restos del muro. La máquina de seis patas se alzaba por encima del enano manco. Sus garras delanteras eran veloces como el rayo. Sujetó la cabeza de Curtisworthy para aplastarla.

El comandante no había soltado su hacha. Rugiendo, arrancó la hoja todavía clavada en el rostro de la mantis. El cráneo plateado se partió como una nuez. Debajo acechaba un entramado nudoso de engranajes. Ojos vidriosos colgaban de sus cuencas destrozadas. El armazón de la mantis se estremeció y quedó, de pronto, rígido.

El hacha quedó libre. Curtisworthy, no. La mantis aún lo aferraba. Colgando sobre el suelo ensangrentado, alzó su hoja para un golpe final. El filo partió el cráneo de la mantis. Un vapor amarillento brotó de su cabeza hendida. Curtisworthy retrocedió de un salto, arrancando la cabeza de las garras que lo desgarraban. La mantis se desplomó.

Curtisworthy contempló la batalla. El frente lo había dejado atrás. Criaturas de artefacto descontroladas, guardias Halcyte y Phyrexianos arrasaban el campo. No había un solo aliado con vida en cien metros a la redonda.

Peor aún: un Phyrexiano avanzaba hacia Curtisworthy con el trote de un lobo. Era una cosa horrible, de piel rosada que se desbordaba sobre unos hombros imposiblemente grandes. Las mismas fuerzas impías que habían estirado las clavículas de aquella bestia le habían alargado los huesos de la mandíbula hasta convertirlos en un par de colmillos perversos. Dientes se amontonaban en la boca de arriba, y fuego llenaba sus ojos compuestos. El Phyrexiano saltó hacia adelante, chillando.

Curtisworthy arrojó su hacha al paso de la criatura. Su puntería fue certera. La hoja golpeó al Phyrexiano igual que había golpeado al guerrero mantis: en la cabeza. Atravesó el rostro dentado, las cavidades nasales y la cresta de la ceja.

Cortó a través del saco cerebral y penetró en el cerebro.

Dos golpes y dos muertes, ambos con la mano izquierda. Salvo que esta no había sido una muerte. Lo que destruía a un guerrero de metal no bastaba para detener a este Phyrexiano. El cerebro que rezumaba de aquella hendidura no era un órgano vital. Solo hacía falta la mente reptiliana para luchar así...

Con colmillos afilados y dientes ensangrentados, el Phyrexiano mordió el brazo bueno de Curtisworthy. La piel y el músculo se desgarraron. El hueso crujió. Diente contra diente. Hubo sangre, mucha sangre.

Curtisworthy cayó de espaldas, con la mirada fija en la criatura. Alguna vez había sido un hombre, pero ¿qué era ahora? Erizado y horrendo, el monstruo se agazapaba contra el cielo abrasador.

¿Era este el futuro de los Thran? ¿Era este el futuro de toda Dominaria?

El comandante enano Curtisworthy apartó la mirada. Si aquel era el futuro de Dominaria, no deseaba verlo.

Su última visión fue aún más extraña. Mientras la vida se le escapaba a borbotones, vio un vasto orbe gris —una luna que colgaba tan baja en el cielo que no quedaba cielo—. No lograba imaginar qué podía ser aquello. Brillaba con esplendor. Proyectaba una luz cegadora sobre Halción, pero sumía el desfiladero en una oscuridad profunda. Hacia aquel valle de muerte huía el ejército de la Alianza Thran.

«¿Qué puede ser? ¿Qué puede significar?» Vio algo pequeño caer del vientre de aquella gran esfera. Cayó en el centro del desfiladero, en medio del ejército en fuga. La oscuridad se desvaneció de pronto en un resplandor sobrenatural.

El comandante enano Curtisworthy sonrió por última vez, y se fue.

CAPÍTULO 17

Dos años antes de la guerra entre Thran y Phyrexia... Después del levantamiento de los Intocables, Halción tardó meses en reconstruirse.

Primero llegaron los días de humo negro.

Columnas de humo se alzaban desde las piras funerarias hacia el cielo. Los vientos burlones arrancaban el hollín y lo empujaban mientras ascendía. Cenizas fúnebres caían sobre los vivos. Motas grises se pegaban a los caminos rojos entre enjambres de insectos. La carne incinerada buscaba la sangre que se secaba, y ambas se reanimaban en los vientres de las moscas.

Incluso cuando las piras dejaron de arder, nubes de hollín se arremolinaban sobre la ciudad con aire de burla.

Las brigadas de cubos que habían sofocado los incendios de los tejados ahora lavaban las calles ensangrentadas.

Un olor enfermizo llenaba el aire.

La sangre se adhería a las botas y quedaba marcada en cada piso. Permanecía bajo las uñas y en los pliegues de las manos.

No conseguirían sacar aquella sangre de allí. Nunca.

Se filtraba entre los espacios de los adoquines y corría en grandes ríos sépticos bajo la ciudad. Giraba en nubes de polvo y entraba en los Halcytes con cada respiración.

Apenas habían terminado de quemar a los muertos y de lavar su sangre de la superficie de las cosas cuando comenzaron las procesiones de duelo.

En cada distrito, en cada terraza, surgieron simultáneamente.

Los ritos públicos eran antiguos, pero habían caído casi en el olvido después de siglos de paz.

La gente vestía de negro y de arpillera.

Efigies de la muerte eran perseguidas por las calles.

Los cerdos eran azotados hasta sangrar.

Las trompetas gemían canciones fantasmales a todas horas.

Durante un tiempo, Halción se sumergió en la brujería del dolor humano.

Aquellas procesiones incluso se aventuraban por calles donde los trabajadores del cuerpo de sanadores y los guardias Halcyte derribaban edificios destripados, reconstruían tejados, enlucían muros y trabajaban de todas las maneras posibles para reconstruir la ciudad.

Los mismos jóvenes guerreros que habían defendido la ciudad ahora la levantaban de las cenizas.

La gente los amaba.

La gente amaba a Yawgmoth.

Es el amor, más que cualquier otra fuerza, lo que vence al dolor.

Pasaron los meses.

Los muertos quedaron solo en la memoria y en el color de las grietas entre los adoquines.

La ciudad fue reconstruida.

Incluso el templo, el mayor símbolo de esperanza que los Thran habían conocido, fue terminado a toda prisa.

Yawgmoth conocía el estado de ánimo de la gente.

Estaban preparados para salir de la desesperación y celebrar la victoria.

Yawgmoth les daría una ciudad más hermosa que nunca.

Ese era el día.

La dedicación del templo y el primer día de la Fiesta de las Victorias.

Había muchas victorias que celebrar: el fin de las incursiones desde las profundidades, la inminente desaparición de la Tisis artificial, la finalización del templo y la brillante esperanza del paraíso de Yawgmoth.

Muchos miembros del Consejo de Ancianos creían que aquel sería también el momento ceremonial perfecto para que Yawgmoth devolviera las riendas del ejército.

Pero en vísperas de toda aquella alegría, una sombra había caído sobre la ciudad.

Una carabela había llegado una semana antes con un grupo de embajadores de rostros sombríos.

El primero era un enano de las lejanas Profundidades de Oryn, un imperio montañoso subterráneo de Jamuraa.

Yawgmoth y sus eugenistas habían pasado un tiempo entre aquel pequeño pueblo, curando la tos negra que los diezmaba.

El embajador enano era el príncipe Delsuum, hijo de un rey bicentenario.

Delsuum apenas tenía ochenta años, era fibroso y de mirada clara, y vestía sedas cubiertas de joyas que la mayoría de los enanos habría descartado por su extravagancia.

Era un príncipe desconfiado y codicioso, si Yawgmoth lo recordaba bien.

Una sacerdotisa elfa desembarcó justo después del príncipe Delsuum.

Era Elyssendril Lademmdrith, de los elfos Daelic.

Representaba a la vasta confederación de naciones boscosas de los Dominios.

Yawgmoth y sus compañeros exiliados también habían vagado entre aquellos pueblos, aunque él nunca había conocido a aquella sacerdotisa.

Tenía la severidad angulosa de los de su especie, grácil y delgada como un estilete, y fría en la misma medida.

Su ropa estaba hecha de una tela no tanto tejida como cultivada, en algunos lugares suave como una hoja de palma y en otros vellosa como la lana.

El bastón viviente que llevaba estaba entrelazado con zarcillos de hiedra que proclamaban el dominio de su deidad, y miraba la gran ciudad con desdén, como si fuera un carbunclo leproso.

También había otros.

Una pareja de bárbaros vestidos con piel de ante, con sombreros hechos de gallinas de caza disecadas.

Después llegó un triunvirato de minotauros.

Los hombres bestia causarían una sensación aún mayor en las calles de la ciudad que la que solían causar en las plazas de mercado de Halción las bromas sobre torpes y lujuriosos hombres toro.

Incluso los demás delegados mantenían una amplia distancia de ellos.

La siguiente en llegar, una anciana mujer felina, esperó escrupulosamente a que una brisa refrescara la pasarela antes de desembarcar.

En otro tiempo había sido una guerrera de su exótica raza, pero ahora era claramente una matriarca, la autoproclamada Reina de las Mil Tribus.

Por último llegó un viejo hombre lagarto curtido procedente del volcánico

Shiv.

Cada recién llegado representaba un peldaño más abajo en la cadena de la existencia, más alejado de la humanidad Thran.

Aquellas bestias eran seres regresivos, que excavaban entre las rocas y se aferraban a los árboles, vestidos con pieles muertas.

Eran mitad animales.

Sus cuerpos eran rudimentarios, construidos para la violencia.

Sus mentes y sus sociedades eran iguales.

Todos habían recibido a Yawgmoth cuando él y sus camaradas habían llegado, con sanadores humanos entre ellos.

Todos habían pagado sus esfuerzos con desconfianza y odio.

Habían convertido a los eugenistas en huéspedes indeseables, monstruos humanos entre su gente.

Ahora eran ellos los monstruos.

Apenas había desembarcado el contingente cuando ofendieron a los ancianos que habían salido a recibirlos.

Rechazando las ofertas de amistad, la delegación exigió una audiencia inmediata con el Consejo completo.

Se les explicó que los miembros del Consejo estaban repartidos por todo el continente y que no podía reunirse en menos de una semana.

El príncipe Delsuum indicó que el Consejo completo debía reunirse en no más de una semana, o el cuerpo diplomático se marcharía con su mensaje sin entregar, «para gran perjuicio de Halción».

Y eso fue todo.

Sin explicar por qué habían venido, los embajadores se retiraron a sus aposentos oficiales para esperar.

Pasó la semana.

Había llegado el día de la dedicación del templo.

La Fiesta de las Victorias estaba a punto de comenzar.

El Consejo se reunió para escuchar las noticias de los embajadores bárbaros.

Había un aire festivo bajo la cúpula del Salón del Consejo.

Los ancianos de Halción vestían brillantes ropajes de celebración.

Traían consigo conversaciones animadas y risas.

Durante semanas habían tenido la mirada puesta en aquel día y en la Fiesta de las Victorias.

Fuera cual fuese el insignificante asunto que los había convocado allí, no permitirían que los apartara durante mucho tiempo de la celebración cívica.

Yawgmoth y Rebbec también vestían para la fiesta.

Rebbec llevaba una túnica amarilla cubierta de bordados y cintas.

Las propias vestiduras de Yawgmoth eran de color gris lunar.

La pieza que cubría su hombro era de plata, incrustada con una brillante Piedra de poder, destinada a recordar a la ciudad a los guerreros vestidos de plata que él comandaba.

—¿De qué se trata todo esto? —le preguntó Rebbec.

Yawgmoth se encogió de hombros despreocupadamente.

—¿Acaso no es un oxímoron la diplomacia enana?

Rebbec se cubrió la boca mientras reía.

Hizo una pausa, entrelazando las manos.

—Bueno, si las historias son ciertas, los enanos al menos son directos. Quizá vaya al grano y nos permita llegar a la ceremonia de dedicación.

Yawgmoth tomó sus manos y las envolvió entre las suyas.

—No estés nerviosa. Nada puede arrebatarte este día.

—No es mi día.

—Bueno, entonces nada puede arrebatarle este día a tu templo.

—No es mi templo.

—Mirá, ahí vienen.

El murmullo que recorría el Salón del Consejo se apagó cuando entró la delegación bárbara.

Entraron por las puertas principales de la cámara.

Los minotauros marchaban con un chasquido militar de sus pezuñas, negras y brillantes como obsidiana.

Detrás de ellos avanzaba el príncipe Delsuum, cubierto con la heráldica de

las Profundidades de Oryn.

Miraba con dureza bajo unas cejas rojizas y podría haber parecido majestuoso de no ser por su estatura.

Solo llegaba a la grupa de sus escoltas minotauros.

Elyssendril Lademmdrith llegó después, ataviada con sedas decoradas con motivos vegetales.

Los humanos bárbaros y los hombres lagarto la seguían.

Los ancianos contemplaron aquella extraña procesión con paciente indulgencia.

Solo los ancianos de Losanon y Wington permanecieron solemnemente de pie mientras los embajadores avanzaban hacia el estrado situado en el centro de la cámara.

La voz de la moderadora se alzó.

—Orden, Consejo de Ancianos. Hoy recibimos emisarios del extranjero. Les damos la bienvenida entre nosotros.

Los aplausos se elevaron como una lluvia suave.

La procesión de delegados avanzó sombríamente hacia el estrado.

Los minotauros se colocaron en tres de sus lados y los hombres lagarto en el cuarto.

Mientras tanto, el príncipe Delsuum subió al atril.

Los escalones resultaban un poco demasiado para él y avanzó con un balanceo al subirlos.

—Espero que pueda ver por encima del atril —dijo Yawgmoth en voz baja a Rebbec.

El príncipe Delsuum llegó arriba y clavó la mirada en Yawgmoth, como si hubiera oído el comentario.

Sacó del tubo para documentos que llevaba colgado a un costado un pergamino y lo desenrolló.

Sus manos temblaron apenas mientras lo extendía sobre el atril.

—El Consejo puede sentarse —dijo la moderadora.

Con un estruendo de bancos y un susurro de papeles, el grupo tomó asiento.

El príncipe Delsuum se aclaró la garganta.

El sonido fue amplificado por las Piedras de poder situadas a su alrededor y reverberó nerviosamente bajo la cúpula.

Leyó:

—Yo, el príncipe Delsuum de la casa gobernante de las Profundidades de Oryn, he sido elegido para hablar en nombre de una coalición de las cinco grandes razas no humanas del mundo: enanos, elfos, viashinos, minotauros y felinos. Representamos a veinticinco naciones y también hemos encontrado aliados entre los humanos no Thran de Jamuraa y los humanos Thran de las ciudades-estado de Losanon y Wington...

Aquello provocó un murmullo de especulación en el Salón del Consejo.

El príncipe Delsuum levantó la mirada de la página y se tomó un momento para secarse la frente.

La moderadora hizo una señal de silencio y sus guardias se tensaron alrededor del perímetro.

El silencio fue inmediato.

El príncipe enano respiró profundamente y continuó.

—Venimos ante ustedes con una historia conocida, una historia de plagas, guerra civil y masacres. Por supuesto, siempre habrá plagas, pero ¿cuándo antes han provocado levantamientos y matanzas indiscriminadas? ¿Cuándo, salvo durante estas últimas décadas? ¿Y cuándo antes han impulsado las plagas a un hombre hasta la cima de una nación? Solo cuando el hombre es un sanador. Solo cuando promete una cura. Solo cuando finge controlar una plaga para poder tomar el control de una nación.

»Un hombre así ha venido entre nosotros.

»Ese hombre utilizó la tos negra de las Profundidades de Oryn para provocar una rebelión de trabajadores.

»Él, sus compañeros exiliados y sus rebeldes estuvieron a punto de matar a mi padre, casi destruyeron un milenio de gobierno enano bajo la montaña y estuvieron a punto de convertir a este hombre singularmente monstruoso en rey de los enanos.

»Ese hombre convirtió el moho invasor de los bosques de Argoth en una plaga virulenta que consumió a los elfos allí.

»Sus agentes secuestraron a la sacerdotisa Elyssendril Lademmdrith y a sus sanadores, y mantuvo a toda la población como rehén a cambio de la cura.

»Una vez pagado el rescate, entregó únicamente agua endulzada y doce sanadores muertos.

»Ese hombre propagó la muerte blanca entre los minotauros de Talruun, simplemente para estudiar sus efectos.

»Ese hombre extendió la rabia entre las guerreras felinas gobernantes de Jamuraa hasta que se despedazaron unas a otras en un frenesí de locura.

»Ese hombre envenenó a las tribus humanas de Gulatto Meisha.

»Ese hombre capturó, destripó y viviseccionó al bey de los viashinos de Shiv.

»Creímos en él y hemos pagado caro nuestros errores.

»Ahora exigimos la extradición inmediata de este monstruo de Halción.

»En nombre de las cinco grandes especies no humanas de Dominaria, de los humanos no Thran de Gulatto Meisha y de los humanos Thran de Losanon y Wington, exijo la extradición inmediata del sanador conocido como Yawgmoth.

El silencio tenso que había acompañado la presentación del príncipe enano estalló como un trueno.

Toda la asamblea se puso de pie.

Algunos gritaban.

Algunos agitaban los puños.

Otros simplemente permanecían allí, boquiabiertos y sin aliento.

El rugido de protesta, y de aprobación, sacudió el enorme edificio.

Las cejas de Rebbec se fruncieron en una línea severa.

—¿Cómo se atreven a venir aquí y hacer estas acusaciones?

La moderadora hizo una señal para imponer silencio.

—¡El príncipe conserva la palabra!

Los guardias forcejearon para sacar del salón a los representantes más exaltados.

Los demás guardaron silencio, aunque nadie volvió a sentarse.

—Nos engañó —dijo el príncipe enano, ya sin leer—. Los está engañando a ustedes. Esta Tisis artificial que los azota... la ha utilizado para ascender hasta

las alturas de su ciudad.

»En poco más de seis años pasó de ser un exiliado a convertirse casi en un rey.

»Ha tomado el control de su ejército y ha creado uno propio.

»Están apostados por todas las ciudades-estado de este imperio.

»Solo en Losanon y Wington su poder ha sido contenido.

»En todas partes, Yawgmoth gobierna como lo hace aquí.

»Envía a sus críticos a las profundidades, entre los enfermos.

»Libera a quienes están dispuestos a servirle y elimina al resto.

»Regula la distribución del suero e infecta a cualquiera que se oponga a él.

»Ha remodelado su ciudad a su propia imagen.

»Les suplicamos que miren a su alrededor. Vean los frutos de las acciones de este hombre.

»Es el mal disfrazado de bondad.

»La enfermedad disfrazada de curación.

»La dominación disfrazada de servidumbre.

»Deténganlo antes de que se convierta en gobernante de todo Halción, gobernante de todo el Imperio Thran.

»Si asciende hasta ese punto, lo consideraremos una declaración de guerra. Una guerra mundial.

»Si no nos lo entregan, Halción tendrá que luchar contra el resto de Dominaria.

Ya no había esperanza de contener los gritos.

La moderadora hizo señales impotentes para imponer silencio.

Los ancianos se levantaron de sus asientos y ocuparon los pasillos.

Los minotauros pateaban furiosos el suelo, amenazando con cornear a cualquiera que se acercara.

—No te preocupes, Yawgmoth —dijo Rebbec, aferrándose a su manga—. Ninguno de nosotros cree estas mentiras.

Sin responder, él se soltó de ella.

Se acercó a uno de los minotauros y lo miró directamente a los ojos.

—Déjame pasar —dijo Yawgmoth—. Quiero responder a estas acusaciones.

El minotauro lo evaluó y, al notar a la multitud enfurecida detrás de él, inclinó apenas la cabeza y le indicó que avanzara.

Yawgmoth subió al estrado.

Su figura gigantesca se alzó detrás del diminuto príncipe.

Solo su presencia calmó a la multitud.

Con una sola mano levantada, consiguió silenciarla.

—Halcytes, Thran, embajadores, todos ustedes conocen mis obras.

»Saben que he defendido hasta el último de ustedes y ayudado a reconstruir una ciudad devastada por los condenados.

»Saben que he ideado un tratamiento para la Tisis artificial y que estoy cerca de descubrir una cura.

»Saben que, junto con Rebbec, busco conducir a nuestro pueblo hacia un futuro libre de guerra, de enfermedad e incluso de muerte.

»Júzguenme por mis obras.

Una gran ovación llenó la cámara.

—¡Sí! ¡Sí!

—Ahora terminemos con este lamentable asunto y pasemos a la celebración que tanto hemos esperado y necesitado. Propongo una votación. ¿Alguien secunda?

—¡Yo secundo! —gritó Rebbec.

—Entonces, sometamos a votación esta propuesta: ¿debe el sanador Yawgmoth permanecer en su puesto, sin verse afectado por la petición de extradición? Todos los que estén a favor, digan sí.

El Salón del Consejo rugió con la respuesta.

—¡Sí!

—Todos los que estén en contra, digan no.

La respuesta fue igual de estruendosa.

—¡No!

Yawgmoth contempló la sala, con asombro y furia en los ojos.

—Solicito un recuento de los ancianos —dijo la moderadora—. Ancianos

mayores, cuenten, registren e informen los votos de sus ciudades.

Mientras los ancianos mayores intentaban volver a reunir a sus contingentes, Yawgmoth continuó mirando a la multitud con incredulidad ciega.

La voz del príncipe enano llegó desde abajo.

—Ellos te conocen, Yawgmoth. Incluso después de que purgaste a tus enemigos de entre ellos, el resto te conoce. Incluso después de inundar la ciudad con tus servidores leales, ellos te conocen, igual que yo.

Sin mirarlo, Yawgmoth respondió con frialdad:

—No me conocés. Si me conocieras, no habrías venido aquí a hacer esto.

—Tenemos el recuento —anunció la moderadora—. Ancianos mayores, informen sus votos. Indiquen extradición o no extradición.

El anciano mayor de la primera ciudad-estado anunció:

—Chignon vota por la extradición.

El siguiente gritó:

—Losanon vota por la extradición.

—Wington vota por la extradición.

—Nyoron vota por la no extradición.

—Seaton vota por la no extradición.

—Phoenon vota por la no extradición.

—Orleason vota por la no extradición.

Yawgmoth respiró, aferrado al borde del atril.

Tres a favor de la extradición y cuatro en contra.

Solo quedaba por votar la Anciana Mayor Jameth de Halción.

A la mujer de porte regio parecía costarle un esfuerzo hablar.

—Halción vota... por la extradición.

Un sonido jubiloso surgió del enano situado junto a Yawgmoth.

El chillido resultó extraño frente al gemido que recorrió la cámara.

La moderadora pidió silencio.

—Cuatro ciudades a favor y cuatro en contra. La moción pasa al consejo de dirigentes. Cuando diga su nombre, den su respuesta. Quienes estén a favor de

la extradición, voten sí. Quienes estén en contra, voten no...

Yawgmoth observó con mirada de halcón a cada dirigente allí presente, sacerdotes y sanadores, héroes y nobles, mientras llegaba el turno de sus votos.

Por cada no llegaba un sí, hasta que el recuento quedó empatado en trece cuando llegó su turno.

Estaba tan sorprendido al oír su propio nombre que tardó un momento en comprender qué se le preguntaba.

—¿Vos también tenés dudas? —lo provocó el príncipe enano.

—No —dijo Yawgmoth—. Voto no.

—Y por último, Rebbec de Halción —llamó la moderadora—. ¿Cuál es tu voto?

Rebbec alzó la mirada hacia Yawgmoth.

Había algo extraño en sus ojos.

Parecía estar viéndolo por primera vez, aunque él no habría podido decir si aquella mirada expresaba alegría o terror.

—Yo voto... —comenzó, con la voz apenas convertida en un susurro.

Se aclaró la garganta.

—Voto no.

—Quince en contra, trece a favor. Se rechaza la extradición.

El grito de respuesta fue mitad ovación, mitad chillido.

La mirada de Yawgmoth atravesó uno por uno a quienes se habían opuesto a él.

Rebbec estaba demasiado conmocionada por la reunión del Consejo como para pronunciar su discurso durante la dedicación del templo.

Yawgmoth se ofreció voluntariamente a hablar primero.

Entre los vítores de una multitud enorme, avanzó hasta el centro del templo.

Su imagen fue proyectada en innumerables miniaturas sobre la ciudad que se extendía debajo.

Brillaba en los ojos alzados de todos.

Resplandecía, gigantesco y divino, sobre las nubes.

A través de una estola de Piedras de poder, su voz retumbó como un trueno.

—Lamento cubrir de malas noticias este día de alegría, pero debo hacerlo.

»Esta misma mañana, una fuerza de naciones extranjeras apareció en el Salón del Consejo y declaró la guerra al Imperio Thran.

»Enanos, elfos, hombres lagarto, minotauros, felinos. Todos han jurado atacarnos.

»Han traído humanos bárbaros con ellos y hasta han puesto a Losanon, Wington y Chignon en nuestra contra.

No esperó a que el alboroto de la multitud se extinguiera.

Su voz podía imponerse a todos los gritos.

—En este momento de crisis, cuando el mundo nos ha declarado la guerra y tres de nuestras propias ciudades-estado han iniciado una guerra civil, no tengo más opción que disolver el Consejo y asumir el control de la nación.

Ignoró por completo los gritos.

—He ordenado al cuerpo de sanadores y a la guardia Halcyte que los escolten hasta sus hogares, para mantener la ciudad libre de pánico y disturbios.

»La misma orden se está llevando a cabo ahora mismo en Orleason, Seaton, Nyoron y Phoenon.

»Mientras tanto, la guardia Halcyte y el cuerpo de sanadores de las ciudades-estado rebeldes han recibido la orden de retirarse antes de ser capturados y masacrados por esta malvada coalición.

Un terror silencioso respondió a aquellas palabras.

Su voz cambió.

Ya no era la de un gobernante militar.

Era la de un padre amable.

—No tengan miedo, pueblo de Halción, pueblo del imperio.

»Los he salvado antes.

»Los salvaré de nuevo.

»Fue de la barbarie y de la guerra de donde ascendimos hasta este lugar elevado.

»De ellas volveremos a ascender.

»No abandonen sus sueños de un futuro glorioso, pueblo de Halción.

»Estos no son más que los dolores de parto del cielo que les he prometido.

CAPÍTULO 18

—Decile que es un monstruo —farfulló Glacian miserablemente, entre los aparatos resplandecientes que mantenían su vida.

—Ella ya conoce tu opinión —susurró Rebbec a través del borde de su túnica.

Miró por encima del hombro, hacia Dyfed, que esperaba con impaciencia.

La planeswalker no se había molestado en cubrir sus hermosos rasgos, ahora agriados por la irritación. Permanecía de pie, con las caderas ladeadas, los brazos cruzados y los labios fruncidos con escepticismo. Que la convocaran mediante el amuleto de la gema azul cuando no había ninguna crisis inmediata ya era bastante irritante. Que la convocaran dos personas que habían arrebatado el amuleto a su legítimo dueño, Yawgmoth, era casi demasiado para soportarlo.

El constante trajinar de los trasgos a su alrededor, hurgando y toqueteando todo, no hacía más que desgastar todavía más su ya escasa paciencia.

—Decile que mató a los delegados —balbuceó Glacian.

—No lo hizo —siseó Rebbec—. Los mantiene como rehenes en algún lugar. ¡No estás ayudando!

Se volvió rígidamente hacia la planeswalker y dejó caer la túnica.

—Perdoná nuestros susurros. Glacian quiere agradecerte por haber respondido a nuestro llamado.

Dyfed asintió apenas.

—Decile que encarceló a los ancianos —arrastró Glacian.

—Es un momento de crisis para nuestra ciudad-estado y nuestro imperio. Estamos bajo amenaza de ataque. Yawgmoth ha utilizado el control de los ejércitos para hacerse con el mando del imperio. Ha disuelto el Consejo y ha encarcelado a los ancianos de las ciudades-estado rebeldes. Si los estados rebeldes atacan, podría verse obligado a ejecutarlos.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

Glacian murmuró:

—Decile que debe deshacerse de Yawgmoth...

Rebbec negó violentamente con la cabeza.

—Queremos que pongas a los ancianos a salvo. Son casi cien.

Dyfed frunció el entrecejo y ladeó la cabeza.

—¿Querés que haga qué?

Rebbec se volvió por completo de espaldas a su marido y suplicó:

—Conozco tu poder. He atravesado las Eternidades Ciegas con vos. Sé que simplemente podés aparecer en la cueva de internamiento, envolver a esos cien ancianos en tu poder y llevarlos a algún lugar donde estén a salvo.

La planeswalker la miró con incredulidad.

—Creía que ustedes eran amigos de Yawgmoth. ¿Querés que entregue a los líderes capturados de la rebelión de vuelta a sus ejércitos?

Rebbec frunció el ceño, desconcertada.

—No. Lleválos a otro mundo. A uno de tus planos paradisíacos, un lugar donde puedan vivir seguros hasta que haya pasado el peligro.

—Serían miserables. Ninguno de ellos podría construir siquiera un refugio improvisado ni encender un fuego. Sería como poner bebés en una guarida de lobos.

—Trasgos —intervino Glacian—. Decile que se lleve algunos de mis trasgos de la instalación de maná. Podrían ser sus sirvientes. Podrían construir refugios y atrapar conejos. De todos modos, Yawgmoth terminará matándolos.

Rebbec parpadeó, sorprendida por su marido.

—Glacian pide que también lleves trasgos a ese mundo paradisíaco. Sus trasgos, que podrían servir a los ancianos.

Dyfed inclinó la cabeza y soltó una carcajada.

—¿Querés que transporte a cien ancianos y cien trasgos a algún paraíso?

Los ojos de Rebbec suplicaban.

—Podrías hacerlo con un simple pensamiento. Es un pequeño favor para el genio de Halción, el mismo hombre que te trajo aquí por primera vez.

Sus ojos se endurecieron y su voz descendió hasta convertirse en un susurro.

—Yawgmoth es mi gobernante, mi amigo... quizá algo más. Esto no es una traición. Es un acto de misericordia. Solo una petición sencilla de un genio enfermo que quizá esté muriendo, pero quiere que otros vivan.

La irritación desapareció de la mirada de Dyfed.

Pasando junto a Rebbec, se acercó a la silla con ruedas donde estaba sentado Glacian.

Una mano delicada descendió hasta tocarlo y se extendió sobre su pecho devastado por la Tisis artificial.

—Sí. Haré esto por vos, Glacian. Había olvidado quién eras, quién sos. Es un pequeño favor, y lo haré por vos.

Y, sin mover un músculo, desapareció de la habitación.

Los trasgos retrocedieron ante el espacio donde había estado.

Rebbec se acercó a la silla de ruedas y, por reflejo, volvió a subir la túnica para cubrirse la boca y la nariz.

—Has hecho algo bueno hoy, esposo. Has salvado muchas vidas.

Él apartó el rostro de ella, como si sus palabras hubieran sido una bofetada.

—¿Qué pasa?

—Esa maldita túnica sobre tu boca. Dyfed no se cubrió la boca. Me tocó.

—Ella es una planeswalker —dijo Rebbec.

—Y vos sos inmune.

Él seguía sin mirarla.

—¿Y si no lo soy?

—Todos los días tocás las Piedras de poder del templo. Podrías contagiarte de la enfermedad con ellas tan fácilmente como conmigo.

Rebbec bajó lentamente el borde de la túnica y se acercó a la silla.

—Pensás que soy repulsivo.

Una expresión de espanto cruzó su rostro.

—No. Lo que me repugna es la enfermedad...

—Yo soy la enfermedad. Eso es todo lo que soy ya.

Rebbec extendió la mano desnuda, tal como había hecho Dyfed. La apoyó, temblorosa, sobre la piel del pecho de Glacian, cubierta de llagas. Cerró los ojos y tragó saliva. Dejó la mano allí. Solo entonces él se volvió para mirarla.

—Estás enamorada de él. Incluso a vos te engañó. Solo estás esperando a que yo muera para poder estar con él.

—No —dijo Rebbec, retirando la mano.

Lo miró, con la repulsión y el amor librando una batalla dentro de ella. Con un movimiento rápido, se inclinó y lo envolvió en un fuerte abrazo.

—No, esposo. Somos almas gemelas. Es la enfermedad, la guerra y toda esta convulsión. No. Él no me ha engañado. Te va a curar. Por eso creo en él. Porque te va a curar. Nos va a curar a todos. Y vos y yo vamos a bailar juntos en el Templo Thran cuando todo este maldito asunto haya terminado.

—¡¿Qué es esto?! —tronó una voz imperiosa desde la puerta.

Yawgmoth atravesó la habitación hacia Glacian y Rebbec.

Ella no soltó a su marido. Se aferró a él como si supiera que aquel sería su último abrazo.

Yawgmoth la rodeó con un brazo poderoso y tiró de ella. No consiguió moverla. Gruñó y tiró con más fuerza. Con la mano libre le apartó los dedos de la espalda de Glacian. La piel desgarrada de Glacian sangró a través de la túnica que llevaba puesta.

—¡Soltalo! ¡Te estás infectando! ¡Te estás matando! —gritó Yawgmoth.

—¡No! ¡Dejame en paz!

Le soltó la otra mano de un tirón, y un pus negro brotó debajo de sus uñas.

—¡Mirá lo que te has hecho!

Glacian gritó, gimiendo de desesperación y dolor.

—¡Mirá lo que le has hecho a tu marido!

—¡Soltame! —gritó Rebbec, forcejeando contra su agarre.

Yawgmoth ignoró sus esfuerzos. La arrastró fuera de la habitación de Glacian mientras su marido gritaba insultos ininteligibles a sus espaldas.

Aunque sus brazos eran bandas de acero, la voz de Yawgmoth era sedosa.

—Ha sido demasiado. Lo sé. Has sido valiente durante todos estos años. Has visto cómo todos los métodos fracasaban al intentar curarlo. Todavía lo amás, incluso después de que la enfermedad lo haya devastado...

—Dejame...

—...pero pensá en Glacian. Él no quiere ponerte en peligro. No quiere que sufras como él está sufriendo.

Yawgmoth abrió de una violenta patada la puerta de su laboratorio y arrastró a Rebbec al interior. La llevó entre las mesas y los estantes de instrumentos hasta un armario donde se almacenaban los sueros. Abrió de golpe las puertas, tomó una botella de alcohol y arrancó el tapón con los dientes.

—Glacian no quiere que te pase nada, y yo tampoco.

Vertió el líquido ardiente abundantemente sobre las manos, los brazos y el pecho de Rebbec.

—Esto destruirá cualquier contagio que pueda haberse depositado sobre vos.

—¡Maldito seas! ¡Maldito seas, Yawgmoth!

—Shhh, shhh, shhh —la tranquilizó.

Estaba empapada, de la punta de los dedos de una mano a la punta de los dedos de la otra. Yawgmoth tomó un frasco de suero y otro con alguna sustancia distinta. Con una sola mano, introdujo las mezclas en una bolsa de inyección, hizo girar a su descontenta cautiva para enfrentarla a él y le inyectó la solución en el brazo. Ella arañó su pecho durante un instante antes de desplomarse entre sus brazos.

—Shhh, shhh, shhh. Eso ayudará a tu cuerpo a combatir cualquier infección que pueda haberse introducido en tu sangre. Está bien. Vas a estar a salvo. No vas a enfermarte. No voy a permitir que te enfermes.

Con la voz desgarrada por los gritos, Rebbec preguntó:

—¿Por qué no lo curás? ¿Por qué tu suero no funciona con mi marido?

Con tono abatido, Yawgmoth respondió:

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé. Desde el principio, su caso ha sido diferente.

—Vos lo has hecho diferente. No querés que se recupere.

—Oh, sí quiero, Rebbec —la tranquilizó Yawgmoth—. Sí quiero. Necesito que esté bien. Necesito que pueda disputarme tu mano. No voy a robarle la esposa a un inválido.

Rebbec se apartó de él y lo miró fijamente a los ojos, con expresión desolada.

—No hagas esto. No juegues conmigo. He pasado por demasiado.

—Lo sé. Has pasado por demasiado. Has velado por él durante siete años. Pensé que te hacía un favor al permitir que permaneciera aquí, pero siempre está

fuera de mi alcance. Eso no es ninguna bondad. El cuerpo de sanadores se ocupará de él ahora. Lo llevarán a las Cuevas de los Condenados. Tienen tratamientos nuevos y agresivos, mucho mejores que estos trasgos y estos aparatos. Se ocuparán de él. Lo curarán. Te lo prometo, Rebbec. Y jamás he roto una promesa.

—¿Lo vas a curar?

Una luz frágil apareció en sus ojos.

—Decime que lo vas a curar.

—Lo voy a curar, Rebbec. Te lo prometo.

Los ancianos no estaban precisamente felices. Habían sido llevados al paraíso, pero no era su paraíso. La salvación es relativa.

Cualquiera habría pensado que cualquier lugar sería mejor que donde habían estado: enterrados vivos durante tres semanas en una caverna oscura. Un pequeño manantial que corría por la base les proporcionaba agua para beber, lavarse y eliminar los desechos, en la medida de lo posible. Los grupos de hongos débilmente luminosos, y los grillos ciegos de las cavernas que a veces aparecían recortados contra ellos, eran su principal fuente de alimento. Peor que todo aquello era saber que Yawgmoth los había encerrado allí. El peso de su desaprobación era tan vasto e ineludible como la milla de roca que los separaba del aire del mundo superior.

Comparado con aquel lugar, aquella tierra verde y exuberante debería haber sido un paraíso. Bosques altos, amplias llanuras, ríos frondosos. La tierra era fértil y virgen. Era un mundo entero por explorar, un lugar agradable donde esperar a que terminara la guerra. Un paraíso, salvo por un detalle: la naturaleza salvaje. Las figuras más importantes del Imperio Thran habían quedado reducidas a pioneros miserables. Se apiñaban con sus túnicas sucias, hechas jirones durante las últimas semanas. Estaban peor vestidos, más delgados y más asustados que los trasgos de la instalación de maná que se movían entre ellos.

—...podrías habernos llevado a cualquier parte de Dominaria —protestó la Anciana Mayor Jameth—, pero elegís traernos aquí.

—Podría haberte dejado pudrirte en aquella cueva —señaló Dyfed con total frialdad—. Y esto es solo temporal. Solo hasta que termine la guerra y ya no exista ninguna amenaza contra ustedes. Y ustedes tampoco representen una amenaza para el imperio.

—Exigimos que nos devuelvas a nuestra nación —dijo la anciana.

—No exigís nada —espetó Dyfed—. Por el momento, esta es su nación. Desde aquí no pueden verlo, pero estamos sobre una montaña invertida. Igual que su extrusión. Los mantendrá a salvo de los nativos y a ellos de ustedes. Los trasgos los ayudarán. Trátenlos bien. Ellos tendrán mucho más sentido que ustedes para saber qué plantas son venenosas y qué carnívoros son peligrosos. Construirán refugios para ustedes, reunirán comida, serán sus sirvientes personales y todo porque Glacian se los pidió. Siéntanse como en casa.

Se apartó de ellos, dispuesta a partir.

—Esperá —llamó la Anciana Mayor Jameth—. Al menos decinos cómo se llama este lugar.

—Llámenlo como quieran —respondió sencillamente la planeswalker.

Justo antes de desaparecer, añadió:

—Los nativos de este mundo lo llaman Mercadia.

Había sido un descenso infernal. Los amotinados habían destruido el ascensor de Dungas. Glacian descendió a la antigua usanza, transportado por un grupo de trasgos por el sendero en zigzag. Delante y detrás de su camilla marchaban trabajadores del cuerpo de sanadores con espadas y linternas. Dos veces los fuelles dejaron de funcionar y la tripulación bajó a Glacian hasta el sendero para repararlos. Cada vez, él perdía el conocimiento antes de que pudieran reparar el mecanismo. Cada vez despertaba ante la luz tibia de las linternas, proyectada sobre la piedra irregular de la caverna que tenía encima.

Finalmente terminó el descenso. El sendero se niveló y se ensanchó. El aire frío de la caverna dio paso al olor cálido y rancio del aliento humano confinado. Guiados por el cuerpo de sanadores, los trasgos avanzaron por un pasadizo sinuoso, pasando frente a una serie de cuevas laterales hasta llegar a la Cueva de los Condenados, situada en la base. Pasaron bajo el arco y entraron en una amplia caverna.

Glacian esperaba encontrar el hedor de la carne en descomposición. Lo que olió fue, de algún modo, peor: el olor áspero de los productos de limpieza.

La Cueva de los Condenados había sido transformada desde el ascenso de Yawgmoth. Linternas brillaban por toda la enorme cámara. Las paredes y el suelo habían sido fregados y pulidos hasta eliminar toda suciedad. Los antiguos

estantes habían sido derribados y sustituidos por hileras ordenadas de celdas encaladas. Parecían casi ataúdes blancos, en los que los enfermos podían permanecer completamente aislados de la radiación de las Piedras de poder y de la contaminación cruzada. Cada sarcófago tenía un número y un conjunto de registros. Trabajadores del cuerpo de sanadores vestidos de blanco y con el rostro cubierto se desplazaban por pasarelas entre las filas de ataúdes.

Antes, los pacientes habían sido víctimas de una plaga en cuarentena. Ahora eran sujetos de prueba. La limpieza, la privacidad y la atención de los sanadores no estaban destinadas a garantizar comodidad, dignidad ni curación. Estaban destinadas a garantizar resultados fiables.

Los trasgos llevaron la camilla hasta el centro del complejo. Un hombre vestido de blanco esperaba con un nuevo conjunto de registros.

—Hola, Glacian. Bienvenido a las Cuevas de los Condenados de Halción. Recibí esta mañana tu informe. He preparado una cápsula de curación especialmente grande para acomodar tus... aparatos.

Glacian, débil y desplomado sobre la camilla, apenas consiguió girar la cabeza para mirar al hombre que le hablaba.

—Vos no —balbuceó—. Gix no.

CAPÍTULO 19

Rebbec descendió hacia la quinta puerta aérea de Halción.

Ella la había diseñado: un enorme pasaje con forma de ojo, con amplias rampas que se elevaban a ambos lados. Una sucesión de escalones bajos ascendía desde el centro. Cada peldaño era lo bastante ancho como para albergar a cincuenta trabajadores del puerto hombro con hombro, y lo bastante profundo como para permitir tres zancadas antes del siguiente desnivel.

La puerta había sido un magnífico diseño, pero ahora estaba siendo destruida.

Los guardias Halcyte pululaban por ella y, en medio de ellos, estaba Yawgmoth.

El Señor de Halción se encontraba sobre el arco de piedra caliza.

Sus vestiduras de Estado se agitaban al viento.

Observaba cómo los trabajadores arrastraban cables de acero a través de poleas que gemían. Luchaban por izar un cañón de rayos de latón hasta lo alto del muro.

Aquella enorme arma le había costado a la ciudad una pequeña fortuna, y Yawgmoth había instalado nueve en cada una de las cinco puertas.

Las armas provenían de los viejos cuadernos de bocetos de Glacian, y Yawgmoth se jactaba de que una de ellas podía hundir aeronaves a kilómetros de distancia.

Había asegurado a la ciudad que aquellos cañones mantendrían la ciudad a salvo en caso de invasión y, además, había compensado el costo enviando armas similares, con un considerable margen de ganancia, a las otras cuatro ciudades-estado leales.

—Una necesidad... una necesidad —refunfuñó Rebbec mientras subía por la escalera interior en espiral hasta la cima de la puerta—. Nada feo es una necesidad.

Era uno de sus muchos principios que los últimos años habían contradicho.

Rebbec llegó a lo alto del arco.

Yawgmoth estaba cerca.

Sonrió al verla, pero no a ella, sino al cañón de rayos que acababa de asentarse sobre el muro de piedra caliza frente a ella.

Mientras los cables perdían tensión, Yawgmoth se arrodilló junto a la relu-

ciente carcasa y pasó los dedos con ternura sobre ella.

—Hermoso —susurró con entusiasmo—. No puedo imaginar nada más hermoso.

—¿Qué tal una puerta que no esté erizada de cañones? —preguntó Rebbec, con las manos apoyadas en las caderas.

Yawgmoth levantó la mirada hacia ella, oscuro bajo el halo de su templo distante.

—Hola, Rebbec. Puedo imaginar una cosa más hermosa que estos...

—¿Qué sigue? ¿Catapultas sobre la cúpula del Consejo? ¿Lanzallamas en el templo?

Él continuó puliendo el cañón.

Su rostro se reflejaba en ángulos distorsionados sobre la carcasa.

—Si hubieras diseñado estos lugares pensando tanto en la defensa como en la belleza, no serían necesarias las modificaciones.

—Nada feo es necesario.

Yawgmoth se puso de pie, con el semblante grave.

Se alzaba sobre el cañón, sobre la arquitecta, sobre toda la ciudad baja.

—Te equivocás, Rebbec. La fealdad es necesaria.

»Nosotros, los Thran, no fuimos impulsados hacia arriba por visiones de belleza. Fuimos empujados desde abajo por la fealdad.

»La lujuria cobarde, la depravación violenta... ellas nos impulsaron hacia la luz.

»El imperio fue forjado en la guerra, no en la paz.

»Surgió de la lucha, y otra lucha se aproxima: una guerra fea y violenta que nos impulsará hacia la divinidad.

Rebbec lo miró a los ojos.

Solo ese acto suponía un esfuerzo de voluntad.

Su poderosa figura era la encarnación oscura de todas aquellas fuerzas animales que describía.

Era brutal y hermosa al mismo tiempo, un apóstata de todo aquello en lo que ella había creído alguna vez.

—¿La guerra civil, los barcos incendiados, los campos llenos de muertos? ¿Vale la pena?

Él parpadeó y se replegó por un momento hacia espacios interiores.

—Yo ascendí desde los leprosos y las víctimas de las plagas hasta gobernar el imperio.

»Glacian descendió de la gloria hasta la decadencia.

»La paz trae la Tisis artificial: degeneración progresiva.

»La guerra trae la phyresis: generación progresiva.

»Así es como ascenderemos, Rebbec. Empujados desde abajo.

Rebbec negó con la cabeza y se volvió.

Yawgmoth la rodeó con un brazo poderoso.

—Tu marido progresa bien, según tengo entendido.

La mención de Glacian hizo que arañas de culpa le recorrieran el cuero cabelludo.

Se apartó de él.

—Es un régimen bastante intenso el que le aplicás. Injertos de piel, agujas en los nervios, baños de alcohol, sanguijuelas, emplastos...

—Salud mediante la lucha. Nos acercamos a una cura definitiva. La mayoría de los pacientes está respondiendo bien. Incluso tu marido, a pesar de sí mismo.

—¡Está agonizando!

—Por supuesto. Sin vos...

El aire junto a ellos comenzó a ondularse con una presencia repentina.

La figura tomó forma a partir del cielo despejado.

Dyfed apareció de repente.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, con una sonrisa ladeando sus labios.

Yawgmoth se volvió hacia Dyfed.

Había avidez en sus ojos.

—¿Lo encontraste?

La sonrisa de la mujer se hizo aún más profunda.

—Sí. ¿Querés venir a verlo?

—¿Es perfecto? —preguntó Yawgmoth con entusiasmo.

—Nueve esferas separadas, cada una con una ecología única.

—¿Es extenso?

—La superficie terrestre es tan grande como lo era tu imperio antes de la rebelión. Y, con trabajo, podría ser dos o tres veces mayor.

—¿Es... hermoso?

Dyfed cruzó los brazos sobre el pecho y ladeó las caderas.

—¿Querés venir a verlo o no?

—¿De qué se trata esto? —interrumpió Rebbec.

Los ojos de Yawgmoth estaban febriles.

—Hablaste de la fealdad... pero dejame mostrarte para qué servirá todo esto.

Extendió la mano hacia ella.

Rebbec quería negarse, pero ya no podía.

En cuanto su mano se acomodó en el poderoso agarre de Yawgmoth, él se volvió y tomó la mano de Dyfed.

—Llevanos allí. Llevanos al paraíso.

Sin siquiera mover los ojos, Dyfed los llevó consigo a través de las distancias vertiginosas.

Su contacto con Yawgmoth envió una envoltura de poder resplandeciente alrededor de él.

Se extendió desde su mano hasta Rebbec.

El terror la invadió.

No podía moverse.

Ni siquiera podía respirar.

Sobre su piel sintió el violento tironeo del espacio entre los mundos.

Era como si una plaga de langostas se abalanzara sobre ella, con sus mandíbulas desgarrando la membrana de maná.

Entonces el caos desapareció.

Dyfed salió de las Eternidades Ciegas y entró en un mundo amplio, verde y hermoso.

El trío se encontraba sobre un afloramiento rocoso.

Debajo de ellos se extendía un bosque primigenio, con troncos de árboles de seis metros de ancho y cientos de metros de altura.

Las copas desordenadas de los helechos y los cipreses respiraban con suavidad bajo los vientos azules del lugar.

Un único canal ancho atravesaba las copas de los árboles: un río enorme y serpenteante muy por debajo.

El agua avanzaba, lisa y negra, bajo el espeso dosel, reflejando aquí y allá fragmentos de luz solar sobre las frondas.

Enormes serpientes se enroscaban alrededor de gruesas ramas.

El chillido de aves extrañas llenaba el aire.

Más allá del bosque se extendía una pradera verde y exuberante.

Llegaba hasta una larga y baja sucesión de montañas grises en la distancia.

—Es hermoso —dijo Rebbec, descubriendo que estaba jadeando.

Dyfed la observó, sonriente.

—Más que hermoso. Abundante e inmenso.

»Cada ciudadano Thran, incluso los rebeldes y los niños, podría recibir mil acres y, aun así, el imperio conservaría la mitad de la tierra.

»Este es un mundo deshabitado. La criatura más inteligente de aquí tiene un cerebro del tamaño de una castaña.

»Está completamente abierto a la colonización.

—Sin guerra, sin enfermedad... —dijo Rebbec—. Has duplicado el tamaño del imperio sin una sola muerte.

Yawgmoth aspiró profundamente el aire fértil.

—Primero traeré aquí a todos los que padecen Tisis artificial, lejos de las Piedras de poder y de sus auras mortales.

Miró afectuosamente a Rebbec y la atrajo hacia él.

—Quiero que diseñes una nueva enfermería para aquella ladera, sobre el río y justo más allá del borde del bosque.

»Quiero que diseñes una instalación que permita nuestras estrategias de curación agresivas, pero que también proporcione a los pacientes luz solar, aire

fresco, hermosas vistas...

Ella lo miró a los ojos como si estuviera contemplando un amanecer.

—Oh, Yawgmoth. Los curaría. Sé que lo haría. Solo estar fuera de aquella cueva los curaría. Estar lejos de las Piedras de poder y bajo el sol...

—Quiero que la enfermería haga algo más que curarlos.

Quiero que los perfeccione, Rebbec.

Quiero que los fortalezca, que los cure de la mortalidad.

La duda oscureció los ojos de Rebbec.

—¿Querés que haga qué?

Una expresión interrogante apareció en el rostro de Yawgmoth.

—Vos sos quien creó la arquitectura de la ascensión.

»Vos diseñaste un templo al que solo se puede entrar abandonando el mundo.

—Sí, pero todo eso trata de aspirar a la divinidad, de ser moldeados según su belleza y perfección, de ser formados por ella, pero no de convertirnos en ella.

»¿De verdad podemos convertirnos en dioses?

Dyfed rio.

—Es bastante fácil.

Avanzó hacia los otros dos, les tomó las manos y luego dio un paso desde la cresta rocosa donde se encontraban.

Las dimensiones se cerraron a su alrededor como una flor atrapada de repente por la noche.

Cuando volvieron a abrirse, estaban en un lugar completamente diferente.

En vez de un cielo azul y extendido, había un techo elevado de elegantes vigas metálicas.

En la bóveda de abanico, enormes remaches y pernos formaban constelaciones regulares.

Columnas de kilómetros de altura conectaban el techo con el suelo.

En la base de ellas se abrían chimeneas plateadas, aunque de ellas no salía hollín.

Un suelo brillante como un espejo se extendía bajo sus pies.

Reflejaba el techo distante.

Era un mundo de plata y acero, sin una sola señal de óxido o corrosión.

Sin sol, luna ni estrellas, el mundo metálico estaba iluminado únicamente por el resplandor infinitamente reflejado del propio metal.

Rebbec murmuró:

—¿Qué es este lugar? ¿Dónde estamos?

—Es el mismo mundo —dijo Dyfed—, pero una esfera diferente.

»La primera esfera, donde estábamos antes, se encuentra en el exterior.

»Esta segunda esfera está contenida dentro de la primera.

»Esto es lo que los antiguos poetas de tu pueblo llamaban los cimientos del mundo.

Rebbec señaló el techo.

—¿El mundo que acabamos de abandonar... está ahí arriba?

Dyfed simplemente asintió.

—Estas... inmensas columnas... las bóvedas de abanico sobre nosotros... ¿sostienen el peso de un mundo? —balbuceó Rebbec.

—Sí.

Rebbec se desplomó, mareada, contra Yawgmoth.

Él sonrió ampliamente.

—Es arquitecta. Conoce las ecuaciones de carga. Sabe lo que haría falta para construir un mundo como este.

Rebbec susurró:

—Los cimientos del mundo...

—En más de un sentido —respondió Dyfed—. Estas columnas no solo sostienen el mundo de arriba. Esta esfera de metal es el origen de todo lo que ves arriba.

Rebbec negó con la cabeza.

—¿Cómo pudo este lugar dar origen a aquel? No hay comida, ni agua, ni luz solar. Nada podría vivir aquí.

Dyfed señaló hacia el exterior, sobre el suelo espejado.

En la tenue luz, algo se movió.

Muchas cosas.

Las criaturas estaban compuestas de metal pulido y avanzaban en un amplio enjambre de hormigas.

Algunas tenían forma de hormigas.

Otras eran centípedas.

Había más con diseños arácnidos o figuras que no se parecían a ninguna criatura biológica.

Se acercaban a los tres intrusos con algo parecido al hambre.

—¿Qué son? —preguntó Rebbec.

—Prototipos. Experimentos.

»Podrías considerarlas máquinas sumamente avanzadas o criaturas nacientes.

»Fueron concebidas aquí.

»Esto es una especie de laboratorio, uno desprovisto de la contaminación de la vida biológica.

»Estas criaturas son mecanismos, sí. Pero los modelos posteriores, los modelos mejores, se convirtieron en las serpientes del mundo de arriba.

—¿Eran mecanismos? —preguntó Rebbec—. ¿Eran máquinas?

—Máquinas vivientes —corrigió Dyfed—. Respiran. Comen. Se reproducen. Evolucionan. Mueren.

»Que sus orígenes estén en el artificio y no en la biología no significa que no estén vivas.

»Aunque sean metálicas, su carne y el follaje de las plantas que comen podrían nutrirte, Rebbec, y vos, a tu vez, podrías nutrirlas.

La sonrisa de Yawgmoth se hizo aún más profunda.

—No solo nos has encontrado un imperio primigenio. Nos has encontrado un depósito de invenciones.

»¿No estará Glacian feliz, Rebbec?

—No si terminamos siendo devorados —respondió ella nerviosamente mientras las bestias metálicas convergían sobre ellos.

Dyfed extendió las manos hacia sus compañeros.

En el mismo instante en que los sujetó, llegaron los insectos gigantes.

Sus antenas chisporroteaban de poder.

Las garras se cerraron hacia dentro.

Las mandíbulas se cerraron sobre los cuellos, sobre cuellos que desaparecieron de la existencia.

Los tres se precipitaron a través de los espacios entre los mundos y llegaron entonces a un mundo aún más extraño que los dos anteriores.

Era un laberinto de tuberías.

Algunas tenían kilómetros de ancho.

Otras eran tan anchas como los dedos de Rebbec.

Se enrollaban y retorcían a través de las oscuras distancias de aquella esfera.

Muchas brillaban con calor interno, como si transportaran magma.

Algunas rezumaban líquidos alquitranados.

Una tubería de cerámica púrpura, enroscada en espiral, gorgoteaba con el paso de océanos que descendían por su interior.

Era un espacio ruidoso, enorme e imponente.

—Es el mismo mundo, pero una esfera más profunda —dijo Rebbec.

—Estás empezando a entender —respondió Dyfed—. Aquí se canalizan y distribuyen todos los elementos de los otros planos.

»Es el enorme mecanismo que reproduce el funcionamiento de un mundo natural.

La respiración agitada de Rebbec comenzó a calmarse.

Miró a su alrededor con una comprensión aturdida.

—Si este mundo es todo artificio... ¿quién lo creó?

Levantó la mirada hacia Dyfed.

—¿Vos?

—No —respondió ella, negando con la cabeza—. Aunque agradezco el cumplido.

»No. Este lugar fue creado por un planeswalker antiguo y poderoso.

»Fue la obra de toda su vida.

—Entonces, ¿cómo podés simplemente entregarlo? —preguntó Rebbec—. Si esto no te pertenece, si es la obra maestra de un planeswalker antiguo, ¿cómo podés cederlo sin más al imperio?

—¿Querés que te lo muestre? —preguntó Dyfed mientras tomaba la mano de Rebbec y extendía la otra hacia Yawgmoth.

Él retiró su mano.

—Primero mostrános el resto. Dijiste que aquí había nueve esferas, unas dentro de otras.

—Sí. Una por cada ciudad-estado y una para Yawgmoth.

—Entonces veamos el resto.

—Se vuelven más oscuras a partir de aquí.

»La siguiente es el nivel de los hornos, con incineradores de kilómetros de altura que ahora no están funcionando.

»Hay enormes torres de refinería y fundiciones de metal.

»Después está la quinta esfera, que no es más que un mar de petróleo.

»Hay una más abajo que está más caliente que un sol.

»No es muy acogedora.

Dyfed volvió a tomarle la mano.

—Pero la novena esfera...

Esta vez, la negrura desgarrada entre los mundos no resultó tan aterradora como el lugar al que llegaron.

Era completamente oscuro y silencioso.

El aire apestaba a carne podrida.

Incluso en aquella asfixiante penumbra, Rebbec pudo percibir que la esfera era muy pequeña, apenas tan grande como el laboratorio de Yawgmoth en la enfermería.

Bajo sus pies había un lodo blando.

Comprendió que la mayor parte de la esfera estaba ocupada por el cadáver de aquello que alguna vez había habitado allí.

—¿Esto es acogedor? —jadeó Rebbec, llevándose una mano a la boca.

—En cierto modo, sí —respondió Dyfed—. El amo de este lugar murió hace un mes.

»Morirá lentamente después de él.

»A menos, por supuesto, que el mundo nos dé la bienvenida para ocupar el

lugar de su amo.

Dyfed hizo aparecer una luz sobre su mano extendida.

El resplandor se derramó sobre el enorme cadáver.

—Un dragón —jadeó Rebbec.

Estaba de pie sobre la cadera en descomposición de la criatura.

Escamas desecadas se curvaban bajo sus pies como hojas otoñales.

Debajo de ellas, la carne podrida se adhería a los huesos hundidos.

Buscó un terreno despejado donde poder apoyarse, pero el dragón muerto ocupaba toda la esfera.

—¿Un dragón creó todo esto?

Desde donde estaba, sobre los restos correosos de una de las alas, Dyfed respondió:

—Sí.

»El dragón era su forma favorita.

»Por eso la primera esfera está llena de serpientes, creadas a su propia imagen.

»Pero, en verdad, su forma original era humana.

Movió una mano.

Allí, en el aire fétido entre ellos, apareció un rostro fantasmal.

Era la visión de un hombre.

Parecía un Glacian anciano, con sus delicados rasgos rodeados por una barba blanca y mechones de cabello.

—¿Desde aquí podía controlar todo el plano? —preguntó Yawgmoth con intensidad.

—Sí —respondió Dyfed.

—Si limpiáramos su cadáver, ¿yo podría controlarlo desde aquí? —insistió.

—Sí.

—Ocho esferas para las ciudades-estado y la novena esfera para Yawgmoth.

—Si vinculás este plano a una Piedra de poder, ¿podés utilizarlo para crear un portal permanente desde Halción?

—Ese es el plan —confirmó Dyfed.

Yawgmoth sonrió.

Sus ojos nadaban en sueños.

—Será un mundo de generación progresiva, de phyresis.

»Será un mundo llamado Phyrexia.

CAPÍTULO 20

La ciudad estaba preparada para la guerra.

Cañones de rayos coronaban cada una de las cinco puertas aéreas. Una enorme roca esférica estaba dispuesta para cerrar la puerta terrestre. Las ballestas instaladas a lo largo del resto de la muralla llevaban virotes rematados con Piedras de poder capaces de destrozar el núcleo de motores de una nave enemiga.

Nuevos espejos hiperbólicos colgaban a ambos lados de la extrusión, con equipos entrenados para concentrar los haces de las matrices de espejos sobre los ejércitos terrestres.

Cada día se requisaban más carabelas y se las reacondicionaba para el combate aire-aire y aire-tierra.

La guardia Halcyte había duplicado su tamaño. Cada soldado había sido educado para una lealtad fanática y entrenado en el uso del nuevo arsenal de armas de Glacian.

El cuerpo de sanadores era igualmente numeroso, estaba bien equipado y avanzaba con determinación.

Se desplazaban entre la población administrando suero, eliminando los últimos casos de Tisis artificial y almacenando agentes contagiosos para utilizarlos en ataques rasantes contra los invasores.

Los artífices de Halción trabajaban día y noche en los diseños que Glacian había dejado para una máquina de carga de Piedras de poder.

Cuando se activara, semejante dispositivo cargaría una Piedra de poder vacía, absorbiendo la fuerza vital de toda planta, animal y soldado dentro de un amplio radio.

Halción no era la única ciudad preparada para soportar un asedio.

Las otras cuatro ciudades-estado leales, Nyoron, Seaton, Phoenon y Orleason, habían sido equipadas y fortificadas de manera similar.

Cada una podía resistir toda la furia de la Alianza Thran, como los bárbaros llamaban a su variopinta fuerza.

La Alianza Thran quería Halción y a su campeón, Yawgmoth.

Solo enviarían fuerzas simbólicas contra las otras ciudades-estado.

Una vez que esas fuerzas fueran derrotadas, Yawgmoth llamaría a sus soldados eugenistas leales desde las ciudades para que convergieran sobre el ejército bárbaro.

La guerra estaba prácticamente ganada de antemano.

Pero el arma más poderosa de Yawgmoth era, de todas, la única Piedra de poder que sostenía en la mano.

Tenía el tamaño de dos puños cerrados. El cristal estaba perfectamente formado.

Sus facetas eran impecables e innumerables.

Su núcleo era tan oscuro como las Eternidades Ciegas.

Aquel cristal capturaría la esencia de su mundo paradisíaco y la llevaría hasta las Cuevas de los Condenados.

Allí partirían la piedra, creando un portal permanente entre Dominaria y Phyrexia.

Dyfed estaba junto a él, en el núcleo de Phyrexia.

El hedor de la muerte había desaparecido.

El cadáver viscoso había sido retirado.

No quedaba rastro de la masa desmoronada del dragón.

Yawgmoth y su cuerpo de sanadores habían catalogado meticulosamente cada tejido.

Fragmentos de la bestia planeswalker llenaban la antigua enfermería de la ciudad.

La esfera que había gobernado había sido limpiada a conciencia.

No quedaba ni un fragmento del antiguo amo del mundo.

Ahora Yawgmoth era el amo de Phyrexia.

—¿Estás seguro de que querés realizar el ritual? —preguntó Dyfed—. Un hombre mortal podría no sobrevivir a la avalancha de energías. Solo un planeswalker...

—Planeswalkers, mortales... —lo desestimó Yawgmoth—. He diseccionado al planeswalker que gobernaba este lugar. He examinado cada tejido, analizado cada órgano. No había una sola parte mística.

Era una criatura biológica, igual que yo.

Fue esta cámara la que lo convirtió en un dios, y esta cámara me convertirá también en su dios.

Sobreviviré.

—¿Cómo podés saberlo?

—Lo he sentido —respondió Yawgmoth.

Su voz resonó con una grandeza metálica mientras avanzaba por la esfera.

Caminó hasta quedar sobre una de las paredes curvas, perpendicular a Dyfed.

Se agachó y con la mano acarició afectuosamente el vientre interior de la esfera.

—Lo sentí. Mientras arrancaba cada escama del cadáver de la criatura, mientras llevaba cada tendón hacia el exterior, sentí crecer el hambre de esta cámara.

»Pieza por pieza, perdió a su último amo.

»Pieza por pieza, me aceptó como su nuevo amo.

Dyfed cruzó los brazos sobre el pecho.

—Vas a ser un conducto para toda la energía del mundo.

»La realidad y la potencialidad pasarán a través de vos para imprimirse en la piedra.

»Una vez que comience, la descarga de poder continuará hasta completarse, aunque te consuma en el proceso.

—Ya me he convertido en un conducto para estas energías.

»Puedo ver a través de los ojos de las serpientes de la primera esfera.

»Puedo sentir cada brasa que yace dormida en los hornos del cuarto nivel.

»Puedo recorrer la base cristalina del mar de petróleo.

»Puedo hacer que el mundo respire y que deje de respirar.

—Pero no sos un planeswalker, Yawgmoth —le recordó Dyfed.

Los ojos de Yawgmoth centellearon y se puso de pie.

—Lo seré.

—No podés convertirte en uno —dijo Dyfed—. Es algo con lo que una persona nace. Es una semilla de grandeza. Solo uno entre mil millones la posee. Esa semilla no está en vos.

—¿Cómo lo sabés? —exigió Yawgmoth, avanzando por la pared hacia ella.

—Porque los planeswalkers pueden percibirla en los demás. Es un olor a destino.

Los labios de Yawgmoth se apretaron en una línea recta y blanca. Sus párpados temblaron, tensos.

—Estás equivocada respecto de mí. Soy el destino hecho carne. Voy a cambiar el mundo para siempre. Voy a cambiar el Multiverso.

Dyfed esbozó una sonrisa desafiante.

—Muy bien. Querés ser un dios. Veamos qué tan bien te sale. Volveré a buscar la piedra... si sobrevivís.

Desapareció, dejando a Yawgmoth solo en el santuario interior.

En cuanto ella se fue, la cámara se apoderó de él.

No hubo ningún cambio físico. La esfera permaneció intacta, pero músculos de magia convergieron a su alrededor y lo alzaron en vilo. Fue como quedar atrapado en la convulsión de un corazón gigantesco.

La presión intensa reventó su mente de par en par.

Se derramó por las arterias y los vasos del mundo.

Se movió a través del laberinto de tuberías de la tercera esfera.

Su conciencia fluyó por aguas de serpientes y saltó entre máquinas pulga.

Sus pensamientos se deslizaron por conductos eléctricos y rodaron a través de cascadas de petróleo.

Los bosques se convirtieron en redes neuronales. Las líneas de falla se convirtieron en articulaciones que crujían. Las morrenas se convirtieron en músculos.

Su antiguo cuerpo no era más que una piel desgarrada, y luego ni siquiera eso: ni un recuerdo.

El mundo era su cuerpo. Siempre lo había sido. Siempre lo sería.

Las cosmologías de las mentes humanas eran figuras simplistas dibujadas en la tierra. La moral inmutable se convirtió en un rezumar de sustancias químicas a través de membranas celulares.

Ningún pensamiento sostenido antes de ese momento era lo bastante grande, lo bastante fuerte ni lo bastante verdadero para permanecer en la mente transformada de Yawgmoth.

Cada mota de polvo era parte de él; cada criatura estaba bajo su mando.

Podía comprender el todo en un solo pensamiento, y podía percibir cualquier partícula con solo desearlo.

Él respiraba. El mundo respiraba.

Diez mil hornos se encendieron en el cuarto nivel.

El hollín brotaba de cien mil chimeneas en el segundo.

El sol se intensificó sobre el primero.

Ciclones nacían y bailaban por todo el mundo, haciéndole cosquillas con salvajismo.

Un terror repentino brotó en cada bestia y cada planta a través de las esferas, un terror que en los instantes siguientes dio paso a un éxtasis tembloroso.

Lo sabían. El mundo moribundo sabía que ya no estaba muriendo.

¡Estamos vivos! ¡Estamos vivos! ¡ESTAMOS VIVOS!

Era reconocimiento, adulación y reverencia, todo en uno.

El mundo fluyó a través de él y hacia el interior del cristal que sostenía. Todo lo que era real grabó allí su réplica perfecta.

De pronto, el mundo se retiró en torno a Yawgmoth. Él se encogió.

La sensación fue como caer en picada desde una gran altura.

La mente que momentos antes había comprendido un universo entero ahora residía en el minúsculo cráneo de un hombre normal.

Algo se había interpuesto entre el dios y su cosmos: algo, o alguien.

Se dio cuenta de que tenía las manos vacías. La Piedra de poder había desaparecido.

Yawgmoth se tambaleó y cayó de rodillas, mareado.

—No hace falta que te arrodilles ante mí —bromeó Dyfed, apareciendo de pronto a su lado—. Un simple gracias bastaría.

Apretando los dientes, Yawgmoth jadeó:

—No tenía ninguna intención de arrodillarme ante vos.

—Sobreviviste, Yawgmoth —dijo Dyfed con calma—. Eso es bueno. Vine a buscarte. El portal permanente está abierto. Partí la piedra sobre un pedestal de espejos. Nada podría cerrar el portal salvo una Piedra de poder cargada idéntica

colocada sobre el pedestal.

Le ofreció una mano, y él la tomó.

Antes de que pudiera levantarse, Dyfed lo apartó del mundo. Surcaron los espacios vacíos: la planeswalker, alta y majestuosa, y el antiguo dios, encorvado y mareado.

En cuestión de instantes llegaron a la primera esfera. Las Eternidades Ciegas se desvanecieron, dejando a Yawgmoth y a Dyfed de pie sobre las llanuras cubiertas de hierba, junto al bosque del desfiladero. Justo delante de ellos se abría una gran puerta redonda hacia la oscuridad.

Dyfed señaló hacia el interior.

—Más allá están las Cuevas de los Condenados.

Soltando su mano, Yawgmoth atravesó a grandes zancadas la centelleante cortina de oscuridad. Salió a una caverna negra como la noche.

Justo delante de Yawgmoth se alzaba el pedestal del que Dyfed había hablado: una plataforma baja bordeada de espejos. La luz de Phyrexia brillaba deslumbrante desde allí. Al otro lado del pedestal se inclinaba un gran libro hecho de acero y vidrio, tallado con extraños glifos: hechizos de planeswalker que anclaban el portal en el espacio y el tiempo. Todo el conjunto estaba conectado mediante cables que se extendían hacia el techo de la cueva.

Era un artefacto elaborado, pero tenía un propósito simple: abrir un portal permanente entre Dominaria y Phyrexia. El pedestal de espejos era una cerradura gigante, y en medio de su maraña de cables yacía la llave: la Piedra de poder partida. Aunque Yawgmoth alguna vez había infundido esa piedra con la esencia de un mundo entero, el cristal ahora yacía negro y vacío, partido en dos mitades sobre el pedestal.

Yawgmoth extendió la mano más allá de los cables. Tocó las piedras y sintió su calor humeante. Unas últimas chispas titilaron a lo largo de los bordes del cristal. Respirando hondo, levantó las dos mitades del cristal partido. No tenía sentido permitir que alguien duplicara la piedra y cerrara el portal. Yawgmoth guardó las mitades en un bolsillo de su túnica. Tendría que esconder esos cascarones en un lugar seguro.

«Un lugar seguro...» Una sonrisa de dientes afilados se dibujó en su rostro.

Desde la cueva más allá llegó un gemido susurrante. Yawgmoth levantó la

cabeza y distinguió el origen del sonido.

La siguiente caverna estaba abarrotada, de pared a pared, de rostros vigilantes y temerosos. Se asomaban desde una oscuridad absoluta. Entrecerraban los ojos ante el resplandor que lo envolvía. Bajo los ojos entornados había mejillas devastadas por la Tisis artificial. Los pacientes yacían en sus cápsulas de tratamiento: un cementerio de ataúdes abiertos, los muertos aguardando la resurrección. Entre las cápsulas se erguían trabajadores del cuerpo de sanadores, blindados y con velos, ataviados con el mismo metal blanco y liso que las cápsulas. Pacientes y sanadores esperaban en silencio. Esperaban para cruzar la puerta luminosa como el sol.

Yawgmoth levantó las manos ante ellos. Gritó con una voz que era mitad risa:

—¡Bienvenidos, hijos míos! ¡Bienvenidos a Phyrexia!

Yawgmoth era la viva imagen de la compasión resignada mientras estaba sentado en la pasarela metálica junto a la cápsula de curación de Glacian.

Por encima de la bufanda blanca que le protegía la boca y la nariz, sus ojos eran rendijas sombrías. Tenía las manos colgando, resignadas, entre las rodillas, y contemplaba las estructuras vacías que lo rodeaban. La cueva de cuarentena había sido vaciada de todos sus demás pacientes y ataúdes de aislamiento. Todos, hasta el último, iban camino a la nueva enfermería. Todos, excepto Glacian.

—...dice que ya no está dispuesto a someterse a estos... procedimientos... poco habituales —tradujo Rebbec con delicadeza para Yawgmoth. Ella también llevaba una máscara para protegerse del hombre contagioso—. Dice que ya terminó con los injertos de piel, las agujas y... los ungüentos enzimáticos.

—Estaría muerto si no fuera por ellos —objetó Yawgmoth, con los ojos fijos en la bolsa de sanador que tenía a sus pies.

—¡Vos y tus monstruos eugenistas! —masculló Glacian, casi sin sentido—. ¡Vos y tus científicos locos! Vi los miembros serruchados. Vi las caras cosidas de nuevo. ¡Vi las abominaciones que escondés en estos sarcófagos vivientes!

—Dice que terminó con el cuerpo de sanadores. Dice que no quiere más tratamientos. Dice que quiere que le vuelvan a conectar sus máquinas —dijo Rebbec.

—Sus máquinas funcionan con Piedras de poder —protestó Yawgmoth—. Lo estaban matando. ¿No le contaste sobre la nueva enfermería? ¿No le contaste sobre el nuevo mundo?

La exasperación tensó el rostro de Rebbec.

—Por supuesto que le conté. No lo cree. Piensa que es solo otro de tus trucos.

Yawgmoth se puso de pie de pronto, cerniéndose sobre la figura que yacía —leprosa y lastimosa— dentro de la cápsula de tratamiento.

—Hay baños de aceite. Aceite reluciente. Se filtra en la piel y la reconstituye. Entra en la sangre y ayuda a alejar la radiación de las Piedras de poder de los tejidos. Hay procedimientos nuevos. Algunos pacientes están más fuertes que nunca. Incluso hay una nueva terapia prometedora: implantar una Piedra de poder sin cargar en el músculo del muslo para atraer hacia ella las energías sobrantes. Los que tienen el implante prácticamente se han curado. Sus propios sistemas inmunológicos se han redoblado. Les está creciendo piel nueva, músculo nuevo, tejidos nuevos. Algunos hasta están creciendo en altura...

—¡Basta! —siseó Glacian—. Ya me arrastraste hasta esta cripta. Ya me fuiste arrancando la vida, tejido por tejido. ¡No podés llevarme a otro mundo y convertirme en una monstruosidad!

—Dice que no quiere ir —dijo Rebbec.

Yawgmoth contempló un momento más la ruina de costras y escamas dentro de los pliegues herméticos de la cápsula.

—Bueno, iba a esperar a que estuvieras en la enfermería para darte la buena noticia.

—¿Qué buena noticia? —preguntó Rebbec.

Yawgmoth la miró de reojo.

—Creo que podría haber descubierto por qué tu marido no ha respondido a ninguno de los tratamientos que sí funcionaron con otros.

—No lo escuches —gruñó Glacian—. No tiene curas. ¡Solo muerte!

—Callate. ¡Quiero oír esto! —le dijo ella—. ¿Qué es, Yawgmoth? ¿Qué encontraste?

—¡Nada! ¡No encontró nada!

—Se remonta a la infección —continuó Yawgmoth—. Gix lo apuñaló con una Piedra de poder cargada.

Glacian farfulló:

—¡Sí! ¡Gix! ¡Tu secuaz!

—Silencio —insistió Rebbec.

—Y la Piedra de poder implosionó poco después de que se la extrajeran de la herida —prosiguió Yawgmoth—. Quedó dañada durante el ataque. Es posible que haya quedado dentro de él un fragmento de esa piedra, un fragmento cargado. Tal vez sea esa la razón por la que su degeneración ha continuado. El fragmento lo está contaminando. Si pudiera volver a abrir la herida y extraerlo...

—¡No hay ningún fragmento! —rugió Glacian.

Rebbec miró a Yawgmoth, buscando una respuesta en sus ojos.

—¿De verdad creés que esto es cierto? »¿De verdad creés que queda dentro de él un trozo de piedra cargada? »¿De verdad creés que extraerlo podría hacer que mejorara?

Los ojos de Yawgmoth estaban completamente serios.

—Sí.

Rebbec tomó aire.

—No quiero que sienta dolor.

Yawgmoth asintió. Metió una mano en su bolsa de instrumentos, se puso los guantes y sacó una vejiga con una aguja preparada. Con un movimiento rápido y experto, clavó la aguja en la cadera de Glacian y apretó.

—No puedo creer que lo hayas dejado...

Glacian se desplomó como si estuviera muerto. Sus ojos giraron hacia arriba dentro de las cuencas sin párpados.

Rebbec dejó escapar un pequeño grito y se inclinó sobre el rostro de su marido. Sus dedos quedaron suspendidos, nerviosos, sobre sus facciones devastadas. Quería cerrarle aquellos ojos desorbitados. No soportaba verlos así. Pero sabía que no debía tocarlo.

Mientras tanto, Yawgmoth trabajaba sobre la cicatriz del abdomen de Glacian. La herida se había cerrado y vuelto a abrir innumerables veces a lo largo de los años. Ahora se abrió como una vaina de algodoncillo al partirse. Yawgmoth tiró. Debajo de la zona infectada apareció una masa de pus. Estaba compacta y grumosa.

—Voy a tener que ampliar la incisión —dijo Yawgmoth.

Rebbec apartó la mirada.

—Hacé lo que necesites.

Se inclinó para sacar otro par de guantes de la bolsa médica y se los puso. Con suavidad, administró gotas en los ojos de su marido y acarició su rostro cubierto de escamas. Lágrimas silenciosas cayeron sobre su almohada.

—Va a estar todo bien, amor mío. Él va a curarte. Va a curarnos a todos.

Yawgmoth trabajaba afanosamente. Con cuidado retiraba un fragmento de material fibroso, blanco y rojo, de la herida. La bolsa de infección se había formado debajo de la pared muscular del abdomen de Glacian, encajada junto a sus órganos internos. Yawgmoth retiró el último resto del material, tomó un puñado de gasa, lo empapó en alcohol y limpió el interior de la cavidad.

A pesar del sedante, Glacian se sacudió dentro de la cápsula de curación. Rebbec abrazó su cabeza temblorosa y le susurró palabras tranquilizadoras.

Yawgmoth terminó con la gasa. Rebbec vislumbró una gran Piedra de poder en su mano, quizá una fuente de luz. Entonces Yawgmoth se inclinó sobre la herida supurante y miró dentro. Dejó escapar un pequeño jadeo de descubrimiento. Metió un brazo en el interior, casi hasta el codo. Cuando lo retiró, la sangre corría por los pelos de su brazo y bajo el guante insuficiente. Entre dos dedos enguantados sostenía un fragmento brillante de Piedra de poder. Su resplandor estaba atenuado bajo una cápsula de tejido que había crecido a su alrededor. Mucosidad sanguinolenta envolvía el fragmento. A través de aquella envoltura, el cristal seguía brillando.

—Esto es —dijo—. Esto es lo que ha estado matando a tu marido.

Rebbec contempló la piedra encapsulada en carne. El odio y la esperanza libraron una batalla en sus ojos.

—Ahora va a mejorar. Ya vas a ver —dijo Yawgmoth mientras apartaba el fragmento.

Ya había sacado una aguja de su bolsa, enhebrado el hilo y comenzado a cerrar la herida.

—Ya vas a ver.

CAPÍTULO 21

Yawgmoth estaba aferrado al corazón de su mundo, con el alma y la esencia transformadas. No estaba simplemente en su corazón, sino también en cada una de sus extremidades. Era su sangre. Su conciencia recorría poderosamente su mundo. Era su amor, aquel lugar, aquel lugar hermoso, vasto y poderoso. Y aquel lugar también lo amaba a él. Eran uno: él, seguro en el núcleo del mundo, y el mundo, vivificado por su doloroso éxtasis.

Amaba las laderas serpenteantes del primer nivel, las serpientes que se entretejían entre los tendones de la tierra, los ríos sinuosos, las hojas escamosas, las espaldas ágiles y curvadas de las colinas...

Amaba la vasta enfermería nueva, que incluso en aquel momento tomaba forma mientras su mente respiraba a través de sus corredores sinuosos. Rebbec había hecho un buen trabajo. Los diseños de sus edificios habían captado instintivamente el corazón de aquel lugar. A diferencia de sus diseños para Halción, que se esforzaban por alcanzar el cielo en un anhelo inútil, aquellas estructuras se fundían con el suelo. Ya no había necesidad de ascender. El paraíso estaba en todas partes. El gran salón de la enfermería tenía la forma ahusada de una caja torácica de lagarto, con delgados arcos que se encontraban sobre sus cabezas formando una bóveda larga y sinuosa.

Los tísicos que comían en su interior parecían criaturas que vivieran en el vientre de una gran bestia. Y así era: la gran, benevolente y generosa bestia Yawgmoth.

Sus cápsulas de curación ya no eran ataúdes para los muertos vivientes. Ahora, las cámaras blancas se encontraban apiladas con orden junto a la enfermería, como huevos en un nido de serpiente. Los que estaban dentro, como crías de gusano a las que les crecían colmillos y alas, estaban siendo curados de su Tisis artificial.

Amaba a aquellas personas más que a ninguna otra. Los llamaba tritones, juguetonamente. Le parecían salamandras recién nacidas, de piel lisa y plácida. Novecientas noventa almas hasta el momento: los habitantes humanos del mundo. Sentía a cada una de ellas y podía entrar en sus mentes y corazones mediante las Piedras de poder alojadas en los músculos de sus muslos. Aquellas piedras curaban a la gente. A través de las piedras, Yawgmoth los curaba, los fortalecía, los mejoraba. Sus cápsulas los impregnaban de enzimas y hormonas.

Los trabajadores del cuerpo de salud los remodelaban mediante terapias agresivas y cirugías audaces. La voluntad amorosa de su creador los remodelaba para convertirlos en seres nuevos.

Cada día llegaban más pacientes desde Halción. Cada día se acumulaban más cápsulas-huevo sobre el nido junto a la enfermería. Cada día, unas pocas cápsulas de los tritones viajaban por las tuberías de las esferas hasta el cuarto nivel. Allí, en nuevos laboratorios y en hileras de cubas llenas de aceite reluciente, se tomarían muestras de su carne. Aportarían lo mejor de su constitución con la esperanza de crear un poderoso híbrido de la humanidad. La élite del cuerpo de salud de Yawgmoth supervisaba aquellas cubas, sacerdotes de la nueva fe de la Phyresis.

Los primeros frutos de sus trabajos estaban apareciendo arriba. Los tritones de sus cápsulas estaban cambiando. Su piel se engrosaba, sus músculos se hipertrofiaban, su cabello se volvía negro y erizado, sus uñas se curvaban hasta convertirse casi en garras, sus órbitas oculares se ensanchaban y los globos oculares que contenían aumentaban de tamaño, sus mandíbulas se alargaban y sus dientes crecían. Los músculos vestigiales que alguna vez habían girado las orejas hacia sonidos distantes y cerrado las fosas nasales ante océanos agitados se engrosaban y retomaban su antigua función. Yawgmoth había tomado la escoria humana de Halción y la había convertido en seres más fuertes, más altos y más capaces que los mejores guerreros del mundo de arriba. Él los amaba, y ellos lo amaban a él. Él estaba dentro de cada uno de ellos, y su vitalidad les daba vida. Cada día llegaban más.

Aquel día llegó algo más: noticias no deseadas. Era perturbador escuchar las noticias, no simplemente conocerlas. Conocía la mente de cada habitante de Phyrexia, de todos los que llevaban Piedras de poder dentro de sí, pero la persona que traía las noticias no llevaba una de aquellas piedras. Yawgmoth tuvo que escuchar su voz filtrada a través del trabajador del cuerpo de salud al que se dirigía.

—Tengo que hablar con el propio Yawgmoth —decía.

El trabajador la observaba desde arriba a través de la máscara de ojos rasgados que llevaba. Su propia voz resonaba hueca dentro de la armadura.

—Nadie habla con el propio Yawgmoth.

—¡Yo construí estos edificios! ¡Mi esposo diseñó su maldita armadura! —dijo ella entre dientes. Siempre era tan hermosa, aquella pequeña mujer de fuego—. Llevame a hablar con él.

El sanador comenzó otra respuesta desagradable, pero la propia voz de Yawgmoth se elevó a través de él y tomó posesión de su garganta como un puño.

—Hablá, Rebbec. Te escucho. Hablar con este hombre es hablar conmigo.

Ella parpadeó. La ira dio paso a la sospecha, y luego al miedo.

—¿Yawgmoth?

—Soy yo. Hablá.

—Noticias terribles. Ha tenido lugar un ataque masivo en Orleason. La ciudad cayó en un día. Los artífices que estaban dentro traicionaron a las fuerzas leales. Ahora todas las armas, naves y guerreros artefacto de la ciudad están en manos de la Alianza Thran.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace un mes, aunque las noticias recién acaban de llegar. El cuerpo de mensajeros de Orleason fue asesinado primero, para impedir las comunicaciones. Las naciones aliadas han desembarcado y marchan tierra adentro. Incluso ahora están sitiando Phoenon. Se espera que también caiga. Si lo hace, seis de las ocho ciudades-estado estarán aliadas con los invasores. Phoenon tiene un ejército de guerreros mantis mecanizados.

Yawgmoth odiaba que las preocupaciones del mundo exterior irrumpieran en su paraíso. Incluso los asuntos graves parecían simples nimiedades para la mente divina en la que se convertía en Phyrexia. Había permitido que sus lugartenientes, tan leales y despiadados como el propio Gix, se ocuparan de la mayoría de las amenazas contra su dominio, pero aquello requería su atención inmediata.

—¿Escuchaste lo que dije? —preguntó Rebbec—. ¿Están perfeccionados los cargadores de piedras?

—¿Cargadores de piedras?

Yawgmoth suspiró, aunque fue el sanador acorazado quien exhaló el aire.

—Los mecanismos que cargan las Piedras de poder extrayendo la vida de la tierra.

—Ah... —dijo Rebbec—. No. Los equipos de los dispositivos de maná han ideado dispositivos de implosión que abren las piedras de un golpe para absorber todo lo que haya a su alrededor. Están listos. Unos cien.

—No hablo de ellos. Un solo cargador de piedras mataría a tantos soldados

como mil dispositivos de implosión.

—No —dijo Rebbec tajantemente—. Los cargadores no están listos.

—Entonces será una batalla aérea: nuestras carabelas de guerra contra las suyas. Convocaremos a las naves aéreas de Nyoron y Seaton para que se reúnan con nosotros sobre Phoenon. Si podemos inutilizar las fuerzas aéreas de los invasores, podremos dejar expuestas sus unidades terrestres al bombardeo. Para entonces, los cargadores de piedras estarán listos.

—Puede que no lo estén —advirtió Rebbec—. Hay ciertos límites prácticos...

—Lo estarán —dijo Yawgmoth con la voz del guardia—. Tendré que comandar personalmente la batalla aérea.

—Yo también quiero ir —dijo Rebbec con firmeza.

Era como si él hubiera plantado aquel pensamiento en su cabeza.

—Sí, Rebbec —dijo—. Vos también irás.

—Ahí está —dijo Yawgmoth cuando el crucero de mando coronó una línea dentada de montañas—. ¡Apaguen las luces!

El crucero quedó a oscuras. Las alas de lona vibraron suavemente en la noche. Mientras el comunicador transmitía la orden a las cañoneras y carabelas de guerra, estas también se apagaron. Solo el resplandor naranja de sus motores de Piedras de poder se distinguía contra la noche. Una luz muy diferente iluminaba la tierra que tenían delante.

—Ahí está. O, quizá, ahí estaba.

Sobre las montañas lejanas ardían fuegos. Columnas de llamas se alzaban entre edificios en ruinas y muros destrozados. Pequeñas figuras con armaduras salvajes se movían entre los escombros. El humo negro profundizaba la oscuridad sobre la ciudad que alguna vez había sido. Destellos de fuego proyectaban brillos demoníacos sobre los vientres ondulantes de hollín. Entre las nubes inmundas que cubrían la ciudad permanecían formas sólidas: una armada de naves atracadas junto a la Phoenon capturada. El hecho de que aquellas naves permanecieran allí, amarradas borda con borda, era una buena señal. La Alianza Thran creía que no tenía nada que temer.

Yawgmoth sonrió. Su propia fuerza de ataque, la armada Phyrexiana, había sido rápida y exhaustiva. Ni un solo centinela Thran había logrado transmitir la noticia del ataque que se aproximaba. Pronto la flota Thran estaría tan devastada

como la ciudad.

—Phoenon —dijo Rebbec junto a Yawgmoth, contemplando las ruinas en llamas. Once, aquella metrópolis fortificada en las montañas había sido la más antigua, la segunda más rica y la tercera más poblada de las ciudades-estado del imperio. Ahora era un muñón humeante—. Al menos aquí hubo una lucha. Al menos la gente resistió. La ciudad no cayó por traición, como Orleason.

—Les negaron a los invasores sus naves y sus soldados, pero aun así cayeron —murmuró Yawgmoth entre el viento que pasaba sobre la baranda del crucero—. Cayeron.

Rebbec miró hacia popa. Nueve elegantes cañoneras seguían al crucero. Avanzaban dando bandazos, silenciosas y extrañas como murciélagos. Más allá, volaba la armada aérea reunida de Halción, Nyoron y Seaton: naves de embestida, carabelas de guerra y bombarderos.

—¿Qué vas a hacer? ¿Enviar las cañoneras para un ataque sorpresa?

—Vamos a entrar todos —respondió Yawgmoth. Se volvió hacia el oficial de comunicaciones—. Ordená a los capitanes avanzar a toda velocidad. Deciles que tracen un rumbo justo por debajo de las naves enemigas.

—¿Por debajo? —preguntó el oficial.

—Por debajo. Vamos a arrancarle el vientre a la armada amarrada. Ordená a los artilleros que apunten los cañones de rayos directamente hacia arriba.

El oficial de comunicaciones trabajó febrilmente sobre una consola de Piedra de poder.

—Deciles a los capitanes que se agrupen alrededor del crucero de mando en formación cerrada. No queremos estar extendidos en una línea cuando las naves empiecen a caer. Ordená a las naves de embestida que cierren la retaguardia y entren en combate una vez que el resto de nosotros haya pasado a salvo. Enviá los bombarderos sobre la ciudad y deciles que suelten sus dispositivos de implosión.

Incluso en la penumbra podían verse los ojos muy abiertos y el ceño fruncido de Rebbec.

—¿Sobre la ciudad?

—No queda nadie de los nuestros con vida allí. Solo invasores y traidores. Su ejército estará allí, saqueando, violando y asesinando.

—Si están violando y asesinando, algunos de los nuestros todavía siguen vi-

vos...

—Quizá habrían luchado con más fuerza si hubieran sabido lo que yo haría. Quizá la gente de Nyoron y Seaton luche con más fuerza sabiendo lo que yo haré.

Ya no había tiempo para discutir. Las vastas extensiones negras de las montañas habían quedado atrás bajo las naves que se precipitaban. Las carabelas de guerra se aproximaron al crucero de mando. Las cañoneras flotaban en los intersticios. Sus pequeños motores proyectaban un resplandor de vela sobre los cascos pulidos de las naves mayores. Los cañones de rayos permanecían erguidos sobre las cubiertas, preparados para abrir los cascos de las naves Thran. Las naves de embestida cerraban la retaguardia del contingente, y los bombarderos se separaban hacia la oscuridad, surcando el cielo hacia la ciudad humeante.

La flota amarrada de la Alianza Thran flotaba justo delante, justo por encima de ellos. Era enorme: veinte cruceros, cincuenta carabelas de guerra y quizá un centenar de naves menores. A pesar de su número, todas contaban con bombardas anticuadas. Aquellas naves estaban diseñadas para descargar desde kilómetros de altura una lluvia lenta y devastadora sobre una ciudad, o para colocarse de costado junto a otras naves a corta distancia. Como la mayoría también eran embarcaciones capaces de navegar por el mar, sus cascos eran de madera maciza y no contaban ni con cañones ni con vigías. Lisos, ciegos y sin defensa. Las naves se agrupaban allí como uvas gordas colgando de una alta pérgola.

—Maduras para la cosecha —dijo Yawgmoth.

Una mano aferraba la baranda mientras la otra se levantaba, preparada para dar la señal de fuego. El oficial de comunicaciones preparó el mismo mensaje.

Un último hilo de montaña se deslizó bajo la flota oscura. Las luces de sus motores se reflejaron momentáneamente sobre la cima al pasar. Después, las naves se deslizaron hacia el valle que se extendía más allá. La ciudad era una enorme costra irregular en el centro de aquel valle. Las últimas naves de embestida superaron el borde del valle y dieron un último impulso de velocidad. Débil como la luz del crepúsculo, el motor proyectó un resplandor sobre la cresta.

Una campana de alarma repicó delante. Las linternas se encendieron a lo largo de la baranda de la nave Thran más cercana. Se elevaron gritos, audibles incluso sobre el viento abrasador.

Poco importaba. Antes de que un solo invasor pudiera levantar un arma, la armada Phyrexiana de Yawgmoth pasó rugiendo por debajo de la flotilla.

Bajó la mano, señalando y ordenando:

—¡Fuego a discreción!

Los cañones de rayos se encendieron. Cuñas triangulares de oro y verde se filtraron por las troneras y se derramaron sobre las cubiertas oscurecidas. Columnas de energía pura se elevaron. Rectos como baquetas, los disparos ascendieron hasta estrellarse sonoramente contra los cascos. La madera de veinte centímetros de grosor se incineró en un abrir y cerrar de ojos. Se abrieron boquetes de seis metros en los cascos de las naves. De ellos llovieron cosas: cosas destrozadas y humeantes, cuerpos destrozados y humeantes. Allí donde los rayos no se agotaban, atravesaban la sentina, las bodegas y los camarotes hasta llegar a las salas de máquinas. Masacre.

Rebbec se agachó junto a la baranda, contemplando aterrada cómo la armada Phyrexiana pasaba rugiendo bajo la flota Thran. Los restos caían como granizo desde los cascos destrozados y golpeaban las cubiertas de las naves Phyrexianas. Fragmentos de metal al rojo vivo rebotaban sobre las tablas. La madera ardiendo caía en cascada. A estribor, un trozo del casco cayó sobre una cañonera Phyrexiana. La nave brilló una vez cuando su motor entró en estado crítico. Cayó del cielo como un cometa. A babor, unos sacos de grano cayeron de una nave de suministros destrozada. Golpearon una carabela Phyrexiana que pasaba por debajo y explotaron en nubes asfixiantes de harina.

Algo pesado y húmedo cayó sobre la cubierta justo detrás de Rebbec: un hombre, o la mitad de uno. Había desaparecido de la cintura para arriba, con las entrañas cauterizadas en su sitio. Los restos se deslizaron y rodaron por la cubierta que avanzaba a toda velocidad, como si las piernas esperaran poder escapar.

¿Cómo podía sobrevivir la armada Phyrexiana a semejante lluvia asesina?

Rebbec se estremeció y dirigió la mirada hacia proa. Justo delante, un enorme behemoth Thran se inclinaba de forma masiva y horrible.

—¡Separar la armada! ¡Evadir! —ordenó Yawgmoth.

El crucero de mando salió de debajo de la carabela Thran justo cuando esta descendió bruscamente unos tres metros. La tripulación cayó de la cubierta inclinada.

—¡Están perdiendo sustentación! —gritó Rebbec, mirando hacia atrás por encima de la proa.

Enorme y estremeciéndose, la nave se precipitó entre la corriente de naves Phyrexianas. Dos cañoneras chocaron contra ella y se desintegraron. Una tercera rebotó contra su casco en rotación. Una carabela Phyrexiana chocó contra la borda Thran y abrió una zanja hasta las tablas de la quilla. Otra de las naves de Yawgmoth habría chocado de frente contra ella, pero el artillero de proa bajó el cañón y abrió un pasaje a través de la nave.

Cubierta de mástiles destrozados y aparejos enmarañados, la nave Thran se inclinó y se precipitó hacia la oscuridad más allá de la ciudad. La tripulación, el equipo y las provisiones salieron despedidos de ella como pimienta de un molino giratorio. La nave impactó contra el suelo en medio de los ejércitos Thran acampados. El núcleo de Piedra de poder se partió y entró en estado crítico. Su explosión no se oyó entre la tormenta de fuego de los cañones de rayos, pero su resplandor iluminó el enorme vientre flotante de la armada Thran.

—¡Maduras para la cosecha! —aulló Yawgmoth con júbilo.

Otra carabela Thran se precipitó. Descendió de repente, como si hubieran cortado la cuerda que la mantenía suspendida. Atravesó un enjambre de naves Phyrexianas, arrastrando consigo tres pequeñas cañoneras. Una cuarta rozó los aparejos, giró violentamente y chocó contra otra nave Thran, partiéndola en dos. Chisporroteando y siseando, las secciones separadas se inclinaron alejándose una de otra y se precipitaron con estrépito.

Tres naves más cayeron en los segundos siguientes. Veinte más en los minutos siguientes. Las naves Phyrexianas esquivaron la mayoría y arrancaron las entrañas de muchas otras. Yawgmoth abrió una avenida de destrucción bajo la flota invasora. El cielo estaba cayendo. Las naves Thran caían sobre las tropas Thran. La roca estallaba en una lluvia asesina. Los soldados se precipitaban dentro de cráteres abiertos. El abismo que había sido abierto en el cielo arriba había sido abierto abajo a través de la carne y la tierra rocosa.

Rebbec se aferró a la baranda. —¿Por qué pensé que tenía que venir?

La peor visión de todas llegó desde la ciudad en ruinas. Mientras las naves que caían destruían al ejército que debían proteger, las bombas de implosión desgarraban los restos de Phoenon. Cada bombardero dejaba largas estelas de roca, hueso y carne pulverizados. Por todas partes dentro de las murallas se entrecruzaban explosiones blancas. Los tejados y las paredes se precipitaban dentro de los vacíos que absorbían todo, allí donde las Piedras de poder se partían. Fuegos

anaranjados brotaban de lo poco que quedaba por arder. Llamas rojas saltaban de los hombros de quienes quedaban atrapados en el incendio. Tropezaban y se agitaban hasta que la ropa, la piel y los músculos se consumían, y solo quedaban huesos muertos que caían al suelo.

—Los cañones están casi agotados —informó el alférez de artillería.

—¡Aumenten la velocidad! —gritó Yawgmoth. La armada Phyrexiana rugió y aceleró. Tres carabelas, un crucero pesado y una veintena de pequeñas cañoneras habían quedado destruidos junto con las naves Thran alcanzadas.

—¡Fuego hasta agotar las cargas! —ordenó Yawgmoth—. ¡Llamen a los bombarderos! ¡Máxima velocidad hacia Halción!

El crucero emitió un gemido estremecedor mientras las últimas cargas de luz salían en espasmos de los cañones. Uno tras otro, estos expulsaron ráfagas de humo gris. Los núcleos de los cañones se apagaron. Solo quedó el viento rugiente.

El crucero de Yawgmoth salió de debajo de la armada Thran. Su flota lo siguió. Los bombarderos Phyrexianos, ligeros y vacíos, se reunieron con ellos en lo alto del cielo. Las naves giraron y se alejaron en un arco sobre las montañas que los rodeaban. Una vez más allá del muro gris de aquellas montañas, las luces volvieron a encenderse a lo largo de las barandas y los mástiles de las naves.

Yawgmoth las contó, y su rostro se ensombreció. —Necesitaremos todas las naves. Necesitaremos todos los cañones.

—¿Y ahora qué? ¿Nos perseguirán? —preguntó Rebbec.

—No. Sus pérdidas son demasiado grandes y su ejército demasiado vulnerable. Temen que tengamos tropas esperando en las montañas para lanzarse sobre ellos. No nos perseguirán.

Rebbec negó con la cabeza. —Si tan solo tuviéramos tropas en las montañas...

—Esta batalla solo sirvió para igualar las cosas. Solo para diezmar su flota y su ejército y asegurarnos de que Nyoron y Seaton comprendan que deben permanecer leales o pagar con sangre por el perdón.

—Marcharán ahora sobre Halción —dijo Rebbec.

—No llegarán a Halción. No a la ciudad misma. Nos encontraremos con ellos en el Desfiladero de Megheddon, justo al este de la ciudad. Tendrán que atravesar ese valle de la muerte para salir a las llanuras desérticas. Las tropas terrestres quedarán embotelladas al emerger allí. Las unidades aéreas estarán

comprometidas con su defensa. Los arrojaremos fuera del cielo. Mientras tanto, nuestro ejército principal los matará por cientos mientras emergen. Esa será la mayor batalla de esta guerra. Esa batalla vivirá para siempre en la memoria del mundo. La Batalla del Desfiladero de Megheddon.

CAPÍTULO 22

—Rebbec estaba en la cueva de cuarentena cuando comenzó la batalla del Desfiladero de Megheddon.

Durante semanas había observado los preparativos de Yawgmoth. Había visto los búnkeres inclinados excavados en el suelo del desierto. Había observado a los guardias Halcyte y a los guardias Phyrexianos entrenarse para la batalla que se avecinaba. Había visto hordas de asesinos mecánicos enterrados en la arena o escondidos, alineados en regimientos que aguardaban en los flancos.

Se acercaba una destrucción espantosa, y ella no había querido verla.

Pero incluso allí abajo podía oírla.

Un estruendo enorme retumbó en las profundidades de la cueva.

—Está usando mis behemoths.

La voz de Glacian, desde hacía mucho tiempo ininteligible para cualquiera excepto su esposa, ahora resultaba casi demasiado confusa incluso para Rebbec.

La Tisis artificial de Glacian había disminuido desde que Yawgmoth le había extraído el fragmento de Piedra de poder, pero su mente solo había empeorado.

La ruptura entre las dos mitades de su psique se profundizaba.

Su memoria fallaba.

La paranoia crecía.

La confusión y la desesperación lo desgarraban.

Se negaba a recibir la terapia con Piedras de poder que había curado al resto de la ciudad.

Incluso se negaba a entrar en Phyrexia para recibir tratamiento.

En cambio, Glacian pasaba sus horas solo, en la oscuridad de la cueva de cuarentena, acompañado únicamente por sus mecanismos de Piedras de poder, una hilera de trasgos fieles y, por supuesto, su esposa.

Aunque Rebbec lo visitaba todos los días, él solía acusarla de haber permanecido semanas enteras sin verlo.

Hoy era una bendición que la paranoia de Glacian tuviera un objetivo diferente de Rebbec.

Otro estruendo ensordecedor llenó la cámara.

—Yawgmoth está usando mis behemoths —dijo Glacian.

Su rostro tembló bajo el resplandor de la lámpara de aceite que Rebbec llevaba en sus visitas.

—El bastardo. Ha robado todas mis invenciones... las ha retorcido para servir a sus propios fines.

Rebbec dejó escapar un suspiro cansado detrás del pañuelo que le cubría la boca.

Con una mano enguantada, le dio unas palmaditas en el brazo.

—Solo está defendiendo la ciudad, el imperio.

—Los está destruyendo. Solo se está defendiendo a sí mismo.

—Tus invenciones están siendo utilizadas para algo bueno.

Unos dedos cubiertos de llagas se cerraron alrededor de su mano enguantada.

Glacian alzó la mirada desde aquella piel desgarrada y aquellos huesos que se deshacían, desde el corazón mismo de una desesperación enloquecida.

—Se ha metido dentro de mí, Rebbec. Se ha metido dentro de todos nosotros.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, apartándose.

—Mi mente. Esas piedras que tiene. Lo que él llama una cura. Implanta esas piedras y puede ver dentro de la mente de las personas.

»Las Piedras de poder absorben el carácter de una persona. Ahora lo creo. Adoptan las cualidades de las personas fuertes.

»Lee nuestras mentes.

»También ha puesto una de sus piedras dentro de mí.

Glacian apartó las mantas de la cicatriz que tenía en el costado. Estaba hinchada e infectada, con puntos de sutura como arañas negras que atravesaban el corte.

—Puso una piedra aquí.

Rebbec negó sombríamente con la cabeza.

—Te sacó una Piedra de poder. No puso una dentro. Yo lo vi.

—Puso una.

»La usa para atormentar mi mente. Toma mis pensamientos, mis invenciones, mis sueños y los retuerce. ¿De qué otra manera habría descubierto los

behemoths?

—Los behemoths son difíciles de ocultar —dijo Rebbec—. Yawgmoth tiene el control absoluto de la maquinaria de maná. Es increíble que no los haya descubierto antes.

—La maquinaria de maná... sí, la maquinaria de maná...

—Escuchame. Estás acostado aquí solo, en la oscuridad. Tu mente es... demasiado brillante para vivir en la oscuridad. No es extraño que se te ocurran estas... ideas sobre lo que está pasando, pero no son ciertas.

—Escuchame vos. He tenido miedo de contarte esto. Incluso he tenido miedo de pensarlo. Él escucha todo el tiempo, pero ahora no puede escuchar, no mientras está luchando.

»Así que te lo voy a contar.

»No se lo digas a Yawgmoth.

»No le digas lo que estoy a punto de decirte.

Con un suspiro de resignación, Rebbec preguntó:

—¿Qué es esta vez?

—El Templo Thran.

»Podés llevarte a la gente en el Templo Thran.

»Cada piedra de ese templo es un plano en sí misma.

»No es simplemente un mundo entero.

»Es todo un Multiverso.

»Podrían vivir allí para siempre.

»Nuestra gente podría sobrevivir.

—Nuestra gente va a sobrevivir. Yawgmoth ganará esta guerra. Incluso si no lo hace, está Phyrexia.

—¡No!

»Quienquiera que vaya allí cambia. Es destruido.

»Vos podés salvar al resto.

»Podés llevártelos en el Templo Thran.

—¿Llevármelos?

—Una piedra de control.

»Creá una piedra de control, igual que las que mueven las sillas de transporte.

»Creá una piedra de control y montala sobre el altar central del templo, y podrás hacerlo volar lejos de Halción, lejos de la guerra, lejos de la destrucción.

Rebbec solo pudo mirarlo, con la boca abierta de asombro.

—Podés salvar a nuestra gente, Rebbec.

»Pueden ascender, tal como siempre has esperado.

»Podés llevarlos al cielo.

»Podés alejarlos de este infierno.

Una nueva luz apareció en los ojos de Rebbec, una luz azul y frágil dentro del cálido resplandor de la lámpara.

—Sabés que puede hacerse.

»Sabés que debe hacerse.

—Sé que puede hacerse —repitió Rebbec, ausente.

—No se lo digas a Yawgmoth.

—No.

—No dejes que implante una de sus piedras en vos.

—No.

—Prometeme que lo harás.

»Prometeme que crearás la piedra de control.

»Prometeme que te llevarás a nuestra gente de aquí.

—No.

Con los ojos perdidos en la oscuridad, se puso de pie, respiró profundamente y dijo:

—Tengo que irme.

»Se está librando una batalla.

—Sí, andate, Rebbec.

»Dejame, pero salválos.

»¡Salválos!

Para el segundo día, la mayoría de las reservas se habían agotado.

Las tropas Halcyte más frescas estaban exhaustas hasta los huesos.

No así el comandante Gix y sus guerreros Phyrexianos.

Ellos continuaban luchando pese a heridas que habrían matado a simples humanos.

—¡Adelante!

Los Phyrexianos irrumpieron desde las trincheras.

Gix corrió con ellos.

Eran una masa negra y hirviente.

Parecía que el viejo volcán estuviera vomitando una marea burbujeante de lava.

Sus armaduras estaban cubiertas de escamas.

Sus yelmos terminaban en cuernos dentados.

Las articulaciones de las placas de los hombros, codos, muslos y rodillas los hacían parecer monstruos inhumanos.

—¿Acaso no es eso lo que somos? —reflexionó el comandante.

Era simplemente una observación, no una condena.

Yawgmoth había tenido razón en todo.

Mucho tiempo atrás, había obligado a Gix a aceptar la cura para la Tisis artificial, el poder que se encontraba dentro de aquella cura.

Quizá Gix había muerto aquel día, el viejo Gix, pero un hombre nuevo había nacido.

Un monstruo nuevo.

Cargó a la cabeza de aquella compañía de Phyrexianos que avanzaba como una marea.

El comandante Gix mantenía la cabeza en alto, una cabeza que ahora era un tercio más grande que antes.

El cambio había comenzado poco después de que le implantaran su piedra corazón Phyrexiana.

A medida que su piel recuperaba la salud, sus mechones de cabello enmarañado habían caído.

Debajo, tanto la piel como el cráneo habían crecido hacia afuera.

Al principio, el cambio lo había aterrorizado.

Pero una voz en su interior le aseguró que no había nada que temer.

La piel y el cráneo crecían para permitir que su cerebro también creciera.

Una nueva claridad de pensamiento parecía confirmar aquella creencia.

De repente, todo aquel mundo demente se había vuelto claro para él.

Incluso mientras su cráneo adoptaba su forma actual, estriada, su mente se asentaba en su devoción hacia Yawgmoth, en el atisbo de la visión de su amo y en el placer que encontraba en su trabajo.

Aquella simple claridad de propósito hizo que su pico se hundiera limpiamente en la cabeza de un enano.

El pequeño bárbaro tembló un instante sobre el pico.

Había atravesado la parte superior de su cabeza como el colmillo de una serpiente al penetrar un huevo.

La punta debía haberse alojado en la columna vertebral del enano para hacerlo estremecerse de aquella manera.

Gix levantó el pico y el bárbaro subió con él.

No importaba.

Los brazos de Gix eran más largos y fuertes que antes.

Con su brillo abultado y los gruesos mechones de pelo que sobresalían de ellos, parecían casi las patas de una mosca gigante.

A mitad de la zancada, Gix sacudió el pico.

El enano, flácido y ensangrentado, cayó estúpidamente de él.

Gix hizo girar el mango con impaciencia y volvió a bajar el pico para matar a otro enano.

—¡Como recoger hongos! —gritó por encima del estruendo.

Sonrisas aparecieron a lo largo de la línea de Phyrexianos, sonrisas allí donde había dientes y labios capaces de retraerse para mostrarlos.

Algunos expresaron su aprobación simplemente clavando sus picos en más cabezas de enanos.

Como hongos: blandos y blancos, con ese pequeño y satisfactorio thup cuando la punta atravesaba el sombrero.

Después ya no quedaron más enanos.

Yacían convertidos en un amasijo de ruinas detrás de ellos.

La sangre salía por un extremo y una sustancia similar por el otro.

Bárbaros.

Ni siquiera podían morir bien, aquellos pequeños hombres-hongo.

Los guerreros humanos que había más adelante al menos ofrecían más diversión.

Gritaban y correteaban, daban algunos golpes y esquivaban un poco mejor.

Eran más parecidos a las cucarachas albinas de las cavernas profundas: difíciles de atrapar, difíciles de matar, pero no particularmente peligrosas.

La manera de matar cucarachas, al menos las que no pensabas comer, era simplemente aplastarlas.

Gix blandió su pico cargado de cuerpos con un brazo y derribó a dos humanos.

Con la otra mano empuñaba su daga.

Un corte hacia la boca siempre era efectivo con una daga.

Si el enemigo intentaba agacharse, podía cortarle los ojos como si fueran un par de uvas.

Gix tenía la fuerza suficiente para hacerlo: un corte que entraba por una sien, seccionaba los huesos nasales y salía por la otra sien.

Si el enemigo intentaba saltar, le cortaba la garganta.

Si avanzaba directamente hacia él, como en aquel momento, la hoja de Gix le abría la boca de oreja a oreja.

No habría sido una herida incapacitante para una raza verdaderamente guerrera, pero los humanos eran sorprendentemente reacios a seguir luchando cuando sus mandíbulas colgaban flácidas bajo los músculos seccionados.

Aquel guerrero, por ejemplo...

Mirá su sonrisa ensangrentada y el labio inferior temblando sobre su laringe.

Mirá cómo cae de rodillas y entierra en sus manos lo que alguna vez fue un rostro.

Si un Phyrexiano recibiera un corte semejante, continuaría luchando, luciendo una sonrisa permanente.

El comandante Gix siguió luchando, admirando a los guerreros que lo acompañaban.

Eran hermosos: cabezas grandes, ojos enormes, colmillos estriados, cuernos en el mentón, orejas puntiagudas.

Y luchaban hermosamente.

Una mujer hundió garras como las de un tigre en el pecho de un humano y le abrió el torso de par en par.

Un hombre que había perdido la mano con la que empuñaba la espada atacó con los extremos seccionados de sus propios huesos del radio y el cúbito.

Un niño, que no debía de haber tenido más de diez años cuando recibió el implante, saltaba ágilmente de hombro en hombro, arrancando pedazos de cabezas a mordiscos, como si mordiera manzanas.

¡Hermoso!

Yawgmoth había hecho más por transformar a la raza Thran que nadie antes que él.

Era como si la humanidad no hubiera sido más que la fase de pupa, blanda, débil y fea, de aquella nueva especie de criaturas.

Los humanos pronto también fueron consumidos.

Gix y su grupo de Phyrexianos habían matado a miles y habían perdido quizá diez de los suyos.

Una proporción de cien a uno.

Verdaderamente, aquellas criaturas no eran más que pupas.

—¡Adelante! —gritó Gix—. ¡Al desfiladero!

Amaneció el tercer día de la Guerra Thran-Phyrexiana.

En la ciudad, los sonidos de la batalla quedaban ahogados bajo los vítores de la gente.

Se alineaban sobre las murallas orientales, abarrotando cada elevación desde la que pudiera verse el campo de batalla.

Llenaban cada balcón y cada mirador del Templo Thran.

Los cristales proyectaban sus imágenes hacia el exterior en diminutos arcoíris.

Parecía como si los propios dioses contemplaran con avidez la batalla que se

libraba abajo.

Y, sin embargo, aquellos dioses no veían realmente nada.

Lo contemplaban todo desde la distancia.

Veían la fuerza y el éxito de los Phyrexianos sin ver su grotesquería ni su salvajismo.

Para los ciudadanos de Halción, la guerra se había convertido en un espectáculo lejano, un carnaval en el sentido literal de la palabra: una exhibición de carne.

La multitud observaba con silenciosa aprensión.

Cada vez que una nave Thran caía, ya fuera alcanzada por el fuego de los cañones de rayos o por la luz rasante de las matrices de espejos, la multitud vitoreaba.

Cada nueva sorpresa de Yawgmoth provocaba más gritos de entusiasmo.

Cangrejos de arena, ejércitos ocultos, behemoths, guerreros Phyrexianos.

Cada uno provocaba gritos de esperanza, vítores e incluso risas entre los Halcytes.

El sonido resonaba de manera burlona en los oídos de Rebbec.

Ella se encontraba en el punto más alto del Templo Thran.

Aquel parapeto estaba cerrado al público y, de hecho, ni siquiera formaba parte del diseño original.

Había sido añadido para facilitarles a los constructores el acceso a la matriz de Piedras de poder que formaba el techo del templo.

Ahora Rebbec estaba allí, sola, observando cómo se desarrollaba aquella carnicería.

La flota Halcyte ya había derribado más de doscientas carabelas enemigas, que yacían convertidas en ruinas humeantes sobre el suelo del desierto.

Muchas de aquellas naves habían implosionado al impactar.

Sus núcleos de Piedra de poder se habían resquebrajado, absorbiendo materia para llenar el vacío.

En este caso, la materia significaba carne: humana, enana, élfica, minotauro, viashino.

¿Cuántos miles habían sido absorbidos hacia la nada, sin dejar siquiera sus cuerpos para ensuciar el desierto?

Miles más cubrían el suelo.

Incluso desde aquella gran altura, a más de cuatrocientos cincuenta metros sobre el suelo del desierto, aquellos cuerpos y las oscuras manchas que se extendían desde sus cabezas y vientres eran inconfundibles.

La mayoría eran Thran.

Muchos eran Halcytes.

Algunos eran incluso Phyrexianos.

No parecía importar cuántos cayeran.

La máquina de guerra de Yawgmoth avanzaba sin detenerse, triturando huesos hasta convertirlos en harina.

Un festín de carne.

La multitud lo devoraba.

Rebbec oyó a varias personas prometer que se unirían a las filas Phyrexianas.

Veían el poder y la destreza de los Phyrexianos, no sus mutaciones.

Nadie quería quedarse atrás.

Todos querían ser mejorados por Yawgmoth, elevados por él.

De pronto, los espectros entrelazados del templo quedaron inundados por un resplandor enorme.

Algo gigantesco se movía entre las montañas lejanas.

Brillaba como un diamante y rodaba como mercurio.

Era enorme.

¿Una esfera de quintaesencia?

No.

Una esfera de metal.

No rodaba, sino que flotaba entre los picos, dirigiéndose directamente hacia la batalla.

—¿Qué estás haciendo, Yawgmoth? —se preguntó Rebbec.

Parpadeó y finalmente logró distinguir aquella extraña cosa.

—¡La Esfera Nula!

Había ayudado a Glacian a diseñar aquella enorme estación de transmisión.

La propia Rebbec había ideado las vigas de metal ligero, pero jamás había pensado que la estructura volaría.

Debía permanecer anclada al suelo, extrayendo energía de él y canalizándola hacia cada criatura artefacto del imperio...

—¡Oh, no!

Incluso desde aquella altura, la carnicería era evidente.

Mientras la Esfera Nula se elevaba sobre el campo de batalla como una luna, la marea de motores artefacto Thran cambió de dirección.

Ya no rechazaban a los Phyrexianos.

Las máquinas Thran se unieron a ellos y atacaron a sus propias fuerzas.

Los Thran sangraban, morían y eran pisoteados contra la tierra.

Los que todavía vivían retrocedían aterrorizados hacia el Desfiladero de Megheddon.

Por supuesto, no les proporcionaría ninguna salida.

Yawgmoth no permitía escapar a nadie.

Un grito de júbilo surgió de la multitud dentro del templo.

—¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!

La batalla pronto terminaría.

Los Thran también terminarían.

Hacían una retirada completa, corriendo de regreso hacia la lejana Phoenon.

Incluso las carabelas de guerra Thran que quedaban huían ante la flota Halcyte.

La Esfera Nula flotaba amenazadora sobre todo aquello.

Algo cayó desde el vientre de aquella enorme esfera.

Cayó en el centro del Desfiladero de Megheddon, en medio del ejército que se retiraba.

Durante un instante más, el valle permaneció allí, una herida torcida que se internaba entre las montañas escarpadas.

Entonces las paredes del desfiladero saltaron hacia arriba.

Algo blanco y lechoso brotó desde el centro de aquella herida y se extendió en ambas direcciones a lo largo de ella.

La blancura desbordó los bordes de los acantilados y se filtró por los valles y las grietas adyacentes.

Salió por la boca del desfiladero y se derramó sobre el suelo del desierto.

Nubes perladas envolvieron a la retaguardia Thran y avanzaron hacia las tropas Phyrexianas que corrían.

La ola blanca alcanzó a muchas de ellas y las arrastró bajo una nube opaca.

Por fin, la inundación lechosa se detuvo, suspendida en un semicírculo maligno en medio del desierto.

Toda conversación en el templo había enmudecido.

Solo llegaban los sonidos de la batalla.

En el último borde de sonido antes de que se oyera la explosión llegó un grito tenue y omnipresente.

El estruendo sacudió el templo como si fuera una campana de viento de cristal.

El ruido golpeó cada esternón.

Todos los ciudadanos cayeron de rodillas.

No quedó nadie de pie.

Mientras Rebbec caía, supo que aquello era el cargador de Piedras de poder de Yawgmoth.

Era el arma que había trabajado tanto para perfeccionar.

El dispositivo simplemente cargaba una Piedra de poder absorbiendo la vida de toda la tierra que lo rodeaba.

De un solo golpe, Yawgmoth había matado a todo el ejército Thran.

—Llevá la esfera más arriba —ordenó Yawgmoth a su tripulación de artífices en el núcleo de mando—. ¡Alejala de esa nube asesina!

La enorme masa de la Esfera Nula se sacudió y ascendió.

Phyrexianos, Halcytes y artífices se afirmaron como pudieron.

—Redirijan las bombas de maná de la esfera.

»Extraigan maná de esa nube.

»Es energía pura.

»Sáquenla de allí antes de que lo destruya todo.

Uno de los artífices preguntó:

—¿Qué hacemos con semejante cantidad de poder en bruto? Sobrecargará las baterías de maná.

—Envíenlo.

»Envíenlo a todos los motores artefacto Thran del imperio.

»Apáguenlos.

Incluso para el anciano, aquello era demasiado.

—Se perderán vidas. Miles de civiles inocentes que dependen de los motores artefacto: mineros, leñadores y pescadores...

—Hacelo.

»Y agradecé que no te pida que vuelvas esas máquinas contra sus dueños.

El ánimo de Yawgmoth pareció suavizarse.

—Solo será temporal, solo hasta que la Alianza Thran pida la paz y me reconozca como el verdadero emperador.

»Entonces todos los dispositivos volverán a activarse.

»Después tendré un uso mucho mayor para esta energía de maná.

»Mis artífices construirán un canal por el cual el poder del maná pueda desviarse directamente desde Dominaria hacia Phyrexia.

»Extraerán las nubes asesinas del mundo de arriba y las utilizarán para construir mi mundo de abajo.

—Per-perdoná mi interrupción, Lord Yawgmoth —dijo el anciano—, pero tengo noticias graves.

—¿Qué sucede?

Con los dedos deslizándose frenéticamente sobre las Piedras de poder situadas en los brazos de su silla de mando, el artífice respondió:

—Nuestra nueva altitud nos ha dado un mayor alcance para el escaneo visual.

»Acabo de detectarlos.

»Quizá estén a unos ciento sesenta kilómetros, acercándose desde el oeste.

—¿Qué detectaste?

—Dos flotas Thran más.

»Dos ejércitos invasores más.

CAPÍTULO 23

Nadie sobrevivió dentro de la nube lechosa y mortífera. Persistió durante todo un día antes de que la elevada Esfera Nula la absorbiera. No quedaron ni siquiera esqueletos, ni armaduras de placas ni cotas de malla, ni las armaduras plateadas de los guardias Halcyte. La nube había consumido a los behemoths caídos, desintegrado las carabelas destrozadas e incluso devorado el polvo del desierto, la arena que había debajo y hasta el lecho de roca, a una profundidad de treinta pies. El estrecho Desfiladero de Megheddon se había ensanchado hasta convertirse en un amplio valle, excavado en la roca como si lo hubiera corroído un ácido.

Las naves Phyrexianas permanecían suspendidas, estupefactas, sobre aquella nube siniestra. Entonces llegaron nuevas órdenes:

—Aterricen en el desierto, entre las tropas. Recojan a tantos como puedan. Llévenlos a la ciudad. Reabastezcan y recarguen. Prepárense para entrar en combate.

¿Entrar en combate contra qué? ¿Contra quién? Más allá de la resplandeciente Halción, nubes negras hervían desde el oeste, salvo que no eran nubes: eran más naves Thran. Dos flotas más, y bajo su sombra marchaban dos grandes ejércitos que avanzaban a través del abrasador desierto sin agua.

—Ciudadanos de Halción. Han presenciado una gran batalla. Han visto caer a los traidores e invasores —la llamada Alianza Thran— ante los ejércitos de la justicia. Han visto a la guardia Halcyte luchar con un valor que no ha sido igualado en siglos, y que ni siquiera entonces había sido superado. Han visto a la guardia Phyrexiana luchar como ángeles entre mortales, con la pura alegría vengativa que nace de la rectitud. Han visto la maravilla del cargador de piedras en el desfiladero, purificando a nuestros enemigos en una nube blanca. Todo eso lo contemplaron desde las murallas y los tejados, e incluso desde este mismo templo donde ahora me encuentro.

»Les pido que se conviertan en aquello que han visto. Dejen que el valor de la guardia Halcyte entre por sus ojos, descienda hasta sus corazones y se convierta también allí en valor. Dejen que la justa venganza de la guardia Phyrexiana caliente su sangre, para que no retrocedan ante la batalla que se aproxima, sino que la anhelen. Dejen que la nube blanca que purificó hasta el suelo mismo

del ejército Thran purifique ahora sus almas de cualquier impulso rebelde que todavía pueda quedar en ellas.

»Este es nuestro momento. La larga escalera de la historia desemboca al fin en el amplio paraíso del destino. Estamos atravesando la puerta de los futuros.

»Por supuesto que estos ejércitos han venido. Por supuesto que quieren cerrarnos esa puerta en la cara, atraparnos aquí con ellos, arrastrarnos de vuelta por esas escaleras que hemos ascendido con tanto esfuerzo, arrastrarnos hasta sus Cuevas de los Condenados... pero ese no es nuestro lugar.

»Ya no estamos entre los condenados. Hemos ascendido desde la enfermedad y la muerte hacia la vida. Hemos curado la Tisis artificial que asola al resto del mundo, y ahora nos estamos curando incluso de la mortalidad. Desde lejos vieron a la guardia Phyrexiana. Vieron que poseen la fuerza de diez mortales. Vieron que pueden seguir luchando cuando los mortales morirían. Desde lejos vieron a los nuevos inmortales, y pronto dejarán de estar lejos. Pronto estarán entre ellos y serán uno de ellos. Ellos son nuestro destino.

»Este es nuestro momento, ciudadanos de Halción. Asciendan conmigo hacia el futuro luminoso. Luchen a mi lado contra el pasado codicioso.

»Convoco a todos aquellos que no estén participando activamente en la defensa de la ciudad: los convoco a entrar ahora en Phyrexia, a unirse a la legión de los ángeles. Despójense de la envoltura mortal y vístanse de inmortalidad.

»Estamos ascendiendo. Nos estamos convirtiendo en Phyrexianos. Nos estamos convirtiendo en dioses.

Las sirenas llevaban horas sonando. No quedaba un alma en el templo. Todos habían abandonado las calles. Muchos civiles descendieron a la caverna situada bajo la ciudad y, desde allí, a Phyrexia, para alistarse. Otros huyeron a sus casas. Quienes tenían postigos los cerraron; quienes no los tenían, clavaron tableros sobre las ventanas. Los soldados Thran estaban llegando: esa era la explicación que daban a cualquier guardia Halcyte que pasara por allí. Pronto no quedó ni un solo civil en las calles ni en el templo.

Ninguno salvo Rebbec. Permanecía encorvada dentro del parapeto más alto del templo. No se había movido desde que detonaron el cargador de piedras. La visión horrible, el terremoto aterrador, la explosión ensordecedora la habían derribado de costado, y no se había levantado. Había contemplado el caos en las facetas que todo lo veían de su templo. Después apareció la imagen de Yawg-

moth, y su voz resonó desde el altar sobre todo el mundo. Instaba a la gente a convertirse en aquello que había contemplado.

Rebbec ya lo había hecho. Se había convertido en aquello que había contemplado, y había contemplado una atrocidad.

—Ahí estás —dijo detrás de ella la voz melodiosa de Yawgmoth. Había subido las escaleras que conducían a aquel parapeto secreto—. Tenés que bajar. No será seguro que permanezcas aquí arriba cuando comience el asedio.

Rebbec se volvió y alzó la mirada hacia él. Era magnífico, oscuro y marcado por la batalla bajo la luz rojiza del crepúsculo.

—Nunca ha sido seguro. Solo ahora reconozco el peligro.

Yawgmoth sonrió deslumbrantemente. Se agachó junto a ella. El olor a humo y sudor impregnaba sus ropas. Apoyó una mano sobre su hombro.

—Es fácil ascender si mantenés la mirada hacia arriba. Solo se vuelve difícil cuando mirás hacia abajo. —El sol moribundo brilló en sus ojos—. Ahora miraste hacia abajo y viste cuánto has ascendido. Es profundo y oscuro, y está detrás de vos. Miraste hacia abajo y te asustaste...

—No solo me asusté —lo interrumpió Rebbec—. No está simplemente oscuro allá abajo. Es horrible. Mirá a toda la gente que hemos matado. Ni siquiera podés mirarlos. Han desaparecido, borrados del mundo.

La frente de Yawgmoth se arrugó.

—Vos no mataste a nadie.

—Sí, lo hice. Estoy implicada en todo esto. La ciudad que construí. El marido al que ayudé a inventar arma tras arma. El hombre al que guié hasta la cima de Halción...

La risa interrumpió sus palabras, no burlona sino abierta y sencilla.

—Te creés demasiado importante. ¿De verdad pensás que Glacian no habría fabricado armas sin vos?

—¿Quién más podría haberlo entendido? ¿Quién más podría haber interpretado lo que decía?

—¿Pensás que yo no habría ascendido a la cima de Halción sin vos?

—¿Quién más podría haberte entendido? ¿Quién más podría haberte interpretado? —dijo Rebbec. Negó con la cabeza—. Todo este discurso sobre ascen-

der... eso lo aprendiste de mí, pero vos lo perfeccionaste. Yo usaba la esperanza. Vos usaste el miedo. Los Halcytes surgieron del miedo.

—¿Qué importa por qué surgieron? —dijo Yawgmoth—. Surgieron.

Rebbec extendió la mano hacia el campo de batalla, hacia la tierra devastada y la zanja ancha y poco profunda.

—Por esto importa. Esto...

El rostro de Yawgmoth se ensombreció.

—Estás cansada. No estás pensando con claridad.

—Estoy pensando con claridad por primera vez en años —dijo ella, apartando su mano del hombro.

En lugar de soltarla, Yawgmoth deslizó un brazo alrededor de su espalda y pasó el otro por debajo de sus piernas.

—Esto es lo que he hecho por nuestra ciudad, por nuestra gente.

Se puso de pie, levantándola del cristal frío y acunándola entre sus brazos.

—Los he elevado. Todavía los estoy elevando. Los estoy alejando del peligro y llevándolos hacia la esperanza.

Descendió las escaleras del parapeto.

Rebbec estudió su rostro. Su frente y su mandíbula eran fuertes, ceñidas por la sombra. Vio el cielo en sus ojos. Nubes lejanas atravesaban los últimos jirones de luz solar. Cientos de naves oscuras giraban entre ellas. De vez en cuando, un cañón de rayos disparaba desde la muralla. Un rayo dorado se proyectaba hacia afuera y se disipaba antes de alcanzar las naves Thran. Más cerca, suspendida en un pesado halo sobre las murallas de la ciudad, se encontraba la flota Halcyte, reabastecida y recargada.

Rebbec se dejó caer, desesperada, entre sus brazos.

Halción estaba preparada. La Esfera Nula volvió contra los invasores a todas las criaturas artefacto Thran. La batalla fue rápida y feroz. Sangre y huesos se mezclaron con aceite y acero. La Esfera Nula observaba con malevolencia la batalla carmesí. Desde aquella luna metálica, Yawgmoth extendía su poder para aferrar cada máquina Thran. No las soltó hasta que miles de criaturas artefacto y soldados Thran yacieron despedazados sobre el desierto.

Desde la escaramuza, los barcos de guerra Phyrexianos y los cañones de rayos

habían mantenido a la flota Thran a una distancia de cuatro millas. Los guardias Halcyte controlaban la ciudad. Los guardias Phyrexianos controlaban la ciudad subterránea. Rebbec descansaba en su casa. Glacian languidecía en su cueva.

No había nada más que Yawgmoth pudiera hacer en Halción, y por eso trabajaba. Su laboratorio era Phyrexia. El plano estaba impregnado de poder, desviado desde la elevada Esfera Nula. Yawgmoth utilizaba hasta el último ergio.

En la primera esfera, el comandante Gix reclutaba a los cientos de ciudadanos voluntarios que habían acudido para convertirse en Phyrexianos. La mayoría no podía imaginar las enormes alteraciones que les esperaban. Una vez iniciados los cambios, ninguno querría regresar a su antigua debilidad.

En la segunda esfera, los artífices trabajaban frenéticamente para construir más cargadores de piedras. Yawgmoth permitía que las partes periféricas de su mente ayudaran en aquellos esfuerzos. Dedicaba a ellos apenas el pensamiento suficiente para mantener a los trabajadores ocupados con sus tareas.

La verdadera atención de Yawgmoth estaba puesta en los laboratorios de la cuarta esfera. Allí, los sacerdotes de las cubas habían abandonado su trabajo sobre la phyresis para estudiar plagas virulentas. Yawgmoth quería un contagio capaz de infectar a cientos de miles de personas en las llanuras, pero que jamás llegara hasta Halción. Los sacerdotes experimentaban con enfermedades capaces de sobrevivir únicamente en el calor del desierto, con enfermedades que pudieran empaquetarse en bombas de polvo o que afectaran solamente a los no humanos.

Lord Yawgmoth había demostrado una gran previsión al mantener con vida a los emisarios bárbaros para semejantes experimentos. Al replicar las máquinas de soporte vital de Glacian, los sacerdotes habían conseguido que cada embajador pudiera sufrir muchas muertes antes de que su cuerpo finalmente cediera. Había cierta poesía en ello. Los emisarios habían llevado un mensaje mortal a Halción. Ahora llevarían de regreso uno todavía más mortal. Quizá ocho ataúdes de embajadores, uno para cada una de las ocho naciones aliadas, fueran la mejor manera de enviar plagas específicas contra minotauros, elfos, enanos, felinos y humanos.

Atrapado en el corazón de Phyrexia, Yawgmoth sonrió. Aquello sería maravilloso. Un estremecimiento de deleite lo recorrió, y recorrió también todo el mundo.

Entonces hubo alguien con él en el santuario interior. Nadie llegaba hasta allí. Nadie conocía el camino. Nadie era bienvenido, y sin embargo alguien estaba

con él.

Yawgmoth no se apartó del corazón palpitante del mundo. Quería permanecer como un dios, porque sabía quién debía ser.

—Hola, Dyfed.

—Hola, Yawgmoth —respondió ella, con voz acerada en la oscuridad—. Me di cuenta de que te habías metido en una guerra. Me preguntaba cómo te iba.

Bastante bien, como podés ver.

Yawgmoth podía sentir su presencia allí, en la esfera interior, como la presión de un tumor dentro de su cabeza. Bastante bien.

—Sí —respondió ella. Caminó. Sus pies producían un lento sonido de clics, enloquecedor, sobre la coraza—. Te va bastante bien. Pero ¿qué hay de tu gente?

¿Mi gente? ¿Los Phyrexianos?

—Tu gente, los Halcytes. Los Thran. Tu gente y mi propia gente.

Están bien, como podés ver.

—Yo no veo nada de eso. Hay tiranía. Hay guerra civil. Hay genocidio —respondió Dyfed—. Debería haber escuchado a Glacian.

¿Escuchar a Glacian?

—Él sabía quién eras desde el principio, Yawgmoth. Sabía de lo que eras capaz. Advirtió a todos, a su esposa y también a mí, pero todos pensamos que estaba delirando —dijo Dyfed—. Tus mentiras ya no pueden ocultar las atrocidades.

¿Qué atrocidades?

—Esta Tisis artificial, por ejemplo. Nunca fue contagiosa, como bien sabías. La utilizaste para poner en cuarentena a tus enemigos y favorecer a tus amigos. Incluso aprendiste a infectar un cuerpo sano, para controlar quién enfermaba y quién permanecía sano.

No sos más que otra escéptica. He curado la Tisis artificial.

—Has creado un remedio que te da un control absoluto sobre tu pueblo. Curás el cuerpo, pero poseés el alma.

No estoy haciendo daño a nadie...

—Estás haciendo daño a todos. Los únicos a quienes no podés hacer daño son aquellos que yo te quité: el Consejo de Ancianos.

¡Vos te los llevaste! ¿Dónde están?

—Están a salvo.

¿Por qué has venido?

—Yo te convertí en un dios, y puedo quitarte tu divinidad.

Yawgmoth guardó silencio durante un momento. Sintió cómo Phyrexia se apartaba de él. Sintió la mente de Dyfed abriéndose paso entre él y su mundo. Desde los mil lugares por los que se extendía dentro de Phyrexia, la mente de Yawgmoth comenzó a retirarse. Se encogió y se condensó, pasando de la divinidad a la humanidad. En unos instantes estaba de pie junto a Dyfed, en medio de aquel espacio oscuro.

—Supongo que podés hacer lo que quieras —sonrió sombríamente—. Después de todo, sos una planeswalker. Yo solo soy un hombre... y tu prisionero. Pensé que quizá era algo más. Pensé que quizá salvaría a mi pueblo.

—El verdadero planeswalker entre ustedes, un planeswalker naciente, se alzará para salvar a tu pueblo. Pero vos vas a venir conmigo. Vas a entregar Phyrexia y Halción, vas a poner fin a esta guerra y vas a venir conmigo ante el Consejo Aliado Thran. No se perderá otra vida en esta guerra, a menos que sea la tuya.

Yawgmoth ladeó la cabeza.

—No puedo escapar de vos, pero deberías saber que morirán otras personas. Incluso ahora, los ocho embajadores que llegaron a Halción desde las naciones aliadas viven en la cuarta esfera, pero solo gracias a los esfuerzos de mi mente. Si me sacás de Phyrexia, esos ocho morirán.

—No van a morir —respondió Dyfed con amargura—. Mi magia puede curar cualquier cosa salvo la Tisis artificial. No morirán. Volverán con nosotros y contarán tus atrocidades.

Le tomó la mano. De repente estaban en la cuarta esfera. El lugar era infernal. Un resplandor rojo llenaba el mundo. Hornos gigantescos se alzaban desde el suelo retorcido hasta el techo envuelto en humo. Enormes llamaradas iluminaban aquel lugar horrible. Los humanos quedaban completamente empequeñecidos por los mecanismos gigantescos, pero los sacerdotes de las cubas de Yawgmoth ya no eran exactamente humanos.

Vestidos con túnicas rojas y enmascarados de negro, eran imposiblemente altos e imposiblemente delgados. Sus ojos brillaban en la oscuridad. Dedos ter-

minados en puntas de navaja se movían con destreza sobre los instrumentos. Su propia carne había sido transformada por sus ciencias oscuras. Se abalanzaron alrededor de los recién llegados. Yawgmoth les hizo un gesto para que retrocedieran. Cuando reconocieron a su amo, los sacerdotes de las cubas se apartaron, inclinándose profunda y temerosamente.

Su retirada dejó al descubierto filas de enormes cubas de cristal. Cada una estaba iluminada desde abajo. Cada una estaba llena de un aceite dorado. Y cada una contenía una criatura desnuda en transformación. Las formas humanas cedían lentamente ante formas monstruosas. Los colmillos reemplazaban los dientes. Las garras reemplazaban las uñas. Los bigotes barbados reemplazaban el cabello. Los cuernos crecían desde los huesos.

—¿Qué es esto? —jadeó Dyfed.

—Este es el futuro. Esto es el poder perfeccionado —dijo él con calma—. Pero no estás interesada en eso. Viniste a ver a los embajadores. Bueno, aquí están.

Señaló una hilera de cubas detrás de él. Dyfed avanzó, atónita. A diferencia de las transformaciones graduales que sufrían los humanos dentro de las cubas, aquellas pobres criaturas habían sido cortadas y cosidas nuevamente de forma brutal y despiadada. A la enana le habían cosido ojos en el vientre. Al elfo le habían injertado dedos en la frente. Una ala de pato había reemplazado uno de los brazos del minotauro. La calavera de la mujer felina había sido sustituida por una cabeza mecánica.

—No puedo curarlos... a estos... yo nunca pensé...

—Exactamente —dijo Yawgmoth.

Clavó una daga en la frente de Dyfed. Una mano le sujetó el cabello, manteniéndola erguida. La otra aferró la empuñadura de la daga y la movió de un lado a otro, destrozándole el cerebro.

—Nunca pensaste. Y nunca volverás a pensar. Con un simple pensamiento podés saltar de un lugar a otro. Podés curarte a vos misma o curar a otros. Pero si te perforo, si sigo revolviéndote el cerebro, no podés pensar. Lo mejor que podés hacer es luchar para volver a ensamblar tu cráneo. Mientras tanto, puedo mantenerte aquí.

Hizo un gesto hacia sus sacerdotes. Los sacerdotes se abalanzaron silenciosamente alrededor de él. Yawgmoth acunó contra sí a la mujer temblorosa. Movió la daga de un lado a otro. La hoja golpeaba contra los lados de su cráneo. Un

líquido gris rojizo le corrió por la nariz. Yawgmoth se inclinó y la besó.

—¿Ves, querida? El cerebro es la sede del pensamiento. Cada facultad humana tiene su propio órgano. Eliminá ese órgano y eliminás esa facultad. Incluso la capacidad de atravesar planos. Hay un órgano en vos, querida, que hace posible todo eso. Voy a abrirte, encontrarlo y extraértelo. Después voy a injertármelo. Voy a convertirme en un planeswalker. Y vos... vos no serás más que otro trozo de carne en las cubas.

PARTE IV:

EL MULTIVERSO





Guerra Thran-Phyrexiana, los últimos días: la batalla de Halción

Durante toda aquella noche oscura, los cañones de rayos Halcyte lanzaron descargas contra la flota Thran que rondaba en círculos. Haces de luz anaranjada destellaban y desaparecían. Solo de vez en cuando alcanzaban una nave, y aun así eran demasiado débiles para destruirla. Apenas producían un golpe sordo y levantaban vapor de la madera calentada. Aun así, aquellos ataques mantenían a raya a la flota Thran. El fuego de los cañones creaba una cúpula de cuatro millas de radio en la que las fuerzas Thran no se atrevían a entrar. Mientras tanto, las cuadrillas de espejos Phyrexianas concentraban la luz de la luna para calibrar su puntería. En cuanto saliera el sol, los rayos de radiación solar barrerían el campo de batalla y reventarían a las tropas terrestres Thran como hormigas bajo una lupa.

Los Thran también estaban ocupados. Las tripulaciones pasaron la noche instalando respiraderos de humo en las proas de sus naves, pues el humo espeso absorbía los disparos de los cañones de rayos. Mientras tanto, los soldados de infantería Thran pulían sus armaduras y escudos hasta que brillaban como la plata. Corazas, yelmos, guanteletes, escudos: serían espejos que dispersarían los rayos de sol que se concentraran sobre ellos. Otros soldados, vestidos de negro, avanzaban con dificultad por el desierto nocturno hacia los arreglos de espejos. Unos pocos pasaron inadvertidos y destruyeron partes del arreglo. Los guardias Phyrexianos, a su vez, los destruyeron a ellos.

La tripulación más secreta de todas era la Halcyte, comandada por Yawgmoth a bordo de la carabela de guerra Yataghan. Una nave grande, envuelta en velas, la Yataghan viraba en círculos cerrados entre sesenta y tres carabelas y doce naves

mercantes reclutadas para el servicio. Cada una iba cargada hasta la cubierta con bombas. Cada una llevaba tres dispositivos de implosión, algunos con cristales todavía calientes por el proceso de forja del ingenio de maná. También había una cantidad masiva de bombas de pólvora tradicionales. Por último, llenando el espacio que quedaba, había piedra de cantera. Incluso un guijarro que cayera desde cuatro millas de altura podía matar a un hombre. Una piedra más grande podía destrozar el núcleo de poder de una nave.

Sí, cuatro millas de altura. Nadie volaba tan alto. El aire allí arriba era tan tenue que los hombres se desmayaban, e incluso morían. Hacía tanto frío que toda la piel expuesta se agrietaba y se congelaba en cuestión de instantes. Los ojos se les salían de las órbitas. Los cerebros se les hinchaban dentro del cráneo. La locura y la muerte reinaban en aquellas alturas. La flota Thran jamás esperaría que Yawgmoth se elevara por encima de su propia cúpula defensiva para dejar caer bombas en un anillo sobre ellos.

Durante cuatro horas, la flota de Yawgmoth viró en círculos cerrados sobre su enjoyada ciudad. Ascendían poco más de un pie por segundo. El resplandor de sus motores quedaba enmascarado por los destellos brillantes del fuego de cañón. A las tripulaciones se les ordenó permanecer en cubierta todo el tiempo que pudieran soportarlo, respirar hondo y dejar que sus cuerpos se adaptaran al aire, cada vez más tenue y frío, a medida que ascendían. Cuando ya no podían tolerarlo más, se ponían chaquetas de cuero y se cubrían el rostro con las capuchas, para volver a respirar su propio aire en la medida de lo posible. Después de eso, se vestían con la armadura plateada de los guardias Halcyte. Los trajes ajustados habían sido modificados para apretar las piernas de quien los llevaba y forzar la sangre hacia el cerebro. La armadura también comprimía y descomprimía los pulmones rítmicamente. Cuando ni siquiera eso bastaba, la tripulación debía retirarse a las cámaras selladas bajo cubierta, donde se hervían ollas de agua para ayudar a espesar el aire. Se les exhortaba a soportar los desgarradores dolores de cabeza pensando en Halción y en aquellos a quienes amaban. Se les ordenaba canalizar su dolor hacia la flota Thran que asediaba la ciudad más abajo.

Funcionó, en su mayor parte. Para cuando la flota Phyrexiana alcanzó una altitud de veintidós mil pies, solo unos pocos cientos de tripulantes habían perdido el conocimiento, y solo treinta y tres habían muerto.

Yawgmoth se las arreglaba mejor que la mayoría. Bajo el abrazo de Phyrexia, se había estado transformando: músculo más fuerte, huesos más gruesos, ingenio

más agudo, ausencia de miedo. Desde el puente de vuelo, anidado en lo alto bajo el entramado de velas, transmitía sus órdenes a través de un tubo acústico.

—Ordenen a la flota... que se despliegue en... los minutos de arco asignados... por todo el desierto. Naveguen hacia las coordenadas asignadas... Una bengala sobre Halción marcará la cuarta guardia... en el alba sombría... suelten las cargas.

Desde entonces, no había habido más que dolores de cabeza agonizantes, mareos, náuseas, gemidos en un aire tan tenue y frío que apenas lograba transportar el sonido. Yawgmoth había permanecido todo ese tiempo en el puente de vuelo. Mirando más allá del entramado de velas de la Yataghan, observaba cómo se ensanchaba el tenue anillo de motores: pálidas estrellas rojas entre frías constelaciones azules.

El alba se acercaba, gris hacia el este. Halción proyectaba una sombra tenue hacia el oeste, sobre la cabeza del ejército Thran. La flota Thran se desplazaba lentamente en un anillo, muy por debajo, justo donde debía estar. Si algún Thran alzara la vista, si mirara directamente hacia arriba, vería a la flota Phyrexiana brillar en silencio entre las estrellas que se apagaban.

La bengala de la cuarta guardia apareció sobre Halción. Las tripulaciones de Yawgmoth levantaron las rampas que sostenían las relucientes bombas de implosión. Los dispositivos cayeron por la borda, uno a proa, uno a popa y uno a media nave. Después, las cargas de bombas de pólvora rodaron libres, y luego las cargas de grava.

Las primeras bombas de implosión estallaron abajo, y un imponente anillo de círculos grises perfectos apareció donde antes había cubiertas y aparejos. Le siguió el humo de las bombas de pólvora. Por fin llegó el sonido: un pequeño estruendo aquí y allá, cascos que se hundían, maderas que se astillaban, planchas que cedían, soldados que gritaban. Esos sonidos quedaron sepultados bajo los múltiples estallidos de las bombas de humo, y estos, a su vez, bajo el rugido de la roca que caía como granizo.

El sonido llega tarde. Yawgmoth observó morir a la flota Thran. Las naves volcaban. Fuego brotaba de sus cubiertas. Giraban, colisionaban, chocaban entre sí, se astillaban, caían en picada. Mientras se precipitaban en espiral hacia la arena, las tripulaciones condenadas miraban al cielo.

—¡Sí... mírennos! —gritó Yawgmoth, aunque cada aliento era precioso—. ¡Contemplen a los... dioses que los matan!

Nave tras nave se estrellaba en la arena. Sus núcleos de poder se resquebrajaban. Implosionaban en una nueva serie de estallidos. Arena y astillas, huesos molidos y sangre salían despedidos hacia arriba. Una nube roja envolvió a toda la flota.

Había sido bastante fácil, pensó Yawgmoth. De la nube emergieron naves Thran. De algún modo, algunas habían escapado... muchas naves. Quizás una de cada tres. Un centenar de naves de guerra convergía hacia la ciudad, envueltas en el humo de los respiraderos de sus proas.

Incluso los cañones de rayos de la muralla dispararon. Estelas de muerte brotaron desde Halción. Golpearon el anillo cada vez más cerrado de naves Thran. Algunas explotaron o cayeron rezagadas. La mayoría siguió avanzando, protegidas por sus vainas de humo.

—¡Abajo! —gritó Yawgmoth por el tubo acústico a su oficial de comunicaciones—. ¡Todas las naves, abajo! ¡Desciendan para entrar en combate!

La proa de la Yataghan se inclinó hacia abajo. La gran carabela crujió en el aire tenue y gélido mientras apuntaba el morro hacia el suelo. Las junturas se tensaron y se abrieron. Se oyeron silbidos. Fantasmas de vapor emergieron de las cámaras selladas de abajo. La popa giró hacia arriba, y la nave comenzó una vertiginosa caída hacia las naves Thran, más abajo.

—¿Distancia? —gritó Yawgmoth mientras se aferraba a la baranda.

—¡Cuatro millas y acortando! —respondió a gritos el navegante.

El resto de las naves Halcyte viraron desde sus posiciones y se lanzaron en picada.

—¿Velocidad?

—Ochenta nudos y acelerando.

—¿Intercepción?

Rayos de fuego anaranjado brotaron de la ciudad como radios. Se estrellaron contra las naves Thran. La mayoría de los haces se enredaron con las vainas de humo y se disiparon. Unos pocos agrietaron cascos, despertando fuego y humo nuevo.

La flota Halcyte convergía sobre el núcleo, cada vez más cerrado, de cazas Thran.

—Si llegan sobre la ciudad... —masculló Yawgmoth para sí. Luego gritó—:

¿Tiempo hasta el alcance de las armas?

—Tres minutos.

—¡Aumenten la velocidad!

La voz del ingeniero llegó hueca desde abajo:

—Tendría que darles a los motores toda la potencia...

—¡Háganlo!

—Puede que no logremos enderezar a tiempo...

—¡Háganlo!

La Yataghan se lanzó en picada hacia las naves Thran.

—¿Alcance de las armas?

—En treinta segundos.

—¡Aumenten la velocidad! ¡Preparen los cañones de proa! ¡Fuego! ¡Fuego!

Dos haces gemelos de resplandor anaranjado brotaron de la proa. Los rayos parecían luchar por escapar de la proa en caída. Rugieron al salir, se entrelazaron en el aire y se fundieron en un único y gran estallido de energía. El disparo se acercó a una nave Thran. Una bocanada de humo blanco se elevó perezosamente desde la nave y se extendió, espesa, por encima de ella. El disparo golpeó la nube, chisporroteando y saltando. Atravesó la capa superior de humo, pero las diminutas partículas le arrancaron el resplandor al aire. Con un destello brillante, la nube de humo se consumió, y el haz con ella.

—¡Fuego!

Otra vez los rayos salieron disparados en zigzag. Otra vez una bocanada de humo los disipó.

Así será, entonces, pensó Yawgmoth. Tenía los dientes apretados en una expresión mitad mueca, mitad sonrisa. Así será, entonces.

—¡Aumenten la velocidad! ¡Prepárense para embestir!

Una escotilla se abrió de golpe. El ingeniero —un mercader de barba gris convertido en guerrero— emergió. Miró a Yawgmoth con firmeza.

—Todos vamos a morir. No podés ordenar esto.

—Quedás relevado de tu puesto —dijo Yawgmoth.

Le aferró el cuello al ingeniero, lo levantó y, con un movimiento rápido e

increíblemente casual, lo arrojó por la borda.

—¡Aumenten la velocidad! ¡Prepárense para embestir!

Rebbec y un grupo de goblins clasificaban piedras de poder en la cámara de carga del ingenio de maná. No se rompería ningún otro orbe mientras durara la invasión. Los arreglos de espejos eran necesarios para calcinar a las tropas terrestres Thran. Quizás la piedra que Rebbec necesitaba estuviera en aquella cámara.

—No, no, eso es un dodecaedro —le dijo al goblin que tenía al lado, quien sostenía entre las manos una piedra del tamaño de una cabeza—. Una piedra de control tiene que ser un icosaedro: veinte caras, no doce. Además, esa es demasiado pequeña.

El goblin dejó caer la piedra sin más entre las demás, se rascó la cabeza y hurgó entre más fragmentos.

Los sólidos regulares eran las formas más raras que surgían de los orbes de cristal, y las piedras grandes eran las más raras de todas. El suelo estaba cubierto de pirámides, obeliscos, rombos y dagas, pero no había un solo icosaedro.

Rebbec suspiró y dejó caer las manos.

—Probemos en las cámaras de almacenamiento. No usarían una piedra así para un dispositivo de implosión. Yawgmoth la habría apartado.

Los goblins hicieron eco de su suspiro.

—Miren, sé que esto es una tarea pesada. Sé que si nos atrapan, podrían ejecutarnos como espías, pero si no lo hacemos, toda la ciudad podría morir.

Asintiendo con sus cabezas cubiertas de costras, los goblins la siguieron hacia la oscura inmensidad del ingenio de maná. Rebbec los guiaba entre hornos humeantes en aquella oscuridad, elevada como una torre. Aquel lugar había sido antes el santuario de su esposo. Vulcanismo y calor de soles, goblins correteando y criaturas artefacto: aquel lugar había dado origen a todos los grandes ingenios de la ciudad, y también a la Tisis artificial. Todos los tormentos de Halción habían comenzado allí, y allí terminarían todos los tormentos de Halción. La piedra que buscaba estaba en algún lugar de allí: una piedra de control que pudiera hacer volar el Templo Thran fuera de esta trampa ineludible...

Rebbec le dio unas palmaditas cariñosas en la cabeza a un goblin.

—Estará aquí. La encontraremos. Y los llevaré conmigo.

La Yataghan cayó como un meteoro sobre el corsario Thran. La tripulación

miró hacia arriba, encogida de miedo.

La Yataghan embistió. Su quilla de filo de acero atravesó la borda, la cubierta y la bodega. La nave Thran se partió como un huevo. Hubo un instante chirriante en que las cubiertas desgarradas quedaron a la misma altura que las de la Yataghan. Los enemigos se miraron a los ojos, cara a cara. Después la Yataghan siguió su avance a través del corsario. Las dos mitades de la nave se separaron una de la otra. El estruendo de la madera al quebrarse dio paso a un silencio inquietante. A ambos lados de la Yataghan, cayeron dando tumbos las secciones desgajadas del corsario.

—¡Enderecen! ¡Asciendan! —gritó Yawgmoth.

Los motores rugieron con fuerza. El casco gimió. La Yataghan patinó hacia un costado, descendió levemente y luego volvió a ascender, a través de la lluvia de escombros y humo. Un grito exultante se alzó entre la tripulación.

—¡Aumenten la velocidad! ¡Prepárense para otra embestida!

A través del tubo acústico, el navegante preguntó:

—¿Cómo sabías que nuestra nave resistiría entera y la de ellos se partiría?

—Física simple —dijo Yawgmoth rápidamente—. El casco es una cúpula. Una cúpula puede resistir grandes presiones en su borde convexo, pero no en su borde cóncavo...

Su explicación se vio interrumpida por un estallido anaranjado proveniente de las murallas de la ciudad, en lo alto. Un rayo de cañón barrió la Yataghan. El tubo acústico y el navegante que estaba al otro extremo dejaron de existir. La media nave desapareció en un rugido de llamas y humo. Los restos calcinados —proa y popa— giraron enloquecidos, derramando carga y tripulación en el aire arremolinado.

Incluso mientras Yawgmoth era arrojado del puente de vuelo y caía dando tumbos en el aire vacío, lo único que podía pensar era que encontraría al artillero que había hecho aquello y le arrancaría los ojos.

CAPÍTULO 24

Momentos después...

La armadura de Piedras de poder lo salvó.

Los quijotes le sujetaron las piernas con la firmeza de un caparazón de insecto y evitaron que se hicieran añicos cuando sus pies golpearon el suelo. La coraza comprimió su torso en una profunda exhalación mientras rodaba por la pendiente arenosa.

El casco y las botas levantaron estandartes de arena en largas franjas curvas mientras daba vueltas. La metralla lo siguió como una lluvia abrasiva.

Los fragmentos de Yataghan bombardearon la armadura e intentaron atravesarla para alcanzar al hombre que había dentro.

Los diseños de Glacian eran demasiado perfectos, y Yawgmoth no estaba destinado a morir aquel día.

La caída terminó al pie del terraplén, contra una maraña de matorrales.

Un fragmento ornamentado de sextante cayó junto a una compleja sección de cavidad nasal.

Entre los pedazos más grandes de escombros había un oficial Thran, probablemente el capitán de la nave que había embestido.

El hombre había muerto al instante al impactar contra el suelo, pero había seguido rodando durante algún tiempo, envuelto en el burnús blanco de los ejércitos invasores.

Yawgmoth miró al hombre con irritación.

Alzó la vista hacia la muralla de la ciudad, que chisporroteaba allá arriba.

—Arrancarle los ojos...

Aunque el casco le había salvado la vida, Yawgmoth se quitó de la cabeza aquella cosa cubierta de arena y la arrojó lejos.

El casco giró sobre la arena, dio un salto y cayó dentro del brazo roto del capitán muerto.

Yawgmoth respiró profundamente y se puso de pie.

El polvo cayó de su cuerpo.

Parecía un fantasma que se levantaba del desierto.

Quizá los Halcytes creerían que había muerto.

Quizá podría ver qué harían en su ausencia.

Subió por el terraplén y miró hacia atrás, esperando encontrar otros supervivientes, suficientes para formar un grupo leal.

En cambio, vio soldados Thran pulular sobre las matrices de espejos.

Eran tan numerosos como hormigas sobre aquellos dispositivos lejanos.

Garrotes y hachas de guerra caían bajo la luz de la mañana, destrozando reflectores mientras el sol despertaba sobre ellos.

Los equipos de las matrices y sus defensores Phyrexianos fueron arrollados y masacrados.

En cuestión de momentos, una matriz entera quedó destruida.

Los fragmentos de vidrio ofrecían un espectáculo chillón sobre la arena.

Las demás matrices también estaban cayendo.

Dos se habían perdido durante la noche.

Ahora las otras siete eran destruidas una por una.

Eso significaba que no habría cañón solar.

Eso significaba que no habría orbes de partículas cargados hasta que terminara la guerra.

Eso significaba que no habría nuevos núcleos de Piedras de poder, ni nuevas bombas de implosión, ni nuevas baterías para los cañones de rayos.

Eso podría haber puesto fin a la guerra en aquel mismo instante para un comandante menos competente.

Yawgmoth había almacenado Piedras de poder, y sus armas más poderosas se estaban ensamblando incluso entonces en la segunda esfera de Phyrexia.

Los destructores Thran terminaron su trabajo.

Se reunieron más allá de los espejos destrozados y comenzaron una marcha constante hacia el este.

Hacia Halción.

Hacia Yawgmoth.

Él descendió por el terraplén de arena.

Tendría el tiempo justo para quitarle al capitán Thran el burnús y las insignias.

Encajarían bastante bien sobre la armadura de Piedras de poder de Yawgmoth.

El cadáver podía quedar enterrado, dejando únicamente su cabeza con casco sobresaliendo de la arena.

Sería suficiente para engañar a las tropas Thran.

Yawgmoth las acompañaría hasta la base de la extrusión y comenzaría el ascenso.

Destruiría a todo un contingente del ejército Thran y ascendería, resucitado, hasta su ciudad.

—Y le arrancaré los ojos al artillero.

—La nave de Lord Yawgmoth cayó —jadeó apresuradamente la mensajera, sin aliento.

Se detuvo un momento para calmar la voz.

—Toda la tripulación, y nuestro gobernante, se presumen muertos.

El comandante Gix observó la guarnición de su guardia Phyrexiana.

Desplegar las fuerzas terrestres llevaría horas, especialmente con el elevador destruido.

Los escaladores Phyrexianos, en cambio, podían subir hasta el puerto de salida en cuestión de minutos.

Eran combatientes extraordinarios: criaturas con la configuración corporal general de los perezosos, pero con la velocidad de los caballos.

Podían galopar por las paredes de los acantilados como si fueran llanuras.

Los escaladores también eran inteligentes.

Su inteligencia humana había sido acelerada por una astucia caníbal.

Solo parecían estúpidos debido a la forma simiesca de la parte inferior de sus rostros, que les permitía abrir una mandíbula llena de dientes lo bastante ancha como para arrancarles la cabeza a sus víctimas.

—Disculpe, comandante. ¿Escuchó? Se presume que Lord Yawgmoth está muerto.

—Nunca supongas que Yawgmoth está muerto —respondió Gix con calma—. No lo está. Lo sabría. Lo sentiría.

—Me dijeron que esperara sus órdenes —dijo la joven, inclinando la cabeza a modo de disculpa.

—¿Mis órdenes? —comenzó Gix.

Entonces comprendió que era el siguiente en la cadena de mando.

—¿Mis órdenes a quién? ¿Quién te envió con este mensaje?

—El comandante de la guardia Halcyte, por supuesto.

—¡El comandante no sabe cómo desplegar sus fuerzas, cómo disparar sus armas ni cómo lanzar sus bombas!

—Claro que sí —balbuceó la mensajera—. Pero me indicó que preguntara si la presunta... condición de Lord Yawgmoth podía provocar algún cambio en la política militar.

Los ojos de Gix ardieron.

—¿Rendición? ¿El comandante de la guardia Halcyte quiere que considere la rendición?

—Solo indica que todas las opciones, todas las opciones, están a su disposición.

—Es un cobarde y un traidor indigno de su puesto.

Una sonrisa afilada llenó el rostro de Gix.

—Sí. Todas las opciones.

»Estas son mis órdenes.

»El comandante de la guardia Halcyte debe renunciar inmediatamente.

»Yo asumiré el mando de sus fuerzas.

La mensajera no tuvo nada que decir.

—Voy a conducir a mi guardia Phyrexiana hasta la ciudad.

»Vos me acompañarás mientras ascendemos.

»Entregarás tu mensaje al comandante en mi presencia.

»Quiero que tengas un arma preparada.

»Si no se somete a mi custodia, quiero que lo mates.

»No esperará que seas vos quien lo haga.

»¿Entendido?

—Sí, comandante —respondió la mensajera con los ojos bajos.

—¿Permiso para hablar?

—Concedido.

—¿Qué ocurrirá con el comandante, señor?

La sonrisa de Gix se hizo más profunda.

—Quizá pueda ser rehabilitado aquí, en Phyrexia.

»Quizá pueda convertirse en un gran guerrero Phyrexiano.

»Si no se somete, lo matarás.

—Sí, comandante —respondió la joven, con la mano sobre la daga que llevaba en la cintura.

—Lord Yawgmoth ya no se presume muerto.

»Mis escaladores lo recuperarán.

—Sí, comandante.

Gix le levantó tiernamente el rostro.

Sus propios dedos terminaban ahora en uñas semejantes a garras.

En los ojos inocentes de la joven vio su reflejo: amenazador, inhumano.

Al menos aquella sonrisa seguía allí.

—Quizá el comandante no tenga ningún mérito.

»Pero si vos lo tenés, querida, es muy posible que haya un lugar para vos entre nosotros.

—Sí, comandante.

Yawgmoth ascendía entre un equipo de élite de invasores elfos.

Los elfos estaban acostumbrados a escalar árboles magnigoth, no muros de piedra fría.

El sol de la mañana proyectaba la cara occidental del acantilado en sombras.

En la cara oriental se habrían marchitado.

Aquí pululaban como piojos.

Esperaban alcanzar la cima antes del mediodía, cuando el sol los alcanzaría y convertiría el acantilado en una plancha.

Por supuesto, algunos no tenían ninguna esperanza de llegar a la cima.

—¡Soltá mi tobillo! ¿Qué estás tratando de hacer...?

Eran unas últimas palabras bastante pobres para un elfo.

Aquella gente longeva debería morir con poemas épicos en los labios.

Este era el tercero que moría quejándose.

En realidad, no murió quejándose.

Simplemente perdió el agarre de la roca y cayó mientras se quejaba.

Después vino un lamento prolongado que terminó abruptamente.

Quejidos o lamentos: parecía una manera bastante pobre de morir.

Yawgmoth se detuvo a observar.

El elfo se convirtió en una nube de polvo y una pequeña mancha roja sobre el suelo.

Yawgmoth volvió a ascender, utilizando los mismos agarres que había usado el elfo.

Los buenos agarres eran fundamentales.

La pared del acantilado se inclinaba hacia afuera, lo que dificultaba la escalada, pero impedía que los defensores arrojaran rocas sobre sus cabezas.

Incluso el camino que ascendía por la extrusión evitaba aquella cara de piedra porque no ofrecía apoyo suficiente.

Era la elección obvia para un asalto vertical, pero escalarla era difícil.

Yawgmoth agradecía que la armadura de Piedras de poder respirara profundamente por él debajo del burnús.

También agradecía que aquellos elfos lo hubieran tomado simplemente por torpe, estúpido, inepto.

Simplemente humano.

De lo contrario, los tres tropiezos que habían ocurrido mientras él estaba cerca quizá no hubieran parecido accidentes.

—¿Me atrevo a intentar un cuarto? —se preguntó Yawgmoth mientras ascendía por una grieta inclinada.

»¿Por qué no?

Su pie desprendió un fragmento irregular de basalto.

La roca rebotó por el acantilado y golpeó de lleno a un elfo en la frente.

El impacto produjo un crujido húmedo.

Los grandes ojos verdes se cerraron.

Los dedos debilitados se soltaron.

El elfo se desprendió de la pared del acantilado, igual que una hoja se despega de un muro.

Cayó de la manera más hermosa de todas, completamente extendido.

La piedra asesina descansaba como una corona atrevida sobre su frente destrozada.

—¡Basta! —gritó una voz aguda por encima de Yawgmoth.

Era una guerrera elfa.

Había pasado una cuerda de seda alrededor de una piedra saliente y se la había enrollado en la muñeca.

Tenía las piernas recogidas, en cuclillas contra la pared rocosa, y miraba furiosa a Yawgmoth.

—¡Basta! ¡Aléjate de nosotros! Aliados o no, ustedes los humanos son tan estúpidos que bien podrían ser agentes de...

Su diatriba se interrumpió.

Sus grandes ojos color lavanda se abrieron aún más.

—¿Qué es eso? ¿Debajo de tu burnús? ¿Qué es eso?

Yawgmoth bajó la mirada y vio la armadura de Piedras de poder brillando debajo del cuello abierto de sus ropas.

Se cerró el cuello, mientras percibía que otros elfos ascendían a su alrededor.

—¿Qué es?

—Solo un recuerdo.

»Un trofeo, en realidad.

»Lo saqué de aquella nave estrellada de allí atrás.

»Dicen que esta cosa detiene flechas, espadas y todo lo demás.

Los ojos de la elfa se entrecerraron y la emoción que había en ellos cambió.

—¡Recuerdos! ¡Saqueador de tumbas! ¡Escoria humana!

»No es de extrañar que seas tan torpe.

»Llevás cincuenta libras de armadura.

»¿Quién necesita armadura en una escalada como esta?

Yawgmoth miró por encima de ella.

La pared del acantilado se recortaba negra contra el cielo brillante.

Figuras oscuras se movían rápidamente sobre ella, descendiendo.

—Parece que todos la necesitamos.

La elfa se volvió para mirar.

Jadeó.

Yawgmoth agarró su capa y tiró con fuerza.

El cordón de seda se cortó.

Ella cayó.

Yawgmoth logró enganchar a otro elfo con la capa.

Ambos fueron arrastrados.

Tres elfos más se aferraron al burnús de Yawgmoth.

Él se lo quitó de un tirón, dejando al descubierto su armadura de Piedras de poder.

Los escaladores Phyrexianos llegaron.

Descendían por la pared del acantilado como si corrieran sobre piedra nivelada.

Venían de cabeza.

Sus hombros trabajaban furiosamente bajo las cotas negras.

Sus garras curvas se aferraban con facilidad a cualquier grieta que apareciera.

Desde la nariz hacia arriba, sus rostros aún eran vagamente humanos, aunque enormes sonrisas grotescas llenaban la mitad inferior de sus cabezas.

Uno de los escaladores abrió la boca.

Los dientes afilados se desplegaron en una mordida circular, y una mandíbula de doble articulación se abrió de par en par con un chasquido mecánico.

Parecía una trampa para osos viviente injertada en una cabeza humana.

Dentro de aquella enorme boca, la lengua humana atrofiada de la criatura colgaba flácida y diminuta, apenas un colgajo de piel.

La primera víctima del escalador contempló estupefacta aquel músculo inerte incluso cuando le golpeó la mejilla.

Las mandíbulas se cerraron alrededor de su garganta.

Después todo se volvió negro.

Negro para un elfo y rojo para todos los demás.

Incluso en el cuerpo delgado de un elfo hay galones de sangre.

El escalador se deleitó con la lluvia carmesí.

La sangre y las vísceras silbaban entre los dientes de la criatura y bañaban a los demás elfos.

Los demás retrocedieron.

Uno incluso cayó antes de que el cadáver decapitado se desprendiera de sus tendones seccionados y comenzara a caer.

Cayeron uno al lado del otro, el cuerpo dejando una espiral roja en el aire.

Yawgmoth contempló complacido al escalador.

La criatura volvió a abrir la boca y dejó caer el cráneo entre sus dientes.

Las mandíbulas, como una trampa de acero, volvieron a cerrarse, triturando el pómulo y el conducto auditivo y penetrando en la caja craneana.

Parecía que entre aquellos dientes solo hubiera un pudín gris.

Otros tres escaladores estaban ya devorando a los demás elfos.

Más abajo, algunos invasores se desprendían de la muralla, paralizados de terror.

Algunos se arrojaban voluntariamente, eligiendo una muerte mejor.

Incluso unos pocos lograban reunir una línea de poesía antes de hacerlo.

Yawgmoth no la oyó.

Solo escuchó el trabajo satisfecho de las mandíbulas del escalador.

Solo vio la masa moteada de carne y hueso que alguna vez había sido la cabeza de un elfo.

—Vos sos uno de los muchachos de Gix, ¿no?

El reconocimiento apareció en los ojos de la criatura, que asintió.

—Bien, entendés.

»Supuse que debías ser inteligente, o también me habrías mordido la cabeza.

»Pero ¿qué tan inteligente sos?

»¿Sabés quién soy?

La mirada de la criatura se llenó de miedo y reverencia.

Abrió su boca chorreante y la cabeza masticada cayó de ella.

—¡Lord Yawgmoth!

Inclinó la cabeza, presionando la mejilla húmeda contra la piedra.

—Sí —respondió él—.

»¿Creés que podrías llevarme hasta la ciudad?

La criatura asintió con entusiasmo, saltó hacia adelante, pasó un brazo alrededor de él y comenzó un ascenso tambaleante.

Mientras subían, Yawgmoth se conformó con observar los cuerpos que llovían desde los lados del acantilado.

Con el tiempo, volvió a concentrarse en la figura que se afanaba por transportarlo.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro.

—Te conozco.

»Fuiste uno de los primeros trabajadores del cuerpo de salud.

»Xod.

»Sí, tu nombre era Xod.

Una expresión de orgullo apareció en los ojos del escalador.

—Sí, Lord Yawgmoth.

»Sí.

—Te ves diferente —dijo Yawgmoth, con franco asombro.

»Te ves...

»Hermoso.

—Sí, Lord Yawgmoth.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —siseó uno de los trasgos de Rebbec.

La criatura debía estar ayudando a instalar la piedra de control del templo.

En cambio, estaba de pie en el extremo occidental del templo, contemplando

la batalla que se desarrollaba abajo.

—¿Qué es eso?

Cada repetición de la pregunta apartaba a más trasgos de Rebbec y del pesado icosaedro.

—¿Qué es eso?

—¡Volvé acá! —gruñó Rebbec mientras tiraba inútilmente del palé que sostenía la piedra.

El icosaedro que finalmente habían encontrado era enorme, del tamaño de un hombre y cuatro veces más pesado.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué? —gritó ella.

—Ama Rebbec —dijo uno de los trasgos mayores—. Creo que deberías venir a ver esto.

Con un último gruñido de frustración, soltó el palé.

Se sacudió el polvo de las manos y se puso de pie.

—Sé que es difícil concentrarse con las batallas que se libran ahí abajo, pero toda la razón por la que intentamos colocar esta piedra es para salvarnos a todos de la batalla.

»Y a menos que me ayuden un poco...

Su reprimenda se interrumpió a mitad de frase cuando miró más allá de las cabezas cubiertas de costras, más allá del borde reluciente del templo y hasta más allá de la muralla occidental de la ciudad, hacia la pared del acantilado.

Allí, figuras oscuras saltaban de un lado a otro, atacando a los soldados Thran que ascendían.

Parecían pulgas negras y piojos blancos.

Las pulgas negras eran increíblemente ágiles.

Se abalanzaban sobre los soldados y, allí donde aparecían, los Thran caían hacia la muerte.

—¿Más criaturas artefacto? ¿Más máquinas? —se preguntó Rebbec.

Seguramente no.

Todos los defensores mecánicos de Halción, aparte de los cangrejos de arena,

eran diseños de Glacian.

Rebbec conocía todo el trabajo de su marido.

Nunca había aparecido nada semejante.

Aun así, ¿qué otra cosa podían ser?

—Deben ser máquinas.

—Nah. Son gente —dijo el viejo trasgo.

—¿Gente? —preguntó Rebbec.

—Sí. Gente.

»Eso es lo que Yawgmoth les hace.

»Los cambia.

»Los convierte en Phyrexianos.

—Phyrexianos... —repitió Rebbec.

Había visto mutaciones menores, hipertrofia, gigantismo, pero nada semejante.

Decenas de miles de Halcytes habían acudido en masa a Phyrexia.

¿Y eso era lo que Yawgmoth estaba haciendo con ellos?

Rebbec se alejó del lugar, conmocionada hasta el punto de sentir los brazos y las piernas entumecidos.

—Sabía que los estaba... mejorando, pero...

»¿Esto?

No había sonidos de batalla allí dentro del templo, pero todo lo que ocurría en la ciudad aparecía en secciones prismáticas a través de la estructura.

Rebbec vio más figuras en movimiento.

Trotando.

Escabulléndose.

Cabriolando.

Saltando.

Figuras inhumanas avanzando por las calles.

Sus pies parecían pertenecerle a otra persona mientras avanzaba penosamente hasta el mirador oriental.

Allí, las tropas marchaban por el Bulevar del Consejo.

Un lado de la calle estaba lleno de guardias Halcyte.

El otro, de guardias Phyrexianos.

Por severos y aterradores que fueran los guardias Halcyte con sus armaduras plateadas, las tropas Phyrexianas ni siquiera parecían humanas.

Colmillos.

Garras.

Antenas.

Aguijones.

Cerdas.

Melenas...

Era una procesión surrealista.

A la cabeza de las dos columnas marchaban sus comandantes.

—Esto es lo que él les está haciendo —dijo Rebbec, incrédula.

Las columnas se detuvieron en las escaleras del Salón del Consejo.

El comandante Gix y el comandante de la guardia Halcyte subieron hasta el primer rellano.

Uno de los Phyrexianos de Gix los acompañó.

Era una figura enorme, dos cabezas más alta que los comandantes.

Su cabeza era una enorme bola de músculos.

Dientes del tamaño de dagas sobresalían detrás de una mandíbula grotescamente hinchada.

Los brazos le llegaban hasta las rodillas y subía por unas escaleras demasiado pequeñas para sus pies provistos de garras.

Gix se dirigía a las tropas.

Rebbec no podía oír nada.

Su discurso era furioso y sus gestos, secos.

Finalmente, señaló al comandante de la guardia Halcyte para que se arrodillara.

El hombre cayó de mala gana.

La bestia Phyrexiana avanzó, amenazante.

Rebbec se estremeció y retrocedió.

Cerró los ojos y se los cubrió con las manos.

La muerte de aquel hombre, su sangre, brillaría en un millón de facetas a su alrededor.

Una voz rompió el silencio.

Era la voz del viejo trasgo.

—Ama Rebbec... vení a ver.

»Uno de esos hombres-mono tiene a Lord Yawgmoth.

»Lo está llevando hacia la ciudad.

»¡Lord Yawgmoth está vivo!

Rebbec se puso de pie.

Levantó los ojos hacia los cielos luminosos para no ver ninguna de las atrocidades que se desarrollaban abajo.

Tambaleándose, se dirigió hacia la piedra de control.

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

Y con la garganta cerrada, gritó:

—¡Vengan todos acá!

»¡Vengan todos!

»¡Tenemos que colocar esta piedra en su sitio!

CAPÍTULO 25

—Andate, Xod —dijo Yawgmoth.

Hizo un gesto de espantar con las manos, como si estuviera mandando a un perro a jugar.

—Comé algunas cabezas más. Gracias por el paseo.

El escalador esbozó una reverencia muy solemne. Su cuerpo simiesco se inclinó profundamente.

—Sí, Lord Yawgmoth.

La criatura saltó con facilidad por encima del muro circular. Se lanzó por el costado de la extrusión. Con despreocupada facilidad, Xod extendió un brazo y atrapó una saliente con las garras. Alcanzó una segunda y una tercera, y bajó dando saltos, feliz y ágilmente, por la pared rocosa.

En cuestión de instantes había alcanzado a otro escalador.

Volvió a darse un festín.

El cadáver decapitado giró mientras caía libremente.

Yawgmoth sonrió.

Los defensores de Halción habían cumplido bien con su deber.

En una semana, el arsenal de cargadores de piedras estaría completo.

Un día después, la Alianza Thran sería borrada de la faz de Dominaria.

—Hablando de borrar caras...

La atención de Yawgmoth se volvió hacia el tercer cañón de rayos de la muralla occidental.

Su artillera estaba sentada, sujeta al asiento de disparo, y disparaba sin cesar.

Necesitaba que le ajustaran los ojos.

Yawgmoth echó a andar por la parte superior de la muralla.

Los guardias Halcyte se amontonaban en las almenas.

Se agrupaban alrededor de los cañones de rayos al rojo vivo, vertían cubos de piedra en las bombardas o disparaban bombas de balista.

Trabajaban con entusiasmo sombrío y relucían dentro de sus armaduras impecables.

Entre ellos, Yawgmoth era un desastre cubierto de polvo.

Las insignias de su rango habían sido arrancadas durante la caída inicial.

Le faltaban por completo los guanteletes y el casco.

Aun así, el viento en su cabello desgreñado, el brillo de sus ojos brutales y la tensión de su mandíbula marcada por cicatrices lo dejaban todo claro.

Aquel era Lord Yawgmoth.

Y estaba furioso.

Con sus pesadas botas, Yawgmoth llegó hasta el emplazamiento del cañón.

Era un enorme baluarte de piedra, construido para soportar el peso y el retroceso de aquella arma feroz.

Detrás de una estructura metálica que la superaba veinte veces en tamaño y estaba lo bastante caliente como para fundir el vidrio, una artillera se aferraba a los controles de disparo.

Funcionaban mediante piedras de poder: un esquema de caja sin la caja.

Sus dedos danzaban con destreza sobre las piedras resplandecientes.

El enorme cañón giró lentamente hacia la izquierda y descendió para adquirir un nuevo objetivo.

Al chirrido de los motores se sumó un zumbido grave mientras la carga se acumulaba en su interior.

—¡Informe de batalla, artillera! —exigió Yawgmoth por encima del estruendo del cañón.

La mujer alzó la vista hacia él, sorprendida.

Su rostro, enrojecido por el calor, palideció.

Los dedos tropezaron sobre los controles de las piedras de poder.

El cañón dejó de girar y se apagó.

Después de un momento más de forcejeo, la mujer consiguió soltar las correas que la sujetaban al asiento de disparo.

Se tambaleó hasta ponerse firme.

—Lord Yawgmoth, es un honor...

—No llevás casco, artillera.

—Interfiere con la puntería, mi lord, y hace calor. Además, detrás del cañón

es innecesario.

—Informe de batalla, artillera.

—Todo marcha bien. Este cañón ha conseguido diecisiete bajas confirmadas de naves y veintitrés bajas asistidas no confirmadas, además de cientos de bajas entre las tropas, también sin confirmar.

—¿Cuántas de las nuestras?

La mujer parpadeó.

El sudor de su frente se acumuló como lágrimas bajo sus ojos.

—¿De las nuestras, Lord Yawgmoth?

—¿A cuántos de nuestros soldados mataste?

—¿Yo maté...?

—¿Has estado al mando de este cañón desde el amanecer?

—Sí, mi lord...

—¿Recordás haber disparado contra una carabela de guerra Phyrexiana? ¿Una nave llamada Yataghan? ¿O fue una baja sin confirmar?

La mujer estaba muy pálida.

El sudor le formaba líneas rojas en las mejillas.

—El nombre de la nave no estaba confirmado, sí. Embistió la nave a la que yo estaba apuntando y se cruzó en la trayectoria del rayo...

—¿Sabías que llevaba una tripulación de casi cien personas?

»Eso serían casi cien de nuestras tropas muertas. Confirmadas, ¿sí?

La artillera guardó silencio.

—Quizá tendrías todavía más suerte si dieras vuelta el cañón y dispararas contra los civiles.

»Podrías acumular miles de bajas de esa manera.

»¿Sabías que yo estaba en esa nave?

»¿Sabías que el intento de regicidio es un crimen capital?

La mujer cayó de rodillas ante él.

Alzó la mirada, con los ojos desbordados ahora por algo más que sudor.

—Perdoname, Lord Yawgmoth. Por favor. No lo sabía. Fue un accidente.

No podía ver. El Yataghan salió de una nube de humo...

—¿No podías ver...?

—No podía ver.

—¿Incluso sin casco, no podías ver?

—No podía ver.

—No —dijo Yawgmoth con ternura.

Le tomó la barbilla con una mano y pasó la otra por su cabello.

—Ahora ya no podés ver.

Fue más difícil de lo que había esperado.

Y más desprolijo.

Ella se debatió y gritó, algo impropio allí, sobre la muralla, con todos mirando.

Al final, en realidad no había llegado a arrancárselos, como se había prometido que haría, pero, francamente, ya no quedaba nada que arrancar salvo membranas desgarradas.

Había sido tan intolerante durante todo el proceso que finalmente se limitó a arrojarla por encima de la muralla.

Sus gritos sonaron más dulces cuanto más se alejaban.

Yawgmoth se limpió pacientemente las manos con un trapo.

—Consigan una nueva artillera —ladró al capitán, que se apresuró a obedecer—. Preferentemente alguien que tenga los ojos puestos en la cabeza.

Como atraído por la violencia, Gix llegó.

El idealista campeón de las clases bajas se había convertido en el oficial más confiable, despiadado e inteligente de Yawgmoth.

El comandante Gix avanzó majestuosamente por la muralla, con su séquito detrás.

Entre los guardias Phyrexianos que lo acompañaban había un monstruo alto con una bola de músculos apretados por cabeza.

Tiras rojas colgaban harapientas de sus dientes afilados como dagas.

Gix cayó de rodillas ante Yawgmoth e inclinó profundamente la cabeza.

El monstruo a su lado hizo lo mismo, al igual que los demás Phyrexianos.

—Hola, Gix —dijo Yawgmoth—. Trajiste a la guardia Phyrexiana a la ciudad.

—Sí. El comandante de la guardia Halcyte era un cobarde y un traidor. Te dio por muerto y estaba considerando rendirse. Toda la guerra podría haberse perdido. La guardia Phyrexiana hizo cumplir su renuncia.

Yawgmoth miró al monstruo de dientes afilados detrás de Gix.

—Bien hecho, buen y fiel servidor.

»Has asegurado mi gobierno y, al mismo tiempo, has avanzado en tu propia posición.

»Has salvado mi ciudad y te has concedido un segundo ejército.

Yawgmoth sonrió de verdad.

—Bien, comandante de la guardia, el asedio está bien controlado, como podés ver.

»Solo necesitamos resistir otra semana y entonces la victoria será segura.

»Hasta entonces, los ciudadanos de Halción están en grave peligro.

»Usá tu guardia Phyrexiana para reunir a todos los Halcytes que no estén participando en la defensa de la ciudad y llevarlos a Phyrexia.

»Alistalos.

—Sí, Lord Yawgmoth. Llevará meses reunir a todos los ciudadanos.

—Convertí los meses en semanas —dijo Yawgmoth—.

»El asedio se romperá en una semana y quiero que al menos la mitad de los ciudadanos estén alistados para entonces.

—Sí, Lord Yawgmoth.

Yawgmoth contempló la ciudad resplandeciente.

El templo de Rebbec brillaba magníficamente por encima de todo.

—Estamos creando un mundo nuevo, Gix. Lo sabés.

»Un mundo nuevo y una raza nueva.

»Fuerte, intrépida, obediente, despiadada.

»Sí, puede que ahora parezcan monstruosos, pero la guerra es un asunto monstruoso.

»Cuando todo esto termine, Phyrexia no creará monstruos, sino dioses.

—Sí, mi lord.

—Va a regresar a Phyrexia pronto —susurró Rebbec en la oscuridad.

Solo podía ver los primeros diez rostros, más o menos, apiñados allí dentro del silo.

Al menos cincuenta ciudadanos se escondían allí.

Su respiración volvía el lugar caliente y húmedo.

Era el olor del terror.

Aun así, era mejor que el olor séptico que se aferraba a Rebbec y a sus trasgos.

—Yawgmoth regresará a Phyrexia y, cuando lo haga, podremos escapar todos.

»Tienen que sobrevivir hasta entonces.

»No dejen que los guardias los encuentren.

»Los llevarán a Phyrexia.

»Los convertirán en monstruos.

»Quédense aquí.

»Guarden silencio y no den ninguna señal de su presencia.

—¿Qué vamos a comer? ¿Qué vamos a beber? —preguntó uno de los refugiados.

Rebbec parpadeó, pensativa.

—¿No queda nada de grano aquí?

—Está todo rancio. Y hay ratas.

Rebbec suspiró con tristeza.

—¿No podrían tender algunas trampas, tal vez?

—¿Comer ratas y beber aguas residuales?

—Sé que es terrible. Lo sé —respondió Rebbec—. Pero cuando todo termine, estaremos a salvo.

»Los llevaré a un lugar seguro.

»Un lugar hermoso, limpio, seguro y abundante.

»Ya lo van a ver.

Otra voz habló desde la oscuridad.

—¿Cómo sabremos cuándo es el momento?

—Voy a colocar una linterna en lo alto del templo.

»Incluso de día podrán verla.

»Cuando vean la linterna, diríjanse al templo.

—Pero los guardias...

—Usen las alcantarillas.

»Los trasgos los guiarán.

»Conocen el camino.

»Me trajeron aquí esta noche.

»Esta noche me están llevando por toda la ciudad.

»Ellos los guiarán.

Uno de aquellos trasgos siseó desde la puerta resquebrajada.

—¡Patrulla!

Todas las voces del silo se apagaron.

Solo quedó su respiración.

El sonido resonaba en la garganta del edificio.

El golpeteo de las botas y el chasquido de las garras llenaron la calle.

La mayoría de las patrullas contaba apenas con cinco o diez guardias.

Esta sonaba como un ejército.

Con el tiempo, las pisadas se alejaron hasta desaparecer en el silencio.

El trasgo siseó:

—Despejado.

—Entonces coman todo lo que puedan.

»Beban toda el agua limpia que encuentren.

»Y esperen.

»Cuando Yawgmoth descienda a su infierno, nosotros ascenderemos a nuestro cielo.

Se había ido.

Así de simple.

Coma.

Había despertado de comas antes, pero esta vez no.

No con la piel hecha jirones, las sienes hundidas como cuevas, los ojos dilatados e inexpresivos bajo párpados de papel.

Solo las máquinas que bombeaban, los trasgos que correteaban y el ataúd viviente lo mantenían con vida.

En todos los demás sentidos, se había ido.

Quizá si hubiera llegado antes.

Si hubiera venido primero aquí y después hubiera ido con los refugiados...

Quizá podría haber hablado con él una última vez.

Era una manera equivocada de pensar.

Nada sucedía por casualidad.

Ya ni siquiera era una partida de damas.

Un solo jugador controlaba ambos lados del tablero.

Yawgmoth.

—Por eso no llegué aquí a tiempo —dijo Rebbec con cansancio—.

»Él no quería que lo hiciera.

»Tenías razón todo este tiempo, esposo mío.

»Tenías razón sobre él.

»Sobre todo.

»Engañó a todos menos a vos.

»Nos engañó y nos sedujo a todos, excepto a vos.

Un escalofrío se le cuajó en la columna a Rebbec.

Rebbec retiró el borde de la prenda de enfermería de Glacian.

Los pliegues se deslizaron dejando al descubierto un hueso de cadera demacrado, con la piel translúcida mostrando el músculo encogido debajo.

La emaciación de Glacian era espantosa.

Rebbec se estremeció, con lágrimas en los ojos.

Aun así, continuó retirando la bata.

—Dioses, no.

La herida que Yawgmoth había hecho en el costado de su esposo nunca había cicatrizado.

Unas suturas negras atravesaban el corte.

La carne estaba oscura y reseca.

Debajo acechaba una masa maligna.

Parecía un tumor, del tamaño aproximado de dos puños apretados juntos.

—No lo hizo.

»No podría haber...

murmuró mientras tocaba el lugar.

Era duro como una roca.

—Oh, dioses, no.

»¡Lo hizo!

»¡Lo hizo!

—¿Qué hizo?

Rebbec se volvió bruscamente y retiró las manos.

Allí, en la cueva de cuarentena, estaban Yawgmoth y los monstruos de su cuerpo de salud.

—¿Qué hizo? —preguntó Yawgmoth, con la voz empapada de preocupación.

Ella lo miró a los ojos, preguntándose si podía ver cuánto lo odiaba y cuánto le temía.

—Él... él cayó en coma.

»Él... me dejó antes...

»Antes de que pudiera despedirme.

Yawgmoth llegó hasta ella.

Vestía sus túnicas blancas de Estado, exactamente del mismo tono que el ataúd donde yacía Glacian.

—Podemos curarlo, Rebbec.

»Lo sabés.

»Podemos curarlo todo.

Levantó una mano para apartar los mechones de cabello que habían caído sobre el rostro de Rebbec.

Rebbec negó vehementemente con la cabeza.

—No.

»No.

»Glacian no lo habría querido.

»Es lo único que jamás habría tolerado.

La mano de Yawgmoth salió disparada.

Un extraño anillo relució en su dedo.

La sujetó del brazo con insistencia.

Hubo un pinchazo, como la picadura de una abeja, y después un dolor ardiente que se fue acumulando.

Rebbec bajó la mirada, mientras una protesta se le escapaba de los labios.

Yawgmoth ya estaba hablando.

—... cansada.

»Agotada.

»Has sido una buena esposa todos estos años.

»Incluso permitirías que muriera antes que desobedecerlo.

»No puedo permitirlo.

»Estás demasiado cansada.

»Ya nada tiene sentido.

»De repente, toda verdad parece una mentira.

»Toda mentira se hace pasar por verdad.

»No podés dejar que tu esposo muera solo porque no estás pensando con claridad...

Eso era cierto.

No estaba pensando con claridad.

No parecía poder recordar qué había estado haciendo aquel día ni durante los últimos días.

Estaba cansada.

Cansada hasta los huesos.

El agotamiento la calentaba.

Yawgmoth tenía razón.

No estaba pensando con claridad.

Yawgmoth se puso de pie y levantó a Rebbec.

La llevó como si ella fuera un cordero perdido y él, el buen pastor.

—... voy a ayudarte a vos y a tu esposo.

»Voy a llevarlos a los dos a Phyrexia y voy a curarlos de una vez y para siempre.

Rebbec apenas era consciente de la cueva que la rodeaba.

Los trabajadores del cuerpo de salud rodearon y levantaron la cápsula de curación de Glacian.

Los trasgos parloteaban y se agolpaban alrededor.

Ella apenas era consciente de algo que no fuera Yawgmoth.

Era tan fuerte.

Tan cálido.

Tan atento.

Tan sincero.

Tan parecido a un dios.

Entre sus brazos, nada podría hacerle daño jamás.

Incluso era amable con los trasgos.

Incluso tenía paciencia mientras avanzaba entre aquella masa de pequeñas criaturas que lo tocaban y se aferraban a él.

—Está bien, pequeños.

»No voy a hacerle daño.

»Voy a curarla.

Los trabajadores del cuerpo de salud apartaron a las pequeñas bestias.

Un trasgo, un trasgo viejo, gritó detrás de Yawgmoth:

—¡Vamos a encender una linterna para vos, Rebbec!

»¡Vamos a encender una linterna para vos!

Yawgmoth sonrió como el sol del amanecer.

—Escuchá cuánto te quieren, Rebbec.

»Van a encender una vela para vos.

»Van a rezar sus pequeñas plegarias de trasgo.

»Hasta los pequeños monstruos te quieren.

»No puedo culparlos.

»Yo también te quiero.

Rebbec no podía imaginar una felicidad mayor, salvo dormirse ahora entre sus brazos.

—Eso es.

»Dormí.

»Voy a curarte, Rebbec.

»De una vez y para siempre.

CAPÍTULO 26

Rebbec soñó un sueño extraño.

Estaba junto a Yawgmoth, en la primera esfera de Phyrexia.

Miraban desde una baja cresta de piedra negra.

Las praderas que se extendían abajo, desde las montañas hasta el bosque, estaban cubiertas por una enorme... cosa.

Parecía un hongo: una masa carnosa de color marrón blanquecino, con repisas inclinadas, tallos agrupados, opacamente brillante, de una solidez suave.

La cosa olía a muerte y tierra, pero también a vida y renovación.

—¿Qué es? —le preguntó Rebbec a Yawgmoth en su sueño—. ¿Qué ha crecido aquí, en tu mundo?

Su expresión era de incredulidad.

Contempló a Rebbec con una alegría tan maravillada que parecía un joven dios solar.

—¿No lo sabés? ¿No lo reconocés?

En realidad, ella no lo reconocía.

Era claramente una planta Phyrexiana.

Sus cúpulas amorfas tenían el mismo contorno que las montañas bajas.

Sus tallos eran tan agresivos y extraños como el bosque compacto que se extendía abajo.

Sus raíces estaban hinchadas y hundidas en la tierra, exactamente como Rebbec habría diseñado los pilotes para una cimentación...

—¿La enfermería? —dijo Rebbec, sin aliento.

Era su diseño, sí, pero había crecido.

Se había propagado como un hongo.

Los techos se habían convertido en una cúpula tras otra, extendiéndose por un campo inmenso.

Las salas de enfermos, apiladas, se habían expandido en colonia tras colonia.

Los cimientos se habían convertido literalmente en raíces, extrayendo energía de la tierra.

El edificio que ella había diseñado podía albergar a mil pacientes.

El edificio que ahora se extendía ante ella podía albergar a cientos de miles.

—¿Mi enfermería?

—Phyresis —respondió Yawgmoth con dulzura, rodeándole los hombros con un brazo—. Generación progresiva.

»Todo lo que se planta aquí crece.

»Cambia, evoluciona, mejora.

»Se vuelve más grande, más poderoso.

»Trasciende sus comienzos.

»La tierra transforma las cosas.

»La tierra, el poder de la Esfera Nula y el dios que habita dentro de la tierra.

»Esta colonia es lo bastante grande como para albergar a todos los halcionitas.

»Están creciendo más colonias, suficientes para albergar a todo el imperio, a todo el mundo.

Era un sueño extraño.

Rebbec estaba segura de que era un sueño.

En la semilógica del sueño, no podía determinar si aquel sueño era suyo o de Yawgmoth.

—Incluso ahora les he enviado un ultimátum, Rebbec.

»Incluso ahora, sus comandantes, en sus campamentos nocturnos en el desierto, están leyendo mi invitación.

»Si se rinden ante mí, sin condiciones, serán invitados a unirse a nosotros aquí, en el paraíso.

Rebbec respiró profundamente el aire fértil.

—¿Y si no se rinden?

Él extendió los brazos y la envolvió con su cálida capa.

El abrazo era amoroso y protector.

—Un ultimátum tiene que tener dientes.

Dentro de su túnica, el fuerte y salado olor de Yawgmoth estaba presente por todas partes.

Era el olor de Phyrexia, destilado hasta su esencia.

Respirar aquel aroma impregnaba a Rebbec.

Se aferró a él como una niña a un salvador poderoso.

Él era cálido, seguro y fuerte.

Dentro de su capa, todo permanecía tal como había sido.

Más allá de ella, en la caótica insensatez del sueño, el mundo entero se transformaba.

Cuando retiró la capa, las montañas bajas habían desaparecido, junto con el campo inmenso y la hondonada boscosa.

Ahora se encontraban en un templo abovedado de tirantes de hierro y cables de acero.

Delgadas columnas metálicas se elevaban hasta una bóveda de abanico formada por delicados entramados de metal.

Donde en un templo de Dominaria podrían haber adornado la estructura ménsulas ornamentales, aquí había grupos de pernos.

En lugar de tallas de madera, enormes vigas martillo resplandecían cubiertas de remaches.

El suelo brillaba como un espejo.

A lo largo de aquel suelo, alineados en filas regulares, se encontraban ejércitos de artefactos.

Tan relucientes como el mundo que habitaban, aquellas criaturas de acero, vidrio y piedra de poder brillaban con una frialdad metálica.

La mayoría tenía el tamaño de un hombre, con conjuntos de patas articuladas, ojos compuestos y tórax segmentados.

Otros eran auténticos mamuts de metal.

Estaban construidos para avanzar pesadamente, enormes e imparables, a través de las filas enemigas.

Torretas de armas de rayos descansaban sobre sus lomos blindados.

A lo lejos, todavía incompletos, había unos pocos del tamaño gigantesco de los behemoths perdidos durante el primer día de combate.

Agazapados y feroces, los cascos aguardaban en una vasta inmovilidad mien-

tras grupos de artífices se arremolinaban sobre ellos.

Los artífices parecían gusanos trabajando sobre caparazones vacíos.

Pero en Phyrexia los gusanos no descomponían cuerpos.

Los componían.

A lo lejos se alzaba una enorme fábrica.

Brazos mecánicos trabajaban contra el horizonte, chispas brotaban de los arcos de soldadura y cascadas de metal fundido fluían hacia formas gigantescas.

—¿Esto? —preguntó Rebbec—. ¿Este es tu ultimátum?

»¿Esto es lo que ocurrirá si no se rinden?

Yawgmoth sonrió con orgullo sereno.

—Este es uno de los resultados.

»Los ejércitos sitiadores se enfrentarán a estas fuerzas y a mi guardia Phyrexiana en una batalla terrestre como jamás se ha librado otra en Dominaria.

»Solo mataré mientras ellos sigan resistiendo.

»Estas fuerzas les darán la oportunidad de arrepentirse de su guerra perversa.

»Con ellas puedo obligarlos a una rendición incondicional y traer a los supervivientes de regreso al redil, junto con el resto de nosotros.

»Con estas fuerzas y la Esfera Nula puedo gobernar las ocho ciudades-estado.

»Nunca más tendrá que haber una guerra civil.

Era el sueño de Yawgmoth.

Rebbec lo comprendió ahora.

Pero ¿cómo podía estar soñando el sueño de Yawgmoth?

—Hablás como si hubiera una opción peor.

Yawgmoth se encogió de hombros, sin comprometerse.

—Si rechazan mi oferta...

Nuevamente, la túnica la envolvió.

Los espacios se alejaron danzando.

Era una sensación parecida a viajar con Dyfed.

Rebbec comprendió de pronto que, al menos allí, al menos dentro de Phyrexia, Yawgmoth tenía el poder de un planeswalker.

La capa se abrió para revelar el centro de aquella máquina humeante, siseante y atronadora que habían visto desde lejos.

Las máquinas se elevaban.

Las chimeneas expulsaban humo.

Las grúas se desplazaban a toda velocidad.

Las cintas transportadoras avanzaban con estrépito.

Entre todas ellas se movían los artífices.

El equipo gigantesco hacía que parecieran simples trasgos correteando.

Phyrexia los transformaba.

Los perfeccionaba para sus tareas.

La piel se volvía rugosa y resistente.

Los ojos crecían enormes en la penumbra perpetua.

No había una sola onza de grasa en sus cuerpos.

Sus trajes de trabajo colgaban sobre músculos delgados y hambrientos.

Los artífices y las máquinas no eran la visión más asombrosa.

En medio de ellos se alzaban nueve creaciones exquisitas.

Se elevaban formando un círculo alrededor de Yawgmoth y Rebbec, y sus fuselajes relucientes devolvían las imágenes atenuadas de ambos.

—Cargadores de piedras —dijo Rebbec con gravedad.

—Sí.

»Si rechazan mi oferta de plano, ninguno sobrevivirá.

»Los ejércitos serán exterminados por completo.

»Ahora mismo están terminando otros nueve: uno para cada ciudad-estado más allá de la nuestra, y dos para uso discrecional.

»A cada ciudad-estado se le dará la oportunidad de rendirse o ser aniquilada.

»Una vez que todo el imperio esté completamente bajo nuestro control, habrá más bombas para cada nación del mundo.

»Cuando el mundo sea mío, el imperio Thran se expandirá hasta apoderarse de todo el Multiverso.

El corazón de Rebbec se agitó como una criatura moribunda.

Deseó poder despertar de aquel sueño.

—¿Cómo podemos esperar conquistar el Multiverso?

»No somos planeswalkers.

—Oh, pero lo seremos, querida —respondió Yawgmoth con absoluta certeza—.

»Lo seremos.

Lanzó su capa alrededor de ella.

Por primera vez, sintió resentimiento hacia ella.

Por primera vez sintió el dolor hormigueante del tránsito de esfera en esfera.

Era como si hubiera estado entumecida por una droga cuyo efecto comenzara lentamente a desaparecer.

Mientras las esferas giraban a su alrededor, supo que aquello no era un sueño.

Era el estado demasiado real de Phyrexia.

La capa se retiró para revelar la visión más espantosa hasta entonces.

En aquella esfera carmesí, iluminada por hornos de una milla de altura que expulsaban enormes coronas de llamas, el suelo estaba cubierto de gigantescas cubas.

Como surcos en un campo de cultivo, se extendían por las colinas.

Dentro de cada una acechaba un alma atormentada, sumergida en aceite dorado.

Algunas cubas contenían criaturas inertes, aparentemente conservadas en salmuera.

Otras hervían con la agonía convulsa del animal que se agitaba en su interior.

Los sacerdotes de las cubas, vestidos con sus ropajes rojos, caminaban por pasarelas situadas sobre ellas.

A intervalos, introducían varas de Piedras de poder en su interior.

Las criaturas que habían permanecido inmóviles saltaban de repente.

—Los llaman sacerdotes —dijo Yawgmoth—. Pero, en realidad, no son más que agricultores.

»Están cultivando nuevas criaturas.

»Están cultivando Phyrexianos.

Rebbec ni siquiera podía hablar.

Se limitó a permanecer allí, sobre una plataforma metálica por encima de la red de pasarelas.

—Algún día, quizá todos los Phyrexianos sean planeswalkers.

»Los eugenistas de los laboratorios superiores están buscando la clave.

Le tomó la mano y la condujo por un tramo de escaleras de rejilla hacia una habitación situada en lo alto.

La cámara de nueve lados estaba construida de acero pulido e iluminada por linternas de Piedras de poder.

Resplandecía con una esterilidad orgullosa.

Solo las túnicas rojas de los cuatro sacerdotes de las cubas que estaban allí aportaban color a la habitación.

Losas del mismo metal sobresalían de las paredes, del tamaño de palés, pero tan frías y poco acogedoras como estantes de catacumbas funerarias.

En ese momento, solo una de las plataformas estaba ocupada.

Los cuatro sacerdotes de las cubas y una colección de complejas máquinas artefacto se agrupaban alrededor de la figura.

Tres de los sacerdotes trabajaban diligentemente, con los dedos cubiertos de sangre hasta el tercer nudillo.

Susurros sibilantes pasaban entre ellos detrás de las máscaras negras que llevaban.

El cuarto sacerdote tomaba notas meticulosamente de todo lo que se decía.

—Estos son mis mejores cirujanos, entrenados personalmente por mí —dijo Yawgmoth—.

»Llevan más de un mes trabajando con esta misma paciente.

»Han explorado y documentado con muchísimo cuidado cada tejido vivo.

—¿Vivo?

Rebbec miró más allá de los sacerdotes.

La criatura que se encontraba entre ellos no podía estar viva.

La mujer estaba abierta en canal.

Un corte largo y limpio se extendía desde el dedo central de su brazo izquierdo,

bajaba por la palma, atravesaba la muñeca, recorría todo el brazo, pasaba sobre el hombro, cruzaba el torso hasta la cadera derecha y descendía hasta el dedo central del pie.

A lo largo de aquella incisión, la piel había sido cuidadosamente separada y sujetada con alfileres.

Debajo, los músculos habían sido separados, las capas de grasa desmenuzadas, los tendones divididos y sujetos, los huesos serrados por la mitad.

Cada vez que quedaba expuesto un órgano, las entradas y salidas habían sido cartografiadas mediante alfileres numerados que palpitaban con el movimiento de los fluidos.

Cortes precisos habían abierto los sacos temblorosos del exterior y dejado expuestos los centros cálidos.

Un pulmón seccionado parecía un bizcocho rosado y esponjoso, del que aquí y allá rezumaba una salsa de cereza.

El enorme hígado rojizo podría haber sido un pudín de sangre por el que alguien hubiera pasado una cuchara.

El páncreas era blanco y quebradizo, como queso de cabra.

El riñón mostraba la intrincada geometría interna de una cabeza de coliflor.

Los intestinos habían desaparecido por completo y el estómago no era más que un saco desinflado.

Y, aun así, la mujer vivía.

—¿Por qué hacés esto?

»¿Por qué la atormentás? —dijo Rebbec, mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

—Ella no siente ningún tormento.

»Ya no tiene la capacidad de sentirlo.

—¿Qué querés decir? —susurró Rebbec—.

»La has abierto por completo.

»¿Cómo puede no sentir tormento?

—No tiene esa capacidad.

»Cada capacidad del ser humano tiene su sede en un órgano o sistema espe-

cializado —explicó Yawgmoth con sencillez—.

»El pensamiento, el movimiento, la digestión, el habla, la reproducción, la respiración, la curación, el dolor...

»La enfermedad no es más que una disfunción de estos órganos y sistemas.

»Una persona privada de uno de estos órganos queda privada de la capacidad correspondiente.

»La hemos privado del órgano de la agonía.

Solo entonces Rebbec vio la delgada vara metálica que sobresalía de la herida irregular de la frente.

La vara vibraba apenas, con una rotación silenciosa pero inconfundible.

Dentro de aquel cráneo fracturado, unos rotores se movían.

Rebbec cayó de rodillas y hundió la cabeza entre las manos.

—Del mismo modo, una persona a la que se le concede un órgano específico recibe su capacidad.

»Los humanos no podemos volar porque no tenemos el órgano del vuelo, las alas.

»Si tuviéramos alas, podríamos elevarnos como las águilas.

—¿Por qué, Yawgmoth?

»¿Por qué hacés esto?

—Si existe un órgano que permita atravesar planos, y debe existir, esta mujer lo tiene.

»Pronto yo también lo tendré.

»Lo encontrarán en ella y lo colocarán dentro de mí.

—Sos un bárbaro.

»Sos un caníbal.

Yawgmoth la miró desde arriba, con auténtica confusión en los ojos.

—Esto no es barbarie.

»Esta es la verdad.

»Esto es ciencia.

—Matás a tu enemigo y te comés su corazón y su cerebro, esperando obtener su valor y su sabiduría.

»Pero nunca tendrás valor, solo crueldad.

»Y nunca tendrás sabiduría, solo arrogancia.

La agarró del brazo y la levantó de un tirón.

—Hago esto por nuestra gente.

»Lo hago por vos.

»Cuando sea un planeswalker, podré convertirnos a todos en planeswalkers.

»¿No lo entendés?

»Es mejor que esta mujer muera para salvar a toda la nación.

Ella intentó soltarse, pero su agarre era implacable.

—Soltame.

Incluso mientras ella luchaba, la capa de Yawgmoth se extendió a su alrededor.

—Nunca te voy a soltar, Rebbec.

»Mientras te sostenga, tengo ese valor del que hablaste, esa sabiduría.

»Vos sos el órgano de la ascensión.

»Mientras te sostenga, no solo estoy perfeccionado.

»Soy perfecto.

Cuando la capa volvió a abrirse, estaban en ningún lugar y en todos los lugares.

Era un espacio oscuro atravesado por destellos de luz.

Era un lugar de caos.

Yawgmoth se expandió hasta ocuparlo por completo.

El espacio retrocedió ante él hasta que todo fue Yawgmoth.

Él impregnó su cabello y sus ropas.

Presionó contra cada centímetro de ella.

Proyectó su imagen dentro de sus ojos y cantó en sus oídos.

Respirar significaba inhalarlo dentro de sus pulmones y, aun así, ella tenía que respirar.

En los últimos y jadeantes momentos, mientras su esencia impregnaba hasta el último tejido y cada pliegue de su cerebro, ella ocultó un secreto que él jamás conocería.

Entonces la poseyó por completo.

Había deseado aquel momento desde que había entrado en aquella habitación de la enfermería años atrás.

Lo había deseado, pero nunca antes aquella consumación había favorecido sus planes.

Ahora, por fin, sí lo hacía.

Imbuirla era como imbuir Phyrexia.

Él era la sangre de sus venas, la chispa de su ser.

Percibía cada rincón de su existencia.

Conocía cada pensamiento.

Ella era un mundo en sí misma.

Cada recuerdo, cada pensamiento era suyo.

Vio la ciudad cuando ella había llegado, y la ciudad cuando su templo estuvo terminado, y los planos de cada edificio que había sido construido mientras tanto.

Vio a Glacian cuando era joven y estaba sano, olió el ozono en su traje de equipo de maná, sintió el suave calor de su mano.

Yawgmoth oyó los discursos que resonaban entre los miembros disueltos del Consejo de Ancianos, saboreó la amargura del agua que ella había bebido la noche anterior, vislumbró a los refugiados apiñados en su silo...

Así que esto es lo que está planeando, pensó.

Planea sacar volando a los refugiados de aquí... o planeaba hacerlo.

Seguramente no después de esto...

Odio.

Ella lo odiaba.

En su presencia solo sentía terror y repulsión.

Parte de aquel terror era, por supuesto, respeto.

Parte era la comprensión de que él no podía ser derrotado, ni siquiera igualado.

Yawgmoth se sintió reconfortado.

El respeto era algo, pero él había esperado amor, no repulsión.

Quizá solo recientemente había llegado a odiarlo.

¿Había sido cuando la había apartado de Glacian?

No.

Entonces había sentido una adoración inducida por las drogas.

¿Había sido cuando vio de cerca a su primer Phyrexiano?

Eso había profundizado la repulsión y aumentado su determinación de salvar su ciudad, pero el odio se remontaba más atrás.

Ya estaba allí cuando había dejado caer el primer cargador de piedras en el desfiladero.

Estaba allí cuando había implantado la piedra corazón Phyrexiana en Glacian.

Incluso estaba allí, en estado embrionario, cuando Dyfed había transportado a los ancianos prisioneros hasta Mercadia.

Al recordar el aspecto de aquel mundo, Yawgmoth retrocedió todavía más.

Aunque era delgado y pequeño, aquel diminuto odio se extendía hasta su primer encuentro, cuando Yawgmoth había tomado una muestra de piel de su esposo.

Sí, pero donde hay odio también hay amor.

Son mitades de un todo.

Todo amor contiene un hilo de odio, y todo odio contiene un hilo de amor.

Ella no sentía amor por él.

No ahora.

Nunca.

Yawgmoth quedó atónito.

Había estado seguro de que ella lo amaba.

Ya no importaba.

La poseía por completo.

Conocía todos sus secretos.

Nada permanecía oculto para él.

Estaba en cada uno de sus tejidos, en cada pensamiento.

Ella ya ni siquiera tenía una mente que no lo contuviera.

¿Qué necesidad tenía del amor?

Phyrexia no me conocía cuando la toqué por primera vez, pero ha llegado a amarme.

Rebbec será igual.

Quizá había pasado un día antes de que llegaran noticias del ataque Thran.

Habían matado a todos los escaladores.

Habían masacrado al ejército que protegía el camino.

Estaban escalando las murallas en masa.

Estaban entrando en la ciudad.

Estaban luchando en las calles.

Yawgmoth tenía su respuesta.

Sus enemigos habían rechazado el ultimátum.

Su odio era fuerte.

No había ni un poco de amor en él.

Pensó en las nueve bombas, altas y relucientes.

Yawgmoth se retiró lentamente del corazón envolvente de Phyrexia.

También se retiró lentamente de Rebbec.

La dejaría allí.

Ya no quedaba voluntad en ella.

Incluso si quería escapar, no podía.

El corazón de Phyrexia la mantendría allí para siempre.

Con ese pensamiento, Yawgmoth apareció en medio de sus nueve cargadores de piedras.

Los artífices ya estaban ocupados cargándolos en un trineo para transportarlos hasta la ciudad.

—Pronto los Thran probarán mi ira.

CAPÍTULO 27

Yawgmoth y un contingente de guardias Phyrexianos llegaron al quinto puerto aéreo de Halción justo antes que los cargadores de piedras. Fue una suerte.

El puerto estaba invadido por los Thran. Wrath y Vengeance, las dos últimas carabelas personales de Yawgmoth, habían sido capturadas. Una tripulación de minotauros pululaba por las cubiertas. Algunos transportaban a los tripulantes muertos para depositarlos respetuosamente en el muelle. Otros recogían e inspeccionaban las armas de los caídos. Unos pocos cargaban los cañones de rayos de las naves.

Se estaban preparando para zarpar y utilizar aquellas naves contra la ciudad que las había creado.

—Debería haberle dicho a Gix que defendiera primero este lugar —siseó Yawgmoth.

Gix estaba ocupado dirigiendo la defensa de la ciudad alta.

Yawgmoth desenvainó amargamente su espada. Se volvió hacia una de sus guardias Phyrexianas, una mujer de dientes limados y ojos enormes.

—Deciles a las tripulaciones de las bombas que esperen en la escalera, fuera de la vista y con las puertas atrancadas, hasta que las naves estén aseguradas.

Mientras ella se alejaba, Yawgmoth irrumpió en el muelle flotante.

Diez Phyrexianos lo siguieron.

Cargaron contra el minotauro que se ocupaba cuidadosamente de los muertos.

A un minotauro no se lo podía sorprender; aquellos hombres-toro eran astutamente vigilantes.

Con cuernos mortales, ojos llameantes, fosas nasales resoplantes y un pecho ancho como una plataforma de carreta, el minotauro se puso de pie antes de que llegara el ataque.

Desenvainó una espada en cada mano, sus uñas negras como el ébano de sus pezuñas.

Yawgmoth saltó al ataque, trabando su arma con la del minotauro.

La Piedra de poder de la espada de Yawgmoth ardía con cada golpe resonante.

Debería haber atravesado de un tajo las hojas del toro, salvo que la bestia también llevaba espadas de Piedras de poder.

Evidentemente las había tomado de los guardias caídos.

Yawgmoth no podía sorprender al minotauro, pero sí podía poner en duda el honor de la bestia.

—Ah. ¿Saqueando los cadáveres?

El fuego rojo de los ojos del minotauro se volvió azul.

—Los estoy protegiendo. Los estoy preparando para el entierro.

Yawgmoth cargó mientras el minotauro explicaba, empujando a la bestia hasta hacerla perder el equilibrio y quedar apoyada sobre un solo pie, peligrosamente cerca del borde del muelle.

—Quitarles las armas no es prepararlos para el entierro. A los guerreros hay que enterrarlos con sus armas.

El hombre-toro acababa de recuperar el equilibrio y avanzaba en combate cuando llegó aquel golpe verbal, y había sido un golpe.

Yawgmoth había trabajado entre aquellas criaturas.

Conocía sus estrictos códigos de conducta.

Los guerreros, incluso los guerreros enemigos, debían ser enterrados con sus armas.

—Estas espadas salieron de los depósitos que hay bajo cubierta —consiguió decir el minotauro, mientras descargaba un ataque rasante contra una de las placas del hombro.

Yawgmoth se agachó bajo la hoja, giró y se liberó.

—Después vas a revisarles los bolsillos. Después les vas a quitar la ropa.

Las llamas azules se volvieron blancas.

El minotauro rugió y se lanzó sobre él.

Se había comprometido demasiado.

Yawgmoth retrocedió y dejó que la criatura pasara de largo.

Descargó la espada y la hundió en el costado de la criatura.

Incluso mientras la sangre brotaba a borbotones, la bestia giró y arremetió.

Yawgmoth recibió los ataques como si el minotauro simplemente le estuviera

entregando objetos que él hubiera pedido.

—¿Qué vas a hacer después? ¿Montarte sobre los muertos, bestia inmunda?

Esta vez no hubo rugido, tal era la intensidad del odio del minotauro.

Ensangrentado, se lanzó contra Yawgmoth y lo arrojó de espaldas junto a los muertos.

Las espadas giraron entre sus manos de tres dedos.

Las hojas de Piedras de poder se hundieron en la carne.

Yawgmoth apenas podía hacer otra cosa que desviar los golpes.

Estaba perdiendo.

Había enfurecido a la bestia, pero no lo suficiente como para derrotarla.

Hasta que...

—No te importan nada estos guerreros...

»¿Protegerlos? ¿Prepararlos para un entierro honorable?

»Los minotauros no saben nada de... honor.

La bestia lanzó la hoja de Piedra de poder hacia abajo, directamente hacia la cabeza de Yawgmoth.

En el último instante, Yawgmoth rodó hacia un lado y la espada hendió la cabeza de uno de los muertos.

La atravesó de lado a lado, cortó el cráneo y se hundió en el muelle que había debajo.

La espada quedó atascada.

No por la madera, sino por la estúpida incredulidad de la bestia.

Había profanado a los muertos honrados, precisamente aquellos a quienes le habían encomendado proteger.

Al instante siguiente, se unió a ellos.

La espada de Yawgmoth atravesó el vientre del minotauro y ascendió cortando intestinos, costillas y pulmones, hasta abrir su corazón maduro y rojo.

Incluso mientras el enorme guerrero se desplomaba junto a los muertos humanos, Yawgmoth se puso de pie.

Estaba cubierto de sangre, la suya y la del toro.

Solo su espada de Piedra de poder brillaba limpia.

Un grito de triunfo se elevó detrás de él.

Yawgmoth se volvió y vio que sus guardias Phyrexianos habían hecho un trabajo similar con los demás minotauros que estaban a bordo del Vengeance.

Algunos de los guerreros estaban ocupados arrojando cadáveres por la borda.

Otros cortaban partes de los cuerpos para convertirlas en trofeos para sus cinturones o en bocados para sus bocas.

La capitana era quien había lanzado aquel grito de triunfo.

Gritó:

—¡Vengeance está asegurado!

—¡Wrath está asegurado! —respondió otro grito.

—¡El muelle está asegurado!

Yawgmoth ordenó a la capitana:

—Deciles a las tripulaciones que suban las bombas.

»Enviá un mensajero a buscar al comandante Gix y ordenale que expulse a los refugiados del templo.

La capitana reconoció las órdenes y salió apresuradamente para cumplirlas.

Mientras tanto, Lord Yawgmoth avanzó por la pasarela de Vengeance, chorreando sangre.

Era una imagen antiquísima de la muerte: cuerpos y sangre.

Pronto redefiniría la imagen de la muerte.

Él y sus nueve cargadores de piedras la convertirían en algo completamente blanco, sin siquiera huesos que profanaran el desierto.

Lo limpiaría de los errores del pasado.

Con fuego blanco, aniquilaría al ejército Thran entero.

Se había ido.

Oh, qué dicha.

El monstruo se había ido.

Había atravesado cada fibra de su ser, había desgarrado cada nervio, había trillado cada pensamiento.

No.

No cada pensamiento.

Había robado todos los pensamientos salvo uno.

Si hubiera conocido aquel único pensamiento, la habría poseído por completo, y nadie quiere ser poseído por completo.

Ella lo había amado alguna vez.

Ese era el secreto.

Lo había ocultado a plena vista, disfrazándolo con el nombre del odio.

Ahora era odio.

El amor se había ido.

Ahora y para siempre, era odio.

Un momento antes, Rebbec no habría podido pensar algo así sobre Yawgmoth.

Pero en aquel lugar secreto podía pensar con claridad.

Su voluntad permanecía.

De aquel lugar secreto surgió la rabia, que llenó el vacío en carne viva que él había dejado dentro de ella.

Le ardía como un licor amargo, pero también la calentaba.

Detuvo el avance de aquella marea furiosa.

Todavía quedaba una cosa por hacer antes de dejar que la rabia la llenara por completo.

Tengo que hacerlo mientras todavía quede suficiente de su olor en mí.

Tengo que hacerlo ahora, mientras el mundo todavía crea que soy él.

Rebbec convocó a Phyrexia.

Extendió la mano hacia el mundo.

Expandió su ser hacia afuera y sintió cómo este se aferraba a ella con cautela.

Sabía que ella no era Yawgmoth, pero percibía a su amo dentro de ella, en su sangre, y respondió con cautela.

Rebbec no se derramó sobre las mareas del mundo como lo hacía Yawgmoth.

Su esencia no se convirtió en la sangre de Phyrexia.

Aun así, podía sentir el pulso de la tierra y percibir aquello que ella percibía.

Rebuscó a través de ella, con la mente decidida y, al mismo tiempo, aterrada.

Phyrexia sabía que estaba buscando y se preguntaba qué buscaba.

Busco a mi amor, pensó.

El mundo se tranquilizó.

Le dijo que Yawgmoth había ascendido.

Rebbec no dejó de buscar, como una niña triste y afligida.

El mundo le permitió su pena.

Le permitió buscar.

Entonces lo encontró.

No a Yawgmoth, sino a Glacian.

Estaba en el mismo laboratorio elevado que Dyfed.

Acababa de llegar.

Los cuatro sacerdotes de las cubas, vestidos de rojo, estaban ocupados acomodándolo sobre una camilla contigua.

Su ataúd blanco yacía cerca, con los mecanismos de soporte vital colocados cuidadosamente a su alrededor.

Los sacerdotes movían sus miembros marchitos con reverencia y zumbaban excitados.

Uno de ellos estaba trazando muy lentamente, con muchísimo cuidado, una línea desde la punta del dedo medio de su mano derecha, subiendo por el brazo hasta el hombro...

Excepto que no estaba trazando la línea.

La estaba cortando.

Perlas de sangre roja brotaban lentamente de la incisión.

El terror, como una droga, recorrió a Rebbec.

La visión se desvaneció.

Percibió incertidumbre en Phyrexia.

El mundo retiró el contacto de su mente.

Su terror lo repelía, algo extraño.

Yawgmoth jamás sentía terror.

Él quería hacerlo personalmente, proyectó Rebbec en la nube de dudas que siseaba a su alrededor.

Se pondrá furioso cuando descubra lo que hicieron.

Hubo una pausa en aquella mente gigantesca.

Yawgmoth no sentía terror, pero sus sirvientes sí.

El terror profundo era el alma de los sirvientes más importantes de Yawgmoth.

Esta, esta Rebbec, debía ser su sirviente más importante.

¿A quién más invitaría al santuario interior?

¿Quién más olería tanto a él?

¿Qué debemos hacer?

La niebla que había separado a Rebbec del mundo se estaba disipando.

Ahora debía tener cuidado.

Cualquier sospecha adicional podía romper aquel vínculo precario.

¿Qué hace el amo con quienes lo desobedecen?

Los mata.

Entonces que se haga como él lo haría, respondió Rebbec.

Apenas había terminado de formar el pensamiento cuando sintió que las cuatro almas oscuras se apagaban y desaparecían.

Podía verlas.

Los cuatro eugenistas más importantes de Yawgmoth se desplomaron uno tras otro.

No se aferraron al corazón, sino a los muslos, con las manos sobre las Piedras corazón Phyrexianas que llevaban implantadas allí.

Sintió no solo sus almas agonizantes, sino también la ruptura húmeda de los órganos en su interior.

Los músculos se contrajeron violentamente, desgarrados por los extremos dentados de los huesos rotos.

Su propia musculatura se convirtió en enormes mollejas que trituraban huesos y vísceras hasta convertirlos en una pasta digerible.

No eran los únicos que morían.

Dyfed también comenzó por fin a morir.

La muerte de sus asistentes significaba su propia muerte.

Rebbec sintió alivio al percibir que estaba sucediendo.

La mente del mundo se alteró.

Yawgmoth había terminado con ella, mintió Rebbec.

Había aprendido todo lo que podía de ella.

Buscaba el órgano de los viajes entre planos.

Los sacerdotes de las cubas lo habían destruido al destrozar su cerebro.

Incompetencia.

Por eso lo había traído aquí.

Su órgano de viaje entre planos...

Se detuvo al vislumbrar la verdad dentro de la mente de Phyrexia.

Glacian era un planeswalker latente.

Por eso Dyfed había ido a visitarlo.

Por eso Yawgmoth lo había mantenido con vida durante tanto tiempo y lo había llevado allí para diseccionarlo.

Esforzándose por conservar el tono despreocupado de sus pensamientos, Rebbec continuó:

... todavía está intacto.

Por eso Yawgmoth quería abrirlo...

personalmente.

Hubo comprensión y certeza en aquella mente enorme.

Él también morirá si queda desatendido.

A través de la mente de Rebbec desfilaron imágenes de los innumerables sacerdotes de las cubas que trabajaban por las pasarelas cercanas.

Algunos levantaron la cabeza, como si hubieran escuchado un pensamiento silencioso.

No. Yawgmoth quería hacerlo personalmente.

Él no está aquí.

Está en Halción.

Voy a llevarle a Glacian.

Llevame al laboratorio.

Voy a poner a Glacian en su cápsula de curación.

Ustedes nos llevarán hasta el portal y yo se lo llevaré a nuestro amo.

Volvió a aparecer la sospecha en aquella mente oxidada.

Rebbec dejó que su antiguo amor por Yawgmoth se derramara en una oleada de mentiras.

Inmediatamente, la oscuridad del santuario interior comenzó a desvanecerse.

Rebbec estaba de pie en un laboratorio de nueve lados hecho de acero pulido.

Su esposo, herido y mutilado, yacía sobre el estante de un lado.

Dyfed moría en silencio en el otro.

Los cuatro sacerdotes de las cubas eran montones inertes en el suelo.

Rebbec se arrodilló junto a su esposo y detuvo el flujo de sangre de su herida.

Lo levantó.

Era apenas un saco de huesos.

Acunándolo entre sus brazos, lo llevó hasta la cápsula de curación.

Mientras trabajaba, acomodando los mecanismos de soporte vital, sentía la mente de Phyrexia presionándola, observándola con inquietud.

En el momento en que cerró el ataúd, Rebbec y Glacian se disolvieron.

Reaparecieron en la primera esfera, con la ciudad de hongos extendiéndose a un lado y el gran portal negro al otro.

Sin esperar a que el mundo cambiara de opinión, Rebbec levantó uno de los extremos del ataúd blanco y lo arrastró, siseando, sobre la hierba.

Mientras avanzaba, observó el cielo azul, esperando que un rayo surgiera de él y finalmente la matara a ella y a Glacian.

El extremo del ataúd chirrió sobre la piedra.

Rebbec miró alrededor.

Estaba dentro de una cueva oscura, junto al pedestal del espejo y al libro de acero y cristal.

Phyrexia era apenas una visión cegadora y espantosa a través del portal.

Las Cuevas de los Condenados eran el espectáculo más maravilloso que Rebbec había contemplado jamás.

—Ahora tengo que encontrar algunos trasgos que me ayuden a subir esto hasta la ciudad.

Tirando de la cápsula con esfuerzo, Rebbec la alejó del portal.

Sí, llevaría a Glacian arriba.

Pero no hasta Yawgmoth.

Llevaría a su esposo al templo que ambos habían diseñado.

Una vez dentro, podrían escapar volando de toda aquella locura.

Era hermoso volar de aquella manera.

No había naves Thran en el cielo.

La flota Phyrexiana era diminuta, pero nueve carabelas eran suficientes.

Yawgmoth las dirigía desde su propia nave de guerra, Vengeance.

Ni siquiera comandaba el Vengeance.

No con palabras.

No con instrucciones.

La tripulación sabía lo que quería.

La precisión absoluta no era importante con los cargadores de piedras.

No daba órdenes.

Habrían arruinado el sabor del vino en su boca.

Habrían apartado su atención del espectáculo que se desarrollaba abajo.

Los Thran y sus aliados llenaban el desierto por todas partes.

Sus fuerzas se extendían hasta las montañas del oeste y las colinas del este.

Parecía que el mundo entero se había levantado indignado contra aquella única ciudad, suspendida en los cielos, al alcance de los dioses.

Por supuesto que lo harían, aquellas bestias violentas: mitad vacas, mitad gatos, mitad lagartos; enanos atrofiados, elfos marchitos y hombres de cejas pesadas.

Los Phyrexianos se habían elevado por encima de todos ellos.

Habían ascendido por la cadena de la existencia y estaban listos para dar aquel último paso.

Que los demás desciendan, pensó Yawgmoth, contemplando las multitudes que bullían abajo.

Que todos desciendan.

La primera bomba, plateada bajo la luz del sol, cayó libremente desde Vengeance.

Giró una y otra vez sobre sí misma.

Los destellos de sus aletas recorrieron el ejército de enanos que estaba abajo.

Levantaron la vista desde sus rudimentarias máquinas de asalto, se detuvieron junto a sus laboriosos burros y contemplaron boquiabiertos la muerte centelleante que caía sobre ellos.

La bomba se enderezó, apuntando hacia abajo.

Sus aletas le imprimieron un descenso en espiral.

Pronto no fue más que un punto plateado contra el ejército que la observaba.

Después no fue nada.

Solo su silbido estridente llegó hasta Vengeance y su señor.

Una sonrisa blanca se extendió por el rostro de Yawgmoth.

Como respuesta, abajo se formó un círculo blanco.

Se expandió hacia afuera con la velocidad de una pupila que se dilata, un disco uniforme de fuerza.

Los enanos desaparecieron silenciosamente dentro de aquella nube.

En cuestión de instantes, esta había alcanzado la base de la extrusión y se había extendido hasta las montañas del otro lado.

Su centro se hinchó hacia arriba en una enorme protuberancia.

Desde el centro se elevó una gruesa columna de fuerza.

Trazadores de cosas ardientes salieron disparados hacia el cielo junto a la columna sobrecalentada.

Nubes mortales se elevaron formando anillos alrededor del punto de impacto.

—Hermoso —dijo Yawgmoth mientras bebía de su copa de vino.

Solo entonces el sonido de la explosión llegó hasta Vengeance.

La nave se sacudió, atrapada en una gigantesca mano de ruido.

Era omnipresente.

Era demasiado estruendoso para poder oírlo.

Pasó envolviendo al mundo entero en truenos.

Una segunda bomba salió rodando de la nave, sobre un ejército de humanos que hacía todo lo posible por huir de la primera explosión.

Habría muchos que huirían aquel día, pero ninguno escaparía.

Los humanos murieron tan repentina y espectacularmente como los enanos.

Quedaban siete bombas más.

«Una por cada ciudad-estado, y una para Yawgmoth», citó.

Bebió de su vino y observó cómo sus enemigos se disolvían en una blancura pura y abrasadora.

CAPÍTULO 28

A través de los conductos sensoriales de su asiento de mando a bordo de la Esfera Nula, un viejo artífice contemplaba morir a su pueblo.

Un instante antes, cientos de miles de Thran y sus aliados habían llenado el desierto bajo ellos. Ahora solo quedaban sus fantasmas: un amplio anillo de nubes blancas. La Esfera Nula atraía sus fantasmas hacia arriba y canalizaba aquella energía hacia Phyrexia.

Yawgmoth no solo había matado a los Thran.

Se había dado un festín con ellos.

Sin embargo, había una manera de detenerlo.

El anciano y sus compañeros artífices tendrían que sacrificar sus vidas, pero al menos Yawgmoth sería detenido.

—Llévennos más arriba —dijo el anciano sin aliento.

Giró la cabeza hacia el Phyrexiano que controlaba la altitud de la Esfera Nula.

La criatura miró con hostilidad su consola de Piedra de poder.

—Más arriba y ustedes, los humanos, morirán de asfixia.

—A esta altura... no podemos extraer maná... de toda la nube —mintió el anciano—. La ciudad... quedará envuelta.

El Phyrexiano vaciló.

—¡Ahora... o todo estará perdido!

La Esfera Nula se elevó de repente hacia el cielo.

El anciano sintió que perdía el conocimiento.

Sabía que estaba muriendo.

Los demás también morirían.

Sus cadáveres provocarían un cortocircuito en los asientos de mando y la Esfera Nula quedaría anulada.

Ya no absorbería el maná que se arremolinaba debajo.

Al morir, atraparían a Yawgmoth dentro de sus nubes asesinas.

La muerte era más dulce de lo que jamás había podido esperar.

Era hermoso.

Halción flotaba muy por encima del maná agitado, a salvo.

Nubes blancas.

Nubes puras.

Nubes abrasadoras y purificadoras.

La rebelión había terminado.

La Alianza Thran solo existía ya en la memoria.

Ni siquiera sus cuerpos permanecerían en el desierto.

Ni siquiera quedaría el desierto, solo la roca madre, desnuda y purgada.

Yawgmoth levantó la botella de vino.

Giró el vidrio verde frente a sí, pensativo.

La última gota de vino serpenteó por el fondo de la botella.

Era roja como la sangre, pero dentro del vidrio parecía negra.

Había nueve bombas más a bordo del Wrath.

La tripulación tenía órdenes de arrojar una en el corazón de cada ciudad-estado que no se rindiera incondicionalmente: una por cada ciudad-estado y otra para Yawgmoth.

Una vez que el imperio hubiera sido sometido, habría nueve bombas más: una por cada raza aliada y otra para Yawgmoth.

Después vendrían las bombas para el Multiverso: nueve, y nueve veces nueve, y nueve a la novena potencia.

Todo comenzaba aquí, en esta ciudad celestial, entre las nubes purificadoras.

Yawgmoth dejó la botella suspendida sobre la baranda y la soltó despreocupadamente.

Observó cómo caía, dando tumbos, hacia las nubes.

El vino sangró por el cuello de la botella.

Incluso antes de desaparecer, la botella comenzó a disolverse en el aire ácido.

Por primera vez desde que habían comenzado los bombardeos, Yawgmoth se levantó de su asiento junto a la baranda.

El desierto había sido purgado, pero todavía había soldados Thran invadiendo la ciudad, allá arriba.

Ahora habría que luchar en las calles, en las casas y en las habitaciones de la ciudad.

Sería como los disturbios de la Tisis artificial.

Vengeance podía amenazar desde los cielos, pero poco más podía hacer.

El lugar de Yawgmoth estaba en la lucha, no por encima de ella.

Por primera vez desde que habían comenzado los bombardeos, Yawgmoth dio una orden.

—Vuelen sobre la ciudad. Sobre el granero.

Desde los días de los disturbios, aquellos graneros habían albergado rebeldes.

Vengeance pasó por encima de las murallas ensangrentadas y se aproximó al laberinto de silos y almacenes.

Figuras se arremolinaban sobre los cilindros blancos: felinos, hombres lagarto, enanos, elfos...

Cucarachas, pececillos de plata, tijeretas, moscas.

Podía fumigar la ciudad.

Yawgmoth podía matarlos a todos con un pensamiento, y aquel hecho lo tranquilizaba.

Pero moriría también su propia gente.

Guardias Phyrexianos y Halcytes combatían contra los Thran que se arremolinaban por callejones y entradas.

—Incluso si pierdo todo Halción, todavía tengo Phyrexia.

Vengeance asomó sobre los silos del granero.

—¡Arrojen el ancla de proa!

Se oyó el traqueteo de la cadena y el ancla se precipitó.

Su corona aplastó a un enano demasiado torpe para apartarse de un salto.

Yawgmoth pasó por encima de la baranda, descendió por la cadena y bajó del ancla con los pies cubiertos de sangre.

La imagen le arrancó una sonrisa.

Estaba pisoteando una nueva cosecha de sangre.

Yawgmoth desenvainó su espada.

La Piedra de poder de la empuñadura le guiñó un ojo cómplice a su amo.

Extendió la hoja y partió fácilmente en dos a un elfo que cargaba contra él.

—¡Levanten el ancla! —gritó.

Mientras el aro se elevaba por la cadena, Yawgmoth atrapó a un hombre lagarto y lo arrojó, empalándolo contra el ancla.

La uña del ancla sobresalió por su espalda escamosa.

Empalado aún con vida, el Viashino se retorció sobre el ancla ascendente.

—¡Patrullen la ciudad! —ordenó Yawgmoth a Vengeance.

Se volvió, ansioso por volver a matar.

—¡Hay una nave allá arriba! —dijo Rebbec, mirando por la rejilla de la alcantarilla—. Una carabela de guerra.

En la pestilente oscuridad de la alcantarilla, seis pares de ojos de trasgo se abrieron como platos.

La cápsula de curación que llevaban entre todos brillaba débilmente bajo las manchas y la suciedad que la cubrían.

Un trasgo murmuró:

—¿Phyrexiana o Thran?

—¿Qué importa? —dijo Rebbec—. La batalla está en pleno apogeo aquí. No podemos salir sin peligro.

Su afirmación quedó subrayada por un rugido.

Un minotauro cayó dentro del conducto y chocó contra la rejilla.

O, mejor dicho, medio minotauro.

Vísceras y sangre formaron una espantosa cascada a los pies de Rebbec.

—Granero siempre seguro antes —dijo el trasgo.

—Bueno, ya no lo es —respondió Rebbec—. Yawgmoth lo sabe. Ha estado dentro de mi mente.

Tendremos que llegar al templo por otro camino.

Más arriba.

Los trasgos asintieron en la oscuridad.

Preferían los pasadizos subterráneos de todos modos.

No es que estuvieran libres de peligros: pozos negros de los que no había escapatoria, desprendimientos, ratas, enfermedades.

Pero aquellos peligros eran preferibles a una espada atravesándoles la espalda.

Los pies de los trasgos chapotearon por el lodo que corría lentamente.

Rebbec los siguió.

—Ya no debería guiarnos yo. Yawgmoth sabe todo lo que sé. Sabe todo lo que haría, todo lo que intentaría. Uno de ustedes debería hacerse cargo. ¿Qué tan cerca pueden llevarnos del templo?

Una sonrisa ácida brilló en la oscuridad.

—Yo conozco camino. Yo los llevo arriba, por las inmundicias del Consejo.

Rebbec soltó una carcajada.

—Bien. Hazlo. Llévanos hasta el Consejo. Tendremos que abrirnos paso hasta lo alto de la cúpula.

—Nosotros no peleamos. Nosotros volamos. Nosotros usamos silla voladora.

Ella estaba a punto de objetar.

Yawgmoth esperaría que objetara.

—Sí. Tienes razón. Tomaremos una silla de manos. Cuando estemos todos dentro del templo, volaremos lejos de aquí.

Volaremos lejos de la guerra y de todo su horror.

Volaremos hacia los cielos.

Guía el camino.

—¡Arriba, por las inmundicias! ¡Hacia el cielo!

El templo estaba abarrotado de refugiados.

Dos mil de ellos.

Cada instante llegaban más.

Se amontonaban sobre la cúpula del Consejo.

Saltaban hasta el pórtico atestado.

Se apretaban hombro contra hombro en el salón principal, con niños sentados sobre los hombros para evitar que los aplastaran.

Todos los balcones estaban llenos.

También todas las escaleras de caracol.

La gente se sentaba sobre cualquier superficie plana.

Incluso el altar estaba completamente cubierto.

Solo la piedra de control permanecía vacía.

Todos sabían que subirse a ella podía hacer que todo el templo se precipitara al vacío.

Cuando los primeros refugiados habían llegado, un día atrás, habían entrado furtivamente, intentando esconderse entre las paredes prismáticas.

A medida que avanzaba la noche, llegaron más.

Y más.

Los pisos se llenaron.

El silencio dio paso a los susurros.

Cuando amaneció, el templo, que alguna vez había brillado, estaba opaco por la multitud de cuerpos.

Ya no había dónde esconderse.

Solo quedaba una pregunta aterradora:

¿Quién llegaría primero?

¿Rebbec o Gix?

Gix.

El río de refugiados llegó a un abrupto final.

Solo quedaban unos cien, aproximadamente, intentando alcanzar la cima de la cúpula.

Los que podían saltaban, aunque el pórtico de entrada ya estaba demasiado abarrotado.

Los que estaban dentro del templo les gritaban que regresaran.

Aun así, saltaban.

Algunos conseguían entrar al templo.

Otros caían.

Sus cuerpos destrozados se sumaban al charco rojo de aquel lado de la cúpula.

Las escaleras se convirtieron en una cascada carmesí.

En la retaguardia de la fila, los guardias Phyrexianos arrojaban al suelo a quienes tenían delante.

Sus garras escarlatas desgarraban las espaldas de la gente.

Cuerpos y sangre dejaban un rastro sangriento detrás de ellos.

Marchaban hacia arriba con un paso uniforme e implacable.

Mientras tanto, sus figuras sombrías se volvían cada vez más nítidas:

ojos enormes,

piel gris,

bigotes erizados,

músculos retorcidos,

cuernos,

garras,

colmillos...

El terror atravesó el templo, llevado por una sola palabra.

—¡Phyrexianos!

A la cabeza de la compañía estaba el propio Gix.

—¡Tomen el templo!

—¡No los dejen pasar! —gritaron los refugiados—. ¡No los dejen pasar!

El primer horror de garras saltó fácilmente desde la cúpula.

Agarró a tres mujeres.

Sus garras se hundieron en ellas.

La criatura forcejeó para trepar sobre sus cuerpos ensangrentados y entrar al templo.

Los refugiados que estaban detrás, chillando de terror, patearon a las tres mujeres y las arrojaron fuera del templo.

Phyrexiano y mujeres cayeron.

Un segundo Phyrexiano saltó al espacio que había quedado libre.

Mató a cinco refugiados antes de que alguien lo apuñalara y arrojara su cuerpo.

Las armas fueron pasando hacia el frente.

Los siguientes monstruos que se lanzaron hacia el templo cayeron con espadas clavadas en el estómago y la garganta.

Llegaron más armas, pero no serían suficientes.

Los monstruos eran demasiado violentos.

Demasiado voraces.

—¡Muevan el templo! ¡Aléjenlo de la cima! —gritó alguien.

La idea recorrió a la multitud.

Los refugiados que estaban sobre el altar treparon hasta colocarse junto a la piedra de control.

Apoyaron las manos sobre ella y empujaron.

Con un movimiento lento pero implacable, el gran templo se alejó de la cima.

Se desplazó suavemente, sin producir más ruido que una silla de manos.

Gix gritó que los demás guardias saltaran.

Cuatro Phyrexianos más lo intentaron.

Cayeron y se hicieron pedazos sobre la cúpula.

Gix quedó solo, sacudiendo un puño ensangrentado contra los refugiados que se alejaban.

Un grito de júbilo rabioso se elevó desde el templo.

Un sonido de venganza.

El templo se detuvo, ya a salvo de la cima.

No volverían a acercarlo para nadie, excepto para la propia Rebbec.

Una mancha negra borró el sol.

Vengeance.

La carabela de guerra se deslizó perezosamente hasta colocarse sobre el templo.

Los gritos de júbilo se apagaron.

Seguramente Yawgmoth no bombardearía a su propia gente dentro de su templo.

Nueve largas cuerdas cayeron por encima de las barandas.

No habían terminado de tensarse cuando nueve figuras negras descendieron.

Más Phyrexianos.

Cayeron hambrientos sobre las cabezas de la multitud.

Aquello había sido incluso más divertido que su viaje a bordo de Vengeance.

Matar a cientos de miles con nubes blancas purificadoras había sido hermoso.

Pero aquella danza cuerpo a cuerpo de acero y sangre...

Eso había sido divertido.

Yawgmoth había perdido la cuenta de sus víctimas.

Al principio habían llegado muy rápido.

Matar era como respirar.

Ahora la guardia Halcyte había asegurado la mayor parte del granero y estaba limpiando los últimos escondites.

Uno se encontraba arriba, en lo alto de un silo de grano, abarrotado con media docena de Thran.

Una escalera de silo ascendía por un pozo oscuro sobre sus cabezas, y la sangre goteaba de una huella reciente en el peldaño inferior.

Subir por aquella escalera significaría morir.

Un cuchillo arrojado por el pozo podía atravesar un ojo o incluso el cráneo.

No tenía sentido.

Yawgmoth se alejó del silo y levantó la mirada hacia su cima.

Dos guardias Halcytes estaban cerca.

Yawgmoth les hizo una seña.

Los soldados de armadura blanca corrieron hacia su señor.

Se arrodillaron ante él y bajaron la cabeza.

—¿Cómo podemos servirlo, Lord Yawgmoth? —preguntó uno de ellos.

—Derriben este silo —dijo Yawgmoth sencillamente.

El que había permanecido en silencio alzó la mirada hacia la estructura de cemento.

—¿Derribarlo, mi lord?

—Derríbenlo como derribarían un árbol —dijo Yawgmoth, con sencillez.

—Sí, Lord Yawgmoth —dijo el primero.

—¿Con qué...? —preguntó el otro, agregando rápidamente—. ¿Mi lord?

—Sus espadas de Piedras de poder pueden cortar piedra. Corten este silo hasta que caiga.

Ambos asintieron.

Se pusieron de pie, corrieron hasta el silo, comprobaron que hubiera un lugar despejado donde pudiera caer el edificio y comenzaron a cortarlo.

—Asunto concluido —dijo Yawgmoth mientras se alejaba.

Llegó a la calle junto al granero.

A lo largo de toda la avenida patrullaban guardias Halcytes de armadura plateada.

Montones de carne roja yacían sobre el camino.

Las tropas Phyrexianas cruzaban la calle en un trote ligero, con los ojos y las garras ansiosos por encontrar una nueva presa.

Se habían quedado sin carne de felino, toro y lagarto.

De vez en cuando, los defensores entraban en una puerta destrozada y los cadáveres Thran salían despedidos por las ventanas y se estrellaban contra la calle.

En general, el zumbido de la batalla se había convertido en un sonido ocioso y hambriento.

La ciudad estaba bien controlada.

Los soldados Thran de abajo habían sido barridos.

Solo quedaban los traidores del Templo Thran.

Yawgmoth alzó la mirada hacia la gema suspendida, con el corazón ennegrecido por la traición.

Ese edificio había sido su gran error.

Su último gran error.

El templo era la visión resplandeciente del cielo de Rebbec, que para siempre competiría en la mente de su pueblo con el verdadero cielo de Phyrexia.

Rebbec incluso había equipado aquella cosa para que pudiera volar.

La única razón por la que todavía no lo había hecho era que los traidores estaban esperando a Rebbec, su salvadora.

Yawgmoth se permitió una pequeña sonrisa.

Su salvadora ahora era suya.

El crujido y el gemido de la piedra al desplazarse desviaron su atención del templo.

El silo estaba cayendo.

Los guardias habían abierto una profunda hendidura en sus cimientos.

El peso inclinado de la torre hizo añicos el muro.

Con lenta majestuosidad, el silo se desplomó.

Su borde inferior se pulverizó y se desintegró.

El cilindro de roca se resquebrajó como un huevo al caer.

La parte superior, donde se escondían los soldados Thran, golpeó por último y con mayor fuerza.

Con un estruendo atronador, cayó convertido en escombros.

Entre el rechinar y el rebote de las piedras había figuras humanas, visibles durante un instante antes de ser trituradas hasta convertirse en una masa informe.

—Seis muertos —dijo Yawgmoth con indiferencia mientras volvía a mirar hacia el templo abarrotado—. Dos mil al borde de la muerte.

Incluso entonces, Vengeance viraba hacia el edificio de la gema, con una nueva compañía de Phyrexianos preparada junto a las cuerdas.

Pasó por encima de la muralla de la ciudad.

De pronto, desapareció.

Una nube densa, blanca como la leche, surgió lentamente más allá de la muralla.

Envolvió la carabela de guerra con su masa que se cuajaba y continuó ascendiendo.

Era una nube asesina, abrasadora y purificadora.

Convertiría el granito en arena y la arena en ceniza.

Borraría por completo la carne.

Extraería la carga de cualquier Piedra de poder que tocara.

Vengeance fue visible una última vez como una sombra vaga, ya medio devorada y volcada.

Golpeó la muralla que se desintegraba y luego desapareció por el precipicio.

—No —dijo Yawgmoth con incredulidad.

Silenciosas y pacientes, las nubes asesinas ascendieron por todos los lados de la ciudad.

Sus blancas cabezas se curvaron y se extendieron sobre Halción.

Convergieron formando una cúpula que se cerraba sobre todos ellos.

Todo Halción sería destruido.

—No —jadeó Yawgmoth otra vez.

Lo peor de todo fue que el Templo Thran, junto con su carga de traidores y cadáveres, se elevó de repente con un movimiento terrible, hacia arriba y fuera de la cúpula blanca.

Lenguas de nube lamieron los bordes del templo mientras este ascendía a toda velocidad.

Pero entonces quedó fuera de su alcance.

—Dos mil traidores, escaparon —susurró Yawgmoth.

Entonces la cúpula se cerró.

La muerte pálida se cerró sobre Halción.

—El templo se fue —siseó Rebbec dentro del conducto.

Acababan de llegar a la ciudad alta y apenas habían alcanzado a vislumbrar el templo en medio de la batalla.

Los trasgos habían comenzado a forzar una rejilla en el Boulevard del Consejo, pero ahora el templo había desaparecido.

—Y algo peor.

—¡Algo peor! —repitieron voces aterradas detrás de ella.

—Una nube de maná. Una nube asesina. Ha envuelto la ciudad.

Los trasgos dejaron de forzar la rejilla.

Estiraron el cuello para mirar a través de las barras de hierro.

Un silencio extraño cayó sobre la alcantarilla y las calles más allá.

En aquel silencio irrumpió un sonido horrible.

El viento gemía a través de una estructura gigantesca.

Pequeñas campanas sonaban.

No eran campanas, sino cristales chocando entre sí.

El tintineo se convirtió rápidamente en una cacofonía.

Por encima de aquel agudo estrépito se elevó un coro de dos mil gargantas

que gritaban.

El Templo Thran descendió a través del techo de nubes que bajaba sobre ellos.

Estaba inclinado de costado.

Los rostros de los refugiados destellaron en un espectro de colores sobre la ciudad.

Enormes.

Hermosos.

Condenados.

El templo impactó.

Se hizo pedazos en un millón de fragmentos.

El cristal salió disparado en astillas afiladas.

Implosiones sacudieron la ciudad.

—¡Abajo! —gritó Rebbec—. ¡Abajo! ¡Desciendan!

Es nuestra única esperanza.

¡Aléjense de la luz!

¡Aléjense de la nube blanca!

¡Bajen hasta las Cuevas de los Condenados!

CAPÍTULO 29

La compasión dolorosa de su voz recorrió la cámara como un viento negro.

La gente la respiró.

Sus pulmones hormiguearon y sus corazones olvidaron el pánico.

La compasión dolorosa de su voz recorrió la cámara como un viento negro.

La gente la respiró.

Sus pulmones hormiguearon y sus corazones olvidaron el pánico.

Las nubes blancas descendieron.

Espesas como leche, descendieron.

Todo lo que tocaban se convertía en polvo o en una masa viscosa. La piedra caliza se desprendía en regueros de ceniza. El basalto se desmoronaba como una torta empapada. Los tejados de arcilla se derretían. Los muros de ladrillo se desplomaban convertidos en polvo amarillo. La madera simplemente se evaporaba.

Las personas, personas que corrían, gritaban y trepaban desesperadamente, se convertían en esqueletos que todavía corrían unos pocos pasos antes de que los huesos perdieran toda voluntad, las articulaciones se separaran y todo se precipitara hacia el suelo, solo para disolverse antes de alcanzar los adoquines, que también se disolvían.

La gente moría.

Morían en Halción con tanta certeza como habían muerto en las llanuras desérticas de abajo.

También morirían en Losanon, cuando Wrath no recibiera la rendición incondicional que exigía, y en Wington, en Seaton y en todas las demás ciudades.

En menos de una semana, todo el imperio se convertiría en un recuerdo blanco.

Los Halcytes huían hacia abajo, hacia Phyrexia.

Corrían como ratas que escapan de una luz repentina y cegadora.

Jadeando y gritando, se arrojaban por cualquier agujero que apareciera ante ellos.

Algunos eran trampas mortales: pozos y cisternas. Las nubes se derramaban

dentro de ellos, devoraban a quienes se ocultaban allí y hacían que las paredes y los techos se desplomaran detrás de ellos.

Otros agujeros, los que apestaban a aguas residuales o azufre, conducían hacia abajo, hacia una oscuridad fétida y acogedora.

El aire putrefacto estaba cargado de vida, o al menos de los restos de la vida. Era un olor agradable para quien huía de una muerte blanca y purificadora.

Las ratas también se dirigían hacia abajo.

Ratas y enanos, sapos y hombres lagarto, gatos callejeros y hombres gato, alimañas, tísicos, trasgos y elfos, bárbaros de cejas prominentes y minotauros, todos sabían que debían correr hacia la oscuridad.

En la ciudad resplandeciente, enemigos que se habrían degollado mutuamente ahora corrían hombro con hombro a través de la penumbra.

Seguían las antorchas improvisadas de los demás, descendían por los caminos que otros habían demostrado ser seguros y rodeaban los pozos donde había caído gente.

No se mataban unos a otros, pero tampoco se salvaban.

Seguirían encantados a un minotauro de paso firme por un canal resbaladizo y, con la misma tranquilidad, treparían sobre su cadáver encajado en una compuerta destrozada.

Las divisiones entre naciones y ciudades-estado, entre razas y géneros, se disolvieron.

No era una turba enloquecida, sino decenas de miles de individuos enloquecidos que escapaban de la luz y descendían hacia la oscuridad.

Con el tiempo, todos aquellos canales sinuosos condujeron a las grandes fosas sépticas.

Estas tenían puertas que daban a nuevos descensos, los cuales conducían inexorablemente hasta la plataforma de maná.

Hornos gigantescos, cristales enormes, máquinas inexplicables, pero ninguna puerta: solo conductos para el carbón que desembocaban en hornos ardientes.

Los refugiados llegaron, se agitaron y se desbordaron, como agua desesperada por encontrar un camino hacia abajo.

Quizá no hubiera ningún camino hacia abajo.

Quizá todos serían aplastados contra los hornos, mientras el aire era aspirado hacia arriba y la muerte blanca los cubría a todos.

Entonces habló una voz.

Llegaba de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

Resonaba en alturas invisibles y en las cámaras de los corazones aterrorizados.

La voz de Yawgmoth.

—Pueblo de Halción, pueblo de nuestros enemigos aliados, escúchenme.

»Incluso ahora, una ola de muerte se cierne sobre todo lo que hemos construido.

»Extrae el poder de cada cristal que mantenía a nuestra nación suspendida en el cielo.

»Las torres caen.

»Los muros se desmoronan.

»El sueño de Halción ha terminado.

»Hemos visto caer el Templo Thrall.

»Hemos visto cómo los muros de nuestra ciudad se convertían en ceniza y se deshacían.

»Esta nube descenderá por los canales que nos han traído hasta aquí.

»Llegará incluso hasta este lugar profundo y sobrecargará las ochenta y una esferas de cristal que hay aquí.

»Explotarán con una fuerza capaz de arrasar toda la extrusión.

Un gemido de terror se elevó entre la multitud agitada.

Las uñas arañaron cualquier grieta que pudiera ser una puerta.

La voz de Yawgmoth volvió a hablar.

La multitud quedó en silencio bajo su bálsamo hipnótico.

—Debería ser un momento de desesperación absoluta.

»El sueño ha terminado.

»Todo está perdido.

»Pero no todo.

»He preparado un lugar perfecto para ustedes: un mundo más allá de la

enfermedad y la muerte, más allá de las guerras, las plagas y las hambrunas.

»Oh, pueblo mío, cuánto he anhelado llevarlos al paraíso.

La compasión dolorosa de su voz recorrió la cámara como un viento negro.

La gente la respiró.

Sus pulmones hormiguearon y sus corazones olvidaron el pánico.

—Permítanme hablarles de esta tierra, de Phyrexia.

»Su entrada se encuentra en las profundidades de la roca madre, y el mundo mismo existe en un lugar que no pertenece a este plano.

»Nunca será destruido.

»Es un mundo generoso, con amplias llanuras fértiles, doradas por los cereales silvestres y abundantes en animales de caza primigenios, con una tierra negra y profunda.

»Hay tierras de cultivo interminables para cualquiera que desee trabajar el suelo y hacer brotar sus frutos.

»Arriba se alzan montañas de cumbres llanas, cubiertas de nieve y revestidas de bosques antiguos.

»Abajo se extienden junglas profundas, tan impenetrables y fecundas como los bosques de Jamuraa.

»Y lagos, sí, y océanos, sí, y ciudades en crecimiento cuyo diseño es más glorioso que el de todas las ciudades del imperio.

Cada palabra hacía flotar una imagen luminosa en la oscuridad.

—He preparado este lugar para ustedes, pueblo mío, incluso para ustedes, mis antiguos enemigos.

»Lo he creado para ustedes, porque soy un dios.

»Solo les pido que entren.

»Solo les pido que me permitan ser su dios.

De pronto, hubo movimiento en el rincón más profundo y oscuro de la plataforma de maná.

Se oyó un estruendo áspero.

Bloques enormes se deslizaron hacia atrás.

Una negrura fría se abrió en el muro.

La multitud, que hasta entonces había permanecido detenida, comenzó a desplazarse y a desbordarse hacia ella.

—Ahí está la invitación.

»El camino está abierto.

»Yo soy el camino.

»Recíbanme y entren al paraíso.

Lo hicieron.

Todas y cada una de las criaturas abrieron su corazón solitario a Yawgmoth, y él entró en ellas.

Ya no estaban solas, porque Yawgmoth habitaba en su interior.

Los unos se convirtieron en doses, y los doses en cuatros y ochos, hasta que todos formaron una nación enloquecida.

—Esperen —les dijo Rebbec a los trasgos, cuyas garras jugueteaban nerviosamente con los bordes de la cápsula de curación.

Estaban ansiosos por unirse a la procesión que salía de la plataforma de maná y descendía hacia Phyrexia.

Rebbec agarró la cápsula de curación y la empujó con fuerza hacia abajo.

—Esperen. No podemos llevar esto a través de esa multitud. Esperen hasta que el camino se despeje un poco.

La verdad era que no tenía ninguna prisa por llegar a Phyrexia.

Una parte de ella esperaba que la nube la alcanzara allí.

—Ábranla —se oyó decir.

Los trasgos la miraron consternados y sorprendidos.

Uno de ellos chilló:

—¡No hay tiempo! ¡Huimos ahora!

—Ábranla —repitió Rebbec—. Quiero ver el rostro de mi esposo.

Los trasgos fruncieron el ceño, pero obedecieron.

Sus manos escamosas trabajaron con destreza en la oscuridad.

Eran buenas criaturas, más firmes que cualquier humano que Rebbec hubiera conocido y más inteligentes que la mitad de ellos.

Entendían a su esposo como nadie más, incluso mejor que ella.

«Mis trasgos», los había llamado Glacian, con el mismo tono que usaría un hombre para decir: «mis amigos».

Las garras se deslizaron bajo la tapa de la cápsula y los trasgos la empujaron para abrirla.

Rebbec se inclinó sobre la cápsula, sabiendo lo que encontraría incluso antes de verlo.

Glacian yacía completamente inmóvil.

Su pecho no subía ni bajaba.

El mecanismo respiratorio estaba en silencio.

El impulsor de Piedra de poder se había soltado.

Yacía junto al rostro inmóvil de Glacian.

Rebbec lo tocó.

Su cuerpo estaba frío, tan frío como la piedra bajo sus pies.

Su piel era pálida como un hueso.

Su mano recorrió los párpados que durante años se habían cerrado con fuerza debido al dolor.

Ahora estaban lisos.

Sus labios, porque ahora lo besaba y comprendía que no había besado a su propio esposo desde que Yawgmoth había llegado, estaban fríos y comenzaban a endurecerse.

—¿Maestro Glacian? —dijo un trasgo, sacudiendo la pierna del hombre—. ¿Maestro Glacian?

—Es demasiado tarde —dijo Rebbec.

La frase salió vacía de su boca.

—Ay, Maestro Glacian... Ay... Era buen hombre —canturreó el trasgo.

Rebbec asintió.

—Lleva años atrapado en un edificio en llamas y ahora, por fin, se ha derrumbado sobre él y lo ha quemado.

—Demasiado tarde para el maestro —dijo el trasgo más joven—. No para nosotros. No es demasiado tarde para nosotros. Lo dejamos aquí. Podemos irnos.

—Sí —respondió Rebbec—. Déjenlo aquí. Pueden irse.

La joven criatura dio un salto nervioso y salió corriendo hacia la multitud que avanzaba a empujones.

Otros dos lo siguieron, inclinándose respetuosamente ante Rebbec antes de desaparecer.

El último trasgo se quedó un momento más.

—¿Vos venís?

Rebbec negó con la cabeza.

El trasgo asintió tristemente y se volvió para marcharse.

Tres pasos después, se había fundido con el río negro de refugiados.

Rebbec respiró profundamente el aire rancio, impregnado del olor de la humanidad apiñada.

Muy pronto estaría sola para siempre.

Ya estaba sola para siempre.

El camino hasta las Cuevas de los Condenados era tortuoso.

Había poca luz y mucha muerte.

La gente se precipitaba desde acantilados invisibles o se golpeaba la cabeza contra estalactitas.

Siempre, el siguiente en la fila avanzaba.

Primero pisaban los cuerpos de los caídos.

Los líderes guiaban y morían.

Los que venían detrás avanzaban empujados por un peso desesperado.

Por fin, llegaron al fondo.

Los guardias Halcytes los guiaban.

¡Qué visión tan reconfortante eran aquellos guerreros de armadura plateada!

Ahora el camino estaría despejado.

Ahora nadie más tendría que morir.

Pisándole los talones a los guardias de marcha rápida, los refugiados atravesaron las cuevas.

Llegaron a la gran cámara que alguna vez había albergado las casas nobles de Los Intocables.

Ahora la cámara no conservaba ningún recuerdo de ellos.

Había sido purificada por el toque de Yawgmoth.

Solo máquinas insectoides ocupaban el lugar, guardianes apostados a ambos lados del portal resplandeciente y tentador.

Las risas se mezclaron con gritos de alegría.

Canciones se elevaron entre los refugiados.

Eran canciones antiguas que hablaban de la fundación del imperio, de la tierra hermosa y abundante que esperaba a quienes fueran lo bastante valientes para entrar.

Aquella gente era valiente.

Marchaban detrás de cascos que se balanceaban al caminar.

La nación de Yawgmoth.

Se acercaron al portal.

La luz del sol entraba a raudales.

Entre los cascos podían vislumbrarse bosques verdes y frondosos, vastas llanuras, montañas grises e incluso una ciudad de elegantes tejados inclinados.

Las canciones se aceleraron.

De pronto, atravesaron el portal y entraron en la luz solar de un mundo nuevo.

Era vasto y hermoso.

El camino estaba flanqueado por expectantes guardias Halcytes.

Las tropas permanecían formadas, fila tras fila, hasta los límites del bosque inferior y hacia el centro de la llanura superior.

Detrás del muro de armaduras plateadas había armaduras de otra clase, incrustadas en la piel y los músculos.

Quizá fueran placas metálicas.

Quizá huesos modificados.

Fuera lo que fuese, obligaba a la piel a sobresalir formando crestas y líneas.

Los soldados también habían sufrido otras alteraciones.

Cuernos que sobresalían de los hombros.

Garras injertadas donde antes habían existido manos humanas.

Instrumentos metálicos cosidos dentro de heridas supurantes.

La canción murió en los labios de los refugiados.

Algunos intentaron regresar.

Los que estaban detrás, estirando el cuello para contemplar el nuevo mundo, los obligaron a seguir avanzando.

Justo delante esperaba el salvador Yawgmoth, el dios Yawgmoth, rodeado por sus criaturas monstruosas.

Abrió los brazos con amplitud.

—Bienvenidos, hijos míos.

»Bienvenidos a Phyrexia.

CAPÍTULO 30

Rebbec estaba sola ahora. Glacian había muerto. Los refugiados habían huido. Solo quedaban los muertos y los moribundos en el equipo de maná. Solo Glacian y los suyos, y Rebbec y los suyos.

Mientras el estruendo de abajo se alejaba, el estruendo de arriba se acercaba.

Era un sonido profundo, inmemorial. Cientos de millones de toneladas de roca eran trituradas hasta convertirse en granos de arena, y esos granos, a su vez, estallaban hasta dejar únicamente la cáscara seca de la materia. Era el sonido de la vida disolviéndose en la muerte, y se acercaba.

—Va a triturar nuestros huesos, Glacian —dijo Rebbec con seca compasión—. Va a reducirnos a la nada.

Le dio unas palmaditas suaves en el costado.

—Entonces ya no estaremos solos.

Había calor bajo su mano.

El costado de Glacian estaba caliente.

Un hálito de esperanza se le quedó atrapado en la garganta.

—¿Podría ser...?

Le tocó el pecho.

Estaba frío e inmóvil.

Le tocó el cuello.

La carne estaba fría como la de una pieza de carne en una bodega.

No había pulso.

Su mano volvió al costado.

Estaba febrilmente caliente.

—¿Qué es esto?

Retiró la tela blanca de la herida negra de su costado.

Debajo de las salvajes suturas se distinguía claramente el contorno de la Piedra corazón Phyrexiana.

Las Piedras corazón, sin embargo, eran cristales sin carga.

Pero aquella piedra resplandecía con calor y luz.

Con los ojos fríos en la penumbra de la cámara, Rebbec palpó el interior de la cápsula de curación.

Su mano encontró un estuche estrecho de instrumentos.

Lo abrió.

Había tres bisturíes.

El más pequeño relampagueó entre sus dedos.

Con él abrió la masa de carne.

—Dioses...

La piel se abrió como la cáscara reseca de una naranja vieja.

De su interior salieron rodando dos piedras del tamaño de un puño, de un rojo intenso, que chisporroteaban débilmente en la penumbra.

Hilos de sangre se adherían a ellas.

Rebbec apartó una de las piedras de la herida con un dedo.

La hizo rodar hasta colocarla sobre la túnica blanca.

Brilló dentro de su manto de sangre.

Acercó la otra piedra y la dejó junto a ella.

—¿Una Piedra corazón cargada? ¿Yawgmoth implantó una cargada en él? —murmuró, incrédula.

Incluso ella, que había sentido a Yawgmoth reptando por cada uno de sus tejidos, incluso ella se sorprendió ante semejante traición.

Había retirado una esquirla cargada y la había reemplazado por una piedra cargada.

¡Por dos piedras!

No era de extrañar que Glacian hubiera muerto.

El rugido de arriba aumentó súbitamente.

Ya no faltaba mucho.

Rebbec arrojó el bisturí y tomó violentamente los dos cristales.

La sangre coagulada le cubría las muñecas.

No le importaba.

Las piedras estaban calientes.

Una luz tenue danzaba en su interior, la misma luz delicada en ambas.

No eran dos piedras.

Eran dos mitades de un todo.

Rebbec limpió los bordes dentados contra las ropas de su esposo.

Las levantó.

Las alineó.

Y lentamente las acercó.

A medida que las mitades se aproximaban, la luz de su interior se intensificó.

Lo que parecía apenas una chispa moribunda se convirtió en una llama vacilante y luego en un fuego arremolinado.

Los cristales resplandecieron.

Irradiaron luz.

Arcos de energía saltaron entre ellos.

Con cada descarga aumentaba el calor.

La sangre se secó, estalló en pequeñas llamas y ardió hasta desaparecer.

El calor era insoportable.

Rebbec empujó las dos mitades una contra otra.

Se encontraron.

Los bordes quebrados se unieron y se fusionaron.

Las llamas separadas de cada mitad corrieron una hacia la otra y encendieron una radiancia blanca y azul.

Era cegadora.

Era abrasadora.

Iluminó todo el equipo de maná.

Los que yacían moribundos gimieron, creyendo que la nube blanca había caído sobre ellos.

Rebbec intentó apartarse de aquella radiancia.

Se desplomó, pero la cosa seguía aferrada a sus manos.

No quería soltarla.

Una mente le habló desde aquel cristal, una mente que había estado dividida en dos.

—Querida, estoy aquí.

Ella no pudo responder.

Estaba aterrada.

—Soy yo, Glacian.

—¿Cómo? ¿Cómo podés estar aquí?

—Las Piedras de poder vacías absorben grandes cantidades de energía. Adquieren las propiedades de las energías que absorben. Esta piedra ha absorbido mi poder, mi personalidad, mi mente. Está cargada con mi mente.

—Un planeswalker —dijo Rebbec, recordándolo.

—Sí. Ese era mi destino, aunque nunca llegó a realizarse. Pero vive en esta piedra.

La luz era tan intensa, tan cálida, que Rebbec ya no quería pensar en la nube que se aproximaba.

—Sí. Seguís vivo.

—Tenés que descender, Rebbec. Tenemos que descender.

Nunca había pensado que oiría aquello de Glacian.

—No. Yawgmoth es un monstruo. No podemos unirnos a él.

Desde la piedra llegó una risa, la risa burlona de Glacian.

—Por supuesto que no. Descendemos solo para atraparlo para siempre.

—¿Qué?

—Intentará regresar. Quiere gobernar Dominaria. Quiere gobernar todo el Multiverso, pero primero Dominaria. Es su tierra sagrada. Una vez que la Luna Nula haya absorbido las nubes de maná, intentará regresar.

—Sí. Por supuesto que lo hará.

—Pero podemos detenerlo, vos y yo.

—¿Cómo?

—Esta piedra que implantó en mí, esta Piedra corazón, fue la idea de Yawgmoth de una justicia poética. Este era el cristal que Dyfed utilizó para abrir el portal hacia Phyrexia.

—Recargado y unido de nuevo, el cristal puede sellar ese portal para siempre.

—Oh, Glacian...

—Yo seré el guardián de la puerta. Solo tenés que colocar el cristal sobre el pedestal del espejo y el portal se cerrará. Yo permaneceré allí, manteniendo a Yawgmoth y a su monstruosa nación encerrados. Él no es un planeswalker. No podrá escapar de su Phyrexia. Su mundo se convertirá en su prisión.

—Oh, Glacian, no puedo condenarte a eso. A una eternidad vivo y solo dentro de una piedra.

—Será una eternidad larga, sí, querida, pero feliz, sabiendo que Yawgmoth sufrirá. —Volvió a oírse aquella risa áspera—. Y sabiendo que el mundo, el Multiverso, está a salvo de él. Tenía razón sobre él. Tuve razón desde el principio.

—Sí, y nosotros nos equivocamos sobre vos —dijo Rebbec—. Siempre fuiste un cascarrabias, pero eras un buen hombre. Un hombre muy bueno. Y te amé.

—Entonces no te equivocaste conmigo.

Por un breve instante, su presencia pareció envolverla.

Hubo un beso fugaz, efímero.

—Y yo te amé. Ahora tenés que descender. Tenemos que desterrar a Yawgmoth de una vez por todas.

—Sí.

Todos los refugiados habían atravesado el portal.

Los pocos que habían intentado huir ya habían sido perseguidos y asesinados por las criaturas artefacto.

Sus cuerpos todavía estaban calientes cuando llegaron a las cubas de carne.

Más máquinas relucientes esperaban en sus puestos, con órdenes de perseguir a cualquier criatura que emergiera del portal.

Yawgmoth suspiró de placer.

Músculos de minotauro, pragmatismo enano, longevidad élfica, gracia felina, armadura reptiliana.

Los Phyrexianos sacarían un enorme beneficio de sus enemigos caídos.

Incluso ahora, los sacerdotes cortaban, clasificaban y conservaban su carne.

Tendones y fémures, cerebros y corazones, hígados y bazos caían en las tri-

turadoras.

Todo estaba bien en el mundo.

Yawgmoth estaba en su cielo.

Descendió a través de las esferas de Phyrexia, dirigiéndose hacia el corazón del mundo.

Este lo añoraba.

Phyrexia había recibido decenas de miles de almas nuevas y estaba feliz, pero añoraba a Yawgmoth.

Yawgmoth tampoco soportaba la separación.

Llegó al santuario interior.

Phyrexia lo recibió.

Se hinchó alegremente a su alrededor, lo tomó dentro de su corazón y lo elevó hacia arriba y hacia afuera.

Yawgmoth se deleitó con la transformación de hombre en dios.

Amaba a Phyrexia especialmente en aquel instante, mientras ascendía a través de ella hacia la gloria.

Los límites desaparecieron.

Los muros de insensibilidad se volvieron más delgados y, finalmente, no fueron más que membranas delicadas.

A través de ellas pasaban todos los deseos, todos los miedos, todas las esperanzas y todos los terrores del mundo.

Ahora era un lugar populoso.

Se deleitó con las almas que tenía delante.

Las examinó.

Las sostuvo entre las manos.

Las mordió como si estuviera probando peras en un mercado.

Cada sensación, cada pasión, impregnaba a Yawgmoth.

Durante un tiempo, estuvo feliz, satisfecho y vasto en su mundo.

Entonces recordó a Rebbec.

Ella no estaba en el santuario interior.

En su deleite, la había olvidado.

Estaba tan acostumbrado a entrar en su mundo de aquella manera, solo, y estaba tan extasiado con su transformación, que había olvidado que ella debía estar allí.

Ansiaba su odio.

Ese odio absoluto que lo consumía todo.

Ansiaba trepar por su ser, poseerla y sentir su odio.

Era tan delicioso como el amor.

¿Dónde había ido?

Rebbec no estaba en el santuario interior. No estaba en Phyrexia.

Le preguntó a su mundo. Phyrexia le mostró lo que Rebbec había hecho: cómo había matado a los sacerdotes rebeldes de las cubas, cómo había llevado a Glacian a Halción...

Entonces, estaba muerta. Rebbec y Glacian, los dos. El pensamiento dejó un pesar pequeño y chato en el alma de Yawgmoth. Extrañaría el odio de ambos. Era decepcionante. Un odio tan poderoso podía herir incluso desde la tumba...

De pronto, Yawgmoth comprendió. Supo lo que ellos harían, lo que debían hacer.

No fue el pesar sino el pánico lo que lo inundó mientras se apartaba de su mundo. Descendió de la divinidad a la humanidad y lanzó su ser hacia el portal.

Rebbec se acercó al portal con el terror llenándole el corazón. Alrededor, los defensores metálicos de Yawgmoth aguardaban agazapados, listos para saltar. Avanzó tambaleándose hacia el pedestal del espejo. Más allá, Phyrexia resplandecía, radiante como el sol: cielos azules y montañas grises, bosques de esmeralda y llanuras doradas.

Por un instante, se preguntó cómo podía preferir la muerte a una vida así. Entonces sus ojos se posaron en la vasta ciudad de hongos. Allí se movían figuras. Colmaban las calles: rebaños de ganado desollado, marcado, abierto en canal, provisto de piedras corazón, convertido en fieles Phyrexianos.

La muerte sería mucho más dulce. Avanzó. Todos los guardias de Halción estaban ocupados con la cosecha. Ninguno quedaba junto al portal. Llegó al pedestal del espejo.

—Es hora, Rebbec. Sellalo para siempre.

—Sí —dijo ella en voz baja—. Es hora.

—¿Por qué esperás? —urgió Glacian desde la piedra.

—Quiero ver el cielo un momento más —dijo ella con tristeza— y tocarte un rato más. En cuanto selle el portal, voy a estar sola en la oscuridad.

—Nunca más vas a tener que estar sola, nunca más en la oscuridad.

De pronto, recortado contra el cielo luminoso, apareció Yawgmoth. Era alto y hermoso en su mundo. Sus ojos brillaban como estrellas. Su capa ondeaba a su alrededor.

—Vení con nosotros. Vení, recibime.

—Ahora, Rebbec. Sellalo antes de que él cruce y te arrastre adentro.

—No va a cruzar —dijo ella con confianza, lo bastante alto para que Yawgmoth la oyera—. No se va a arriesgar a quedar atrapado de este lado, donde no es más que un hombre mortal. Quiere que yo viva con él. No quiere morir conmigo.

—Dejá la piedra y vení conmigo, Rebbec. Te ofrezco vida. Vida abundante. Vida eterna. Dejá al muerto y a su mundo muerto y vení conmigo.

—¡Cerrá el portal! ¿Por qué esperás? ¿Querés que te tiente?

—Quiero ver el cielo —dijo Rebbec—. Quiero tocarte, escuchar sus voces...

—¿Voces?

—En cuanto cierre el portal, estaré sola en la oscuridad...

—¿Lo amabas? ¡También lo amabas!

—Quiero ver el cielo un momento más.

—Vení. Unite a nosotros. ¡Viví, Rebbec! ¡Viví!

—Adiós, cielo. Adiós, esposo. Adiós, Yawgmoth.

—Adiós.

—¡No!

Rebbec colocó la piedra en su soporte de espejo, sobre el pedestal.

El cristal liberó sus manos.

El último contacto de Glacian.

Apenas la piedra estuvo en su lugar, una luz estalló por toda la cueva.

Los largos cristales del techo resplandecieron.

Un relámpago de energía recorrió los cables que se extendían desde el pedestal.

Por toda la cámara, los guardianes metálicos de Phyrexia cobraron brevemente vida.

Los cangrejos de arena chasquearon sus pinzas mientras la energía reptaba por sus caparazones.

La cortina reluciente del portal tembló y comenzó a desvanecerse.

Con un chasquido repentino y silencioso, todo desapareció.

El cielo.

Phyrexia.

Yawgmoth.

Glacian.

Las luces del techo se apagaron.

Los mecanismos temblaron hasta detenerse.

Donde había estado el portal, solo quedó un muro de piedra.

Frente a él, en su pedestal de espejo, la Piedra de poder resplandecía tranquilamente.

Parecía un par de corazones latiendo al mismo ritmo.

El último grito de Yawgmoth resonó y se perdió en las Cuevas de los Condenados.

Sola en la oscuridad, Rebbec se volvió y echó a andar.

Dejó atrás las cuevas para siempre.

Rebbec ascendió por el largo y tortuoso camino que salía de la oscuridad.

Hacia una nube blanca, ascendió.

Esta traducción fue realizada de manera no oficial y sin fines comerciales, con el propósito de acercar las historias de Magic: The Gathering a los lectores de habla hispana.

Gracias por haber recorrido estas páginas.

¿TE GUSTÓ PERDERTE ENTRE ESTAS PÁGINAS?

Mantener una biblioteca lleva tiempo, dinero y grandes cantidades de café.

Si disfrutaste esta traducción y querés ayudar a que The Biblioplex siga creciendo, podés invitarme un cafecito.

Tu aporte ayuda a mantener este proyecto y a seguir preparando nuevas historias para la biblioteca.

La traducción sigue siendo gratuita. El café es opcional.

THE THRAN™

Antes de la Guerra de los Hermanos.
Antes de los cinco colores de la magia.

Antes de la historia misma, el plano de Dominaria estaba gobernado por los Thran. Construyeron máquinas y artefactos como jamás se han vuelto a ver. Pero en medio de esta civilización, echó raíces una sombra, una que extendería sus brazos a través del espacio y el tiempo.

Nació el horrendo mal de Phyrexia.



THE BIBLIOPLEX

Ilustración de portada: © 1998 Christopher Rush
The Thran es una marca registrada de Wizards of the Coast, Inc.
Magic: The Gathering, su logotipo y todos los personajes asociados son marcas registradas de Wizards of the Coast, Inc.
© 1998 Wizards of the Coast, Inc. Todos los derechos reservados.

www.wizards.com Impreso en EE. UU.